

---

**LA PARTICIPACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA  
DE LOS JÓVENES EN EL HORIZONTE  
DEL NUEVO SIGLO**

⇐ **Sergio Balardini**  
(Compilador)

**René Bendit**  
**Luis Caputo**  
**Gabriela Fernández**  
**Bolívar Franco**  
**Dina Krauskopf**  
**Ana Miranda**  
**Sergio Balardini**  
**Mario Sandoval**  
**Mario Toer**  
**Marcelo Urresti**

---

## Colección Grupos de Trabajo de CLACSO

### Grupo de Trabajo *Juventud*

**Coordinador: Sergio Balardini**

**Director de la Colección**

Dr. Atilio A. Boron  
Secretario Ejecutivo de CLACSO

**Area Académica de CLACSO**

**Coordinador:** Emilio Taddei  
**Asistente Coordinador:** Sabrina González

**Area de Difusión de CLACSO**

**Coordinador:** Jorge A. Fraga  
**Arte y Diagramación:** Miguel A. Santángelo  
**Edición:** Florencia Enghel

**Impresión**

Gráficas y Servicios S. R. L.

**Imagen de tapa:** Fotografía del artículo “*The permanent crisis of the public university*”, por Pablo Gentili, de la revista “*NACLA, Report on the Americas*”, Vol. 4, enero de 2000.

**Primera edición**

“*La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*”  
(Buenos Aires: CLACSO, diciembre de 2000)



**CLACSO**  
**Consejo Latinoamericano**  
**de Ciencias Sociales**



**Agencia Sueca de**  
**Desarrollo Internacional**

**Consejo Latinoamericano**  
**de Ciencias Sociales**  
**CLACSO**

Callao 875, piso 3º  
1023 Buenos Aires, Argentina  
Tel: (54-11) 4811-6588 / 4814-2301  
Fax: (54-11) 4812-8459  
E-mail: [clacso@clacso.edu.ar](mailto:clacso@clacso.edu.ar)  
<http://www.clacso.edu.ar>  
[www.clacso.org](http://www.clacso.org)

ISBN 950-9231-55-x

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.  
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.



---

# INDICE

## **Prólogo**

7

## **René Bendit**

*Participación social y política de los jóvenes en países de la Unión Europea*

19

## **Luis Caputo**

*Jóvenes rurales formoseños y los obstáculos a las prácticas participativas*

59

## **Gabriela Fernández**

*Notas sobre la participación política de los jóvenes chilenos*

87

---

---

**Bolívar Franco**  
*Centroamérica y Panamá: movimientos sociales juveniles y proyecciones  
hacia el nuevo siglo. Elementos para el debate*  
109

**Dina Krauskopf**  
*Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes*  
119

**Ana Miranda y Sergio Balardini**  
*De la experiencia de la Escuela de Gobierno: hablan los jóvenes*  
135

**Mario Sandoval**  
*La relación entre los cambios culturales de fines de siglo y la participación  
social y política de los jóvenes*  
147

**Mario Toer**  
*El perfil de los estudiantes que ingresan a la Universidad de Buenos Aires.  
Los ingresantes al CBC en el área de los estudios sociales y su visión de las  
personalidades del siglo*  
165

**Marcelo Urresti**  
*Paradigmas de participación juvenil: un balance histórico*  
177

---

---

## *Prólogo*

**L**os días 16 y 17 de diciembre de 1999, en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina, tuvo lugar la reunión del Grupo de Trabajo sobre Juventud de CLACSO<sup>1</sup>, para debatir acerca de las condiciones y características de “La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo”. Este libro recoge las ponencias presentadas en esas jornadas, que incluyen tanto aspectos conceptuales como el abordaje concreto de experiencias focalizadas de participación juvenil.

Este tema ha sido objeto de múltiples comentarios que a menudo han caído en el simplismo de sostener que los noventa resultaron ser “los sesenta al revés”, sobrevalorando a unos jóvenes y descalificando a otros en el mismo movimiento. Esta lectura desatiende la complejidad de los cambios ocurridos en nuestras sociedades en los últimos años.

Las imágenes de la juventud idealizada nos llegan familiar y casi naturalmente. Miles de jóvenes agitando pancartas, gritando consignas, manifestándose aquí y allá, ocupando calles, convirtiéndolas en una gran trinchera. Sin embargo, no fue sino a partir de la segunda mitad del siglo XX que contingentes cada vez mayores de jóvenes urbanos incrementaron su presencia en el escenario social y político. Tiempo en el que sus horizontes de incorporación a roles sociales formales y expectables creció y se expandió de modo notable. La modernización de nuestras sociedades, la creciente urbanización, la extensión de los sistemas educativos y la asimilación de la nueva mano de obra por empleos productivos modernos, fa-

cilitaron en los jóvenes la impronta de una dinámica fuertemente participativa a partir de los años sesenta y setenta.

La década del sesenta, idealizada por muchos, fue escenario del conflicto entre el Este y el Oeste y de las guerras en escala que libró el capitalismo contra socialismos variopintos. Fue, también, el tiempo de explosión y expansión de las subculturas juveniles. De los jóvenes entre el Che y el “submarino amarillo”<sup>2</sup>. Una década que navega entre la radicalización política y la contracultura. Alternativos, iracundos, militantes y radicales. La sociedad se moviliza y los jóvenes ocupan la primera línea.

Son los años en que intervenir en la realidad para transformarla era vivido como posible y deseable. La avenida de la revolución era muy ancha y el gran cambio social estaba a la vuelta de la esquina. Irresistible invitación a participar para acelerarlo, vivida por muchos como un deber. Poco a poco, se generaliza el rechazo a lo instituido. La lucha contra el autoritarismo y la injusticia va extendiéndose en imaginarios círculos concéntricos: de la familia al sistema escolar, al mundo del trabajo y, finalmente, a la lucha política por la transformación del mundo. Diversos colectivos sociales, entre los cuales la juventud ocuparía un lugar de privilegio, asumen el conflicto social y participan intensa y extensamente en pos de ganar su dirección.

Esta situación, sin embargo, mutará en forma significativa en las décadas siguientes. La crisis fiscal de los setenta y la desarticulación del Estado de Bienestar, quiebran el esquema de desarrollo modernizante y sus aparatos de socialización concomitantes. La salida política de dicha situación no pudo evitar lo que dio en llamarse la “década perdida”<sup>3</sup> para América Latina, con sus múltiples efectos de empobrecimiento y exclusión.

En América Latina el Estado es interpelado –y en ocasiones instrumentado– por los sectores populares en demanda de satisfacción a sus necesidades y a exigencias de justicia, mientras los sectores del capital ven, preocupados, cómo descende la tasa de ganancia. Interpretando la crisis estatal que sobreviene –y sus efectos de gobernabilidad– como producto de una “sobrecarga de demandas”<sup>4</sup> que debía cesar, el *establishment* articula una respuesta que se expresa en el llamado “Consenso de Washington”<sup>5</sup>. Y que cuenta con el respaldo ideológico de la “Doctrina de la Seguridad Nacional”<sup>6</sup> para responder a la movilización social. Las expectativas y demandas de los sectores populares estallaron, frente a una escalada de violencia estatal y la clausura de los cauces democráticos y participativos. Se buscaba cerrar así, un período de auge de demandas y luchas populares.

Al mismo tiempo, en tanto que se desmovilizaba a la sociedad mediante la represión y la proscripción, y se golpeaba con fuerza a la organización popular (partidos, sindicatos, organizaciones de base), se aceleraban los cambios destinados a modificar el patrón de acumulación con la reorganización productiva im-

pulsada por la Revolución Científico-Técnica. En términos del propio Marx, “[la] renovación prematura de los medios de producción a una escala social más bien amplia son fundamentalmente obligados por las catástrofes o las crisis” (Marx, 1978: 204). Y, justamente, de eso se trataba, de una crisis de acumulación<sup>7</sup>.

En muy pocos años, en la esfera de la producción devendrán la robotización, la informatización<sup>8</sup>, la disminución del número de empleos y la reducción de los salarios<sup>9</sup>. El aumento de la productividad, acompañará el temor a la pérdida del empleo y la reducción consecuente de las luchas por los derechos sociales y laborales. Por otra parte, las pequeñas unidades productivas van a sustituir al establecimiento de tipo fordista, y los sindicatos verán caer el número de sus miembros estrepitosamente. Finalmente, a las políticas de desmovilización y de reorganización productiva, se agregará la Reforma del Estado (privatizaciones, descentralización, focalización, restricciones a la seguridad social y apertura de los mercados) como respuesta específica a la crisis del Estado de Bienestar, imponiéndose como fórmulas universales y configurando la nueva relación emergente entre Estado y sociedad<sup>10</sup>.

En un buen número de casos, serán las democracias retornadas a la región durante los ochenta las encargadas de enfrentar la exigencia de legitimar o consolidar tales transformaciones. Se advierte que la movilidad social entra en hibernación y sedimenta un sentimiento de escepticismo generalizado que revela un clima de época para el que el estado de las cosas no puede ser transformado significativamente. En consecuencia, la participación tradicional se percibe, cuando menos, como irrelevante. En buena medida a consecuencia de ello, el flujo participativo que acompañó su retorno, con ejes discursivos en la recuperación democrática<sup>11</sup> y en la defensa de los derechos humanos, y que tiene una vez más a los jóvenes como protagonistas, va perdiéndose entre la desilusión y el rechazo a la manipulación y la participación ficcional, desvinculada de la toma de decisiones, modeladas en otros ámbitos.

Resultado de aquellos cambios, el discurso emergente del mercado, con sus exigencias de productividad, competitividad y consumo, hegemoniza la escena, pero sucede que en el mercado no están todos, y, entre los que están, suele haber una fuerte diferenciación y desigualdad. Si somos iguales en tanto ciudadanos –un hombre, un voto–, no lo somos en tanto consumidores. El viejo reino de la libertad frente al reino de la necesidad.

Esta nueva situación instrumentaliza la vida hacia un mundo de valores definido por la “utilidad” y “practicidad” de los bienes, ya sean materiales o simbólicos. El “paradigma eficientista”, el éxito, pasa a ser el valor dominante por el que se miden todas las cosas. Las características propias del mercado se extienden a las restantes dimensiones del mundo de la vida. Esta es la utopía del mercado. Y el tiempo de los jóvenes *yuppies* y el polvo blanco, consumido para lograr el mayor rendimiento, la óptima productividad, en definitiva, la mejor adaptación. Le-



jos quedaban los tiempos del LSD y la marihuana, cuando la búsqueda de “otro estado de conciencia” pretendía enjuiciar a la sociedad de la alienación, enfrentándose a una sociedad distorsionada por el culto al crecimiento económico (Schumacher, 1973). De las puertas de la percepción<sup>12</sup> a las ventanas de Bill Gates.

El nuevo narcisismo recorre el mundo, y un consumismo estimulado se transforma en razón social hegemónica, incentivando la satisfacción inmediata y la cultura de vivir el momento (Sennet, 1977). Una cara de la moneda nos muestra el rostro de la transformación económica; la otra, el nuevo clima cultural, que se manifiesta en el relativismo cultural y variadas fórmulas posmodernas. Ideologías de *cocktails* y retazos, de *collages* interpretativos. La técnica de *cut-up* de William Burroughs elevada a ética pública. En clave posmoderna, el nuevo clima cultural expresa la caída de los grandes relatos, que organizaban la racionalidad histórica moderna alrededor de proyectos políticos generacionales que resultaron ser, también, marcas de época y aportaban una visión de totalidad dadora de sentido a cada experiencia particular (Casullo, 1989).

Mientras tanto, las nuevas tecnologías cimientan un nuevo salto: la reorganización mundial del mercado de trabajo, la integración global de los aparatos productivos, también llamada globalización<sup>13</sup>, que afecta a todas las relaciones sociales, las comprometidas en forma directa en la producción, distribución y comercialización de bienes, y aquellas comprendidas en las estructuras del consumo. Manuel Castells afirma que la característica principal de la globalización presente, es decir, ya no la globalización como aspecto permanente del desarrollo del capitalismo, sino como un momento específico, en proceso hoy, es que “la producción, el consumo y la circulación, así como sus componentes (capital, mano de obra, materias primas, gestión, información, tecnología, mercados) están organizados a escala global, bien de forma directa, bien mediante una red de vínculos entre los agentes económicos” (Castells, 1997). En todo caso, la dimensión cultural del consumo no queda exenta de influencia; todo lo contrario, vienen a desplegarse nuevos universos simbólicos con el advenimiento de una comunidad transnacional de consumidores en la que se socializan las nuevas generaciones<sup>14</sup>.

En consecuencia, la identidad como acto de apropiación simbólica abandona, en buena medida, el domino territorial para situarse en la dimensión del consumo transespacial. Esta circunstancia lleva a que jóvenes de diferentes geografías perciban que tienen mucho más en común entre sí, que con jóvenes de barrios vecinos, respecto a quienes se alejan en capital simbólico, argamasa con la que adquieren configuración y se despliegan las identidades.

La TV por cable e Internet han contribuido significativamente a contornear esta nueva realidad, que deviene en una nueva formulación del “nosotros”, y, en consecuencia, del campo signifiante de los “otros”. Lo distinto, aunque próximo, se convierte en distante. O, si se quiere, lo próximo, si distinto, se transforma en distante.

Esta impresionante reorganización social, no podía sino impactar en los diferentes colectivos sociales, en sus expectativas y en sus roles, y así es como asistimos, junto a las transformaciones productivas y el ocaso de la lógica de la modernidad (Jameson, 1991), a la progresiva “desestructuración de la fase juvenil”<sup>15</sup>, cuyos límites no dejan de extenderse. Junto con ello, la idea de “moratoria”, que refleja ese “no lugar” entre la infancia y la adultez, sufre sus contusiones. Es el tiempo segmentado de la posmodernidad, sin percepción de futuro y plagado de olvidos, en los que resulta difícil hallar sin grandes dificultades “un lugar en el mundo”. Pero, ¿qué sucede si no hay posibilidad de proyectar un mañana?, ¿si sólo se presenta, una y otra vez, un presente de responsabilidad en el que una decisión equivocada puede limitar más aún un horizonte acotado? Muchos adolescentes y jóvenes eluden la mirada hacia su futuro. Los jóvenes de hoy tienen menos “tiempo de entrenamiento” y de “exploración” y más exigencias de toma de decisión. Su formación es parte ya de su futuro. Al parecer, tenemos menos transición y más permanencia, ya sea como vivencia de “juventud forzada” en sectores populares, ya sea como juventud extendida en sucesivos requisitos de formación.

En este marco, importantes contingentes juveniles, que en el pasado inmediato se incorporaban sin mayores obstáculos, o bien podían tener sólidas expectativas de incorporación social, son excluidos o hallan persistentemente bloqueadas sus vías de acceso. Dado tal bloqueo, jóvenes de sectores populares y medios actúan una protesta, poco o nada vinculada con “instituciones o agrupamientos políticos, por lo que muchas veces parece carecer de contenidos reivindicativos a través de formas de lucha fuertemente agresivas” (Becerra Laguna, 1996). Esta protesta se caracteriza por la dispersión y por la incapacidad o dificultad para plantearse “principios positivos de constitución y de referencia a proyectos sociales alternativos” (ídem).

En consecuencia, la participación juvenil en organizaciones, en niveles que impliquen cierta toma de decisiones, es considerada relativamente baja. Complementariamente, las organizaciones que parecen tener mayores índices de asociación evidencian un bajo grado de compromiso con los problemas públicos. Por otra parte, la profesionalización de la política, y las promesas incumplidas de la democracia, hicieron su trabajo, alentando la desilusión y el desencanto en relación con las posibilidades que ofrece la participación. “Los políticos” aparecen como “otros” alejados de la realidad y las necesidades de la gente.

Es importante, sin embargo, tener siempre presente que los interrogantes sobre la relación de los jóvenes con la política deben considerarse necesariamente en el diagnóstico general sobre la crisis de la política en las sociedades contemporáneas. Es evidente que en muchos países se registra un debilitamiento del rol representativo de los partidos políticos<sup>16</sup> y un cambio en la relación de los ciudadanos con los asuntos públicos. Además, los medios de comunicación se han constituido, de la mano de su crecimiento exponencial y alcance público masivo, en nuevos espacios de representación y en articuladores de identidades.

Por otra parte, el proceso de “envejecimiento” de los partidos políticos ha sido interpretado por algunos analistas como un rechazo de los jóvenes al modo en que está estructurado el terreno de la política. Son conocidas las dificultades para integrar y conservar la fuerza de la juventud en sus estructuras. Sin embargo, esto no quiere decir que los jóvenes hoy estén confinados a la vida privada y que tengan desinterés por lo público. Hay constancia de que han emergido nuevos espacios de reunión y acción social de los jóvenes, algunos de los cuales tienen una finalidad política directa, y otros solamente expresiva.

En los últimos años, hemos visto participar activamente a los jóvenes en marchas de silencio vinculadas a situaciones de injusticia, en manifestaciones en defensa de la educación pública, colaborando en forma voluntaria en tareas de ayuda ante desastres naturales, en repudio de la acción o inacción de instancias estatales (en particular policiales), realizando cortes de rutas en localidades “abandonadas” por el Estado, realizando “escraches”<sup>17</sup> a responsables de violaciones de derechos humanos y manifestándose contra los golpes de estado del pasado. En términos generales, podría afirmarse que participan de acciones puntuales, con reclamos y denuncias concretas, de las que esperan cierta eficacia, relacionadas a su vida por cierta proximidad, no canalizadas a través de organizaciones tradicionales en su mayoría, y en las que no cuenta un saldo organizativo relevante, según los cánones sesentistas. También podría afirmarse que hoy los jóvenes son más proclives a vincularse o asociarse alrededor de proyectos de gestión concretos y, menos, con fines de representación de intereses.

Agotada la marea juvenil de los sesenta y parte de los setenta, y bloqueados los cauces participativos auténticos de una sociedad en vigoroso proceso de cambio, fue emergiendo una diversidad juvenil, traducción de una búsqueda identitaria basada, principalmente, en la proliferación de las particularidades culturales, estilísticas y de consumo<sup>18</sup>. Se trata, para Maffesoli (1988), de la metáfora de *las tribus*, que encarnan los cambios acaecidos a partir de la revolución cultural de los años sesenta y que caracterizan el paso de la modernidad a la posmodernidad. La emergencia de pequeñas entidades y agrupamientos, particularmente visibles en lo que a los jóvenes respecta. En este sentido, es especialmente notorio el cambio en la “socialidad”, campo en el que las relaciones interpersonales ya no se sustentan en contratos políticos o ideológicos, sino en la acción de una “comunidad emocional”, y rituales de emociones compartidas (como en el fútbol y el rock). Este neotribalismo de fin de siglo se caracteriza por la fluidez, el agrupamiento momentáneo y la dispersión.

Para muchos<sup>19</sup>, el siglo XX sería un siglo “corto”, inaugurado con los acontecimientos de 1914 y clausurado con la “caída del muro” en 1989, que, en su devenir, dio a luz en la posguerra a “las juventudes” protagonistas de procesos políticos cuyo horizonte sería el cambio social durante los años sesenta y setenta, y la (re)democratización de las sociedades en los ochenta. En el portal del nuevo siglo, el norte parece señalar hacia la lucha por la inclusión.

*Sergio Balardini*

---

Según vemos, es lícito y necesario preguntarse y repreguntarse acerca de las mutaciones vividas por las prácticas participativas, la aparición de nuevas temáticas sociales, nuevos sujetos y nuevas formas de organización, movilización social y sensibilización por el cambio. Los trabajos que aquí siguen, recorren este camino.

Sergio Balardini  
Buenos Aires, setiembre de 2000

## Bibliografía

- Brake, Mike 1980 *The sociology of youth culture and youth subcultures* (Londres, Boston y Henley: Routledge & Kegan).
- Castells, Manuel 1999 (1997) *Economía, Sociedad y Cultura*, vol. I: "La sociedad red" (México: Siglo XXI Editores).
- Castells, Manuel y Hall, Peter 1994 *Las tecnópolis del mundo: la formación de los complejos industriales del siglo XXI* (Madrid: Alianza).
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) 1991 *Panorama Social de América Latina* (Santiago de Chile: ONU/CEPAL).
- Erikson, Erik 1993 (1972) *Sociedad y adolescencia* (México: Siglo XXI).
- Gallino, Luciano 1995 (1978) *Diccionario de Sociología* (México: Siglo XXI).
- García Canclini, Néstor 1995 *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización* (Grijalbo).
- Habermas, Jürgen 1989 *El Discurso Filosófico de la Modernidad* (Madrid: Taurus).
- Hobsbawm, Eric 1997 (1995) *Historia del siglo XX* (Barcelona: Crítica-Grijalbo-Mondadori).
- Huntington Samuel y otros 1975 *The crisis of democracy* (New York University Press).
- Isuani, Ernesto; Lo Vuolo, Rubén y Tenti Fanfani, Emilio 1991 *El Estado Benefactor. Un paradigma en crisis* (Buenos Aires: CIEPP/Miño y Dávila).
- Jameson, Fredric 1991 *Ensayos sobre el Posmodernismo* (Buenos Aires: Imago Mundi).
- Johnson, Paul 1988 (1983) *Tiempos Modernos* (Buenos Aires: Javier Vergara Editor).
- Lo Vuolo, Rubén y Barbeito, Alberto 1993 *La nueva oscuridad de la política social. Del Estado populista al neoconservador* (Buenos Aires: CIEPP/Miño y Dávila).
- Maffesoli, Michel 1990 (1988) *El tiempo de las tribus* (España: Icaria).
- Margulis, Mario 1996 "Globalización y cultura" [en línea, 30/06/00, <http://www.fsoc.uba.ar/Publicaciones/Sociedad/Soci09/margulis.html>].
- Marx, Carlos 1978 (1885) *El capital* (España: Siglo XXI), tomo II.
- Nuttal, Jeff 1974 (1968) *Las culturas de posguerra* (Barcelona: Martínez Roca).

O'Connor, James 1994 (1973) *La crisis fiscal del Estado* (Barcelona, Península), 2ª edición.

—1987 (1984) *Crisis de acumulación. Homo Sociologicus* (Barcelona: Península).

—1989 *El significado de la crisis* (Madrid: Revolución).

Pérez Islas, José Antonio y Maldonado Oropeza, Elsa Patricia (coords.) 1996 *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México* Tomo I (México: Causa Joven).

Picardo Joao, Oscar “Gobernabilidad: Aproximación al concepto y perspectivas”, documento sobre IV Seminario Internacional de Gobernabilidad en América Latina, auspiciado por las Fundaciones José Napoleón Duarte y Konrad Adenauer [en línea: 30/06/00, <<http://mail.ufg.edu/red/gobernabilidad.html>>].

Sennet, Richard 1980 (1977) *Narcisismo y cultura moderna* (Barcelona: Kairos).

Schumacher, E. F. 1981 (1973) *Lo pequeño es hermoso* (Madrid: Blume).

Toffler, Alvin 1970 *El shock del futuro* (España: Plaza & Janes).

Vattimo, Gianni 1997 (1987) *El Fin de la Modernidad* (Barcelona, Gedisa).

## Notas

1. El GT sobre Juventud de CLACSO está integrado por investigadores en temas de juventud pertenecientes a los centros académicos miembros del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

2. Ver revista *David y Goliath*, año XVI, n° 50, diciembre de 1986 del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales: “La alquimia de los sesenta”, Editorial y subsiguientes.

3. Fue la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), a través de sus conocidos informes, quien introdujo tan expresiva caracterización, cuya síntesis puede reflejarse en el siguiente párrafo: “En los años ochenta la región deshizo parte de lo andado por la senda del desarrollo al transferir mano de obra desde actividades de mayor productividad e ingreso hacia otras de productividad e ingresos más bajos” (*Panorama Social de América Latina*, edición 1991, pág. 5).

4. Formulada en estos términos por Samuel Huntington, intelectual actualmente miembro del Council On Foreign Relation, *think tank* del Partido Republicano. Samuel Huntington, Michel Crozier y Joji Watanuki, elaboran un

informe sobre la gobernabilidad para la Comisión Trilateral, titulado “La crisis de la Democracia” (1975). Como expresa Oscar Picardo Joao, en el mismo “sugieren ciertas medidas restrictivas para superar lo que llamaron «Exceso de Democracia»; este «exceso» está constituido básicamente por cuatro elementos: 1) erosión de la autoridad, debido a la concepción de Estado de Bienestar y su ideología igualitaria; 2) sobrecarga del gobierno, debido al desgaste de la intervención estatal en las relaciones sociales, lo que ha generado más demandas; 3) intensificación de la competencia política, lo que ha disgregado la intensidad generando una incapacidad de las instituciones; y 4) incremento del provincialismo nacionalista de la política exterior, debido a las presiones ejercidas por la sociedad respecto de sus necesidades interiores”.

5. Se trata de una serie de recomendaciones (apertura de los mercados, privatización de servicios públicos, Estado mínimo, etc.) promovidas por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Comisión Trilateral y el Grupo de los Siete, integrado por los países económicamente más poderosos del mundo, y que sistematizó John Williamson con la colaboración de los mencionados organismos internacionales durante la temporada de verano de Reagan y Thatcher.

6. Ideología autoritaria encarnada en doctrina represiva, asentada en los principios de la guerra fría y que asoló a los pueblos latinoamericanos en los sesenta y setenta, monitoreada desde la famosa Escuela de las Américas sita en la zona del Canal de Panamá.

7. Entendemos aquí por “acumulación del capital”, “el proceso de crecimiento del capital existente en una sociedad, mediante la adición de nuevas dosis de otro capital derivado del excedente neto de la producción sobre el consumo en un determinado período”; Luciano Gallino (1978: 6). Se sugiere la lectura de *La crisis de acumulación*, de James O’Connor (1984).

8. La tecnología estaba disponible. El transistor había sido inventado en 1947, y su derivado, el circuito integrado, a fines de los sesenta. La técnica de miniaturización se había puesto a punto. Como señala Juan Carlos Miranda Arroyo –Profesor de la Universidad Pedagógica Nacional, unidad Queretaro–, “sólo durante el siglo XX se produjeron más modificaciones en saberes y aplicaciones que lo generado en toda la historia de la humanidad”, y, por otra parte, admite que “la movilidad del conocimiento científico y tecnológico no sólo propicia novedosos patrones ideológicos, de comportamiento y de cultura en general, sino que está produciendo formas distintas de vida”, hecho que subrayamos (“Movilidad del conocimiento”, originalmente publicado en *La Semana*, redistribuido por la red, suplemento del *Interlink Headline News* n° 1972 <interlink@frontweb.net>; 25 de Junio de 2000).

9. De ningún modo se propone aquí una paleocrítica de tipo “ludista” o tecnófoba, ni tampoco dejar de reconocer la creación de nuevos empleos orientados a la economía emergente, sino de subrayar sus efectos devastadores sobre extendidos sectores sociales desprotegidos, sin mallas de contención, ni políticas de capacitación, abandonados a su suerte siempre esquivada.

10. Puede observarse una estrategia global dirigida a la economía, el Estado y la sociedad. Va de suyo, la presencia de un nuevo clima ideológico acompañado por la propaganda.

11. En el caso argentino, la debacle militar en la guerra de Malvinas (con su secuela de jóvenes que perdieron la vida) operó apresurando la salida de la dictadura, que, bien puede suponerse, hubiera continuado gobernando por un par de años más de no haberse enfrentado a tal circunstancia.

12. Nos referimos a “The Doors of the Perception”, tomado prestado de William Blake, en el cual se basara Jim Morrison para dar nombre a su grupo de rock.

13. Señala Margulis (1994): “El tema que da lugar al concepto globalización es [...] antiguo [...] Sin embargo, es dable pensar que los procesos ocurridos en los siglos precedentes difieren profundamente de los fenómenos contemporáneos [...] El eje central de las diferencias radica en el acelerado cambio tecnológico”. Por su parte, Castells y Hall (1994) señalan: “La revolución tecnológica aporta la infraestructura necesaria para el proceso de formación de una economía de la información global [...] Las nuevas tecnologías de la información resultan decisivas para los procesos y las formas de la nueva economía, en tres niveles: –constituye la base material para la integración de los procesos económicos a nivel mundial; –estos sectores desempeñan un papel de motores de crecimiento para el desarrollo de los países y las regiones; –requiere un rápido proceso de modernización de todos los sectores de la economía para poder competir en una economía abierta”.

14. Que incluye: a) la reelaboración de lo “propio”, “debido al predominio de los bienes y mensajes procedentes de una economía y una cultura globalizadas sobre los generados en la ciudad y la nación a las que se pertenece”; b) la redefinición del sentido de pertenencia e identidad, “organizado cada vez menos por lealtades locales o nacionales y más por la participación en comunidades transnacionales o desterritorializadas de consumidores” (los jóvenes en torno del rock, la cadena MTV, etc.) (García Canclini, 1995).

15. Muchos autores trabajan en esta línea, entre ellos John Gillis en “Vanishing Youth: The Uncertain Place of the Young in a Global Age”. El texto completo puede hallarse en el website de la Red Nórdica de Investigadores de Juventud (<<http://www.sub.su.se/sam/nyri/young.htm>>).



16. Lo mismo vale para los sindicatos y otras instancias de representación, institución cuestionada en sí misma.

17. Forma popular de denuncia pública, generalmente destinada a condenar social y moralmente a personas que, habiendo cometido diversa clase de delitos, por una u otra razón no han sido condenadas por la justicia o se han beneficiado por indultos cuestionados.

18. No es ajena a este proceso, la consolidación de discriminaciones simbólicas jerarquizantes que tienden a generar mecanismos de exclusión hacia los “diferentes”. Estas diferenciaciones se traducen, en algunos casos, en la construcción de identidades a partir de la exclusión y la intolerancia, dando lugar a conductas xenófobas y marginalizantes.

19. Eric Hobsbawn (1995), lo concibe “desde 1914 hasta el fin de la era soviética” (pág. 7). Paul Johnson, en su *Tiempos Modernos*, señala su comienzo al finalizar la primera guerra (1917), como puede leerse en su primer capítulo, “Un mundo relativista”.

---

## *Participación social y política de los jóvenes en países de la Unión Europea\**

◀ René Bendit\*\*

### **1. Introducción: infancia y juventud en la sociedad postindustrial**

**C**recer en una sociedad posindustrial europea, por ejemplo en Francia, Gran Bretaña, la República Federal de Alemania o España, significa para niños y jóvenes, crecer en una sociedad caracterizada por el cambio constante, por la modernización tecnológica y social y por el desarrollo avanzado hacia una sociedad de servicios. Entre las consecuencias más estudiadas de estos cambios se encuentran aquellos procesos de cambio social de valores expresados en los conceptos de “pluralización” o “diferenciación social” y de “individualización” de las formas de vida. En el contexto de contradictorios procesos de globalización, regionalización y dualización social que marcan el carácter de muchas de las sociedades posmodernas, son éstas las categorías centrales que permiten hacer comprensible el cuadro en el cual los niños y adolescentes de hoy se enfrentan tanto a las demandas de integración social que dichas sociedades les plantean (en los planos escolar, de formación profesional y laboral) como en relación a las posibilidades de participación en contextos sociales, comunitarios y ciudadanos.

---

\* Ponencia presentada durante la Reunión del Grupo de Trabajo “Juventud” CLACSO (Bs. As. 14-17.12. 1999)

\*\* René Bendit es licenciado en Psicología, Universidad Nacional de Chile y Universidad Ludwig Maximilian de Munich. Maestría en Sociología en FLACSO (Chile). Dr. Phil (PHD) de la Universidad de Kassel, Alemania. Actualmente se desempeña como responsable de la Oficina de Cooperación Bi y Multilateral con los países de la Unión Europea, del Oeste Europeo y América Latina. Es corresponsal nacional (representante del Ministerio Federal de la Juventud y del DJJ) en el Centro Europeo de Investigación y Documentación del Consejo Europeo. Es miembro fundador de EGRIS, Sociedad Europea para la Investigación Social Regional e Internacional, en cuyo marco desarrolla varios proyectos de investigación.

Dado el hecho de que en este trabajo circunscribimos nuestro foco de interés al grupo etáreo entre 12 y 18 años, nos permitiremos centrar nuestro análisis fundamentalmente en procesos de participación social y cultural, tocando sólo de manera secundaria la dimensión política del fenómeno participativo, dimensión que interesa más estudiar en relación a los “postadolescentes” o “adultos jóvenes”, es decir los que legalmente tienen ya derecho a participar en aquellos aspectos de la política formal vinculados a la democracia representativa.

### **1.1. Pluralización y diferenciación social**

El concepto de “pluralización” (al igual que el de “modernización”) tiende a centrarse en los aspectos positivos del cambio estructural y social y a apartar la vista de los aspectos sombríos de estos procesos de cambio, a saber, el hecho de que, además de ganadores, también hay perdedores en ellos. Ambos conceptos, pluralización y diferenciación, apuntan a supuestos cambios significativos en la influencia de las variables clásicas de discriminación social y de distribución de oportunidades de vida, como el estrato o la clase social de origen y de pertenencia, para centrarse ahora más en factores como la “región”, el género, el “capital social” y “cultural” y los “estilos de vida”. La tesis central es que en la sociedad postindustrial o posmoderna, las diferencias clásicas van desapareciendo para dar lugar a una pluralidad de condiciones y estilos de vida que ya no dependen sola o fundamentalmente de los recursos y oportunidades existentes en el entorno vital sino que además son producto de la capacidad de los sujetos de “apropiarse” y utilizar dichos recursos en provecho de su propio desarrollo.

Con el concepto de “diferenciación social”, se delimitan las circunstancias características de una sociedad en la que continúan existiendo diversas formas de desigualdad. Ello se manifiesta en las desventajas fundamentadas, por ejemplo, en el origen étnico de los individuos; en las diferencias en la trayectoria escolar de los niños, establecidas con arreglo a la clase social a que pertenecen los padres; en el porcentaje de niños de la clase obrera y de mujeres que estudia en las universidades; en las profesiones en las que desembocan los hijos de obreros; en la baja remuneración de las profesiones dedicadas a la prestación de servicios en el sector social, que mayormente son ejercidas por mujeres; así como, finalmente, en las disparidades regionales, tales como se manifiestan actualmente en Alemania, y de forma agravante, entre los Länder del este (nuevos estados federados) y los del oeste.

La diferenciación social excluyente acarrea consigo que también tenga lugar una marginación de las minorías. Sobre todo la dinámica del desarrollo del mercado laboral demuestra que las oportunidades de hacer carrera profesional están dadas para unos: los capaces de un alto rendimiento; los sanos, con buenas condiciones de arranque; los móviles y flexibles, de un lado; mientras que, en el otro

lado, se van produciendo las víctimas del proceso de selección social. Este riesgo de caer en posiciones sociales marginadas, lo corren todos aquellos que no tuvieron la posibilidad de desarrollar el tipo de competencias que son necesarias para poder orientarse en un mundo que se ha hecho más complicado.

## 1.2. Individualización

El concepto de “individualización” (Beck, 1986; 1988) se refiere a la remittente fuerza normativa de los contextos e instituciones sociales y de las tradiciones culturales dentro del largo proceso de desarrollo de la sociedad. Paralelamente a la progresiva racionalidad planificadora, la organización científica y el control computarizado en la industria, en el comercio y en el sector de servicios van siendo puestas en tela de juicio algunas evidencias de los antiguos “mundos de la vida” así como los tradicionales esquemas de desarrollo biográfico. Con tal “des-tradicionalización” de las formas de vida aumentan también para el individuo las posibilidades de poder planear y configurar su vida independientemente. Ya no es tanto el medio ambiente social lo que marca el estilo de vida que alguien considera apropiado para sí mismo, sino más bien la decisión individual a favor de una vía de formación, una profesión, una forma de habitar, de consumir, etc. Valores como la “autorealización”, la “autonomía” y la “competencia en la acción” (*Handlungskompetenz*) desplazan a valores tradicionales como la “disciplina”, el “respeto a los mayores”, la participación organizada, etc. Sobre la base de una serie de necesidades básicas ya satisfechas, la búsqueda de calidad en lo referente a la educación, el trabajo y las relaciones interpersonales así como en el consumo, va desplazando a la cantidad.

La individualización plantea especialmente a los adolescentes severas exigencias respecto a sus propias competencias. Abrumadora precisamente para los menores de edad y los adultos jóvenes viene a ser, en este caso, la nueva forma de responsabilidad que deben asumir por sus éxitos o fracasos, dado que de ellos se espera, ya al comienzo de su trayectoria biográfica, que vayan allanando el camino a través de decisiones cargadas de consecuencias que influenciarán en el futuro sus vidas. Fases del desarrollo biográfico que antes estaban sometidas a una relativa determinación social, se transforman en secuencias de decisiones controladas por el individuo mismo. Decisiones de esta naturaleza se plantean en relación al tipo de escuela a seguir, la elección de la carrera profesional deseada, el lugar de trabajo, la búsqueda de vivienda, la búsqueda de pareja y el estilo de vida y las formas de participación social y ciudadana. Es justamente por ello que, en la medida en que van aumentando las libertades derivadas de los procesos de individualización en el conjunto de la sociedad, la generación venidera se ve especialmente confrontada con un número cada vez mayor de riesgos. Es por ello que algunos autores caracterizan a la sociedad postmoderna como una “sociedad de riesgo” (Beck, 1986; Keupp, 1991). Los jóvenes se ven necesitados del apoyo

adecuado de los mayores y de las instituciones, pero en decisiones cruciales para su vida dependen más que nada de las propias competencias y de las de sus congéneres, igualmente afectados que ellos, para lograr establecer un balance constructivo.

## **2. Cambios de valores y educativos: consecuencias sobre la prosocialidad y la disposición a participar**

En las secciones anteriores analizábamos el impacto que la modernización económico-tecnológica así como el cambio social ejercían sobre las condiciones y formas de vida de las nuevas generaciones en la sociedad posmoderna. Un aspecto relevante de estas transformaciones son aquellos cambios de valores en la sociedad en su conjunto, que se traducen, a su vez, tanto en cambios en los estilos educativos al interior de la familia y en la escuela, así como en cambios en las orientaciones de valores de los jóvenes mismos, incluidos aquellos cambios de valores referidos a la conducta social y la disposición al compromiso y la participación social y política.

### **2.1. Cambios de valores en la familia y en los estilos educativos**

Es natural que las transformaciones observadas en la sociedad en su conjunto también ejerzan sus efectos sobre la familia, la escuela y los estilos educativos allí predominantes, lo que a su vez repercute sobre las orientaciones de valores, las actitudes y las motivaciones de los jóvenes, también en cuanto a lo que al “altruismo” y la “prosocialidad” se refiere (Roche, 1998: 139-157). Si bien en el marco de estos cambios, en algunas sociedades, valores tradicionales como el “amor al prójimo”, la “vocación de servicio” y la “lealtad a las organizaciones” (laicas o religiosas) van quedando superados, ello no necesariamente significa que no vayan siendo reemplazados por otros valores que también impulsan a la participación. Esto es algo que los adultos, en particular aquellos que actúan al interior de las asociaciones y las instituciones políticas, no parecen percibir. El reconocimiento de tales cambios de valores necesariamente debería llevar tanto a las instituciones educativas como a las políticas y sociales a cuestionar su propia praxis y a preguntarse si hoy y en el futuro inmediato, siendo otras las expectativas sociales y los motivos personales que impulsan a los jóvenes a la participación, no deberían también ser otras las formas y las posibilidades de participación real que la sociedad les ofrezca para dar cauce a tales necesidades. La consideración de los fenómenos de pluralización e individualización de las formas de vida discutidos anteriormente, debería jugar en ello un rol importante. Algunos datos empíricos contribuyen a apuntalar esta hipótesis.

Así, por ejemplo, en el caso de Alemania Federal, mientras en el año 1951, para un 25 % de la población adulta, valores tradicionales como la “obediencia” y la “sumisión” seguían siendo centrales para la educación familiar, en 1983 dichos “objetivos educativos” sólo continuaban teniendo validez para el 9 % de la población adulta. A la inversa, el educar para la “autonomía”, la “independencia”, la “libre voluntad” y la “auto-responsabilidad” pasaban de un 28 % de acuerdo en 1951 a obtener un apoyo del 49 % en 1983 (Münchmeier, 1990).

Transformaciones como las comentadas también tienen lugar en la educación escolar. En ella se ha ido reduciendo enormemente la distancia social entre profesores y alumnos, surgiendo lo que Fend ha denominado una “cultura de relaciones sociales igualitaria” (Fend, 1988: 142c). Ello conduce a que valores educativos tradicionales como el “orden” y la “disciplina”, los “buenos modales” y el “respeto a los mayores”, también al interior de la escuela van perdiendo en significación, mientras que a la inversa, valores tales como la “capacidad de juicio independiente”, la “independencia personal” y la “autoestima” (conciencia del propio valer) van ganando enormemente en significación (Meulemann, 1988). Estos y otros datos obtenidos de estudios más recientes permiten afirmar que tanto los padres como los maestros valoran actualmente, sobre todo, la educación hacia la independencia personal, es decir hacia la autonomía y la propia competencia de acción.

Estos valores son vistos hoy como una condición absolutamente necesaria para progresar en la sociedad de logro, altamente individualizada y competitiva. Es por ello que tienden a relativizar aquellos valores más tradicionales como la “humildad”, la “disposición al sacrificio”, el “control de las propias necesidades” y la “sumisión”.

Junto con estos cambios de valores, es interesante destacar aquellas tendencias identificadas por otros estudios realizados en la misma época, referidos al tema de las disposiciones y motivaciones de los jóvenes a participar en la sociedad. Así, por ejemplo, una encuesta EMNID llevada a cabo en Alemania Federal a mediados de la década de los ochenta constataba que el 40 % de los jóvenes entrevistados manifestaban tener la impresión de “tener que hacer algo más por lo social” pero al mismo tiempo declaraban sentirse “frenados” en ello, ya sea por “falta de tiempo” (debido a otras obligaciones, fundamentalmente escolares), o por “inseguridad personal” (EMNID, citado por Fink, 1985: 24). De acuerdo a estimaciones de finales de los ochenta –bastante concordantes con las cifras actuales– cerca del 15 % de los jóvenes entonces entrevistados desarrollaba alguna forma de compromiso social o de acción solidaria. Los datos de otro estudio de la época, el “Jugendkompass” de 1989 (Münchmeier, 1990), mostraban que casi el 70 % de los entrevistados consideraba “muy importante” el comprometerse en actividades dirigidas a la “superación de situaciones sociales problemáticas” y no sólo en aquellas de “ayuda al prójimo”, es decir de tipo caritativo. Ya entonces, en el con-

texto de la discusión sobre el cambio de valores del “materialismo” al “posmaterialismo” (Inglehart, 1971: 991-1017; Inglehart, 1977), estos datos se interpretaban como parte de un sistema de valores en el que, además del valor central de la “autorealización”, jugaba un papel muy importante el “valor de uso” que tanto las instituciones como las relaciones sociales asumían para el joven alemán de la época (Münchmeier, 1990). Con este concepto de “valor de uso” de lo social se buscaba significar aquella tendencia observable en los jóvenes de la posmodernidad de percibir los contactos sociales, así como las instituciones y los profesionales de lo social, desde una perspectiva “utilitaria” pero no “utilitarista”. En otros términos, las relaciones sociales así como la institucionalidad propia del Estado de Bienestar son vistas por las nuevas generaciones de jóvenes desde el punto de vista de su utilidad y funcionalidad para la superación de los propios problemas personales así como para la realización de sus objetivos y planes de futuro. Esta tendencia se corresponde a la vez con la creciente presión ejercida sobre la condición juvenil por la complejización de la dinámica social y económica.

Los datos aportados por la penúltima encuesta Shell/Schell (la última acaba de ser publicada) (Jugendwerk der Deutschen Shell, 1997), apuntan en esta misma dirección. Se observa en dichos resultados una gran disposición de los jóvenes al compromiso social y comunitario siempre que se den para ellos ciertos “requisitos” que consideran de gran importancia: los jóvenes sólo se hallan dispuestos a participar allí donde encuentran organizaciones o asociaciones en las que confían, y donde esperan que se produzcan resultados también para ellos satisfactorios, es decir donde puedan reconocer y realizar sus propios intereses, problemas y necesidades. Estos datos confirman la interpretación de Münchmeier, en cuanto al “valor de uso” que la participación y el compromiso social deben tener para los jóvenes actuales.

La orientación hacia el “valor de uso” debe entenderse entonces como una estrategia adecuada de los jóvenes para superar los problemas y conflictos que enfrentan a diario en el proceso de integración social a la “sociedad adulta”. A partir de esta interpretación podemos concluir que en relación a la participación juvenil, tanto en la dimensión de lo “social-institucional”, es decir tanto en el barrio (grupos de pares) como en la escuela, así como en la dimensión de la participación ciudadana, se hace necesaria una reflexión sobre este aspecto “utilitarista” del altruismo. Las preguntas centrales a responder al respecto son: ¿qué puede aportarle a un joven la participación y el trabajo voluntario en una determinada actividad social, comunitaria o ciudadana? ¿En qué medida le “sirve” o es percibida dicha potencial participación como un factor importante del propio desarrollo? ¿Qué requisitos deberían reunir las ofertas de participación hechas por el Estado, las organizaciones locales así como aquellas surgidas de las organizaciones sociales y políticas, para que sean creíbles y motivantes para los jóvenes?

Un resultado inesperado de la mencionada encuesta Shell es que tanto las orientaciones de valores posmaterialistas como las materialistas parecen estar vinculadas estrechamente con el valor del altruismo y la prosocialidad. La vinculación de estas respuestas con la disposición de los jóvenes al compromiso y la participación social, política y ecológica muestra que una interpretación de la disposición a la participación en relación a las categorías de Inglehart, es decir de respuestas que se dejen subsumir bajo orientaciones de valores materialistas y posmaterialistas, se hace muy difícil dado el hecho de que en el mismo estudio se obtienen altos grados de correlación entre cada una de estas orientaciones con aquellas respuestas que apuntan a la solidaridad. Así, por ejemplo, mientras observamos una correlación de +.32 entre indicadores de valores posmaterialistas (como “desarrollar las propias capacidades”, “demostrar rendimiento”, “autorealizarse”, “ser crítico”, “llevar una vida excitante”) y valores prosociales (“ayudar a los demás”, “tener consideración por los demás”, “asumir responsabilidad por los demás”, “rebelarse ante el paternalismo”), encontramos que entre el altruismo y la orientación de valores materialista (“ser capaz de imponerse”, “tener conciencia del deber”, “obtener altos ingresos”, “búsqueda de la seguridad”, “ser ambicioso”) también existe un alto grado de correlación (+.56), de lo cual se desprende que independientemente del tipo de orientaciones de valores predominantes en diferentes grupos de jóvenes, el valor del altruismo siempre se halla asociado a ellas.

Ello induce a concluir que, por lo menos en lo que respecta a la disposición de participar y comprometerse con los demás y con la comunidad, la división dicotómica entre materialistas y postmaterialistas debería relativizarse y verse como los polos de un *continuum* más que como dos categorías antagónicas. Desde este punto de vista, se plantea la pregunta sobre si no debería asumirse que el desarrollo de orientaciones de valores posmaterialistas sólo puede darse en aquel tipo de sociedades que han alcanzado un alto grado de desarrollo económico y social, en las que una situación de relativa saturación de las expectativas y necesidades materiales, así como la existencia de perspectivas de futuro más o menos seguras inducen a sus miembros a desarrollar nuevos objetivos y estilos de vida que trascienden lo material y buscan revalorizar el ámbito de lo social-emocional.

## **2.2. Cambios de valores en la sociedad española**

En la mayoría de las sociedades pertenecientes a la Unión Europea se observan cambios de valores similares a los descritos para Alemania (World Value Survey, 1990/1993) aunque con distintos grados de intensidad, según el tipo de sociedades de que se trate, es decir más o menos avanzadas en lo que a modernización económica y social se refiere. Así, por ejemplo, en el caso de España, una sociedad inmersa en un acelerado proceso modernizador, los estudios intergeneracionales sobre valores en la década del noventa muestran que, ciertamente, se están produciendo cambios relevantes. Dichos cambios se enmarcan en un contexto en el que prevalece lo que po-



dríamos denominar “modernización materialista” de los sistemas de valores tradicionales. Así, por ejemplo, del estudio *La solidaridad de la juventud en España*, encargado por el Instituto de la Juventud (INJUVE, 1995), se desprende que en la percepción de los jóvenes, la “familia” y el “dinero” –en ese orden– serían los valores más tenidos en cuenta por la “sociedad española” (total: 87 %), es decir, por los adultos. Otros valores como el “amor”, la “solidaridad”, las “creencias religiosas” –en ese orden– tendrían para los adultos, según el punto de vista de los jóvenes, una significación mucho menor (total: 12 %). Por otra parte, el análisis de las respuestas dadas a la misma pregunta, pero esta vez en relación al significado que la lista de valores tendría para ellos mismos (en su calidad de jóvenes) muestra que, independientemente de los consensos padres/hijos y de los ajustes intergeneracionales que hacen que las diferencias entre unos y otros se hagan cada vez más pequeñas, efectivamente sí existen sistemas de valores distintos entre jóvenes y adultos, por lo menos desde la percepción de los jóvenes. En relación a esto, llama la atención no tanto la relevancia que los jóvenes le atribuyen a la familia, sino el hecho de que el valor “familia” sea considerado por los jóvenes con más fuerza que lo que los jóvenes suponen que es considerado por “la gente”, es decir por los adultos (INJUVE, 1995: 46). También el “amor”, comparativamente, tiene para ellos mayor importancia que el “dinero”. Los cuadros 3.1 y 3.2 presentados en el estudio que comentamos (INJUVE, 1995: 46-47) dan una idea de cómo la percepción de los jóvenes respecto de los valores de “la gente” (adultos) y los propios se diferencian de acuerdo a la edad, el género, el estado civil, el nivel de estudios, el autopoicionamiento político y religioso, así como respecto del hecho de ser cooperante o no. De este modo, por ejemplo, es interesante observar que a medida que aumenta la edad, según los jóvenes, se incrementa la importancia que los adultos conceden al “trabajo” y al “dinero” y disminuye la relevancia que conceden a la “familia”. Esa misma opinión (creciente/decreciente) se sustenta según el nivel de estudios: los que no han superado los estudios primarios interpretan que para “la gente” la familia es más importante que lo demás, mientras que en el otro extremo, aquellos con nivel medio o superior de estudios, dicen que el trabajo y el dinero son valores máspreciados que la familia. Las mujeres jóvenes dan a la familia, al amor y la solidaridad algo más de importancia que los varones jóvenes, lo que no implica modificación alguna respecto de épocas anteriores. Sin embargo, las mujeres jóvenes también acentúan la significación del valor “trabajo”, lo que sí es nuevo y coincidente con los cambios de valores observados en otras regiones de Europa, como lo vienen señalando diversos autores.

### **2.3. Cambios de valores y participación: ¿cuáles son las grandes “causas” que movilizan a los jóvenes en la Unión Europea?**

Uno de los instrumentos de investigación regularmente utilizados a nivel europeo para la medición de orientaciones de valores, actitudes y opiniones, tanto de adultos como de jóvenes, son las encuestas “Eurobarómetro”, cuyos resulta-

dos referidos a los jóvenes son publicados por la Comisión Europea (Commission des Communautés Européennes) bajo el título “Les Jeunes Européens”/“The Young Europeans”. Estos estudios constituyen, por su carácter comparativo, una de las fuentes de información y de consulta más útiles para el análisis de tendencias de opinión y cambios actitudinales en los diferentes países de la Unión Europea. Al igual que en 1982 y 1987, en el marco del Eurobarómetro de 1990 se les planteó tanto a los jóvenes (15-24 años) como a los adultos de los países que en aquel entonces constituían la Comunidad Europea la siguiente pregunta:

*“¿Cuáles son las grandes causas por las cuales en nuestros días valdría la pena asumir riesgos y aceptar sacrificios?”*

En otras palabras, se les estaba preguntando cuáles serían las causas por las que valdría la pena comprometerse –social y/o políticamente—, lo que equivaldría a decir “participar” (Comisión Europea, 1991: 26-31). Lamentablemente, esta misma pregunta no se volvió a plantear en el Eurobarómetro de 1997, lo que hace difícil establecer en términos comparativos el estado actual de las opiniones y actitudes de los jóvenes europeos al respecto. A los efectos de obtener una visión un tanto más actualizada, analizaremos posteriormente los datos de dos encuestas españolas referidas a la solidaridad de los jóvenes y al asociacionismo, realizadas ambas en 1995, y en las que se utiliza la misma pregunta incluida en los dos Eurobarómetros aquí comentados.

Los datos ofrecidos por las encuestas Eurobarómetro entre 1982 y 1990 (Comisión Europea, 1991: 26), muestran las siguientes tendencias:

- Las tres “grandes causas”, es decir, las sostenidas más fuertemente por los jóvenes europeos entre 1987 y 1990 eran “la paz en el mundo”, “la protección del medio ambiente” y los “derechos humanos”. El apoyo masivo dado a estas causas se observa en casi toda la comunidad, siendo éstas en 1990 las tres primeras causas para el conjunto de los países comunitarios. Una excepción la constituyen países como Grecia, Francia, Italia y Portugal, donde estas “causas” no ocupan ni siquiera las cuatro primeras prioridades. La “libertad individual”, en Grecia, la “lucha contra la pobreza” en Francia y Portugal (48 % y 64 % respectivamente) y la “lucha contra el racismo” en Italia (52 %), les anteceden en el orden de relevancia.
- Después de una fuerte declinación entre 1982 y 1987 (-9 puntos), el compromiso con la lucha por la “paz mundial” ha repuntado entre los jóvenes en 1990 en + 4 puntos, mientras que, por el contrario, entre 1987 y 1990 el interés por el movimiento pacifista había declinado en -4 puntos (Comisión Europea, 1990: 20). La “lucha contra la pobreza”, los “derechos humanos” y la “igualdad de los géneros” también son “causas” que vuelven a ganar terreno.
- A medida que aumenta la edad, la “lucha contra el racismo” es una causa que va perdiendo sostenedores (en ambos sexos). La diferencia entre los jó-

venes y las personas mayores de 55 años es muy grande. Por otra parte, esta causa es defendida por las mujeres con mucha mayor intensidad que los varones en todos los grupos etáreos. Lo mismo sucede con “la ayuda al tercer mundo”, más defendida por las mujeres (de distintas edades) que por los hombres.

– A pesar de que “la lucha por la paz en el mundo”, “la defensa del propio país”, la “lucha contra la pobreza”, la “defensa de la fe religiosa” y la “unificación europea” son causas menos defendidas por los jóvenes que por los adultos, sin embargo éstas, junto con “la lucha por la igualdad de los géneros”, son causas que encuentran más adeptos entre las mujeres que entre los varones –independientemente de su edad–.

En resumen, puede concluirse lo siguiente:

Desde 1982 y en particular a partir de 1987 van definiéndose dos tendencias principales, siendo la más notoria entre ellas el interés que suscita entre los jóvenes (y los adultos) la “lucha por el medio ambiente”, que entre 1982 y 1990 aumenta en +19 puntos. A la inversa, el interés despertado por causas como “la defensa del propio país”, la “lucha por la libertad individual” o la “defensa de la fe religiosa” continúa en lenta pero progresiva declinación.

Una de las causas más movilizadoras de los jóvenes de Europa Occidental en la década del sesenta y en parte de la del setenta, la “acción revolucionaria”, deja de serlo en la década de los ochenta y, probablemente, también en la del noventa. Esta tendencia es diferente de la observable en los países de Europa del este a partir de la caída del muro de Berlín, si bien allí la connotación del término “revolución” ha sido y es muy distinta a la que en décadas anteriores asumía para los jóvenes de occidentales. Los datos del Eurobarómetro muestran que el interés por “la revolución” en los países de la Comunidad (Unión) Europea se mantiene estancado a un nivel relativamente bajo: después de haber descendido en -2 puntos entre 1982 y 1987 (de 8 a 6 puntos), el “acuerdo” con esta causa se ha estabilizado en un nivel que va entre el 6 % y el 7 %.

Hemos intentado actualizar esta información respecto a las causas movilizadoras de los jóvenes en Europa proporcionada por el Eurobarómetro, recurriendo a algunos estudios de tipo nacional que también han trabajado sobre este tema. En este punto nos detendremos particularmente sobre la situación española. En el ya mencionado estudio del INJUVE (1995), causas como “la lucha por la paz”, la “libertad individual”, los “derechos humanos” y la “lucha contra el hambre” reúnen el 81 % de las respuestas a la pregunta sobre las causas que justificarían realizar sacrificios y asumir riesgos por defenderlas (INJUVE, 1995: 62). Del análisis comparativo de estas respuestas y de los datos obtenidos en la encuesta dirigida por Manuel Martín Serrano sobre “Los valores actuales de la juventud en España” (en INJUVE, 1996) se desprende que en los últimos años se ha produci-

do un crecimiento en la valoración que se le da a “la lucha contra el hambre”, en menoscabo del valor atribuido a la “lucha por la paz”, aunque este valor de todos modos aparece como el primer móvil por el que valdría la pena sacrificarse. El resto de los valores son altamente similares en ambos estudios.

El autopoicionamiento ideológico y político es un factor diferenciador en cuanto a las causas más movilizadoras. Así, por ejemplo, siendo “la paz” la causa más movilizadora para los jóvenes en general, un posicionamiento de izquierda implica prestar tanta o más importancia que a la paz, al valor de la “libertad individual”. También respecto de la “libertad individual” y los “derechos humanos” (la segunda causa movilizadora: 25 %), la variable ideológico-política introduce ciertas diferenciaciones (INJUVE, 1995: 63).

### **3. Espacios y formas de participación social**

#### **3.1. Asociacionismo y participación social entre 1987 y 1997**

El Eurobarómetro de 1990 muestra que uno de cada dos europeos, jóvenes o adultos, forma parte de una organización o de una asociación. Esta proporción, algo más elevada que en 1987, varía fuertemente de país a país, particularmente en función de su ubicación geográfica. La participación social es fuerte en Dinamarca (85 % entre los jóvenes y 86 % entre los adultos), Luxemburgo (76 % y 74 % respectivamente), los Países Bajos (74 % en ambos casos); mediana (alrededor del 60 % tanto entre los jóvenes como entre los adultos) en Bélgica, Alemania, Irlanda y el Reino Unido, y débil en Portugal (24 % entre los jóvenes y los adultos), Grecia (26 % entre los jóvenes y 24 % entre los adultos), Francia (41 % entre los jóvenes y 28 % entre los adultos) e Italia (46 % entre los jóvenes y 40 % entre los adultos). Las diferencias norte/sur (incluyendo aquí Francia) observadas en 1990 son más o menos las mismas que ya se señalaban en el Eurobarómetro de 1987.

Estas diferencias en la participación social entre el norte y el sur de Europa son explicadas por diferentes autores en función de las tradiciones históricas y sociales distintas en ambas regiones. Así, por ejemplo, uno de los argumentos explicativos clásicos al respecto es que en los países del norte las asociaciones habrían entrado a compensar el debilitamiento de las estructuras asociativas más tradicionales (como la familia, el barrio, el pueblo, etc.), que han ido perdiendo en significación en las sociedades más modernizadas pero que aún serían muy fuertes en los países del sur. Es por ello que las asociaciones y organizaciones sociales extra-familiares tendrían en el norte de Europa mayores posibilidades de convocatoria que allí donde las estructuras tradicionales aún tienen mayor vigencia. Este argumento, sin embargo, no se compadece con los procesos de cambio de valores y de destradicionalización e individualización que observamos actualmente en casi todos los países del sur de la Unión Europea.

### **3.2. Diferenciaciones por edad y género**

Según los datos de las diferentes encuestas del Eurobarómetro, la estructura del tejido asociativo en la Unión Europea casi no muestra modificaciones significativas (tanto en relación a los jóvenes como a los adultos) entre 1987 y 1997. Entre los jóvenes mismos es de observar que en 1990 el grupo etáreo de 15-19 años era el que mostraba una vida asociativa ligeramente más intensa que la del grupo de 20-24 años. Sólo en la actividad sindical o profesional estos últimos se hallaban sobrerrepresentados. En este contexto se observaban las siguientes tendencias en cuanto a la participación juvenil:

- En el grupo etáreo de 15-24 años, sólo se registra un ligero descenso (3 puntos) en la participación en aquellos grupos o asociaciones vinculados a un área de interés específica (por ejemplo, asociaciones filatélicas) y un ligero aumento de la participación en sindicatos u otras asociaciones profesionales.
- Tanto entre los jóvenes como entre los adultos, siguen siendo los mismos tres tipos de asociaciones los que acaparan el mayor interés: los clubes o asociaciones deportivas (28 % entre los jóvenes de 15-24 años), las organizaciones religiosas o parroquiales (9 % entre los de 15-24 años) y los sindicatos o asociaciones profesionales (8 % entre los jóvenes de 15-24).
- Independientemente de la edad, tanto entre los jóvenes como entre los adultos, es de destacar el hecho de que en 1990 las mujeres participaban en las asociaciones menos que los varones. En el grupo etáreo de 15-24 años la menor presencia de las mujeres jóvenes se debe a su menor participación en los clubes y asociaciones deportivas (37 % los varones *versus* 19 % las mujeres). Su mayor participación en asociaciones de protección de la naturaleza, en organizaciones religiosas y en grupos culturales y artísticos, no alcanza a compensar la gran diferencia señalada en el sector de las asociaciones o clubes deportivos. En el plano de la participación sindical y profesional, las diferencias entre los géneros son mínimas: 8 % los varones y 7 % las mujeres. En cuanto a los partidos políticos, entre los jóvenes de 15-24 años, los varones muestran una participación real del 2 % y las mujeres del 1 %.
- En cuanto a la participación en organizaciones juveniles y casas de juventud, casi no ocurrieron cambios entre 1987 y 1990.

### **3.3. La participación juvenil a finales de la década de los noventa**

El Eurobarómetro 97 (Comisión Europea, 1997: 20-22) permite percibir que no han ocurrido grandes cambios en relación a la participación de los jóvenes, en comparación con la situación de 1987 y 1990. La vida asociativa de los jóvenes de 15-24 años continúa manteniéndose en un bajo nivel. Al igual que en 1990, sólo uno de cada dos jóvenes (47,6 %) declara pertenecer a algún tipo de organiza-

ción, cualesquiera que sea. De todas las organizaciones propuestas en el cuestionario, al igual que en 1987 y 1990, son los clubes y las asociaciones deportivas los que demuestran tener mayor capacidad de convocatoria: el 27,6 % de los entrevistados afirma participar en alguna organización vinculada al deporte (en 1990, 28 %). Las organizaciones religiosas o parroquiales tienen una participación juvenil de alrededor del 9 % (8,7 % en 1990). Las organizaciones juveniles o para jóvenes como los grupos de *scouts*, las casas de juventud y otros espacios similares, atraen el interés y la participación de un 7 % de los jóvenes europeos.

Una diferenciación de la participación social de los jóvenes por país miembro de la Unión Europea, muestra las siguientes tendencias:

- La pertenencia a un club o asociación deportiva se manifiesta mayoritariamente entre los jóvenes suecos (51 %), holandeses (50 %), daneses (44 %), irlandeses (43,7 %), luxemburgueses (40 %) y alemanes occidentales (38,8 %). Estas nacionalidades se ubican muy por encima de la media europea (28 %), mientras que los jóvenes griegos (16 %) y los españoles (12%) son los que menos participan de organizaciones o asociaciones deportivas. Países como Francia (28,2 %), Reino Unido (28 %), Austria (27 %), Finlandia (26,6 %), Bélgica (23,5 %), Italia (23,1 %), Alemania Oriental (22,6 %) y Portugal (21,1 %) se sitúan ya sea en la media europea o algunos puntos por debajo de ella.
- La pertenencia a organizaciones religiosas o parroquiales es particularmente intensa entre los jóvenes italianos y holandeses (18 % respectivamente), siendo especialmente débil entre los belgas y los griegos (2 % respectivamente), hallándose la media Europea en un 9 %.
- La pertenencia a movimientos o centros juveniles (como los *scouts*, casas de juventud, etc.) se halla particularmente desarrollada entre los jóvenes luxemburgueses y daneses, quienes adhieren a este tipo de organizaciones en alta proporción (26 % y 18 % respectivamente), mientras que la media europea se ubica en un 7 %. Este tipo de participación social es especialmente débil entre los jóvenes griegos y portugueses (con un 3 % y 5 % respectivamente).
- Las demás organizaciones (sociales y de beneficencia; culturales y artísticas; sindicatos y partidos políticos; de protección de la naturaleza y del medio ambiente; grupos o asociaciones de “aficionados” –*amateurs*–, como ser coleccionistas, clubes de *fans*, clubes de informática, y otras organizaciones o asociaciones “espontáneas”) alcanzan porcentajes menores al 6 %. A la cabeza de estas asociaciones se ubican los grupos de “aficionados” y las asociaciones de protección de la naturaleza y el medio ambiente. Las organizaciones sindicales y los partidos políticos, también en 1997 se hallaban casi al final de la lista de preferencias en cuanto a las formas de participación de los

jóvenes. Las tasas más bajas en cuanto a medias europeas las presentaban los movimientos de defensa de los derechos humanos (2 %) y las asociaciones de consumidores (1 %), lo que, en el caso de la defensa de los derechos humanos, demuestra la gran diferencia existente entre la aceptación verbal de causas movilizadoras y la participación real de los jóvenes en ellas.

– Desde el punto de vista sociodemográfico es posible afirmar que los procesos de afiliación tienden a evolucionar con la edad y el nivel educativo. Mientras más tarde terminan los jóvenes sus estudios, más tiende a aumentar el grado de asociacionismo y de participación.

– Desde el punto de vista de una *diferenciación por género*, al igual que en la década del ochenta, el Eurobarómetro 97 muestra claras diferencias de género en relación al tipo de afiliación: mientras que las *mujeres* se hallan más representadas en grupos y asociaciones sociales y de beneficencia (5,6 % vs. 3,9 %), religiosas y parroquiales (10,1 % vs. 7,4 %), culturales y/o artísticas (5,8 % vs. 4,5%), de protección de la naturaleza y el medio ambiente (6,5 % vs. 4,5 %), en otras asociaciones “espontáneas” (4,6 % vs. 3,1 %) y entre los no organizados (50,4 % vs. 44,3 %); los *varones*, como ya se observara, muestran un mayor grado de afiliación en organizaciones deportivas (31,6 % vs. 24,1 %), en organizaciones juveniles o casas de juventud (8,5 % vs. 6,3 %) y en sindicatos y partidos políticos (5,4 % vs. 3,5 %) (Eurobarómetro, 1997; gráfico “Participation in Community Life”, pág. 20).

El análisis-resumen de algunos de los datos obtenidos por las encuestas del Eurobarómetro, concretamente aquellos referidos a las diferentes formas de afiliación y participación juvenil, permite concluir que los jóvenes europeos prefieren más que nada afiliarse a grupos de interés general –particularmente aquellos vinculados al deporte– y menos a aquellos que actúan de acuerdo a intereses específicos, como es el caso de los sindicatos, de los partidos políticos o las asociaciones de consumidores. Los datos muestran además que la religión parece ser una variable diferenciadora interesante: un 31 % de los jóvenes que declaran pertenecer a “otra religión” (o sea, que no se declaran ni católicos, ni protestantes u ortodoxos), dice a la vez que es miembro de organizaciones religiosas o parroquiales, mientras que sólo un 10 % a un 11 % de aquellos que afirman pertenecer a las tres confesiones citadas, se declara afiliado a una asociación religiosa o parroquial. También el hecho de ser estudiante ejerce un importante impacto sobre la pertenencia o no a asociaciones. De hecho, los estudiantes muestran en los tres relevamientos aquí analizados, tasas superiores de participación que los demás grupos de nivel educacional inferior. La misma tendencia se muestra en relación a aquellos jóvenes responsables del ingreso principal de sus hogares, que demuestran tener un grado mayor de afiliación a las asociaciones y organizaciones juveniles que aquellos cuya contribución material a su familia es sólo subsidiaria.

Este panorama sobre la presencia de los jóvenes europeos en formas institucionalizadas de participación social obviamente debe ser complementado con un análisis de la participación juvenil en formas alternativas a las de afiliación institucional. Así, por ejemplo, en el caso alemán, un 71 % de los entrevistados en la encuesta Shell 1997 (Jugendwerk der Deutschen Shell, 1997) afirma estar de acuerdo con participar de una “iniciativa ciudadana”, de servicio comunitario por ejemplo (aunque sólo un 8 % declara hacerlo efectivamente). Un porcentaje similar se manifiesta de acuerdo con “trabajar en una actividad para el tercer mundo” (si bien sólo un 4 % lo hace efectivamente); el 52 % dice que participaría de un “boicot de consumidores”, por ejemplo contra una empresa que inquiere el medio ambiente (el 21 % ya lo ha hecho), y el 21 % estaría dispuesto a “actuar en contra de convicciones falsas”, por ejemplo contra tendencias neonazis, incluso “si para ello hubiera que ejercer la violencia” (un 16 % declara ya haberlo hecho). La encuesta Shell 1997 muestra además que, al igual que en otros planos, en relación a los grupos de participación informal los jóvenes tienden más a tener simpatías y a identificarse con ciertos grupos y sus acciones (por ejemplo, con Green Peace), que a ser activos en ellos. Del mismo estudio se desprende que los jóvenes depositan fundamentalmente su confianza en aquellas organizaciones sociales y asociaciones ciudadanas que tematizan problemas del futuro de la sociedad y que, por lo tanto, son consideradas por ellos de gran significación para sí mismos. De este modo, por ejemplo, se les tiene confianza o “muchísima confianza” a los *grupos ambientalistas o ecologistas* (68 % de los entrevistados). Las *organizaciones de derechos humanos* (51%) y las *iniciativas locales* –de barrio u otras– (37%) les siguen en cuanto a confiabilidad. Sin embargo, como hemos visto, la pertenencia real a dichos grupos es bastante baja: sólo entre un 3% y un 4 % de los entrevistados declara pertenecer a una organización ecologista o a una de derechos humanos, y menos del 1 % a una iniciativa ciudadana de orden local.

Algunos datos más actualizados sobre el caso español pueden obtenerse de los informes *Juventud en España 1992* (INJUVE, 1993) y *Juventud en España 1996* (INJUVE, 1996). En el *Informe Juventud en España 1992* se corroboran datos y resultados de informes anteriores, así como aquellos obtenidos por el Eurobarómetro 90: la mayor parte de los jóvenes españoles (66 %) está desvinculada de cualquier tipo de relación con una asociación voluntaria, aunque algunos tengan contactos o amigos que sí pertenecen a ellas.

De la población juvenil asociada, en 1992, sólo el 2 % de los encuestados (N= 2.397) (o el 5,8 % de los que están asociados) está afiliado a alguna *organización política*. Un 3 % del total y 8,9 % de los asociados se halla afiliado a una *asociación sindical*; el 2,3 % de la población encuestada y 6,6 % de los asociados dice pertenecer a *movimientos sociales*; el 3,7% de los entrevistados (10,7 % de los asociados) afirma pertenecer a una *asociación de estudiantes*; mientras que el 4,7 % de los entrevistados (13,8 % de los asociados) pertenecía a una *asociación religiosa*. De estos datos se desprende que sólo un 15,7 % de los entrevista-



dos o 45,8 % de los que se hallan organizados, pertenecía a algún tipo de organización política o “parapolítica”, constituyendo una muy pequeña minoría. Si bien la situación de asociacionismo y participación general de los jóvenes mejoró algo en los años ochenta y comienzos de los noventa, sigue estando claramente bajo la media europea. De los datos del informe de juventud de 1988 se desprende que, de acuerdo a la distribución del tiempo libre que en aquel entonces efectuaban los jóvenes, a un joven español medio sólo le quedaban cuatro minutos para realizar actividades asociativas organizadas (participación en asociaciones voluntarias, asistencia a reuniones políticas o religiosas, casas de juventud, etc.) lo que indica claramente que sólo una pequeña proporción de jóvenes empleaba alguna parte de su tiempo libre en este tipo de actividades. Estos datos se refieren, eso sí, sólo a los días laborables, lo que no considera el hecho de que muchas de las actividades mencionadas se realizan concentradamente los fines de semana. El *Informe Juventud en España 1992* vuelve a corroborar esta situación: la mayoría de los jóvenes ocupan parte de su tiempo de ocio en cuatro actividades principales, que realizan con mucha más frecuencia que todas las demás, y que son –en orden decreciente de frecuencia– “salir con los/as amigos/as”; “ver televisión o video”; “oír la radio” e “ir a bares, pubs o discotecas”. Mientras que los jóvenes asociados tienden a participar más de actividades que requieren de una cierta formación previa, como por ejemplo participar en actos culturales (conferencias, exposiciones, etc.), y a concurrir con más frecuencia al cine o al teatro, siendo los que más frecuentemente leen los periódicos, los no asociados desarrollan actividades de ocio más pasivas o consumistas (INJUVE, 1993: 201, cuadro 7.15). Según Prieto, estos datos pueden ser tomados como un buen indicador del interés de los jóvenes asociados y los no asociados por la vida cultural y de su país. Sin embargo, según nuestra opinión, dicen muy poco en cuanto al deseo real de participación de los jóvenes en la vida social y política.

Esta tendencia general vuelve a observarse en el *Informe Juventud en España 1996*. Si bien el tema del asociacionismo se discute en este informe sólo en relación al papel que éste pueda tener en la generación o prevención (evitación) de actitudes violentas, de manera indirecta sí proporciona alguna información sobre la participación de los jóvenes españoles en 1996.

Según sus autores (Serrano/Velarde Hermida), el deseo de participación de los jóvenes, al igual que en épocas anteriores, se canaliza hacia el “asociacionismo formalmente no político” (INJUVE, 1996: 259). Entre los jóvenes asociados, los autores distinguen dos orientaciones distintas:

- aquellos que canalizan su deseo de participación hacia la “práctica deportiva y excursionista”, actividades que atraen sobre todo a los varones y especialmente en las edades donde existen vínculos más endogrupales, o sea los más jóvenes, y
- aquellos que se orientan más hacia una participación en “torno a acciones solidarias”, incluyendo organizaciones para la preservación de la naturaleza (a las

que pertenece un 29 % de aquellos que están asociados), de defensa de los derechos humanos (11 %), de acción pacifista y de objeción de conciencia (7 %), para obras benéfico-asistenciales (7 %). Las asociaciones culturales y políticas se ubican todas por debajo de este último porcentaje.

Una comparación con los datos referidos a 1990 (Eurobarómetro 90) y 1992 (*Informe de Juventud en España 1992*) muestra que a mediados de la década del noventa se produce un aumento de la participación juvenil en actividades vinculadas al medio ambiente y a la defensa de los derechos humanos, mientras que las demás dimensiones del asociacionismo permanecen más o menos inmodificadas.

#### **4. Interés por la política, confianza en las instituciones y participación política**

La participación ciudadana (ya sea de jóvenes o de adultos) en procesos políticos, tanto a nivel local, regional, nacional o supranacional, debe ser considerada como un elemento central en el funcionamiento de los sistemas democráticos. Como lo demuestran numerosos ejemplos históricos, la participación política de los ciudadanos es de suma importancia tanto en cuanto a la manutención de la legitimidad del ordenamiento político del que se trate, como en relación a la capacidad de dichos sistemas para enfrentar y resolver problemas económicos, sociales y políticos. A la hora de estudiar el tema de la participación política de los jóvenes, las tres cuestiones clásicas que se plantean son la del interés por la política, la de la confianza que depositan en instituciones vinculadas a ella y la de la participación política (activa) misma.

El interés por la política y la participación activa, por otra parte, deben ser vistos tanto en su dimensión institucional, es decir en la disposición de los ciudadanos a participar en formas convencionales e institucionalizadas de actividad política (elecciones, afiliación a partidos políticos, candidaturas, mesas o colegios electorales, etc.) así como en la dimensión extrainstitucional, es decir en formas no convencionales y no institucionalizadas de participación, por ejemplo en forma de protestas, manifestaciones, peticiones, recolección de firmas, manifiestos, solicitadas en los periódicos, etcétera. Es en relación a estas manifestaciones no institucionalizadas de participación política que Max Kaase (1987: 112-139) acuña el concepto de “revolución participatoria”, refiriéndose a la enorme expansión que las formas no convencionales de participación han tenido en Europa, a partir de la década del setenta. El hecho de que tanto la popularidad de las formas de participación política institucionalizadas como de las no institucionalizadas haya declinado en los últimos años —especialmente a partir de mediados de los ochenta—, ha llevado a que en muchos países, no sólo de la Unión Europea, se planteen tesis cuestionadoras respecto del interés real de los jóvenes en comprometerse

con la “*res-publica*”. Ello a su vez ha conducido a una intensificación de la investigación sobre a la cuestión del interés real de los jóvenes en la política y en consecuencia también sobre la cuestión referida a la credibilidad que “la política” tiene para los jóvenes.

#### **4.1. El interés por la política**

En relación a esta cuestión, los Eurobarómetros de 1982, 1987 y 1990 dan algunas pistas sobre el lugar que ocupa esta área de interés entre los jóvenes de la Unión Europea.

Lamentablemente el Eurobarómetro de 1997 no volvió a plantear la pregunta, de modo que se hace difícil actualizar a nivel de datos comparativos los resultados conocidos hasta inicios de los noventa. Esto es particularmente problemático, ya que es de suponer que los cambios económico-sociales y las situaciones políticas vividas en esta década seguramente no han quedado sin consecuencias sobre el interés de los jóvenes europeos por participar en política. Haciendo esta salvedad, nos referiremos a los resultados europeos conocidos hasta inicios de la década del noventa, para complementarlos después con datos más actuales referidos a estudios realizados sobre el tema en España.

En relación al “interés por la política”, la pregunta de los Eurobarómetros mencionados se hallaba formulada de la siguiente manera:

*“¿Cuáles son las cosas que más le interesan en la vida? ¿Podría decirme cuáles de las cosas señaladas en esta lista son las que a usted le interesan verdaderamente?”*

A continuación se le presentaba a los entrevistados una lista de doce opciones, de las cuales debían escoger sólo una, incluyendo la posibilidad de responder “ninguna de ellas”.

Mientras que en el primer lugar de las respuestas obtenidas figuraba “el medio ambiente, la protección de la naturaleza, la ecología” (51 %), los últimos tres lugares los ocupaban “la política internacional” (14 %), “la política nacional” (13 %) y “ninguna de todas ellas” (3 %). El Eurobarómetro 90 (Comisión Europea, 1991: 20) muestra la evolución de los centros de interés de los jóvenes entre 1982 y 1990.

Una diferenciación de las respuestas referidas al “interés por la política” (internacional y nacional) muestra que, en un contexto de bajo interés general, los jóvenes de países como Dinamarca (25 % en 1982 y 22 % en 1990), la ex República Democrática Alemana (20 % en 1982 y 30 % en 1990), la ex República Federal Alemana (18 % y 19 %), Portugal (17 % y 18 %) y Luxemburgo (23 % y 15 %) se ubican claramente sobre la media europea, mientras que todos los de-

más se ubican o en la media o por debajo de ella. Entre los jóvenes que manifiestan menor interés por la política se hallan aquellos de los Países Bajos (17 % en 1982 y 11 % en 1990), Italia (14 % y 12 %), Grecia (13 % y 13 %), Francia (14 % y 10 %), Bélgica (12 % y 8 %), Reino Unido (9 % y 10 %), España (8 % y 9 %) e Irlanda (7 % y 10 %) (Comisión Europea, Eurobarómetro 1990: 22). La diferenciación de los datos del Eurobarómetro 1990 por género y edad, muestra que los varones de 20-24 años son los que tienden a mostrar mayor interés por la política nacional e internacional (19 % nacional y 19 % internacional) versus 14 % en ambas categorías para las mujeres. Algo similar sucede, a un nivel más bajo de interés, con los jóvenes de menor edad (15-19 años: aquí los varones están representados en un 14 y 12 %, mientras que sólo un 8 % de las mujeres muestra interés por la política nacional o internacional).

Los datos panorámicos aquí presentados son corroborados por distintas fuentes nacionales. Así, por ejemplo, el *Informe Juventud en España 1992* (INJUVE, 1993: 204) muestra que el desinterés por la política alcanza al 78 % de los jóvenes (el 40 % dice que la política no les interesa “nada” y el 38 % “poco”). Sólo uno de cada cinco jóvenes dice estar interesado en la política. De ellos sólo un 4 % dice estar “muy interesado” (INJUVE, 1993: 205).

Estos datos son muy similares a los obtenidos por una encuesta de juventud realizada por el CIS en 1989 (CIS, 1990: 227-277), aunque el porcentaje de jóvenes interesados en la política parece haber aumentado ligeramente en los tres años que pasaron entre una encuesta y otra.

Las mismas diferencias por género observadas en los Eurobarómetros se manifiestan en el *Informe de Juventud en España 1992*: el 26 % de los varones y el 17 % de las mujeres afirman interesarse “mucho” o “bastante” por la política (ver pág. 205, gráfico 7.10). Además de estas diferencias por género, existen otras diferencias sociográficas en cuanto al interés por la política, en particular en relación a la edad, el nivel educativo y la posición social de los entrevistados. Como lo muestran los cuadros 7.18 y 7.19 (INJUVE: 1993: 206-207), el interés por la política aumenta con la edad y crece significativamente a medida que se eleva la posición social y el nivel de estudios de los entrevistados. También el tipo de actividad desarrollada (“sólo estudia”; “estudia y trabaja”; “no estudia”; “sólo trabaja”; “busca trabajo”; “tareas del hogar”) es un factor diferenciador del interés por la política.

Es interesante destacar que el interés de los jóvenes por la política en el caso español varía de acuerdo al autopoicionamiento político y al grado de afiliación a asociaciones voluntarias. Tomando como indicador la tradicional escala de 1 a 10 (de extrema izquierda a extrema derecha), el *Informe Juventud en España 1992* muestra que la mayoría de los jóvenes continúa situándose en posiciones de centro y de centro-izquierda. El 25 % de los jóvenes se sitúa en posiciones de izquierda moderada (puntajes 3 y 4 de la escala) y el 33 % se ubica en las posicio-

nes centrales (5 y 6); mientras que sólo el 10 % se sitúa en la derecha (7 y 8), el 6 % se sitúa en posiciones radicales de izquierda (1 y 2), y el 2 % en posiciones radicales de derecha (9 y 10). Los datos del informe muestran además que el autopercepción política varía fuertemente entre los grupos en función del interés manifestado por la política, y varía bastante según los jóvenes formen parte o no de una asociación. Así, el 20 % de los que se interesan “mucho” por la política se sitúa en la extrema izquierda y el 35 %, en las posiciones de izquierda o centro-izquierda. A medida que disminuye el interés por la política, aumenta el número de jóvenes que se sitúan en el centro y que no se ubican en la escala (INJUVE, 1993: 210).

En Alemania, al igual que en España (a pesar de las diferencias que se manifiestan entre ambos países en los resultados del Eurobarómetro 90), el interés de los jóvenes por la política, en comparación a la significación que le dan a otras áreas de interés (“estudios”, “ocio”, “trabajo”, etc.) también puede considerarse como relativamente bajo. Así, por ejemplo, en los diferentes estudios Shell desarrollados entre 1982 y 1997 se manifiesta una disminución del interés de los jóvenes alemanes por la política, que en el grupo etéreo de 15-24 años baja del 55 % en 1991, al 47 % en 1996. Las diferencias por género y región, medidas entre 1991 y 1996 con el mismo instrumento, pero referidas al grupo de 13-24 años, varían para los varones de un 58 % en 1991 a un 48 % en la ex RFA, y de un 56 % a un 41 % en la ex RDA. Para las mujeres, las variaciones entre 1991 y 1996 van del 47 % al 37 % en la ex RFA y del 58 % al 44 % en la ex RDA. Si bien estos datos muestran una alarmante disminución del interés manifestado por los jóvenes por la política (8 puntos en el tramo etéreo de 15-24 años y 10 puntos para el de 13-24 años), siendo especialmente alta la disminución observada entre las mujeres y entre los jóvenes de la ex RDA, el porcentaje de los interesados en política sigue superando en promedio el 40 %, lo que comparativamente es una tasa de interés bastante aceptable.

El estudio-panel “Juventud y Política” del DJI (Hoffmann-Lange, 1995), realizado sobre la base de una muestra representativa de algo más de 7.000 casos y cuyo trabajo de terreno fue realizado en 1992 (una primera replicación se realizó en 1997), confrontó a los entrevistados (al igual que en las encuestas Eurobarómetro) con una pregunta referida al grado de interés por la política. La pregunta fue planteada en términos comparativos, es decir, se esperaban respuestas que estuviesen en relación con el interés demostrado por los entrevistados hacia otras áreas de interés, como por ejemplo “ocupación y trabajo”, “los amigos”, “el ocio”, “la formación académica o vocacional”, el “tener pareja”, etcétera.

Entre estas opciones, el interés por la política obtiene puntajes relativamente bajos, por lo general menores que el interés por cada una de las otras áreas. Esta disparidad es mayor –al igual que en el caso español– en los grupos de menor edad (16-19 años), aunque no cambia significativamente a medida que aumenta

la edad. Si bien con el avance de la edad (20-29 años) se observa un debilitamiento del interés por el área de los estudios y la formación vocacional, esta disminución es compensada por un aumento del interés en el área ocupacional y de constitución de una familia propia. De todos modos, no se observan grandes aumentos del interés por la política.

Al igual que en España y que en otros países europeos, también en Alemania el interés por la política es diferente de acuerdo al sexo de los entrevistados. Tanto en Alemania Occidental como en Alemania del Este, las mujeres afirman estar menos interesadas en política que los hombres. Al igual que en los demás países, la variable “nivel educacional” también actúa como factor diferenciador en cuanto al interés por asuntos vinculados a la política. A mayor nivel de educación formal, más alta es la proporción de personas que dicen tener “alto” o “muy alto” interés por la política.

La replicación del estudio-panel del DJI en 1997 muestra que mientras en el este de Alemania el interés por la política continúa disminuyendo, en la parte occidental, es decir en la antigua RFA, tiende a aumentar. Según este estudio, mientras ahora sólo un 17 % de los adolescentes y adultos jóvenes del este continúa manifestando interés por la política, en el oeste un 25 % de los entrevistados manifiesta un “fuerte interés” por ella. Las variables sociodemográficas de edad, formación educacional y género diferencian estos resultados de la manera ya conocida: cuanto más jóvenes los entrevistados y menos formación escolar tienen, tanto más bajo es su interés por la política. Al igual que en 1992, los varones muestran un mayor interés por la política que las mujeres (“Encuesta sobre la Juventud de 1992 y 1997”, en Gille y Krüger, 1998: 3). En Italia el instituto de investigación IARD viene desarrollando estudios nacionales de juventud desde comienzos de los ochenta (IARD: 1983, 1987, 1992 y 1996), basados en muestras representativas de unos 2.500 casos (seleccionados entre el grupo etáreo de 15 a 29 años).

A diferencia de los resultados obtenidos en los estudios realizados por IARD entre 1983 y 1992, esta encuesta permite observar un renovado interés de los jóvenes por la política.

Durante la década que va entre 1982 y 1992, los indicadores referidos a actitudes vinculadas al “interés por la política” (i) (“estoy bien informado sobre política, pero no directamente involucrado”) y a la “delegación de responsabilidades” (d) (“creo que es mejor dejar la política a aquellos que son más competentes que yo”), se hallaban básicamente en un situación de equilibrio ((i) = 44,2 % en 1983; 39,3 % en 1987; 39,4 % en 1992 vs. (d) = 44,2 % en 1983; 42,1 % en 1987 y 36,4 % en 1992). En la encuesta de 1996 esta situación cambia radicalmente: la actitud indicadora de interés aumenta al 50,5 %, y aquella que indica delegación de la política en otros (“profesionales”) disminuye al 26 %. Estos datos demuestran que lo que disminuye no es el interés por la política sino la credi-

bilidad de aquellos que la practican, es decir aquellos a los que antes se consideraba como “competentes”. Junto con los datos que muestran un aumento del disgusto de los jóvenes con la política (12.0 % en 1983; 15,8 % en 1987; 20,4 % en 1992 y 19,9 % en 1996), estos resultados parecen indicar que se está desarrollando entre los jóvenes no sólo desencanto con la política, sino una especie de nueva conciencia sobre “lo político”, que incluye la convicción de que la política ya no se puede “delegar” en sus profesionales.

En el caso de Francia, aparte de los datos aportados por el Eurobarómetro, son interesantes los citados por Olivier Galland (1991), que si bien no son los más actuales, van en la misma dirección que los analizados hasta ahora para otros países miembros de la Unión Europea.

Uno de los rasgos distintivos de las actitudes de la juventud francesa hacia la política es el descreimiento creciente en los partidos políticos y la desafección por participar en el juego electoral (Percheron, 1987). Este fenómeno se puede observar en todas las categorías etarias y particularmente en los más jóvenes. La tasa de no inscripción en los registros electorales así como las tasas de abstención eran ya a finales de la década del ochenta muy altas: 48 % de no inscriptos entre los jóvenes de 18/19 años vs. 9 % del conjunto del cuerpo electoral. El desinterés por la política entre los jóvenes franceses también se manifiesta en relación a aquellas preguntas que se refieren al interés por diferentes formas de asociacionismo. Entre los jóvenes de 15-24 años, los partidos políticos eran, aparte de las asociaciones religiosas, los que menos interés despertaban en los jóvenes (véase al respecto los datos de los diferentes Eurobarómetros).

#### **4.2. Confianza en las instituciones**

Tanto los datos recién presentados, que documentan un supuesto desinterés de los jóvenes por “la política” –por lo menos en relación a las formas institucionalizadas de practicarla–, así como el hecho de que la participación de los jóvenes en elecciones, partidos políticos y organizaciones sindicales haya disminuido sobreproporcionalmente en los últimos años, llevan a plantear la pregunta de cuál es el grado de confianza que los jóvenes aún tienen en las instituciones democráticas (Kleinheinz, 1995: 100). ¿Es que la distancia y el escepticismo actual de los jóvenes en relación a las formas institucionalizadas de participar en política son un fenómeno general, o es que se refieren más bien a una expansión del repertorio de formas posibles de expresión democrática, en que las formas convencionales entran a ser relativizadas y complementadas por otras menos formales y burocráticas? Para responder a estas preguntas analizaremos a continuación los resultados de algunas investigaciones desarrolladas en países de la Unión Europea, que en parte dan una respuesta a ambas cuestiones.

---

En Alemania, la primera encuesta del DJI sobre “Juventud y Política” (1995) revela un hecho interesante: a dos años de la reunificación, es decir en el breve lapso de tiempo en que ambas partes de Alemania tienen instituciones políticas comunes, el grado de credibilidad de las instituciones democráticas entre los jóvenes del este y del oeste (16-29 años) es bastante similar. El nivel de confianza en las instituciones en general, sin embargo, se mantiene más bajo en el este que en el oeste. En detalle, las tendencias observadas son las siguientes:

– Tanto en el este como en el oeste, son *menores los grados de confianza* que depositan los jóvenes en los partidos políticos, las iglesias, la industria, los grandes negocios, el Gobierno Federal, las Fuerzas Armadas y (en el este) también en la prensa, que en las demás instituciones ofrecidas como opción de respuesta en la pregunta correspondiente (el Parlamento, la Corte Federal [Suprema] de Justicia, las Cortes Estatales de Justicia, la Policía, los sindicatos, la televisión, etc.).

– Mientras que en Alemania occidental entre un quinto y un tercio de los encuestados expresa tener confianza en estas instituciones, en Alemania oriental escasamente más de un cuarto expresa tener confianza en ellas.

– Los *partidos políticos* son las instituciones que *menor confianza* suscitan en los ciudadanos jóvenes (23,4 %). Las instituciones que, en orden de mayor a menor, obtienen los *mayores márgenes de confianza* entre los jóvenes son: Green Peace, la Corte Federal (Suprema) de Justicia, las iniciativas ciudadanas (locales), las Cortes Estatales de Justicia, la policía, los sindicatos, la televisión, la prensa (Hoffmann-Lange, 1995: 259-260).

Estas tendencias se repiten en la encuesta Shell de 1997, en la que también se observa un grado de confianza relativamente bajo en las instituciones políticas. La mayoría de los jóvenes opina que las instituciones políticas (partidos, parlamentos, consejos municipales, gobiernos regionales, consejos de juventud, etc.) “no estarían en condiciones de resolver los grandes problemas sociales de la actualidad”. Ante la pregunta:

*“¿Cree que en el futuro habrá un puesto de trabajo adecuado para cada joven y que el desempleo tenderá a desaparecer?”*

Sólo un 7% responde que “probablemente” y el 1% está “seguro” de ello. Por otra parte, mientras que la afirmación “No existe un partido que represente los intereses de los jóvenes” recoge un 60 % de acuerdo por parte de los encuestados, la afirmación “Los políticos son los culpables del desinterés de los jóvenes por la política” concentra el 85 % de acuerdo y el 86 % de los entrevistados está de acuerdo en afirmar que “en el futuro vamos a sufrir las consecuencias de los errores de la política actual”. En su conjunto, estos datos muestran que también en Alemania los partidos políticos gozan, comparativamente, de la menor credibilidad y confianza entre todas las organizaciones sociales y políticas.



Sólo un 9 % de los entrevistados en la encuesta Shell 1997 se decidía, en una escala de 5 posicionamientos posibles, entre las alternativas polares “muy poca confianza”/“muchísima confianza”, por las opciones: “tengo confianza” (nivel 4 en la escala) o “tengo mucha confianza” (nivel 5). Este bajo grado de confianza y credibilidad en los partidos políticos podría ser una de las razones por la cual la generación joven encuentra tan pocos puntos de contacto con el sistema político. Así, por ejemplo, el 38 % de los entrevistados dice no sentirse cercano a ningún partido político e incluso las simpatías por determinados partidos son bastante difusas y complejas: los simpatizantes de los partidos Demócrata Cristianos/Socialcristianos expresan a su vez simpatías por los grupos ecologistas, mientras que los simpatizantes del partido Alianza 90/ Los Verdes (ecologistas) ya no rechazan de manera tan radical los estilos de vida juveniles de corte consumista, en parte simbolizados por los primeros.

En Austria, Fritz Plasser y Peter A. Ulram, en su análisis del comportamiento político y electoral de los jóvenes austríacos entre 1960 y 1996 llegan a la conclusión de que durante las últimas dos décadas se han producido cambios radicales en la cultura política de este país, que pueden ser interpretados como resultado de un cambio generacional en las identificaciones y afiliaciones sociales, culturales y políticas tradicionales. Los procesos de *desafiliación* y *desidentificación* observados serían, sin embargo, sólo un factor entre otros a la hora de caracterizar dichos cambios (Plasser y Ulram, 1999: 51-60). Entre otros factores determinantes del cambio en la cultura política austríaca los autores enumeran:

– una creciente sensación entre los jóvenes austríacos de aumento de la “propia eficacia política”, es decir un aumento de la percepción de la propia competencia política, en contraposición con la creciente percepción de un *bajo nivel de eficacia/competencia de la política “externa” (“profesional”)*, es decir de la capacidad de respuesta del sistema político a las demandas de los ciudadanos. Este fenómeno puede considerarse como equivalente al observado entre los jóvenes italianos, que tienden a confiar cada vez menos en el principio de delegación, es decir de dejar la actividad política en manos de profesionales de la política;

– una creciente erosión de la confianza en los partidos políticos y en los políticos mismos, así como en las instituciones que organizan y articulan los diferentes sectores y grupos de intereses en la sociedad civil (Ulram, 1990). Esta falta de confianza política se manifestaría no sólo en relación a áreas como “la moral política” o los “estilos de hacer política”, sino también en relación a la evaluación crítica de los resultados (*outputs*) del sistema político. Es así que en los años noventa alrededor de la mitad de los votantes (no sólo de los electores jóvenes) está convencida de que las medidas políticas adoptadas por el gobierno austríaco, así como por las autoridades regionales y locales, a menudo o casi siempre no son efectivas. El porcentaje de jóvenes que cree que “los políticos están haciendo mal su trabajo”, es aún mayor.

El sentimiento de insatisfacción respecto a la (in)eficiencia del sistema político ha venido siendo reforzado en los últimos años por el surgimiento de nuevos problemas sociales. Así, por ejemplo, como consecuencia de factores “externos” (apertura de las fronteras hacia el este después de 1989; integración a la Unión Europea en 1994) e “internos” (programas de consolidación presupuestaria; dificultades con el mercado laboral y con el sistema de seguridad social), van surgiendo nuevos temas políticos, como la inmigración, el desempleo, la delincuencia, etc., para los cuales es difícil hallar soluciones a corto plazo, por lo que progresivamente dichos temas comienzan a dominar el escenario político. Estos “temas” son tratados por los actores políticos de manera extremadamente emocionalizada, lo que a su vez repercute en la percepción negativa que tiene el “público” de la política. La sensación dominante, generalizada también entre los jóvenes, de que los partidos políticos no son capaces de solucionar dichos problemas ni de controlar el clima de agresividad observable en una parte del electorado, va generando un creciente desencanto con los partidos políticos tradicionales, que han ocupado el centro del escenario político austríaco de la posguerra. Sin embargo, según los autores que comentamos, a pesar de dichas críticas a la “cultura” del sistema político, los ciudadanos austríacos, incluidos los jóvenes, siguen considerando como necesaria la existencia de las instituciones políticas, y siguen respetando las reglas del juego democrático. Así, por ejemplo, si bien la mayoría del electorado redujo rápidamente sus expectativas en relación a los beneficios que implicaría la entrada a la Unión Europea, sólo entre un 10-15 % ha votado en favor de una retirada de Austria de dicha Comunidad.

En España, el estudio de Manuel Martín Serrano, *Los valores actuales de la juventud en España* (1991), destaca que cuando se les pregunta a los jóvenes por las personas o instituciones que les inspiran mayor confianza, en su gran mayoría responden que se fían más de las relaciones interpersonales que de las instituciones, cualesquiera que éstas sean.

Si bien esta mayor confianza en las relaciones primarias, no institucionalizadas, es un rasgo característico de la juventud, a él se le suma sin embargo el hecho de que en los últimos años se ha reducido cada vez más el número de jóvenes que confían más en las instituciones que en su propio “capital social”. En el trabajo de Serrano, de una lista con 22 opciones de respuestas presentadas a los entrevistados, los porcentajes más altos de confianza otorgados por parte de los jóvenes españoles los reciben categorías como la familia/la pareja (86 %) y los amigos/compañeros (81 %). Todas las opciones de respuestas referidas a instituciones (ej. la iglesia, el sistema de leyes, el Parlamento del Estado, el sistema de enseñanza, los sindicatos, la política (1 %), la prensa, las Fuerzas Armadas, las grandes empresas, el Parlamento de su comunidad autónoma, los funcionarios, etc.), reciben en conjunto un 14 % del “voto de confianza” de los jóvenes. Sin embargo, como se verá en la sección siguiente, a pesar de este bajo nivel de confianza en las instituciones, los jóvenes españoles siguen demostrando un alto gra-

do de identificación con el sistema político democrático de su país. Lamentablemente, el *Informe Juventud en España 1996*, elaborado por el mismo autor, no incluyó este tema en la agenda de las cuestiones allí estudiadas, de modo que no es posible por el momento actualizar estos datos.

En Portugal, José Machado Pais y otros (1998), en su excelente estudio sobre *Geracões e Valores na Sociedade Portuguesa Contemporânea* (Generaciones y valores en la sociedad portuguesa contemporánea), confrontaron a sus entrevistados con una lista de quince instituciones sociales y políticas, solicitándoseles responder si dichas instituciones les merecían mucha o poca confianza. Los resultados muestran, en primera instancia, un contexto mayoritario de escasa confianza institucional (Machado Pais y otros, 1998: 210).

Del total seleccionado, las instituciones que mayor credibilidad (indicador “muchísima confianza”) merecían entre el conjunto de los encuestados, incluidos los jóvenes, eran: la escuela (62,3 %), la iglesia (62,7 %), los hospitales (59,9 %) y los bancos (55,6 %). Con índices de confianza mucho menos pronunciados, aunque bastante próximos al 50 %, en el indicador “mucho confianza” se ubicaban los Tribunales de Justicia y las Fuerzas Armadas.

Por otra parte, son las instituciones que tienen la función de asegurar el funcionamiento regular de la democracia las que menos confianza inspiran al conjunto de los portugueses: en el indicador “poca confianza”, los partidos políticos (con 79,5 %, los más penalizados), el Parlamento (76,1 %) y el gobierno (71,8 %), son las instituciones en relación a las cuales se expresa la mayor desconfianza, sentimiento que se prolonga de manera algo más atenuada a las autoridades locales, los sindicatos y el Estado. Las organizaciones empresariales (55,4 %), la policía (60,9 %) y la prensa (54 %) son instituciones que tampoco gozan de mucha confianza.

En el marco de esta desconfianza generalizada de los portugueses respecto de sus instituciones políticas, es interesante constatar que los niveles de confianza en las instituciones de tradición más bien autoritaria, como la iglesia, las Fuerzas Armadas y la Policía, siguen siendo altos. También es interesante observar que la desconfianza en las instituciones tradicionales así como en aquellas instituciones políticas y de regulación democrática (no se incluyen aquí las sociales), como el Estado, el Parlamento, el gobierno, los partidos políticos, las autoridades locales, los sindicatos y el empresariado, tienden a decrecer con la edad. Mientras más jóvenes son los encuestados, menor es el grado de confianza en las instituciones mencionadas. Esto es particularmente cierto para el caso de la iglesia (que en todas las demás clases etáreas sigue manteniendo un alto grado de confianza), la Policía, el Estado, el empresariado y las autoridades locales. Esta tendencia se observa también –a un nivel de desconfianza más bajo– en relación a los sindicatos, las Fuerzas Armadas, el Gobierno, el Parlamento y los partidos políticos (Machado Pais y otros, 1998: 212-213).

Las tendencias que acabamos de señalar respecto de las instituciones más aflijidas en cuanto a su credibilidad entre los jóvenes, pueden ser interpretadas como manifestación del cambio intergeneracional a nivel de la cultura política de los diferentes países estudiados. Tales cambios en la cultura y las actitudes de los jóvenes hacia la política se corresponden con nuestras hipótesis iniciales sobre cambio social e individualización planteadas en nuestro marco conceptual. Los datos nos revelan una relación cada vez más problemática de los jóvenes con aquellas instituciones políticas y sociales percibidas por ellos como de naturaleza “conservadora”, “conformista”, “autoritaria” o “instrumentalizante”, es decir instituciones vistas ya sea como representantes y adalides de valores tradicionales (e. g. de la “manutención del orden” y de la “autoridad”) o como representantes de un modelo de sociedad de perfil más “materialista”, “colectivizante”, “estatizante”, cuyos actores políticos son vistos en general como ineficientes y sólo preocupados por su propio progreso. La credibilidad depositada en las instituciones políticas por los entrevistados demuestra estar estrechamente ligada a su status socioeconómico y a su nivel de educación formal. Así, por ejemplo, el prolongamiento de la educación formal y la mejora de las condiciones de vida parecen determinar una mayor actitud crítica en relación a las diferentes instituciones: mientras que, por un lado, se constata que la población analfabeta, o con menor nivel de instrucción, junto con la de nivel socioeconómico más bajo, son las que se muestran menos críticas y escépticas respecto del funcionamiento institucional, por el otro puede observarse que la credibilidad de muchas de estas instituciones tiende a disminuir con un más elevado status social y un mayor nivel de instrucción formal, siendo instituciones como la iglesia, la Policía, el empresariado y el Estado, así como las instituciones de regulación democrática (partidos políticos, elecciones, parlamentos, gobiernos nacionales o estatales, consejos municipales, etc.) aquellas en que los coeficientes de variación en la confianza depositada alcanzan los valores más altos.

Finalmente puede observarse también que la relación de confianza/desconfianza en las instituciones sociales y políticas depende del autopercepción político de los entrevistados. Así, por ejemplo, la confianza en las Fuerzas Armadas, la Policía y la Escuela crece a medida que los posicionamientos se van moviendo de la extrema izquierda hacia el centro y la centro-derecha. Lo mismo sucede con los partidos políticos, pero a un nivel de confianza mucho más bajo. A la inversa, el grado de confianza en la prensa aumenta, a medida que los sujetos se van posicionando más hacia la izquierda.

### **4.3 Participación política**

#### *4.3.1 Participación política institucional*

En Alemania, según el primer relevamiento realizado en 1992, en el marco del estudio-panel “Juventud y Política” del DJI (Hoffmann-Lange, 1995), la par-

---

participación juvenil en partidos políticos alcanza en la antigua RFA en el caso de los varones a un 3,7 % y en el de las mujeres al 2,6 %; es decir, un promedio de afiliación juvenil en los partidos políticos del 3,2 %. En la ex RDA la afiliación política de los varones llega al 4,3 % y la de las mujeres al 2,7 % (promedio: 3,5 %). El mismo bajo grado de afiliación de los jóvenes a organizaciones políticas se observa en la mayoría de los países de la Unión Europea, con excepción de Grecia. En España, por ejemplo, la afiliación a organizaciones políticas juveniles alcanzó en 1995 entre los hombres un 0,9 % (en 1991 había alcanzado un 2,5 %) y entre las mujeres el 1,0 % (en 1991 había alcanzado un 1,9 %). La participación en organizaciones juveniles sindicales es aún más baja, mientras que la afiliación a organizaciones juveniles confesionales (cerca de determinados partidos políticos), si bien es algo más alta, a su vez no alcanza valores superiores al 10 % (Comisión Europea, 1997).

Sin embargo, de acuerdo a diferentes indicadores, el bajo nivel de participación institucional (afiliación) no significa que los jóvenes europeos no manifiesten interés por la política. Así, por ejemplo, en el estudio-panel del DJI (1995), en los antiguos estados federados (oeste), un 20,6 % de los entrevistados manifestaba un “fuerte” interés por la política y un 40,8 % un interés “mediano”, mientras que en los nuevos estados federados (este) estas categorías recogían el 22,3 % y el 42,4 % respectivamente. Datos similares pueden citarse para otros países (Dinamarca, Italia, Austria, etc.), de lo que se puede deducir que el desencanto observable en la mayoría de las encuestas es más bien referido a las formas de hacer política de los adultos que al interés mismo por participar en política.

#### *4.3.2. Participación no convencional*

El interés de los jóvenes alemanes (y de otros países europeos) por participar políticamente, así como su identificación con el sistema democrático como forma de gobierno, se expresa en el hecho de que la mayoría prefiere expresar su voluntad combinando formas alternativas, espontáneas e informales de participación (que generalmente se dan en formas de “acción directa”) con formas constitucionalmente institucionalizadas y formalizadas de participación ciudadana. Así, por ejemplo, el 80,4 % de los jóvenes mayores de 18 años (en edad electoral) entrevistados por el estudio del DJI en 1992 afirma haber participado en las últimas elecciones, siendo mínimas las diferencias por género pero significativas por región: 86,7 % en la ex RFA y 80,4 % en los nuevos estados federados. La abstención consciente alcanza al 14,1 % en el oeste y al 10,5 % en el este. El votar por partidos “extremistas” de derecha o izquierda alcanza un 5,8 % en la antigua RFA y al 5,0 % en la ex RDA. Sólo un 2,8 % de los entrevistados en el oeste y 6,6 % en el este, declaran haber ejercido formas de violencia, ya sea contra objetos o contra personas y como forma de manifestación o expresión política. Por otra parte, entre los canales de participación política más utilizados por los entrevistados en 1992, se hallaban:

- recolección de firmas (52 % en el este y 49,1 % en el oeste),
- participación en manifestaciones legalmente permitidas (50,6 % en el este y 28,8 % en el oeste),
- participación en discusiones públicas (26,1 % en el este y 20,7 % en el oeste),
- actividades en gremios o instancias abiertas de participación pública, por ejemplo mesas redondas, organismos de participación universitaria, etc. (algo más del 16 % en ambas regiones),
- participación en una huelga sindical (9,3 % en el este y 8,5 % en el oeste),
- participación en una iniciativa ciudadana (4,3 % en el este y 7,0 % en el oeste).

La participación de los jóvenes en formas no legales/ilegales (pero no violentas) de expresión es relativamente alta: en manifestaciones no autorizadas la participación juvenil llega al 37,4 % en el este y al 26,6 % en el oeste; la participación en huelgas ilegales alcanza al 16,4 % en el este y al 12,0 % en el oeste, mientras que la ocupación de casas llega a niveles de participación del 19,2 % en el este y al 12,3 % en el oeste.

En el segundo relevamiento realizado en 1997, en el marco del estudio del DJI, al igual que en 1992, se les volvió a presentar a los entrevistados una lista referida a las diversas formas de participación política, de las cuales debían escoger aquellas por las que optarían personalmente, con el fin de ejercer influencia política en algún asunto de su interés o de interés público. Las alternativas de respuesta ofrecidas eran: “Lo haría, dado el caso” o “No lo haría de ninguna manera”. La comparación de los resultados entre 1992 y 1997 puede observarse en la tabla “Disposición de los jóvenes de 16 a 29 años a optar por ciertos comportamientos políticos según regiones, en 1992 y 1997, en %” (Gille y Krüger, 1998: 3). La mayor disposición a participar políticamente –tanto en 1992 como en 1997– se vincula en primer lugar a la recolección de firmas: 77,4 % y 78,2 % respectivamente en el oeste, y 83,3 % y 80,6 % respectivamente en el este. En segundo lugar a participar en una manifestación política autorizada: 62,1 % y 61,4 % respectivamente en el oeste, y 79 % y 64,5 % en el este. La menor disposición a participar tanto en el oeste como en el este se vincula al hecho de asumir una función pública: 19,1 % y 21,3 % en el oeste y 17,7 % y 14,4 % en el este. El ingresar en un partido político y trabajar activamente en él, representa la segunda “peor” opción de participación política para los jóvenes alemanes: 23,5 % y 23,2 % respectivamente en el oeste, y 21,1 % y 15,0 % respectivamente en el este.

En Alemania occidental, las graduaciones porcentuales han permanecido relativamente estables en relación a los dos levantamientos efectuados por el estudio-panel del DJI. En cambio, entre los jóvenes de la ex RDA, la disposición a participar en todas las formas antes mencionadas desciende claramente entre 1992 y

1997, con excepción de las “iniciativas ciudadanas”. Las formas de participación que más claramente han disminuido han sido la disposición a apoyar huelgas sindicales y a participar en manifestaciones políticas. En el primer caso, probablemente se reflejan en este cambio de actitud la reconversión industrial, el efecto de ésta sobre el mercado laboral y la debilitación de los sindicatos que ella ha producido; en el segundo caso, la pérdida de significación de un elemento específico de la cultura política del período correspondiente a la caída del muro de Berlín.

La mayoría de los estudios actuales sobre participación política muestra además que la relación asumida por trabajos de investigación más antiguos entre conocimiento político y participación va desapareciendo. Son justamente los jóvenes mejor informados, y aquellos que en las entrevistas individuales mejor argumentan políticamente, los que muestran el mayor grado de escepticismo respecto de la política tradicional, siendo a su vez estos jóvenes los que más se plantean la pregunta de si el compromiso político aún vale la pena y sus resultados compensan los esfuerzos invertidos en él. Según el estudio Shell, los jóvenes ven que sus intereses no se hallan representados en la política de los adultos, percibiendo como muy exiguas sus propias posibilidades de influenciarla. Tanto los datos del DJI como los del último estudio Shell (1997), así como otros realizados en Alemania Federal, sacan a la luz un resultado paradójico: no es que los jóvenes se desinteresen por la política sino que, por el contrario, se sienten dejados de lado, es decir no considerados por ella.

El *Informe Juventud en España 1992* (INJUVE, 1993) muestra que algo más de la tercera parte (34 %) de los jóvenes de 15-29 años está afiliado a alguna asociación. Esta tasa de asociacionismo es similar a la registrada en los estudios de Zárraga (1989), Elzo y otros (1989), así como en la encuesta sobre “Actitudes Políticas de la juventud en España” realizada por encargo del INJUVE por Ecoconsulting en 1991. Además, estos resultados se corresponden bastante con los de los Eurobarómetros 90 y 97. Sin embargo, según Serrano, quien se basa a su vez en los resultados de dos trabajos de Prieto (Prieto, 1991; 1992), es posible que estas cifras sobrealoren el asociacionismo sin considerar el hecho de que el porcentaje de afiliación, hacia 1992, había descendido notablemente, situándose entre un 19 % y un 25 %, según el tamaño del municipio de residencia (Serrano, 1992: 180). En todo caso, según los resultados de los informes y estudios mencionados, la proporción de jóvenes participantes (afiliados) en asociaciones políticas es baja y varía poco de encuesta en encuesta: en 1988 (2,7 %), en 1991 (2,5 %) y en 1992 (2 %). Si a la participación política en 1992 le agregamos los porcentajes de participantes en asociaciones sindicales (3 %), profesionales (1,8 %), ecologistas (2,3 %), de estudiantes (3,7 %), entendiéndolas como organizaciones que pueden tener una fuerte orientación o impronta política, la proporción de los que participan activamente en este tipo de asociaciones en su conjunto no sobrepasa el 12,8 % del total de afiliados a asociaciones en general. Desde este punto de vista podemos decir que más aún que en Alemania, esta forma institucionalizada de participación activa de los jóvenes

españoles en agrupaciones políticas o “parapolíticas” es muy débil. En cuanto a otras formas de participación “institucionalizadas”, por ejemplo el participar en elecciones, el *Informe Juventud en España 1992* muestra que ante la pregunta:

*“¿A qué partido votarían en el caso de que en este momento se celebrasen elecciones generales y tuvieran la edad legal para participar de ellas?”*

El 45 % declara su intención de votar un partido, el 15 % se muestra indeciso, el 6 % no contesta la pregunta y el 34 % declara que no votaría (INJUVE, 1993: 211). La actitud favorable a participar en las elecciones es significativamente mayor entre los que se declaran “muy interesados” o “bastante interesados” por la política, y se reduce a un 29 % en el grupo de los que dicen no estar “nada interesados”. Los jóvenes que no se interesan por la política y los que tienden a ser abstencionistas no rechazan, sin embargo, el sistema democrático. Los indecisos y los abstencionistas fundamentan su actitud en su insatisfacción con los partidos políticos (40 %) o en su desinterés por la política (41 %). El sistema político sólo es rechazado por el 2,2 % de los encuestados.

En la encuesta de Ecoconsulting sobre las “Actitudes Políticas de la Juventud en España” (INJUVE, 1991) se exploraron, entre otros aspectos, aquellos referidos a la aceptación de las diferentes formas de participación política y a la realidad de la participación política de los jóvenes. Entre los resultados obtenidos se destaca el hecho de que la juventud valora muy positivamente aquellas formas de participación política que *no* implican protagonismos específicos; en otros términos, que no exigen aquello que los jóvenes consideran como “deberes sociales”. Apesar del abstencionismo potencial del que habla el *Informe Juventud en España 1992*, resulta que para los jóvenes españoles la acción de votar resulta ser el mejor signo de participación política, seguido de la participación en organizaciones sociales y el seguimiento de la actividad política a través de los medios de comunicación, o sea, el estar informado. Otras formas institucionales y semi-institucionales, como “apoyar económicamente a un partido o candidato”, “militar en un partido”, haber sido un “cargo político o candidato” en alguna elección, intentar “convencer a alguien de que vote o se adscriba a un partido”, “defender y hablar con frecuencia de temas políticos”, obtienen valoraciones menores aunque tampoco demasiado bajas (INJUVE, 1991: 24).

Establecido este ranking de valoración de determinadas prácticas políticas, los jóvenes fueron confrontados con dos preguntas referidas a la participación real en esas modalidades, y al interés que tales prácticas despiertan en ellos. Concretamente se les formularon las siguientes preguntas:

- “En tu caso particular, dínos si en el último año te has encontrado o no en cada uno de los anteriores supuestos, es decir, en cuáles de estas formas has participado.”
- “¿Cuáles de estas formas de participación te parecen interesantes, cuáles podrías llegar a realizar y cuáles no?”



Los resultados demuestran que los valores asignados a las prácticas reales son mucho más bajos que aquellos que se considera “interesantes”. Así, por ejemplo, en el caso de la participación en elecciones, mientras el 53 % de los entrevistados dice haber participado, el 86 % encuentra esta forma de participación “interesante”. Algo similar sucede con formulaciones como:

- “Seguir frecuentemente la información política en los medios de comunicación”: un 48 % efectivamente lo hace, pero un 61 % encuentra que se trata de una práctica “interesante”.
- “Defender y hablar con frecuencia de temas políticos”: 30 % vs. 40 %.
- “Participar en sindicatos, asociaciones de vecinos, ecologistas, de derechos humanos u otras cuestiones de interés general”: 16 % vs. 53 %.
- “Intentar convencer a alguien de que vote o se adscriba a un partido”: 9 % vs. 20 %
- “Cooperar con un partido en una campaña electoral”: 4 % vs. 22 %.
- “Apoyar económicamente a un partido o candidato”: 2 % vs. 11 %.
- “Militar en un partido político”: 2 % vs. 14 %.
- “Haber sido cargo público o candidato en alguna elección”: 2 % vs. 10 %.

El análisis diferencial por género y edad de estas prácticas permite observar que mientras casi no hay diferencias significativas de participación real entre hombres y mujeres, sí las hay por edad. Si bien no se produce alteración en el orden relativo de las formas prioritarias de participación, son los sujetos de mayor edad los que se muestran más participativos.

Significativo es, en todo caso, el hecho de que la militancia y la cooperación con un partido político son las opciones que peores resultados obtienen (INJUVE, 1991: 26-30).

El *Informe Juventud en España 1992* incluye un extenso y detallado capítulo de Rafael Prieto Lacaci sobre “Asociacionismo, ideología y participación” (INJUVE, 1993: 179-215).

Aquí se describe y analiza la situación del asociacionismo juvenil en España a comienzos de la década del noventa, enlazando este análisis con los resultados de aquellas encuestas anteriores como *Informe Juventud en España 1988* (Zárraga, 1989), “Jóvenes Españoles 1989” (Elzo y otros, 1989) y la encuesta sobre “Actitudes políticas de la juventud en España” (Ecoconsulting, 1991), que ya hemos venido comentando. Si bien en dicho capítulo se analizan tanto los factores asociados a la participación juvenil en asociaciones (factores vinculados a las variables sexo, edad, estado civil, status socio-ocupacional, estudios realizados, autopercepción política e interés por la política), el tipo de asociaciones al que pertenecen, la vin-

culación existente entre vida asociativa y prácticas culturales, las demandas asociativas de los jóvenes no asociados, como el “interés por la política” y la “posición política y orientación electoral” de los entrevistados, es poca o nula la información que aporta en cuanto a las prácticas políticas reales de los jóvenes españoles en 1992.

Finalmente, y como ya lo dijéramos anteriormente, debido al hecho de que el *Informe Juventud en España 1996* no centra su foco de atención en la temática referida a la participación social y política de los jóvenes, se hace difícil establecer la tendencia de desarrollo que este tema ha seguido teniendo hacia mediados y finales de la última década, puesto que faltan datos e informaciones comparables, a nivel nacional, que lo permitan. Si bien es lamentable, es deseable que esto sea corregido en el último *Informe Juventud en España* de este siglo, que está siendo preparado por M.M. Serrano y probablemente sea publicado en el año 2000 por el INJUVE.

## Conclusiones

Ser joven en Europa en la actualidad ya no es más una prolongación despreocupada de la infancia. Como estudiantes, los jóvenes de hoy se sienten amenazados por el problema del desempleo. En diferentes estudios realizados en diversos países europeos, confrontados con la pregunta “¿cuál es el problema principal de los jóvenes de hoy?”, un alto porcentaje de los entrevistados responde que el desempleo (real) o la amenaza de quedar desempleado después de abandonar la escuela o la formación profesional es su mayor preocupación (ej. Shell, 1997). Esta respuesta se da independientemente del género, la edad y el origen regional de los entrevistados. Esta vivencia de quedar o poder quedar fuera del mercado laboral puede ser vista como una especie de experiencia generacional generalizada de los jóvenes y adultos jóvenes de hoy, fuertemente determinante de sus expectativas y de sus sentimientos ambivalentes o pesimistas respecto del futuro.

Otra de las características de la generación de jóvenes y adultos jóvenes actuales es la articulación de un sentimiento de compromiso social y político “frenado”: estando, en principio, dispuestos a comprometerse social y políticamente, la mayoría de los jóvenes considera que les faltan organizaciones y estructuras que consideren adecuadas, es decir, con las cuales puedan identificarse y generar cambios efectivos en la sociedad. Es por ello que se identifican y mantienen vinculados por largo tiempo a sus propios estilos de vida y subculturas juveniles, las cuales –siguiendo una tendencia social generalizada– se hacen cada vez más difusas y flexibles.

¿Apolíticos o realistas?: las interpretaciones en boga respecto de su comportamiento y actitudes, que los consideran apolíticos, exageradamente individualistas y egoístas, no corresponden a la realidad juvenil actual, que si bien muestra

formas de solidaridad y compromiso social y político acordes a un diseño de vida individualista (con gran significado de la subjetividad), a la vez contiene representaciones e ideas muy precisas respecto de determinados objetivos sociales y políticos a conseguir.

Los datos presentados en este trabajo respecto de los cambios en las orientaciones de valores y la participación juvenil en los países de la Unión Europea requieren de una interpretación más diferenciada y compleja. Dichos datos deben ser analizados en el contexto de la modernización y el cambio social acelerado por el que están pasando estos países. Las tendencias observables además deben ser interpretadas como parte de las grandes transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales generadas por la unificación europea y por los procesos de globalización económica y mediática, cuyo mayor impacto probablemente se ejerce sobre la población joven. Si bien el problema del desempleo y la falta de puestos de formación profesional han pasado a ser la preocupación fundamental de la mayoría de los jóvenes europeos, en los hechos, la mayoría de los “perdedores” efectivos de los procesos de modernización, globalización y europeización se encuentran entre las personas de menor nivel educacional formal y entre los que residen en áreas económicamente deprimidas o que se encuentran en proceso de reconversión y/o transformación industrial. En el caso alemán, las mayores regiones afectadas por tales desarrollos son evidentemente los nuevos estados federados del Este. De ahí que no sea sorprendente encontrar en tales regiones un mayor desencanto por la política y la participación social, así como una mayor atracción por los grupos que se manifiestan violentamente (*skinheads*, neonazis, etc.).

Interrogados los jóvenes sobre las condiciones que para ellos serían necesarias para involucrarse en un posible compromiso social, comunitario, político o ambientalista, ponen de manifiesto aquellos valores de tipo “posmaterialistas” vinculados a la individualización y la autorealización de los que hablábamos en la introducción a este trabajo. Afirmaciones como “poder participar en la toma de decisiones, en particular en relación a aquellas actividades que uno mismo vaya a desarrollar”; “que pueda incorporar y realizar en esa actividad mis propios intereses, capacidades y habilidades”; “que el objetivo formulado se pueda alcanzar de manera más o menos adecuada”, son las respuestas más frecuentes dadas por los entrevistados respecto de las condiciones que exigen para participar social y/o políticamente (Schell, 1997). Mientras que la “orientación hacia el objetivo” y la “eficiencia de la acción” son un requisito particularmente importante para los mayores de 18 años, aspectos tales como “que participen los amigos”, “que me produzca placer”, “que sea algo distinto de lo que hago en la escuela”, “que nadie me haga prescripciones”, son especialmente importantes para los más jóvenes.

En este mismo encuadre, tanto el estudio Shell como otros realizados en Alemania y demás países europeos, muestran que el “valor de uso” de la motivación a participar manifestada por los entrevistados tiene una connotación fundamen-

talmente prosocial: aspectos “materialistas”, como por ejemplo “recibir una remuneración” o una “indemnización en tiempo libre” (de la escuela o del trabajo) –como prerrequisito o recompensa para participar o haber participado–, asumen para los jóvenes de las más diversas edades un carácter totalmente subordinado. Existe además consenso entre los encuestados en cuanto a que el compromiso social, comunitario o político que se asuma debe “producir placer”. El término “placer”, en este caso, no significa la realización de una necesidad hedonista autorreferida sino la alegría de vivenciar la propia efectividad del actuar, de lograr “poner algo en movimiento”, por ejemplo modificar algo que les parece anquilosado, ya sea al interior de un partido político, ya sea en el sindicato, en la iglesia, en una ONG o en la unidad de bomberos voluntarios del barrio. Placer significa en este caso el hecho de tener éxito en lo que uno o una se ha propuesto.

Del análisis de los diferentes estudios que hemos utilizado para este trabajo se desprende además que la participación de los jóvenes de la Unión Europea en asociaciones y organizaciones se caracteriza por orientarse fundamentalmente a la satisfacción de necesidades de ocupación del tiempo libre, y sólo muy secundariamente a la satisfacción de intereses sociales y políticos. Las asociaciones que más les interesan son las especializadas en organizar actividades recreativas y de ocio, fundamentalmente en el plano del deporte y, en bastante menor medida, en el plano cultural. En consecuencia, el tipo de participación observable es, como lo plantea Manuel M. Serrano, estrictamente funcional. Los asociados participan de manera selectiva en aquellas actividades de su asociación y se relacionan con ella a la manera en que lo hacen “clientes” cuando seleccionan una oferta de servicios. Esta interpretación, relativamente realista aunque poco “entusiasta”, puede ser vista desde una perspectiva algo más optimista si se la encuadra en la línea de análisis desarrollada en Alemania, a comienzos de los noventa, por R. Münchmeier, quien destacaba la importancia del “valor de uso” que la participación social y política debía tener para los jóvenes. De los estudios aquí comentados puede deducirse que para los jóvenes y los adultos jóvenes la supuesta contradicción entre “bien social” (actitudes altruistas o prosociales) y “utilidad personal”, casi no existe, o es menor y menos problemática de lo que se piensa. Así, por ejemplo, no es raro encontrar que sea un hobby privado (afición) el que conduce o allana el camino hacia el compromiso social o comunitario. A la inversa, la participación en un servicio o actividad comunitaria está al servicio de la configuración de lo individual, por ejemplo del propio desarrollo biográfico, tanto en el aquí y el ahora como en relación al futuro. Así, por ejemplo, el compromiso con la comunidad a través de una participación en actividades ambientales o sociales vinculadas a una participación en el “Servicio (Año) Ecológico” o “Servicio Social Voluntario” puede abrir las puertas a un futuro estudio vinculado a estas áreas y, a través de él, a una futura carrera profesional y/o política.

Si las interpretaciones de Serrano y Münchmeier son correctas, cabría preguntarse entonces si el estancamiento o retroceso observado desde hace bastante tiempo en la participación de los jóvenes en instituciones y organizaciones, cuyo

modelo asociativo se basa en la militancia activa de los asociados, puede deberse justamente a la falta de atención y consideración, por parte de estas instituciones y organizaciones, de las expectativas que los jóvenes tienen respecto del valor de uso de la participación.

¿Qué conclusiones prácticas podemos extraer? En vez de modernizar sus campañas publicitarias y su imagen de acuerdo a estudios de mercado hechos generalmente con una visión muy cortoplacista, los partidos políticos deberían comenzar por considerar estas necesidades y orientaciones “individualistas” de los jóvenes, sin entrar en valoraciones morales o moralistas de aquellos procesos y conductas que muchas veces ni siquiera comprenden en su total dimensión. Tal vez, en lugar de concentrarse en mejorar las “formas” en que las instituciones y organizaciones quieren hacer llegar su “mensaje”, las organizaciones sociales y políticas así como las asociaciones e instituciones comunitarias intermediarias, deberían ir abriendo formas de participación más directas, comenzando por dar más peso a la opinión y las decisiones de los jóvenes (organizados o no), en aquellos ámbitos que les son más inmediatos –la escuela, el centro barrial, la casa de juventud–, continuando después con la introducción de mecanismos de consulta directa y/o plebiscitarios de participación local o regional, como por ejemplo la instalación de “mesas redondas”, “cabildos” o “plebiscitos municipales” en relación a asuntos controvertidos pero de gran interés local. Desde esta perspectiva, la implementación de la participación juvenil en la vida social y política de la sociedad implica también que el mundo de los “adultos” debe dejar de enfrentar la subjetividad juvenil desde una visión infantilizante, es decir, dejar de ver a los jóvenes como seres dependientes e inmaduros que requieren de dirección y liderazgo (en el sentido negativo de la palabra) para no ponerse en peligro a sí mismos y a los demás. Por el contrario, de lo que se trata es de aceptar a los jóvenes como sujetos pensantes y actuantes, poseedores de una sensibilidad propia y una serie de competencias y habilidades que muchas veces superan con creces las de los adultos y que, antes de comprometerse en o con algo, reflexionan sobre la “utilidad” y el “placer” y que dicho compromiso les podrá aportar, tanto en su desarrollo personal como profesional.

En cuanto a las organizaciones juveniles sindicales, políticas, confesionales, de voluntariado, etc., los datos que acabamos de presentar nos inducen a pensar que dichas organizaciones deberían ir modificando sus formas de acción, de afiliación y de participación, de acuerdo con un patrón más acorde con los procesos de individualización y pluralización juvenil que hemos descrito. Dicho modelo debería ir tomando en consideración el hecho de que la condición juvenil ha dejado de ser una corta etapa de transición hacia la vida adulta para convertirse en una fase del ciclo vital con peso propio.

Ello significaría, desde nuestro punto de vista, no sólo una cierta diferenciación de las ofertas de participación de acuerdo con las necesidades e intereses de

los distintos tipos de jóvenes existentes en una sociedad altamente pluralizada, sino también una “destradicionalización” de las formas “clásicas” de organización, afiliación y participación que aún imperan en estas organizaciones y asociaciones. Ello implica que en su interior deben reducirse a un mínimo los mecanismos de participación burocráticos y fomentarse al máximo los instrumentos de participación directa y la apertura a los jóvenes no organizados. Una de las formas en que esto puede hacerse es brindando apoyo a aquellas iniciativas locales de jóvenes que surjan espontáneamente, asesorando a los jóvenes activos en ellas cuando quieran organizarse, por ejemplo en ONGs. Desde esta perspectiva, tampoco basta con establecer formas de representación y participación institucionalizadas, como los consejos de juventud, las mesas de concertación juvenil, las oficinas municipales de juventud, etc.; lo que se requiere además es reconocer y aceptar las múltiples formas autónomas de actividad y creatividad juveniles –deportivas, sociales, culturales, musicales y solidarias–, ayudando material o técnicamente a los que participan en ellas, para que allí puedan experimentarse a sí mismos y a la vez contribuir al desarrollo social y comunitario de la sociedad.

## **Bibliografía**

- Beck, Ulrich (1986): *Risk Society, Towards a New Modernity*. Trans. from the German by Mark Ritter, and with an Introduction by Scott Lash and Brian Wynne. London: Sage Publications, 1992.
- Beck, Ulrich (1986): *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*. Frankfurt: Suhrkamp. 1986.
- Beck, U. (1988): *Gegengifte. Die organisierte Unverantwortlichkeit*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Bucchi, Massimiano (1997): “Living conditions and life perspectives of young people in Italy”, en: *Diskurs* 1/97, p. 72
- Comisión Europea [Commission des Communautés Européennes] (1991): *Les Jeunes Européens en 1990*, Bruselas, Luxemburgo.
- (1997): *The Young Europeans. Eurobarometer 47.2.*, Bruselas, Luxemburgo.
- Friedrich y Förster (1997): “Politische Orientierungen ostdeutscher Jugendlicher und junger Erwachsener im Transformationsprozeß”, en H. Sydow (comp.), *Entwicklung und Sozialisation von Jugendlichen vor und nach der Vereinigung Deutschlands*, Opladen, Leske und Budrich.
- Ecoconsulting (1991): “Actitudes políticas de la Juventud en España”, en INJUVE (comp.), 1991, Madrid.
- Fend, Helmut (1988): *Sozialgeschichte des Aufwachsens. Bedingungen des Aufwachsens und Jugendgestalten im zwanzigsten Jahrhundert.*, Frankfurt a. M.
- Fink, Ulf (1990): *Die neue Kultur des Helfens*, München, Zürich.
- Galland, Olivier (1991): *Sociologie de la Jeunesse. L'entrée dans la vie*, Paris, Armand Colin.
- Gille, Martina y Krüger, Winfried (1998): “El interés político de los jóvenes: en el oeste ha subido, en el este ha bajado”, en: *DJI-Bulletin*, número especial en castellano, pág. 3.
- Hoffmann-Lange, Ursula (comp.) (1995): *Jugend und Demokratie in Deutschland. DJI-Jugendsurvey 1*, Opladen, Leske und Budrich.
- IPOS [Institut für Praxisorientierte Sozialforschung] (1993): *Jugendliche und Junge Erwachsene in Deutschland*, Manheim.
- Inglehart, Ronald (1971): “The Silent Revolution in Europe. Intergenerational Change in Postindustrial Societies”, en *American Political Science Review*, 65, págs. 991-1017.
- (1997): *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Princeton University Press.
- INJUVE (comp.) (1995): *La Solidaridad de la Juventud en España*, Madrid.

- INJUVE (comp.) (1993): *Informe Juventud en España 1992*, Madrid.
- INJUVE (comp.) (1996): *Informe Juventud en España 1996*, Madrid.
- CIS [Centro de Investigaciones Sociológicas] (1990): “Datos de opinión. Los jóvenes españoles”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n° 52, págs. 227-277.
- Jugendwerk der Deutschen Shell (comp.) (1997): *Jugend '97. Zukunftsperspektiven, Gesellschaftliches Engagement, Politische Orientierungen*, Opladen, Leske und Budrich.
- Kaase, Max (1979): “Jugend und Politik”, en: Reimann, H. y Reimann, H.(comps.), *Die Jugend*, Opladen, Westdeutscher Verlag.
- Kleinheinz, Thomas (1995): *Die Nichtwähler*, Opladen Westdeutscher Verlag.
- Machado-País, José; Calvão Borges, Genoveva; Pires, Leonor; Antunes, Marinho y otros (1998): *Geracões e Valores na Sociedade Portuguesa Contemporânea*, en Instituto de Ciências Sociais da Universidade de Lisboa y Secretaría de Estado da Juventude (comps.), Lisboa.
- Meulemann, Hartmut (1988): “Jugend als Lebensphase-Jugend als Wert. Über die Politisierung eines kulturgeschichtlichen Begriffs, am Beispiel der biographischen Selbstdefinition dreißigjähriger ehemaliger Gymnasiasten”, en *Zeitschrift für Pädagogik (ZfPäd.)*, vol, 34.
- Münchmeier, Richard (1990): “Was bewegt Jugend? Jugend und soziales Engagement heute”, en *Caritasverband für die Diözese Limburg, e.V. Limburg*.
- Plasser, Fritz y Ulram, Peter A. (1999): “Voting Behaviour of Austrian Youth as Newcomers to the European Union”, en CYRCE, Circle of Youth Research Cooperation in Europe e. V. (comps.): *Intercultural reconstruction: trends and challenges. European Yearbook on Youth Policy and Research*, vol. 2, Berlin, New York, de Gruyter.
- Prieto, Lacaci, Rafael (1993): *Asociacionismo, ideología y participación*, en INJUVE (comp.), 1993, Madrid.
- Ulram, Peter A. (1990): *Hegemonie und Erosion: Politische Kultur und politischer Wandel in Österreich*, Wien, Böhlau.
- Serrano, Manuel Martín (1991): *Los valores actuales de la juventud en España*, en INJUVE (comp.), Madrid.
- World Value Survey, 1990-1993, en *ICPSR*, n° 6160.





---

## *Jóvenes rurales formoseños y los obstáculos a las prácticas participativas\**

◀ Luis Caputo\*\*

### **Presentación**

**E**l propósito de este documento es analizar los problemas de participación de un actor que resulta imprescindible para dinamizar el desarrollo rural de manera sostenible.

Dada la escasez de información sistematizada sobre la temática de la participación de la juventud rural en Formosa (joven provincia ubicada en el Noreste de Argentina), se procedió a realizar una breve descripción de los problemas, expectativas y demandas de la juventud rural formoseña en relación a la participación política y comunitaria, relevándose las principales inquietudes manifestadas en congresos de juventud realizados en la provincia en el segundo semestre del año con el propósito de generar recomendaciones para un programa de gobierno provincial y para varios municipios.

Esta primera aproximación también se basó en entrevistas no estructuradas a jóvenes asociados al Movimiento Agrario Formoseño (MAF), con una rica historia de lucha, aunque en los últimos años ha perdido dinamismo. En la actualidad esta organización campesina tiene inserción en el centro-este del territorio formoseño, de condiciones agroecológicas favorables.

---

\* Trabajo preparado para la Reunión del Grupo de Trabajo Juventud, CLACSO: "La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo", Buenos Aires, 16 y 17 de diciembre de 1999.

\*\* Luis Caputo es licenciado en Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Salvador (1989) y profesor en Ciencia Política, Facultad de Ciencias de la Educación y de la Comunicación Social, Universidad del Salvador. Actualmente cursa la Maestría (Master [Candidate]) en Ciencias Sociales (Sociología/Ciencia Política) de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Se desempeña como Director del Nivel Superior del Instituto Santa Isabel, Carreras de Técnico en Investigación Educativa y Trabajo Social (Formosa) y como docente (JTP) de la Universidad Nacional de Formosa, "Metodología de la Investigación III" y "Sociología de la Educación".

Diferente es el subsistema espacial centro-oeste provincial, de población mayoritaria aborigen y conformado por corrientes poblacionales de Bolivia, las provincias de Santiago del Estero y Salta, asentadas en suelos áridos, resecos, poblados de tusca y sin agua para riego y que, además, no cuenta con organizaciones.

Considerando la vigilancia epistemológica que se está obligado a hacer al abordar el mundo rural dada la tendencia campesinista que se tiene cuando se estudia y trabaja, por ejemplo, con la juventud rural, se considera que la emancipación y participación de la juventud rural es un requisito sin el cual el desarrollo rural no es posible. En este sentido, se sostiene que la participación está mediada por el sistema político un tanto alejado de la racionalidad formal, las peculiaridades educativas y fundamentalmente por la “cultura campesina”.

Para el caso de Formosa, las vivencias de juventud rural se dan en un ámbito de dominación política tradicional que no deja espacios de participación y en un contexto productivo erosionado por el difícil acceso a los mercados de los medios de producción, combinado con débiles acciones para el desarrollo rural, sobre todo, en cuanto a servicios sociales destinados a los jóvenes del campo. En esta situación, agobiado por la crisis, el joven rural no cuenta con instancias aglutinantes y menos aun aquellas que le puedan permitir instrumentar sus demandas y proyectos de vida.

## **1. Algunas cifras para la comprensión de la juventud formoseña**

Aunque no se dispone de datos precisos, en los noventa se produjo en la Provincia un empeoramiento del contexto agrario de las familias campesinas. Conjuntamente con el Chaco, Formosa constituye una de las principales provincias algodoneras que con la nueva realidad del mercado internacional y las progresivas políticas de liberalización implementadas en las dos últimas décadas han agotado este modelo productivo. La práctica del cultivo algodonero como monocultivo de subsistencia llegó a alcanzar en 1992 65.000 ha. En 1999 se estima que sólo se cultivó el 10% de la superficie cultivada hace 15 años. La introducción del modelo algodonero alteró los sistemas productivos campesinos trastocando las pautas y niveles de vida campesina, generando desnutrición y mortalidad infantil alarmantes y migración juvenil. El proceso de estas últimas cuatro décadas de imposición del modelo de monocultivo a través del algodón implicó vender a los acopiadores a precios hasta por debajo de los costos de producción, comprar insumos y manufacturas para endeudarse y, más grave aún, dejar de producir los alimentos para ahora adquirirlos fuera de la chacra.

Otro aspecto fundamental de la estructura rural es el fenómeno de la minifundización, pérdida de diversidad y empobrecimiento de la estructura de explotación agrícola de las fincas. En efecto, un aspecto fundamental de la estructura produc-

tiva agraria de Formosa es el hecho de que la familia rural formoseña está particularmente vinculada al minifundio. Más de 7.000 agricultores (94 %) poseen hasta 25 ha., que basan su sistema productivo en el arado de mancera, tracción a sangre, rastra de púas y otros implementos con baja incorporación tecnológica. Estas son las condiciones, muy diferentes por cierto a las de la cultura agraria pampeana o cuyana, en las que viene creciendo la juventud de los noventa.

En la actualidad, la sociedad campesina juega un rol de subordinación pasiva y marginal en el aparato productivo agrario respecto a un avance considerable de grandes grupos de empresas capitalizadas dedicadas a la ganadería, la industria forestal, la producción de arroz y rubros especializados de exportación. La provincia de Formosa aporta al producto nacional el 0,4 %, mientras que recibe por coparticipación un 3,3 % de la recaudación. Se encuentra agobiada por la presión financiera ejercida por las políticas post-ajuste estructural y el desmantelamiento del sector agropecuario, el único genuino sector productivo generador de riqueza hasta mediados de los ochenta.

Este escenario, como se verá, aplasta las motivaciones psicosociales, lo que conlleva a que las generaciones jóvenes discurran por senderos que no son precisamente los del desarrollo y la participación.

### **1.1. Situación sociodemográfica**

Las principales variables de índole demográfica son las siguientes<sup>1</sup>.

Durante la década del ochenta, el crecimiento poblacional superó ampliamente al nacional con una tasa anual de 28,67 % contra el 14,7 %.

La población total formoseña habría pasado de los casi 400 mil habitantes en 1991 –de los cuales casi 70 mil eran jóvenes de entre 15 y 24 años de edad– a 447 mil en 1995 y a estimativamente 490 mil hacia 1999 y 505 mil para el 2000. El peso que el grupo juvenil ha tenido desde la década del '60 oscila del 16,3 % al 17,7 %, por encima del promedio nacional.

La generación formoseña de menos de 15 años, sumaba en los ochenta 108.068 jóvenes, ascendiendo hacia 1991 hasta casi 160.000, alrededor de un 10 % por arriba del promedio del país para el tramo de edad. En tanto, la tasa bruta de la natalidad formoseña es 29,2, y la esperanza de vida al nacer en el período 91-92 es del 69,3 años.

La sociedad formoseña, en mayor medida la que reside en el campo, viene experimentando un alarmante crecimiento de la pobreza a niveles antes conocidos, sobre todo en el oeste provincial. Los indicadores sociales de los departamentos de la Provincia son elocuentes. Hacia 1991 el 34 % de los hogares formoseños tiene necesidades básicas insatisfechas. Por ejemplo, el Departamento de

Ramón Lista tiene el valor más alto de NBI del país y uno de los mayores del mundo.

Otro dato llamativo es el porcentaje de viviendas de características deficitarias en las ciudades (50,4 %) versus el porcentaje en las áreas rurales (95,5 %). Otro rasgo que se observa hacia 1980 es que casi una cuarta parte (21,7 %) del total de jefes de hogar jóvenes son mujeres.

Junto con la provincia del Chaco, Formosa exhibe una de las tasas más altas de mortalidad materno-infantil del país. En 1997, la tasa de mortalidad infantil ascendió al 29,5 por mil, muertes que con claras acciones de salud podrían evitarse. En tanto, la tasa de mortalidad materna es el doble que la tasa promedio-país por causas en su mayoría evitables, si bien bajó del 19,8 en 1996 al 17,2 por mil en 1997.

Sólo el 43 % de la población provincial cuenta con cobertura social de salud. El 57 % restante debe apelar a conseguir atención en los sobrecargados centros de salud y hospitales. En promedio cada formoseño sólo es atendido una vez y media por año en un hospital público.

Estimaciones de los niveles de ingreso dan cuenta de que más de 7.000 campesinos perciben entre 113 y 197 pesos mensuales. Más confiables resultan los datos elaborados por la consultora Equis a partir de los datos de la EPH del Indec (1998), según los cuales los sectores más indigentes (el 20 %) de Formosa conjuntamente con Gran Resistencia y Salvador de Jujuy tienen 400 \$ anuales de ingresos per cápita, inferiores a los de Bangladesh o Nepal.

## **1.2. Breve descripción de la situación educativa y laboral**

En 1988 el analfabetismo subió al 6 %, con tendencia creciente, llegando en algunos departamentos de la provincia al 12 %. Por su parte, el grupo de jefes de hogar con primaria incompleta asciende al 45 %.

En 1990, al momento del registro, el porcentaje de asistencia escolar de los adolescentes entre 15 y 19 años era del 53 %, mientras que del grupo de entre 20 y 24 años era del 19,7 %. Para 1980 (dato disponible) la asistencia a la educación rural sólo alcanzaba el 13 %, comparado con el promedio provincial del 24,4 %. En tanto, la proporción de asistencia a los establecimientos educativos era menos de la mitad (22,1 % contra el 47,7 % urbano) para el caso de los jóvenes rurales de entre 15 y 19 años, y cuatro veces menos (3,1 %) que sus pares urbanos de entre 20 y 24 años (12,9 %).

En cuanto al empleo, existe un alto nivel de subocupación de la mano de obra joven en el campo. Según los entrevistados, en el mejor de los casos, cuando existe trabajo, que siempre es irregular, esporádico y circulante, le queda al joven co-

mo única alternativa dedicarse a actividades de carpida (limpieza), preparación de suelo, arreado de ganado y otras labranzas. Así existe una considerable participación de adolescentes y jóvenes en actividades extraprediales, donde los jóvenes rurales se convierten en una suerte de subproletarios agrícolas, que es más acentuada cuanto más pobre sea la familia de la que proviene el joven.

Las dificultades que acosan a los jóvenes del campo son complejas, pero los líderes consultados afirman que los problemas centrales de sus pares en orden de importancia son: trabajo, tierra, viviendas, créditos, insumos, tecnologías, posibilidades de educación. En este sentido, la juventud agraria campesina estaría priorizando reivindicaciones de tipo económico-productivas, y muy lejos aquellas sociopolíticas.

Existen, no obstante, sectores diversos en el campo. Por un lado, están los jóvenes hijos de agricultores dedicados al cultivo del algodón caracterizados por un alto nivel de endeudamiento, ineficiente y obsoleto funcionamiento productivo, sin articulación en organizaciones.

Otro grupo lo conforman los hijos de colonos descapitalizados que se ofrecen como mano de obra. A este último corresponde el siguiente comentario de un entrevistado: “Uno o dos trabajan con el padre, pero el resto va a buscar changas, a carpir, a dedicarse a tareas momentáneas, van y le trabajan a otro, para que puedan tener un ingreso por día”.

Asimismo, un contingente apreciable lo constituye la juventud en proceso de asimilación a la ciudad.

Otro grupo de jóvenes de considerable peso es el de las tres etnias indígenas<sup>2</sup> que habitan en los espacios rurales del territorio formoseño. Este último sector, según uno de los jóvenes consultados, tiene una “situación compleja, los mayores son artesanos, se dedican a la artesanía, pero el joven no participa de su artesanía, se va a buscar qué cazar o a trabajar en changas a las chacras porque piensa que no le conviene vender artesanías”.

## **2. Carencias materiales, “afectivas” y de realización de la juventud**

Resulta apropiado utilizar el concepto de *mundo vital* de Habermas<sup>3</sup>, quien considera la fuerte asociación entre vida y cultura para preguntarse por qué existe, como se describirá más adelante, un bajo grado de participación en general en los espacios rurales del territorio formoseño.

En principio, los altos niveles de pobreza que experimenta más de la mitad de la población implican tener que lidiar cotidianamente con necesidades inmediatas –aunque esto resulte paradójico en el campo–, tales como garantizar la propia seguridad alimentaria de las familias campesinas. A su vez, la acumulación de carencias e insatisfacciones de todo tipo –trabajo, agua, salud, educación, infraes-

estructura comunitaria, insumos, capital e implementos— por un lado, y la presión globalizadora del mercado como la modernidad, por el otro, desembocan o terminan transformándose en “carencias afectivas”<sup>4</sup>. Ambos frentes de oportunidades limitadas y carencias estarían configurando el “mundo vital” de los jóvenes rurales formoseños. Ahora bien, ¿cuál es a su vez el impacto que ello tiene en los patrones de participación social y política?

En este sentido, cuando se invita a participar a los jóvenes rurales a reuniones o jornadas de capacitación, por lo general existe una fuerte predisposición a asistir. Según uno de los líderes juveniles del MAF, “cuando se invita a participar a los jóvenes a las reuniones vienen sin problemas”. En tanto otro expresó que es importante participar “porque así nos valoran”. Consultado sobre la actitud que tienen los jóvenes aborígenes ante la participación, uno de los entrevistados sostuvo que “son más sumisos pero están ávidos de participar en algo, de cualquier enseñanza; además asimilan bien”.

Esto también se pudo constatar durante 1999 con la repentina organización de diversos congresos de juventud regionales y provinciales, en su mayoría partidarios enmarcados en las campañas proselitistas, o en los eventos organizados por ONGs aparentemente autónomas aunque manipuladas por el oficialismo, convocantes de grupos juveniles beneficiarios de programas de desarrollo juvenil. Todos esos eventos contaron con considerables niveles de asistencia, lo cual está expresando la *necesidad socioafectiva* de conocer e interactuar con los pares, de viajar a la capital provincial, de estar, de formar parte y de participar.

Finalmente, según los entrevistados, existen aquellos jóvenes que al parecer directamente no tienen interés en participar, pero que con la *autenticidad* que suele caracterizarlos dejan en claro su desinterés o imposibilidad de antemano. En efecto, sin caer en una mirada campesinista, un rasgo típico de los campesinos es el valor de la palabra y el compromiso. Un joven dirigente campesino del MAF manifestaba al respecto: “Aquellos que dicen no, directamente, son sinceros; te dicen no, no me voy a poder ir y punto.”

Entonces, además de las NBI, se podría afirmar que existen también las “NAI” (necesidades afectivas insatisfechas), que si bien no se cuantifican, de hecho forman parte de las carencias y serían determinantes para explicar el mundo vital de los sectores populares que residen en la provincia de Formosa. Fenómeno que se vería acentuado para el caso de la juventud, y de manera particular para el grupo específico analizado, aquellos de origen rural, más precisamente los jóvenes de peores condiciones y más desarraigados, tales como los más indigentes y migrantes pendulares.

En el plano de las dificultades ante la participación es preciso señalar que las normas, creencias, sentimientos y estados mentales juveniles comienzan en estos tiempos difíciles a no ser aceptados pasivamente como obligatorios, lo que pue-

de llevar a la desocialización del joven, cuyo patrón de reacción ya no es la “voz setentista”, sino que se expresa en nuevas patologías<sup>5</sup>. Fundamentalmente esta pérdida podría tener relación con las enormes dificultades que sufre el joven rural formoseño para lograr un lugar en su comunidad, es decir, para lograr su autoafirmación personal (identidad). Como en toda la región, varios son los impedimentos: limitadas y precarias condiciones de trabajo como agricultor, falta de ingresos, sentimientos de angustia e incluso de inutilidad, imposibilidad de lograr autonomía frente a la familia y por tanto de tener relaciones de pareja y constituir familia, sexualidad alterada, además de desinformación y desconocimiento sobre el conjunto social.

La deficiencia, o directamente ausencia, de innumerables satisfactores de realización personal, atenta de manera permanente contra los derechos sociales del joven y la canalización de sus aspiraciones, por la vía personal, familiar o de la organización. De esta manera, los y las jóvenes formoseños de difíciles condiciones sociales, en particular quienes viven en el campo como así también los indígenas, soportan una dificultad estructural para sentirse gratificados, para lograr hacer cotidianamente al menos lo que les gusta. De allí que cuando se habla de juventud de fin de siglo se hace necesario estudiar sus actitudes y conductas.

Pasando por la parálisis juvenil o por el grupo de jóvenes que soporta una situación conformista, en el extremo de dichos procesos patológicos –siguiendo lo descrito por Durkheim–, se ubican los casos de *suicidios de adolescentes rurales*<sup>6</sup> de los cuales vienen dando cuenta las noticias de los periódicos locales en los últimos años de los noventa, hechos novedosos que conmocionan a la opinión pública formoseña.

Para comprender el intrincado mundo de la juventud rural resulta útil, entonces, la ayuda del concepto recientemente comentado, provisto por Sen, que se estima muy potente para reflexionar acerca de los patrones psicosociales y políticos que se dan en realidades tan “deprimidas” como la formoseña. Desde esta perspectiva, este emergente tipo de corriente suicidógena anómica no dependería de la falta de disponibilidad de bienes materiales sino del grado de gratificación/decepción del joven, de la falta de sentido de su vida en un escenario de disolución de lazos sociales e introducción de la cultura anómica. En definitiva, consiste en un problema de realización personal que se manifiesta en una de las etapas más riesgosas de la vida de un individuo<sup>7</sup> y, para el caso analizado, en un contexto de desestructuración productiva y desintegración rural.

Ciertamente, es preciso no perder de vista el hecho de que la juventud rural “cuenta” con proyectos vitales, que se asocian siempre a las posibilidades de desarrollar una identidad personal y expresarla en la sociedad. Al respecto, una de las adolescentes consultadas lo expresa con sus palabras: “Yo quiero depender de mí, quiero demostrarme que puedo más, en el lugar. Una chacra que yo pueda dominar. Algunas de mis amigas piensan igual”. Esto quiere decir que el/la joven cuenta con capacidad para imaginar y proponerse una vida posible a futuro<sup>8</sup>.



Sin embargo, como se comentara recientemente, la vida del joven rural formoseño y el urbano empobrecido es una sucesión de frustraciones, de impedimentos de realizaciones personales, de al menos sentir que su proyecto de vida se materializa lentamente. Así, entonces, la juventud rural formoseña, más que estar preocupada por la participación social y política, lo está por fortalecer su capacidad de adaptación a contextos adversos.

## **2.1 Los jóvenes como objetos de programas**

Las prácticas sociales, como en cualquier otra sociedad, están marcadas por la forma de dominación social.

En los noventa el drástico aumento nacional y provincial del desempleo, el retroceso de las oportunidades de seguir estudiando en un contexto de presión de las identidades por los procesos de la homogenización de la modernidad, y el aumento de las necesidades afectivas, explicarían la presencia en Formosa del fenómeno de absolutización de las adhesiones a caudillos políticos. No solamente el joven tiene enormes dificultades para autoperibirse como productor o joven estudiante, con todo lo que esto implica en términos de identidad, tampoco tiene peso alguno siquiera ante las autoridades locales, y menos aún provinciales. Así, su peso negociador en el contexto político, social y económico provincial es decididamente nulo.

A todo lo anterior se agrega el carácter de los programas sociales-asistenciales y de “desarrollo” rural que llegan al campo, los cuales no están generando ningún tipo de participación comunitaria. Es el caso del Prohuerta, Asoma, Fonavi, pensiones no contributivas, Proasi, el Paippa<sup>9</sup>; se trata de programas controlados por una de las listas del justicialismo, actualmente en el gobierno de la provincia. Debiendo el postulante constituirse en beneficiario directamente a través del partido, o más precisamente de los caudillos políticos de frágil liderazgo, antes que por gestiones en las agencias del estado provincial. Atal punto que a aquellos municipios de diferente signo político (UCR) o pertenecientes a otra línea del justicialismo no se los reconoce como entidades ejecutantes, ya que son ignorados por el aparato provincial, marginándolos de los circuitos provinciales y nacionales de políticas sociales. Se conforman así, en la Provincia de Formosa, circuitos clientelísticos descentralizados a través de los referentes leales a la fracción del gobierno, sean alrededor de concejales, directores de hospital, oficinas de agencias provinciales, delegaciones de ministerios, ONGs de fachada o simplemente políticos.

Llegando a este punto se estructuran municipalidades paralelas: dispositivos encargados de la redistribución de programas sociales, educativos, de empleo y asistencia al pequeño agricultor según criterios irracionales y de lealtades, para no hablar del sencillo y conocido método, incorporado como normal en la cultura electoral, de cambiar el voto (el Documento) por \$ 20, chapas de cartón o una caja de alimentos.

## 2.2 Prácticas autoritarias y paternalistas

Dicha realidad extra-institucional reitera el supuesto de que se presentaría ante el imaginario joven como partidos y fracciones de partidos políticos que se resisten a la transparencia, moralización y modernización<sup>10</sup>. Al criticar a las organizaciones políticas (y también sociales), uno de los jóvenes entrevistados subraya que deberían posibilitar espacios para “que opinen, qué es lo que les gustaría, porque comúnmente suele ser que vale lo que les gusta a los dirigentes, los dirigentes hacen lo que ellos quieren, ordenan nomás y nosotros sí o sí tenemos que hacer, no podemos opinar, por más que tengamos muchas ideas buenas, no nos dejan decir, o si decimos no les dan valor”. De la misma forma, otro de los entrevistados habla de las barreras a la participación y las actitudes hacia lo nuevo: “Ese chico que habló mal por ahí, y vos le dijiste no, porque habló mal, es como que después ya no tiene que volver a hablar, es decir, son muy sensibles, pero están preparados para los cambios, hay que saber darles los cambios nomás”.

El descreimiento hacia la clase política también forma parte de la opinión de la juventud agraria formoseña. En este sentido un joven entrevistado comenta: “En una oportunidad trabajé para una lista política que ganó (...) Yo tuve problemas de salud e inclusive me dieron una dirección falsa (...) de ahí en más yo me fui de ese partido y tuve que solucionar esos problemas de salud por mi cuenta y después tuve que ir a la capital para ver si uno puede progresar (...), poco y nada de oportunidad tenés de trabajo en tu pueblo...”.

Otro de los cuestionamientos es el de una de las adolescentes entrevistadas, quien describe lo nocivo que resulta el ambiente de polarización partidaria, además de indicar la cultura política, a saber: “... algunos se aíslan directamente de eso, para no comprometerse ni con uno ni con otro por temor a que después eso repercuta sobre ellos, en forma de empleo, de estudio, porque por ahí vos te identificas con uno, y el otro ya no te ayuda más para estudiar, para trabajar, porque trabajaste para el otro, te deja de lado”.

Téngase en cuenta que todavía persisten en Formosa (en donde rige Ley de Le-mas), al igual que en muchos lugares de América Latina, las prácticas autoritarias al interior de los partidos, siendo muy llamativas las prácticas paternalistas hacia la población. En efecto, en el subsistema político formoseño se ha ido consolidando no tanto la democracia<sup>11</sup> sino una cultura política marcada por las adhesiones paternalistas y hasta fanáticas con que los sectores populares se vinculan con sus líderes. De ahí que en condiciones de permanente estado de tensión en el joven, entre la realidad y sus aspiraciones, se plantean tres posibles salidas: la migración, recluirse e instrumentar estrategias de supervivencia ante la miseria, o adherirse paternalísticamente a un político a cambio de ciertas promesas o prerrogativas siempre circunstanciales.

Ahora bien, al parecer, las situaciones de pobreza material o desarraigo, como las comentadas, hacen que las consecuencias sobre la participación sean aún más disruptivas.

tivas. Las prácticas partidarias no contemplan la participación y, menos aún, el pensamiento e intereses de los más jóvenes. Uno de los testimonios al referirse a las invitaciones que le hacen a los jóvenes para participar de reuniones o actos proselitistas, describe: “Cuando va a la colonia el candidato a intendente, se va [el joven] con la intención de pedir; piensa «voy a decir esto» y al final no dice ni la mitad”.

Cuando se está frente a un dirigente político o candidato, según los testimonios consulta dos, la juventud rural solicita “fuentes de trabajo, un trabajito, recursos o algo personal”.

Una adolescente rural comenta que el joven de su comunidad requiere: “... por ahí que le acomoden en algún lado, que le consigan algún trabajo, allá en la capital o acá (...) generalmente se espera una ayuda, más de trabajo y de estudio. Por ahí se tiene la esperanza de que le consiga un lugar para estudiar, trabajo. Por ejemplo, nosotros no tenemos qué estudiar a nivel terciario. Por ahí un alquiler en la capital, para poder seguir los estudios”. En otros casos “quiere que se le dé un pequeño crédito para poder tener sus implementos, para poder trabajar de sí mismo, que no dependa de nadie, que dependa de ellos mismos; esa es la necesidad por la que están haciendo requerimientos”, manifiesta otro de los informantes.

Al parecer, desde un enfoque participativo parecen muy significativas estas actitudes; por cuanto las demandas de los jóvenes rurales frente a los partidos políticos y las agencias del Estado se atomizan. En ningún momento los entrevistados reconocen la existencia de “demandas colectivas” por parte de los jóvenes rurales formoseños. Este comportamiento quizá explique, en parte, por qué las manifestaciones de apoyo a figuras políticas formoseñas resultan más intensas cuando peor es la situación de la persona, en un ambiente en donde acechan seductoras recompensas materiales o de contención afectivo-paternalista para transformarse, una vez aceptadas, en lealtades. Por supuesto, en el caso de las juventudes más acomodadas, el apoyo material que se le pueda brindar no le resulta importante, por lo que contrae menos compromisos con la clase política.

Aparentemente, la población en general tiene además el problema de la desinformación que es un insumo capital para la participación. Así lo destaca uno de los jóvenes con respecto a: “... los acontecimientos nacionales, muchas veces podemos decir que ni de la provincia están informados la gente del campo. La información no llega, y si llega le llega a muy pocas personas”; mientras otro joven acota “y a esas personas a las que les llega no las difunden”.

### **3. Cambios de actitudes del migrante, la educación, cultura y participación**

Varios son los factores determinantes de larga data que vienen incidiendo y desestimulando la participación de la sociedad civil formoseña. Los testimonios

de los jóvenes consultados revelan las prácticas restrictivas que a poco de entrar en el siglo XXI todavía persisten en el campo. Por ejemplo, uno de ellos señala: “Se tiene miedo de hablar delante del padre, le tenemos mucho respeto (...) o miedo de meter la pata”. Aunque reconocen que tienen una mejor comunicación con las madres: otro joven afirma al respecto que “le cuesta menos a la juventud llegar a la madre que al padre”. También los jóvenes se quejan de otras restricciones a la participación: “Con la siembra por ejemplo, nosotros sabíamos que se hacía a 90 centímetros de surco a surco, no sabíamos el por qué, porque papá y abuelo lo hizo se tiene que hacer así, con el Movimiento Agrario cuando empieza la capacitación nos damos cuenta de muchas formas de planificar y hacer otros tipos de trabajo en el campo”.

Si bien es cierto el distanciamiento hacia el padre, el mismo entrevistado reconoce que en la actualidad se han achicado las distancias: “Pero hay más diálogo, yo calculo que de mi infancia a la infancia de hoy, no me considero un viejo con mis 30 años, cuando yo tenía 10 años era menos, yo ahora veo que el chico de 12 o 13 años tiene más comunicación con el padre, charla más, se sienta a compartir el tereré con el padre, que antes nosotros era lo peor que vos podías hacer, así cuando llegaba un amigo de papá y quieren hablar a lo mejor de temas del campo mismo, vos te sentás al lado y te corren...”.

Además de anotar la clásica dificultad que sufren las mujeres y jóvenes en el mundo rural como consecuencia de la gerontocracia, las prácticas patriarcales, machistas y autoritarias<sup>12</sup>, existen otros factores que moldean los patrones de comportamiento de la juventud rural formoseña frente a la participación que seguidamente se quieren abordar aquí. Los principales que saltan a la vista son la migración, la educación formal y la fuerte influencia guaraní que existe en la cultura rural del este de la provincia. Precisamente, estos tres tipos de factores han estado presentes en la socialización de la juventud que llega hasta la generación de los noventa.

### **3.1. Migración a las ciudades intermedias**

Se ha discutido bastante acerca de la exportación de pobres y jóvenes rurales desplegados en contextos modernizadores de fuerte urbanización. También se viene discutiendo acerca de lo conveniente o no que resulta dejar el campo para la autorrealización personal del joven. Sin embargo, la cuestión de la migración juvenil rural se torna, además, útil de analizar y discutir por un nuevo fenómeno que se observa en los últimos años de este siglo. Estarían cambiando las características de la migración campo/ciudad. Ya no son, pues, de larga duración y de largas distancias exclusivamente a grandes metrópolis, como es el caso típico de Buenos Aires. Lo cierto es que desde los noventa se ha comenzado a observar una nueva tendencia migratoria. Ahora las migraciones serían de “corta duración”,

asociadas a mercados de trabajos temporarios, dirigidas a los centros urbanos más cercanos.

Anteriormente, comenta uno de los entrevistados, “el sueño era llegar a la Capital Federal y encontrar fuente de trabajo, y hoy ya se sabe que no es así, llegan allá y están en peores condiciones que quedándose acá (...) yo digo que mi promoción está en Formosa”. Según la época y la coyuntura económica los jóvenes toman la decisión de irse a la ciudad o regresar nuevamente a la chacra. Dice una de las muchachas entrevistadas: “La mayoría se va pero vuelven cuando hay trabajo, para la carpida, la cosecha. El joven piensa, me voy a la ciudad hasta que mejore la situación (...) el campo es más tranquilo, la ciudad es peligrosa”.

Los jóvenes rurales migran a aquellos núcleos urbanos más próximos a ellos, aunque con suficiente tamaño y que reúnan características tales que les permitan visualizar chances de inserción en el mercado de trabajo informal y, de ser posible, retomar sus estudios.

En el caso de Formosa, las generaciones de jóvenes han contribuido al crecimiento exponencial de las ciudades “fronterizas” de Clorinda, cabecera del Departamento Pilcomayo, el cual más que duplicó la población joven de 15 a 24 años, y de Formosa que en este caso triplicó la presencia de jóvenes entre 1960 y 1991. Ciudades en las que, si bien durante los noventa exhibieron altos niveles de desocupación, al menos cuentan con ciertas actividades en el rubro de servicios, además de vías partidarias que pueden permitir al joven del campo acceder como beneficiario a programas de empleo urbanos transitorios que, como se describió, se logran a cambio de una adhesión partidaria automática.

Los jóvenes consultados alegan como principales factores expulsivos a la falta de trabajo que se complicó con la sequía de 1999, los bajos precios de los productos agrícolas e inquietudes de estudios. Para uno de los jóvenes la migración se piensa cuando al joven agricultor “se le va el ánimo porque nuestra siembra no sirve, no vale”. Señalan, también, que la migración de las “mujeres” jóvenes es casi masiva, al constatar altos costos de oportunidades para seguir permaneciendo en el campo. Dos jóvenes de distintas zonas rurales coinciden al afirmar: “...donde yo soy nacido, nosotros los muchachos decíamos que de diez chicas que había en nuestra promoción, no está ninguna; de diez de los muchachos de nuestra promoción, quedaron tres o cuatro”; “ellas se van al terminar la primaria a los 14 y 15 años”. Además, reconocen que las dificultades para encontrar empleo son mayores en los varones: “les cuesta más porque se les pide libreta de fondo de desempleo”, comenta uno de los entrevistados.

En cuanto a los factores atrayentes que predisponen a tomar la decisión de dejar la familia y su comunidad, los testimonios destacan: 1) las redes de parientes instaladas en los barrios periféricos de las ciudades; 2) las relativas oportunidades laborales y educativas; 3) lógicamente, las atracciones que ejerce la moder-

nidad urbana, que, dicho sea de paso, puede actuar como un mecanismo que desplaza la frustración del joven.

Lo anteriormente descrito es importante porque, además de la socialización, existe una asociación entre las características esporádicas de participación y el tipo de migración. Es posible identificar la elevada volatilidad espacial de los jóvenes en el campo, factor que dificulta la organización del sector.

Sí es cierto, en contraste, lo admitido por un dirigente juvenil del MAF: “Yo creo que uno adquiere experiencia en la Capital, yo tuve esa oportunidad, tal vez al estar yo en Riacho no tenía la capacidad para venir por ejemplo a charlar, tal vez por la timidez (...) Me doy cuenta de que aprendemos bastante en la ciudad, sirve digamos”. En efecto, en los encuentros con jóvenes rurales se puede apreciar que los pocos dirigentes que se dedican al desarrollo rural o participan en partidos políticos tuvieron o tienen un intenso contacto con el mundo urbano.

### **3.2. El rol de la escuela frente a la participación**

Resultan conocidos los resultados del modelo de educación tradicional, presentes en general en los países latinoamericanos, a lo que se agrega para las provincias marginales del centro del país, como Formosa, desventajas en materia académica y en recursos materiales y, más aún, en aquellos espacios de frontera y/o rurales del interior provincial.

En la educación rural formoseña se aprecia con claridad, como cuestión neurálgica, el débil planteo pedagógico y metodológico del área de estudios sociales, el cual muy a pesar de la reforma educativa hasta ahora persiste en la educación básica. Efectivamente, la formación cívica está subsumida en lo que los niños reciben como geografía e historia. Y ahora con el nuevo espacio curricular “Ciencias Sociales” se tiene el problema de la desarticulación de contenidos disciplinares y la falta de coordinación pedagógica de los profesores.

Por supuesto que la participación en el aula no pasa únicamente por Ciencias Sociales sino que, como propone la pedagogía actual, debiera ser incorporada como estrategia socializadora por todas las áreas. Sin embargo, más allá de las buenas intenciones de los diseños curriculares y de los docentes, existe un fuerte predominio conductista del tipo estímulo-respuesta en la “formación” docente que cercena la natural espontaneidad de los alumnos, tan necesaria para prácticas de socialización participativas.

Todo esto ha significado una carencia de formación ciudadana sufrida por las niñas y los niños formoseños en general y cuyas consecuencias sobre la participación comienzan a manifestarse en el ciclo de vida joven y terminan de cristalizarse en su adultez. Las escuelas sólo desarrollan competencias o valores en tres niveles que resultan insuficientes para familiarizar a los niños en acciones parti-

participativas. El nivel receptivo donde el niño se limita a atender y escuchar al maestro, el nivel de respuesta que lo impele a cumplir o aprobar lo que se le dice o hace, y el nivel de valoración, limitado siempre a apoyar iniciativas que se presentan desde arriba.

Por su parte, si bien en el nivel medio existía hasta hace poco un espacio curricular para la asignatura Educación Cívica (hoy Formación Ética y Ciudadana), adolece del problema de que es un planteo meramente libresco, que no posibilita al estudiante joven vincular los contenidos con las realidades local y nacional. Por ello es preciso que desde la escuela se generen competencias de participación, como por ejemplo realización de campañas políticas respetando las reglas de juego, con todo lo que ello implica: padrones, código electoral, elaboración de propuestas estudiantiles, debates, acto electoral, escrutinio y control.

Además, será preciso estar atentos a las coyunturas de la realidad para montar sobre ellas procesos de participación: inundaciones, corrupción, hechos injustos<sup>13</sup>.

Es así como las estrategias pedagógicas para las Ciencias Sociales deberán pensar en llenar creativamente el vacío que se produjo en el plano de la ética, el desarrollo del juicio crítico, para recuperar su lugar formativo.

Si bien gracias a las críticas hechas al modelo pedagógico convencional se ha movilizado una transformación gradual del sistema educativo, todavía persisten los obstáculos que dificultan superar la falta de formación de la ciudadanía moderna desde las escuelas.

Simultáneamente, se constata una enorme dificultad por parte de los docentes de todas las áreas para transformar sus paradigmas y prácticas en el aula. Se ha visto que la implementación de técnicas que intentan generar participación en las aulas de las escuelas formoseñas sigue siendo insuficiente. En efecto, si bien esporádicamente se utilizan recursos didácticos como los debates, paneles o el trabajo grupal, los resultados siguen arrojando un bajo grado de participación, de carácter pasivo, por cuanto las dinámicas por ahora se encuentran limitadas a una participación “entre grupos”. Esta ausencia de participación, o al menos de presencia de los alumnos y de las comunidades en la toma de decisiones del quehacer educativo de la escuela, tiene un impacto negativo directo a corto y largo plazo en el capital participativo del joven y futuro adulto.

Por su parte, las políticas no aseguran una efectiva capacitación docente<sup>14</sup> que permita al maestro o profesor entrenarse en nuevos enfoques y estrategias para formar ciudadanos a partir de sus contextos locales con un sentido universal.

Así la “participación” como idea fuerza y como práctica hacia dentro del aula, la organización y la comunidad, no aparece institucionalizada en la escuela. Si bien desde la transición democrática y con la reforma educativa se la declama, to-

davía las escuelas en Formosa no han incorporado la participación como concepto movilizador de sus comunidades educativas. Cuestión que no solamente atraviesa a las escuelas rurales, sino que también llega a las escuelas urbanas primarias, de nivel medio y hasta los institutos de formación terciarios.

Otro factor que complica la enseñanza en las escuelas rurales, como se sabe, es la existencia de grados simultáneos (plurigrados) que el maestro debe atender. Esto produce que, ante condiciones de trabajo más adversas, se dispersen todavía más las energías del maestro rural y se termine nivelando hacia abajo.

Además de los problemas tradicionales de que adolece la educación rural, bastante estudiados, como la repitencia, el rezago, el bajo rendimiento, el desgranamiento y la deserción escolar, ya con el proceso de reforma educativa en marcha –al menos para el caso de los adolescentes rurales formoseños–, se ha agregado un freno en el nivel de escolaridad como consecuencia de la crisis rural que soportan las familias rurales en las dos últimas décadas, lo cual a su vez compromete aún más el deterioro de las condiciones de vida.

Es necesario considerar, por otro lado, lo fundamental que resulta la falta de reconocimiento del lugar que ocupa la interculturalidad en las prácticas de la educación rural. Existe una reproducción de una cultura escolar uniforme en la cual la educación se muestra indiferente de hecho a las formas de vida campesina, por parte de los planes de estudio y currículos centrales. Los niños y adolescentes rurales terminan así siendo víctimas de una privación de saberes.

En Formosa, la educación rural desconoce como punto de partida lo que podríamos llamar una pedagogía familiar, que implica considerar las percepciones de la realidad del niño y su familia. Vale decir, para el año 2000 lo más urgente debería ser integrar en el currículo rural, antes que contenidos<sup>5</sup>, nuevas maneras de tratar los conocimientos partiendo de una priorización de la lengua materna (el guaraní), de los códigos y valores de la cultura campesina, cuyo muelle debe ser el arraigo e identidad rural. En resumen, asociar el conocimiento campesino y el científico a la vez.

### **3.3. La inaplicabilidad del Tercer Ciclo de la EGB en el medio rural**

Asimismo, y muy particularmente a causa de la errática implementación del Tercer Ciclo de la Educación General Básica –7º, 8º y 9º año–, se ha producido en 1999 un fuerte abandono de aquellos que, precisamente, comienzan a ser adolescentes en el campo. Aspecto novedoso que se presenta como un interrogante cuya justificación y alcances desconocen las familias del campo.

En efecto, en 1999 existen evidencias muy fuertes del corte y expulsión del sistema educativo que se hace una vez que el estudiante termina el séptimo año de la ahora EGB, como consecuencia de la inexistente infraestructura para el Ter-



cer Ciclo en la comunidad, y por las restricciones familiares en cuanto a los recursos económicos necesarios para trasladarse diariamente al establecimiento para cursar el Tercer Ciclo más cercano –para el caso de Formosa, un establecimiento secundario. Todo esto, quizá, como consecuencia de aceptar el Estado provincial esta nueva responsabilidad en acuerdos federales de educación sin prever los recursos con los que cuenta para salarios docentes, materiales didácticos e infraestructura.

De modo que necesariamente, para continuar estudiando bajo la forma obligatoria y gratuita, los adolescentes rurales están obligados a asistir a aquellos establecimientos del nuevo Polimodal, localizados en el pueblo o ciudad más próximo, donde ya exista un establecimiento.

Lo concreto es que hoy por hoy se hace muy difícil para los y las adolescentes rurales trasladarse diariamente a completar la EGB, y esto se incrementa cuanto mayor es la distancia y más desfavorecida económicamente es la familia. Esta es otra de las paradojas de la bien intencionada reforma educativa, que se plantea como desafío retener durante más años al joven en el sistema educativo. De este modo, no solamente la mayoría de los adolescentes rurales formoseños sigue sin lograr ingresar y menos aún completar sus estudios post-primarios, sino que ahora, de la mano del proceso de transformación educativa, no pueden siquiera concluir con sus estudios básicos, problema que al parecer en la jurisdicción de Formosa llevaría varios años resolver.

### **3.4. Factores culturales que desalientan la participación**

Las conductas personales y sociales en los espacios rurales tienen un fuerte trasfondo cultural, conformando mundos vitales que contienen conocimientos, creencias y experiencias inmediatas que no resultan cuestionados, pues son percibidos como naturales (intrínsecos) a su cultura y, por tanto, forman parte de la manera de ser: machismo, autoritarismo, paternalismo, etcétera.

En otro plano, un factor cultural importante de destacar en este rápido repaso alrededor de la participación social y política de la juventud rural formoseña, es que históricamente, a pesar de la enorme riqueza que encierra la cultura guaraní<sup>16</sup> y de la cual Formosa es tributaria<sup>17</sup>, dicho rasgo estaría ayudando poco a familiarizar a la juventud con el desarrollo de prácticas en “grupos formales” que –desde una mirada occidental moderna– permitan obtener niveles aceptables de participación en la sociedad formoseña.

Para dar una idea de este rasgo característico es preciso no dejar de mencionar que, si bien desde los últimos cuarenta años la juventud se ha ido nacionalizando, hacia 1960 el 18,2% de los jóvenes era de origen extranjero, en su mayoría paraguayos.

Uno de los rasgos culturales constitutivos del comportamiento de los pueblos originarios guaraníes es la conducta que estos adoptaban ante los conflictos individuales o comunitarios. Básicamente dos tipos de respuestas se expresaban ante disparidades personales o graves problemas de convivencia social.

La primera y la menos generalizada se manifestaba por la vía de la confrontación violenta.

Un segundo tipo de respuesta ante las discrepancias, fuertemente vinculado siempre a la cultura de los guaraníes, es interesante de estudiar en contextos como el formoseño. Vale decir, cuando se presentaban diferentes pareceres frente a un problema, la forma de vida guaraní apelaba al diálogo y relativamente a la discusión; y cuando por esta vía no se llegaba a un acuerdo, simplemente se resolvía la cuestión por la vía del apartamiento, ignorando al otro o a los otros. Así, resultaba característica la división constante en pequeños clanes familiares, por cuanto al existir un conflicto fuerte que implicara discordia en la comunidad, una parte de los integrantes de ésta se retiraba a varios kilómetros e instalaba nuevamente su tava o nueva comunidad.

Al parecer existiría una autopercepción devaluada del joven campesino formoseño de 1999, referida a una pérdida de confianza en sí mismo que se acentúa con la marginación educativa, productiva y política descrita, vivenciada como una tensión entre sus necesidades materiales y afectivas y sus expectativas. Efectivamente, según las apreciaciones recogidas, la juventud rural sería un tanto tímida: “en el campo no es que queremos hablar mucho en reuniones, cuando viene gente de afuera, nos cuesta (...) prefieren escuchar, participan poco”, reconoce uno de los líderes principales del MAF. La timidez sería una forma de retraimiento ante lo no conocido del todo, frente a la “modernidad”, ante lo no vivido, como son las diferentes formas de exposición al mundo extra-campesino con mecanismos formales, como se dijera, tan ajenos a su idiosincrasia como la participación democrática en reuniones, foros o equivalentes.

Por consiguiente, una pregunta interesante de estudiar es hasta qué punto este rasgo cultural aún permanece en la región del NEA, bajo la forma de retraimiento, el silencio y modos de ser pacíficos por parte del campesino, patrón de comportamiento incorporado en buena parte en la cultura política formoseña.

#### **4. Factores que predisponen a la participación**

Al igual que en las múltiples micro-regiones agrarias del resto de América Latina, la participación del campesino en el desarrollo rural local formoseño se asocia a su contexto socioeconómico y ambiente cultural. En contrapartida a lo recientemente comentado, se han visto en la realización de este trabajo factores positivos para el desarrollo rural de carácter participativo propios de las comuni-

dades campesinas, consistentes en acciones comunitarias como parte de la vida social en el campo. En efecto, los testimonios de los jóvenes rurales consultados coinciden en sostener que existe una costumbre de formar parte de acciones o contribuciones comunitarias voluntarias<sup>18</sup>.

Ciertamente, ante los déficit de los servicios estatales en el campo, la juventud participa en las campañas de obtención de fondos, en la construcción y reparación de salas de primeros auxilios, caminos vecinales, escuelas, capillas y otras aportaciones bajo la forma de fuerza de trabajo, fundamentalmente. Al respecto, los entrevistados destacan, por ejemplo, que los jóvenes “son los que participan más en la cantina, la venta de entradas o lo que se ofrece”.

“Cuando se trata de defenderse mutuamente, son unidos, vos cuando te vas a un barrio y se enfermó Juan por ejemplo (...), yo creo que todos tratan de cooperar, de ayudar”. También señalan las diferencias con el mundo urbano: “En el campo está un poco más unido (...), son más realistas, es que yo sé hasta dónde puedo y dónde no puedo llegar, quizá porque lo me rodea es la misma clase y todos estamos empujados para una sola cosa, pero en el centro no sucede eso, sabemos que porque aquel es el hijo del médico (...) del docente (...) del intendente y porque tiene esto, y ahí empieza el lío tremendo”.

Otras prácticas están todavía un poco menos generalizadas, como el uso común de implementos agrícolas –es el caso de arados y la siembra directa–, o incluso pequeñas inversiones y siembras en grupos de a dos o tres jóvenes amigos. En efecto, uno de los entrevistados reconoce que la necesidad de unirse está motivada por el empeoramiento de la situación económica: “hay familias que ya no tienen un buey, su arado. Hay familias, hay jóvenes que se están ayudando mutuamente para cultivar, se está volviendo a lograr eso, porque a lo mejor ese muchacho tiene un buey y aquél no tiene y éste vino y le hizo la siembra...”. Además, agrega otro joven entrevistado como importante en el campo, “el muchacho campesino si te puede dar una mano te le va a dar, porque es humilde, es sincero”. Así, entonces, no obstante el alto costo de oportunidades y el agravamiento de la crisis, las prácticas solidarias siguen formando parte de la cultura agraria “protoguaraní-criolla” de manera intergeneracional.

Asimismo, para los dirigentes juveniles asociados al MAF aquel joven “pequeño” agricultor tiene una alta predisposición a participar, al afirmar que éste tiene condiciones para “participar más, porque tiene más esa experiencia de saber hacer de todo un poco...”.

Prácticas comunitarias que no son consideradas en la concepción e implementación de las políticas públicas en general y en las políticas de desarrollo rural y juvenil en particular, desperdiciando con esta errática posición los rasgos positivos del *corpus* cultural hacia la participación y el desarrollo humano propios

del *ethos* rural, además de recursos fundamentales para un eventual salto productivo en el campo.

#### **4.1. La predisposición productiva del joven rural**

Al igual que la mayoría de los jóvenes latinoamericanos, la juventud rural formoseña no participa en todos aquellos procesos decisivos y económicos que afectan a su cotidianeidad.

En estudios realizados en contextos similares al formoseño, se ha analizado que en la ejecución de proyectos el componente, las demandas y los aportes de los jóvenes rurales juegan muchas veces un rol crucial, dada la alta predisposición que manifiestan a adoptar habilidades micro-agroempresariales y desarrollarlas en la finca o su comunidad. Lamentablemente, sin embargo, en su mayoría los proyectos insisten con exclusividad en los adultos, para quienes dichas competencias y conocimientos modernos son particularmente ajenos a la idiosincrasia del pequeño agricultor.

En efecto, en la práctica de la promoción campesina por parte del Estado y las ONGs, e incluso las mismas organizaciones campesinas, se ha constatado que los jóvenes no están presentes como beneficiarios y protagonistas directos, a no ser como mano de obra calificada. Sin embargo, a pesar de la miopía de las políticas de desarrollo rural y sociales, que no incorporan en su concepción un enfoque etéreo, se ha demostrado que son precisamente los más jóvenes del campo quienes tienen más capacidad de adoptar crítica y rápidamente innovaciones tecnológicas y productivas<sup>19</sup>.

Ironías en la concepción y métodos aplicados a la promoción en América Latina, ya que la práctica rural ha demostrado que son los jóvenes quienes mayor apoyo brindan a los proyectos de intervención social en las comunidades campesinas, estén estos orientados ya sea a la producción agrícola, al establecimiento de agroindustrias, a la incorporación de nuevas tecnologías, a la capacitación en materia de emprendimientos colectivos o en el campo de la salud.

Por otra parte, si se considera la dificultad, conocida desde la Grecia clásica hasta la época contemporánea, de operacionalizar la democracia directa, resultan de fundamental importancia las condiciones propicias, si se quiere demográficas, que poseen los espacios rurales; de allí la sugerente constatación que hace uno de los jóvenes entrevistados para este trabajo: “La juventud de Riacho Heé es casi una, en un pueblo chico se conocen todos, lo que hace uno u otro, porque se conocen, cualquier cosa que uno dice ya lo sabe el otro.”

Lo que inquieta de esta poco inteligente visibilidad por parte del Estado y las elites técnicas que tienen a su cargo el diseño de programas estructurados, es el hecho de que no toman en cuenta las indispensables potencialidades del campo y

de las generaciones jóvenes para contribuir con su intervención directa al desarrollo participativo local así como su aporte productivo para el manejo de modelos de agricultura sustentables <sup>20</sup>.

#### **4.2. Reclamos de la juventud frente a la participación**

Es más, como tendencia contraria a los esfuerzos realizados en la región desde el año internacional de la juventud, para el caso particular de Formosa, a principios de los noventa se desactivó la Secretaría de la Juventud que tenía exclusivamente una política urbana-estudiantil.

Así, en la memoria de las relatorías de los congresos de juventud, se insiste en la reapertura de dicha agencia especializada, con un sistema de oficinas locales en todo el territorio, mediante un sistema de representación, empezando por la colonia o barrio, el municipio, las filiales y finalmente la Secretaría de Juventud, cuya conducción debe ser elegida mediante elecciones.

Por su parte, las pocas ONGs que canalizan programas de juventud nacionales, además de ofrecer poca asistencia técnica, se caracterizan por brindar tutoría más bien partidaria, al estar políticamente coptadas. De allí que también los jóvenes reclaman “información y asistencia técnica” en cuanto a proyectos para ellos y sus pares, además de asesoramiento, para conformar ONGs y organizaciones juveniles.

Dicho lo cual, se puede afirmar que hacia el horizonte del nuevo milenio lo predominante en el campo público juvenil de Formosa es la ausencia de políticas de juventud en general.

En la provincia existe además, como se señalara, una destructiva subordinación a ideologías partidarias, o más precisamente a “personas”, que priorizan los intereses de fracciones antes que los intereses generales, neutralizando las potencialidades y energías de participación. La implementación de los programas generales, o de los escasos hacia la juventud, no se direcciona hacia sus idearios y objetivos, sino a la manipulación de necesidades y el reclutamiento de votos jóvenes, todo lo cual termina provocando un efecto político y socialmente desmovilizador.

Fenómeno de quietud, de escasa conformación de movimientos sociales, que en Formosa se ve favorecido también por las raíces que calan culturalmente en el arraigo del patronazgo heredado de los modelos de organización coloniales, además de los ya analizados.

Cuando se consultó a los jóvenes cuáles serían las características que deberían tener las organizaciones para que exista una mayor participación, algunos indicaron la necesidad de tener contactos personalizados y el acceso geográfico.

Cuando se programan actividades con jóvenes, para que la convocatoria sea efectiva “hay que llegar a la casa, explicar, incentivarlo, no sólo una invitación para escuchar”. En tanto, otro joven interrogado destaca como importante que: “Se debe hacer un seguimiento en la capacitación, no abandonarlo al joven”.

Asimismo, indican que existe un problema de medios, cuando se hacen cursos o reuniones “en la Colonia participan todos, porque no está el problema de en qué me voy”. Finalmente, destacan que en las organizaciones “tiene que haber mucha humildad...”.

### **4.3. Motivación y participación**

En contrapartida al retraimiento quizá natural de las comunidades campesinas con fuerte influencia indígena como la formoseña, desde la perspectiva cultural también es dable analizar el carácter movilizador de las Ligas Agrarias de los setenta, protagonizadas tanto por los campesinos del NEA como por paraguayos. Esta experiencia se explicaría, en gran parte, por su fuerte vinculación cultural y religiosa, nutriéndose con la idea de “paraíso terrenal” (como modelo de comunidad) al que habría que buscar colectivamente, permitiendo apelar a la noción de “autonomía”; la cual tenía más bien una intencionalidad religiosa y menos política.

Las Ligas Agrarias, como se sabe, fueron aniquiladas por los Estados autoritarios y, aunque han sido poco estudiadas significaron, o al menos lo han intentado, un modelo propio e innovador de participación, libertad e igualdad social.

La historia reciente, nos ofrece pistas para favorecer la participación, y nos muestra la importancia de los “incentivos” para generar la participación ciudadana u organizada en el campo.

De allí la importancia para el muchacho/a de la escuela de contar con una cultura general, así como de elementos propios de la especialización técnica que requiere como productor joven, y de la interacción con otros ámbitos de la sociedad y las distracciones.

Ello remite a lo imprescindible que resulta diseñar desde la cultura campesina por un lado, y las expectativas, miedos, centros de interés y los problemas juveniles por el otro, “un perfil” o un “estado de competencias de participación”, entendido como una combinación dinámica de un conjunto de elementos, tales como conocimientos y habilidades universales y propias, de capacidad de acción y comportamientos asociados a los requerimientos del contexto.

Despertar a través de las políticas públicas el entusiasmo y desarrollarlo, significa posibilidades de introducir y dominar gradualmente herramientas específicas para modificar el retraimiento, la relativa pasividad o conformismo reinante en los espacios rurales de fin de siglo, como el formoseño.

Ello implica programas y servicios que permitan al joven adquirir y poner en práctica competencias de participación, y que no necesariamente es sinónimo de la militancia clásica.

Son estos esfuerzos en torno a métodos e información dirigidos a desarrollar la capacidad de relacionarse, la imaginación, la elaboración y toma de decisiones, el trabajo en equipo de pares, así como el saber llevar adelante proyectos, organizar y gestionar, etc., todo lo cual supone que la juventud rural cuente precisamente con “motivaciones”.

## Bibliografía

- Caputo, Luis 1994 “Juventud rural: intervenciones sociales, obstáculos y alternativas en la promoción de sus organizaciones” (Asunción: PROCODER/BASE-IS), D.T. n° 62.
- Casanova, Ramón 1999 *La generación de fin de siglo. La dispersión de los imaginarios juveniles* (CENDES).
- CEPAL 1994a *Juventud rural, modernidad y democracia: desafíos para los noventa* (LC/R.1361), enero, Santiago de Chile.
- 1994b *Proyecto de informe del seminario de expertos sobre juventud rural, modernidad y democracia en América Latina* (LC/R. 1345), junio, Santiago de Chile.
- Chacoma, Jorge 1994 “Distribución de la población en Formosa: ambiente, ferrocarril y el algodón (1920-1947)” (Asunción: BASE-IS), D.T. n° 58.
- Chacoma, Jorge 1994 *La juventud formoseña. Una mirada demográfica* (Formosa: Documentos SeCiEV).
- 1995 *Los jóvenes y el sistema educativo formoseño* (Formosa: Documentos SeCiEV).
- Dirven, Martine 1995 “Expectativas de la juventud y el desarrollo rural”, en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile), n° 55.
- Durston, John 1998 *Juventud y desarrollo rural: marco conceptual y contextual* (Santiago de Chile: CEPAL), Serie Políticas Sociales n° 28.
- Edson, Teófilo F. 1992 “Autogestión campesina, política económica y prácticas sociales” (Asunción: BASE-IS), D. T. n° 36.
- INDEC 1998 *Anuario Estadístico de la República Argentina 1997* (Buenos Aires).
- Habermas, Jürgen 1987 *Teoría de la acción comunicativa* (Madrid: Taurus).
- Reuben de Soto, William 1994 “Los principales desafíos para el trabajo con jóvenes rurales en los noventa”, en *Memoria de la Consulta regional sobre juventud rural del Cono Sur Latinoamericano* (Montevideo: IICA/Foro Juvenil/REJUR).
- Semler, Christian 1999 “La híbrida identidad de la generación 99”, en *Le Monde Diplomatique* (Buenos Aires), n° 4.
- Sen, Amartya 1989 “Development as capability expansion”, en *Journal of Development Planning*, n° 19, 41-58.



### **Bibliografía del autor**

Caputo, Luis 1992 “Las ONGs paraguayas y la integración regional: Respuestas y propuestas” (Asunción: BASE-IS), Documento de Trabajo n° 45.

1993 “Integración Regional: De la ausencia a la participación del pequeño agricultor” (Asunción: BASE-IS/PROCODER/MGAP/IICA), mimeo.

—“Sustentabilidad de la agricultura campesina y desarrollo rural en el Paraguay”. Trayendo río a casa: Contribución al documento continental RIAD presentado en la Conferencia Internacional sobre Agriculturas Sustentables (Mülheim, Alemania), Documento de Trabajo RIAD n° 5.

—*Juventud campesina en el decenio de 1990. Problemas y desafíos* (Asunción: Red Rural).

1994 *Entre la exclusión y la reconstitución: La juventud campesina paraguaya en los 90s* (Santiago de Chile: CEPAL), LC/R. 1373 Sem. 7315.

—“Jóvenes rurales: intervenciones sociales, obstáculos y alternativas en la promoción de sus organizaciones” (Asunción: BASE-IS/PROCODER), Documento de Trabajo n° 62.

—“Jóvenes rurales del Cono Sur: de víctimas a protagonistas del desarrollo” (Asunción: BASE-IS/REJUR/IICA), Documento de Trabajo n° 64.

1995 “La juventud rural vista desde el Cono Sur” (Asunción: BASE-IS/REJUR/IICA), Documento de Trabajo n° 67.

—“Hacia una renovada modernidad en América Latina” (Buenos Aires: FLACSO), mimeo.

—“Foucault frente a la modernidad: algunos aspectos epistemológicos” (Buenos Aires: FLACSO) mimeo.

—“Un examen al MERCOSUR: imaginando su análisis desde distintas posiciones” (Buenos Aires: FLACSO), mimeo.

—“Controversias sobre la tendencia reprimarizadora del desarrollo agropecuario en América Latina” (Buenos Aires: FLACSO), mimeo.

—“Residencia y migración en la frontera argentino-paraguaya. El caso de Formosa-Alberdi”, trabajo de investigación, UNaF-CyT.

—“La diversidad y lo local en el logro de la sustentabilidad: un panorama weberiano del Estado y la política en Formosa” (Buenos Aires: FLACSO), mimeo.

1996 “Durkheim, algunos elementos para la comprensión de las organizaciones sociales y los cambios en América Latina” (Asunción: BASE-IS), Documento de Trabajo n° 83.

1997 *Juventud y transición política: actitudes y percepciones en un momento de tensiones no resueltas* (CLACSO/FLACSO/UNESCO).

1999 *Migración forzada por situación de desastre natural. El caso de las inundaciones en la Provincia de Formosa* (UNaF-CyT).

## Notas

1. Esta sección compila información proveída por estudios realizados por Chacoma (1994b y 1995).
2. Según datos extraoficiales la población total indígena en la Provincia de Formosa conformada por la etnias Wichi, (53%) Toba (36%) y Pilagás (11%) llegaría a 50.000 personas.
3. Concepto desarrollado en su “Teoría de la acción comunicativa” (1987).
4. Amartya Sen (1989) en efecto, establece una diferencia entre la producción y prosperidad materiales y la vida de las personas, no atribuyéndole a los bienes materiales la categoría de fines, sino de medios para alcanzar el bienestar y la libertad de las personas. Para él lo más importante es la realización de la persona, concebida ésta como un conjunto de “haceres y seres” (*doings and beings*). La realización personal, en su concepción, es así la capacidad de funcionar o de realizar algo personalmente valorado.
5. En esta misma línea se ubican nuevas oleadas de rebelión de subjetividades juveniles, que Casanova (1999) ilustra claramente cuando se refiere a la generación de los noventa: “(...) es también la que en mayor volumen ha estado expuesta a condiciones inéditas de pobreza; retrayéndose una parte importante hacia formas colectivas signadas por la marginación cultural, el tradicionalismo político y la violencia (...) excluidos de todo, viven experiencias marcadas por la vinculación al delito, sirven a la economía de la droga, consumen alcohol y se refugian en creencias vitalistas.”
6. Fenómenos similares también se vienen dando en otros contextos, tales como jóvenes indígenas que habitan en territorio paraguayo.
7. Esta mayor probabilidad de exposición a peligros es señalada adecuadamente por la CEPAL (1994a) cuando afirma que la etapa juvenil: “ (...) tiene la criticidad peculiar de ser la última oportunidad importante para aumentar la equidad entre las personas, siendo la etapa en que se termina la educación formal (en diferentes niveles de logro), y se inicia la inserción ocupacional. Es clave también porque la adolescencia es siempre un período de cambio psicológico, de difícil y gradual aprendizaje de roles adultos, y por ende de gran incertidumbre y de peligro de daño psicosocial”.

8. Este análisis se basa en los trabajos de Durston (1998). Asimismo, Dirven (1995) ilustra muy bien la existencia de fuertes anhelos en la juventud rural: “(...) las evidencias cualitativas sugieren que un número importante de jóvenes, sobre todo varones, muestra propensión por la agricultura por sobre otras alternativas, siempre y cuando esta actividad les permita acumular lo suficiente para no vivir en la pobreza. Esta preferencia está asociada, entre otras cosas, a la valoración dada a los lazos de parentesco y de compadrazgo, las tradiciones culturales y las posibilidades de lograr una posición de respetabilidad en la comunidad”.

9. Según este programa se cubre a 7.300 pequeños productores y sus familias, organizados en 236 colonias con delegados e incipientes agrupamientos de 10 a 15 productores, totalizando hasta el momento 450 grupos de base (Decreto 1107/96).

10. Salvando las distancias se puede leer en Semler (1999) una sugerente advertencia sobre la arrogancia de quienes se reconocen como intelectuales o políticos ex militantes y rebeldes cuando critican los nuevos modos de expresión de la *generación 99*, que se orientan “al placer, la alegría de vivir, al humor, la distensión” o al medio ambiente, pero que rechaza a los dirigentes y políticos: “(...) no son los jóvenes quienes detestan la política sino al revés”.

11. Serios problemas institucionales y de corrupción política sucedieron durante 1999: oficialización de la postulación a la reelección del gobernador a pesar de los impedimentos constitucionales (art. 129); destitución del presidente del Superior Tribunal de Justicia y presidente de la Junta Electoral Provincial por parte de un juez de menor cuantía en complicidad con el P.E.; fraudes electorales en varios distritos, desvío de fondos públicos e interferencia política en las licitaciones públicas, etcétera.

12. Así la CEPAL (1994a) señala: “La juventud rural no se siente protagonista y es difícil incluso especificar su condición de joven como actor social potencial en el medio rural. A esto contribuye que la ciudadanía rural, en general, está devaluada en la sociedad y que los adultos, en general, no abren espacios a los jóvenes. Tradicionalmente no se permiten las manifestaciones de la voz juvenil ni en el trabajo ni en la familia”.

13. A fines de 1999 varios miembros de distintos centros de estudiantes secundarios de Formosa fueron ferozmente atacados por jóvenes organizados en grupos informales. Inmediatamente los estudiantes de varias instituciones apelaron a un nuevo símbolo, “*la cinta negra*”, además de las pintadas, para expresar en las calles su solidaridad y, a la vez, repudio por lo que consideran situaciones de injusticia impunes.

14. Si bien existe la Red Federal de Formación Continua desde donde se organizan las ofertas de capacitación pública, según la opinión de los docentes,

los resultados han sido pobres en materia de calidad y reconversión académica. A ello se adiciona el alto nivel de inversión económica realizada en los primeros años de su creación, pasando por la conformación de un submercado monóplico de “comercialización”, hasta llegar en la actualidad a la imposibilidad de lograr terminar el desarrollo de cursos por agotarse, sorpresivamente, el presupuesto.

15. En lugar de mejorar y potenciar experiencias educativas locales, se percibe un deslumbramiento por todo un paquete de ingeniería curricular que ha relegado, por ejemplo, al Programa de Expansión y Mejoramiento de la Educación Técnica Agropecuaria (EMETA/BID), los centros educativos para “adultos” en los cuales estudian jóvenes mayores de 17 años, así como el EMER destinado a la escolaridad básica rural, el cual ha posibilitado revitalizar en su momento a la escuela rural. Sin embargo, a pesar de sus contribuciones, estas instancias se encuentran casi fuera del sistema educativo.

16. En la región del NEA, muy especialmente en la provincia de Formosa y más aún en las áreas rurales, se han recibido considerables corrientes migratorias desde Paraguay de origen rural, determinando fuertes raíces culturales con la población paraguaya durante todo este siglo. De allí que el idioma materno en las zonas rurales del centro-este sea el guaraní y también el yopará (mezcla). Chacoma (1992a) abunda en datos históricos sobre el considerable poblamiento paraguayo en territorio formoseño.

17. Este punto lo explica muy bien Edson Teófilo (1992): “(...) la movilización social en el campo no es como pretende una concepción usualmente difundida entre los sectores conservadores de la sociedad un elemento *exógeno* al mundo rural, que introduce *desde fuera* agentes externos. Al contrario es un elemento constitutivo y siempre presente en las comunidades rurales. Frente a la aparente calma con que se pretende pintar el mundo rural, como invitación a la indolencia, lo que en verdad presenciamos en cualquier comunidad rural es una intensa y compleja red de procesos sociales, que se caracteriza por una gran vitalidad”.

18. Al respecto, véanse Reuben de Soto (1994); Caputo (1994).

19. En efecto, “los jóvenes tienen una mayor propensión generacional a interesarse por la conservación y el manejo sostenible de los recursos naturales que son la base de su presente y futura actividad económica. Este interés motiva su agrupamiento en organizaciones locales que promueven un uso más sostenido de los recursos y propician en los productores jóvenes, la incorporación de prácticas productivas ecológicamente más adecuadas” (Reuben de Soto, 1994).

20. La CEPAL(1994a) advierte la siguiente fortaleza a la que es preciso prestar atención: “La parte fácil del fomento de mayor participación democrática

para los jóvenes rurales es *la motivación*". Aunque reconoce como se describiera aquí que: "Menos fácil es la tarea de renovar trabas locales y microrregionales a la libre organización". De allí que también la CEPAL ( 1994b) señala: "el fomento de la participación organizada debe ser un elemento central para el proceso de desarrollo del mundo rural. En ello es de vital importancia el estímulo a la concurrencia de jóvenes en la conducción de las organizaciones rurales, sean éstas de carácter productivo, de representación u otro, ya que ellos constituyen un sector estratégico y de grandes ventajas comparativas en los esfuerzos de modernización del sector".

---

## *Notas sobre la participación política de los jóvenes chilenos*

— Gabriela Fernández M.\*

### **1. Presentación**

**A** continuación se darán a conocer algunas reflexiones sobre la participación política de los jóvenes chilenos, que surgen de una serie de experiencias académicas y particularmente de un estudio sobre el tema realizado durante 1999. Dicho estudio fue llevado a cabo desde el Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE), por encargo del Instituto Nacional de la Juventud de Chile (INJUV), organismo público responsable de canalizar las políticas y programas específicamente dirigidos a este segmento de la población.

Una primera aclaración es que en Chile oficialmente se denominan jóvenes a las personas de entre 15 y 29 años de edad, por lo tanto ese es el rango etáreo utilizado por el INJUV y con el que se trabajó en el estudio del cual se da cuenta en parte de este documento.

La definición inicial del problema que motiva la realización de éste y otros estudios sobre el tema de la participación política de los jóvenes corresponde a una visión predominante de un distanciamiento “patológico” entre jóvenes y política. Frente a esto existen autores como Garretón y Villanueva (1999) que dicen que “nos encontramos ante una profunda transformación tanto de la sociedad y

---

\* La autora es Trabajadora Social, Magíster en Gestión y Políticas Públicas de la Universidad de Chile. Actualmente se desempeña como investigadora en el Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE), organismo no gubernamental chileno.

de la política como de lo que acostumbramos llamar juventud y que, por lo tanto, no podemos tratar esta cuestión con los mismos conceptos y orientaciones de siempre”.

A nivel nacional, el tema de la apatía política de los jóvenes se ha centrado en la revisión de los índices de inscripción electoral, considerando que dentro de la ley chilena esta inscripción es voluntaria y no obligatoria como ocurre en muchos países, entre otros Argentina<sup>1</sup>. El manejo que generalmente se hace a través de la prensa y demás medios de comunicación muestra la inscripción electoral como parte de una especie de crisis de participación política, en donde los jóvenes se estarían automarginando de tomar parte en la elección de sus autoridades y representantes.

Paralelamente, ocurre que en un escenario de elecciones parlamentarias (en 1997) y presidenciales (en 1999) fueron organizadas, desde organismos de gobierno, dos campañas oficiales que tenían como objetivo captar al alto porcentaje de jóvenes renuentes a inscribirse<sup>2</sup>. El resultado de ambas campañas estuvo muy por debajo de lo esperado por sus organizadores al momento de lanzarlas.

Frente a tales constataciones cabe preguntarse si esta supuesta apatía de los jóvenes por la política es o no efectiva. Podemos preguntarnos, además, acerca de la necesidad de evaluar qué estamos entendiendo por participación política, más allá de sus manifestaciones tradicionales de militancia y sufragio.

### **1.1. El concepto de juventud**

La juventud es, ciertamente, un sector que se resiste a su conceptualización, ya que debido a su uso en el sentido común, ha adquirido innumerables significados: sirve tanto para designar un estado de ánimo, como para calificar lo novedoso y lo actual; incluso se le ha llegado a considerar como un valor en sí misma: “lo que posee un gran porvenir” (Brito, 1998: 180).

Queda claro que la definición de juventud sobrepasa lo estrictamente demográfico, y debe considerar también elementos sociológicos. Podemos decir además que hay características de los jóvenes de algunas generaciones que los distinguen de los de otras, lo cual tendría que ver con el contexto en el que les ha tocado vivir y ser socializados.

Desde este punto de vista, determinados rasgos de la juventud actual estarían dando cuenta de transformaciones culturales y sociales: su facilidad para asumir cambios vertiginosos en el campo de las comunicaciones y la tecnología, son un ejemplo de esto<sup>3</sup>.

En el caso chileno, la generación de los ochenta y la de los noventa tienen rasgos diferentes en cuanto a sus formas de participar y relacionarse con lo polí-

tico, situación que debe ser leída en el escenario de modelos de conducción nacional muy distintos entre sí. En tanto que los jóvenes de los ochenta, en particular aquellos provenientes de sectores populares, se caracterizaron por una fuerte movilización de protesta contra la dictadura militar, luego de la realización del plebiscito de 1988 los jóvenes de los noventa ya no contaban con este tipo de motivación política.

Más allá de las diferencias generacionales señaladas en el punto anterior, también es común encontrar en las referencias que se hacen a los jóvenes algunas características típicamente asociadas a este grupo: por un lado rasgos que destacan su vitalidad y flexibilidad frente a los cambios; por el otro, y esto es quizá lo más destacado, rasgos que dan cuenta de su apatía, irreverencia e irresponsabilidad. En relación a estas últimas características, en algunos casos son presentadas desde una lógica culpabilizadora –en donde son los mismos jóvenes los responsables de su propia apatía– y en otros casos son mostradas desde una mirada comprensiva y contextualizadora –en donde los jóvenes no son más que víctimas de un sistema que los lleva a actuar de determinadas maneras (De Tommasi, 1999: 92).

Frente a este punto, nos parece que tanto la lógica culpabilizadora como la más comprensiva y contextualizadora pecan de parcialidad en la forma en que se refieren a los jóvenes<sup>4</sup>.

Al respecto, es interesante la visión de Bajoit (en Corvalán, Fernández y González [comps.], 1999: 29-356), quien habla de rasgos de una personalidad “contemporánea” que coexisten con los rasgos de una personalidad “tradicional”, más allá de las contradicciones que pudieran presentarse entre ambas. Los jóvenes, aún cuando no sólo ellos, presentarían simultáneamente características de estas dos personalidades, moviéndose en medio de una serie de continuos tales como los siguientes:

- reflexividad versus racionalización,
- autonomía versus dependencia,
- autorrealización individual versus indecisión,
- autenticidad versus instrumentalización,
- deseo de afectividad versus repliegue sobre sí mismos,
- vivir por el ser versus vivir por el tener,
- generosidad versus cálculo,
- participación política versus apatía,
- conservación del medio ambiente versus desgaste del medio ambiente,
- tolerancia versus indiferencia.



Desde este punto de vista, el modelo actual y el modo de ser joven a la entrada del siglo XX no corresponderían a la descomposición de un sistema de valor antiguo, sino más bien a la recomposición de un sistema de valor nuevo, cuya característica es estar basado principalmente en el individuo y no tanto en el colectivo.

El mismo autor dice también que conductas de anomia y apatía (con las que ha sido común describir a la juventud actual) corresponden a una, pero en ningún caso la única estrategia que utilizan los jóvenes para enfrentar la incertidumbre en la que se vive<sup>5</sup>.

Por último, hay un paradigma de juventud prevaleciente que también ha sufrido transformaciones. La idea de la juventud como un valor en sí mismo ha sido transmitida incesantemente por los medios de comunicación a través de la publicidad, hecho que es clave para entender este cambio.

De cualquier modo y más allá de la forma en que queramos definirlos, en nuestro país (y seguramente también en el resto de los países latinoamericanos) las realidades varían dependiendo de la situación socioeconómica, el sexo, la educación, etc., lo que hace evidente que no se puede pensar en un prototipo de joven, sino en distintos tipos y formas de ser joven.

## **1.2. Características generales de los jóvenes chilenos**

De acuerdo con las proyecciones del Censo de Población de 1992 al 30 de junio de 1997 (fecha en que fue aplicada la Segunda Encuesta Nacional de Juventud a cargo del INJUV), en Chile había 3.676.917 jóvenes entre 15 y 29 años, que corresponden al 25,1% de la población urbana del país. De estos, 1.858.535 son hombres y 1.818.382 son mujeres.

Las tendencias muestran un leve incremento de la población juvenil para las próximas décadas, por lo que la presencia y demanda de este sector tenderá a incrementarse con los años. La revisión de estos datos es importante para dimensionar el enorme peso que este grupo significa dentro de la población nacional.

Un antecedente que parece interesante para el tema que nos ocupa es que cuando los jóvenes son consultados acerca del grado de confianza que tienen en las instituciones públicas, las cifras de la Segunda Encuesta de Juventud (INJUV, 1999) muestran claramente que la institución con menor prestigio son los partidos políticos (26,5 %), prestigio que además ha disminuido desde la aplicación de la Primera Encuesta en 1994 (30,5 %). Si el porcentaje de respuestas a esta misma pregunta es desglosado según estratos socioeconómicos, quienes son más críticos son los jóvenes de estrato bajo.

Por su parte, entre las instituciones a las que los jóvenes otorgan un mayor nivel de credibilidad aparecen la iglesia y los medios de comunicación (teniendo estos últimos un repunte del 70 % en 1994 al 83% en 1997).

### 1.3. Contexto nacional actual

Un elemento clave para entender la realidad chilena actual en materia de participación política es el proceso de democratización que se vive luego de que en el año 1988 triunfara la postura del “No”, es decir, la de aquellos que se oponían al continuismo de Pinochet en el poder presidencial y estando transcurriendo ya el tercer gobierno de la llamada “Concertación de Partidos por la Democracia”<sup>6</sup>.

En otras esferas, al igual que en el resto de los países del cono sur, se ha vivido un fenómeno de relativización y apertura de las fronteras, particularmente en materia de intercambios comerciales y dolarización de la economía, situación que se ha dado junto con la implantación y fortalecimiento de un modelo económico neoliberal de mercado.

En el caso de Chile, la modernización y crecimiento económico que buscaba este proceso no han sido homogéneos, y un gran porcentaje de la población que vive en condiciones de pobreza se debate entre el acceso a satisfactores básicos y altas expectativas de consumo que el funcionamiento del modelo promueve (Sandoval, 1999: 60).

En materia de participación política, se habla de un cambio en las relaciones de ésta con otras esferas del quehacer nacional como la economía, situación que es propia de la transición entre dos tipos de sociedades: una industrial nacional –que tiene como ejes centrales al trabajo y la política– y una postindustrial globalizada –que tiene como ejes al consumo y la comunicación (Jara, 1999: 102). Garretón y Villanueva (1999) dicen que esto va acompañado de un proceso de transformación caracterizado por desnormativización y desinstitucionalización.

Corrientemente, el distanciamiento de los jóvenes hacia la política se ha venido relacionando con una paulatina disminución de la inscripción de éstos en los Registros Electorales, situación que en Chile es más drástica en el tramo de 18 a 19 años de edad. En definitiva, la revisión de las cifras de población que potencialmente está en condiciones de inscribirse, muestra que por una parte este segmento de los jóvenes estaría subrepresentado, y por la otra correspondería a un porcentaje de la población tan significativo como para definir los resultados de una elección a nivel nacional.

Algunos autores afirman que este fenómeno es acorde a lo que ocurre en otros países en el sentido de que a medida que se estabilizan las democracias y se alcanza un crecimiento económico sostenido, la gente concurre menos a votar, porque hay menos cosas en juego y la política pierde relevancia (Lehman, 1998).

Otros en cambio (CEP, 1997) dicen que esta actitud expresaría una carencia democrática y un cuestionamiento por parte de los jóvenes de la efectividad del entramado institucional para representar la realidad de sus opciones políticas, por lo que la votación no sería sino una rutina para elegir autoridades sin relación con problemáticas o proyectos sustantivos.

Según Garretón y Villanueva (1999), no puede deducirse desinterés o rechazo por la política, aunque éstos existan realmente, de la suma de no inscripciones, abstenciones y votos nulos o blancos. En primer lugar, porque éstas corresponden a tres conductas electorales diferentes que obedecen a motivaciones también distintas. En segundo lugar, porque el sistema de inscripción chileno deja abierta la posibilidad de no inscripción y por lo tanto quienes tomen esta opción no necesariamente lo están haciendo por falta de interés en la política.

Al respecto, algunos estudios (como el realizado por PARTICIPA en 1995) han construido índices de interés de los jóvenes por la política en base a la frecuencia con que se trataban los temas políticos en conversaciones o se informaban de política a través de la prensa o la televisión, eludiendo la pregunta directa por interés, situación que permite llegar a resultados un poco más altos que haciendo la pregunta en forma directa. Según estas mediciones (realizadas utilizando el mismo parámetro en distintos estudios entre 1991 y 1994) los índices de interés por la política habrían disminuido.

## **2. Algunos resultados del estudio sobre “Participación política de los jóvenes chilenos”**

Tal como ya fue señalado, el estudio sobre “Participación política de los jóvenes chilenos” fue realizado desde el CIDE por encargo del INJUV. Su objetivo general fue describir y analizar desde la óptica de los jóvenes y de los diferentes actores políticos de la vida nacional, la interpretación que se hace del concepto “participación política de los jóvenes” y los modos en que éste es llevado a la práctica. El estudio tuvo un carácter cualitativo, centrado en el análisis del discurso a través del rescate de las representaciones sociales asociadas al concepto que tienen los políticos y los jóvenes acerca de la participación política de estos últimos.

Cuadro 1  
**Fuentes y técnicas de información utilizadas para el análisis**

<b>Grupos focales (discurso de los jóvenes)</b>	Se realizaron 12 grupos focales en 6 localidades determinadas (3 rurales y 3 urbanas) de estrato medio bajo. En los grupos participaron jóvenes que tenían entre 15 y 29 años de edad, separados en dos tramos: menores de 18 años y mayores de 18 años.
<b>Entrevistas en profundidad (discurso de los actores políticos)</b>	Se realizaron 17 entrevistas en profundidad a actores políticos de distintas líneas de pensamiento. Principalmente, fueron entrevistados los presidentes de partidos y de juventudes políticas, a las que se agregaron algunas entrevistas a altos funcionarios públicos ligados al tema.
<b>Revisión de fuentes secundarias (análisis histórico)</b>	Se revisaron datos estadísticos oficiales (Censos del Instituto Nacional de Estadísticas y Estadísticas del Servicio Electoral), los cuales fueron complementados con algunos estudios previos sobre el tema.
<b>Revisión de prensa escrita (análisis de prensa)</b>	Se hizo una revisión de prensa de 6 medios, centrándose en el período 15 de mayo/12 de agosto de 1997, correspondiente al tiempo de implementación de la campaña pro inscripción electoral llamada “La elección es tuya”.

### 2.1. Mitos de la participación electoral a la luz de las cifras históricas

Al referirnos a la participación electoral de los jóvenes consideramos tres dimensiones: la inscripción en los registros electorales, la concurrencia a los actos eleccionarios y las preferencias políticas. Esta última dimensión es la que presentamos información debido al carácter secreto del voto.

Por su parte, puesto que la cantidad y tipo de información disponible es diferente, el período histórico analizado fue subdividido en dos subperíodos<sup>7</sup>:

- *Entre 1950 y 1973*, sub-período en el que destacan dos hitos importantes: la creciente participación de las mujeres en las votaciones (por la obtención del pleno derecho al voto en 1949) y la extensión del sufragio a los mayores de 18 años (según la ley de 1970, que bajó la edad mínima de los 21 a los 18 años, y que se hizo efectiva por primera vez en las elecciones municipales de 1971).

- *Entre 1988 y 1997*, sub-período para el cual existe más y mejor información para aproximarse al tema, puesto que antes de esta fecha las cifras oficiales no están desagregadas por tramos etáreos, lo cual no permite conocer con exactitud lo que ocurre específicamente con los jóvenes menores de 29 años.

Es importante considerar que los jóvenes han constituido en los últimos cincuenta años el grupo más numeroso de la población chilena (según se puede observar en el cuadro 2, los índices varían entre el 25 y 30 % del total de chilenos para el tramo entre los 15 y 29 años de edad).

Cuadro 2  
***Porcentaje de jóvenes dentro de la población total según los censos realizados entre 1952 y 1992***

Año	Población total	Jóvenes entre 15 y 29 años <sup>s</sup>	Porcentaje de jóvenes sobre la población total
1952	5.932.995	1.591.378	26,8 %
1960	7.374.115	1.850.211	25,1 %
1970	8.884.768	2.308.493	26,0 %
1982	11.329.736	3.403.821	30,0 %
1992	13.348.401	3.649.078	27,3 %

Fuente: Censos, INE.

Según las cifras, los jóvenes constituyen un grupo social con gran potencialidad para incidir decisivamente en los resultados electorales, situación que en parte explicaría el particular interés que existe por captar los votos de los más de tres millones de menores de 30 años.

## **2.2. Algunos datos de interés**

A partir de una revisión de las cifras históricas de participación electoral a nivel nacional, nos ha parecido relevante revisar el mito que existe sobre el tema, que tiene que ver con que los índices actuales de participación son los más bajos que ha habido en mucho tiempo. Podemos señalar que tras 15 años de régimen militar, con motivo del plebiscito del 5 de octubre de 1988 se registra el índice más elevado de inscripciones en la historia electoral del país (cerca de 7,5 millones de personas). En esta ocasión, los jóvenes representaban el porcentaje más alto de inscriptos (35,99 %) en comparación con otros tramos etáreos, según se ob-

serva en el cuadro 3. Sin embargo, posteriormente a 1988 los porcentajes de jóvenes inscriptos en términos absolutos han ido decayendo paulatinamente, llegando en 1997 a ser un 19,88 % del total de la población votante.

Cuadro 3  
*Cantidad y porcentaje de jóvenes inscriptos para las elecciones realizadas entre 1988 y 1997*

Año	Tipo y fecha de elección inscriptos	Total	Hombres inscriptos	Mujeres jóvenes	Jóvenes	% de
1988	Plebiscito, 5 de octubre	7.435.913	3.609.454	3.826.459	2.676.185	35,99
1989	Plebiscito, 30 de julio	7.556.613	3.665.682	3.890.931	2.610.054	34,54
1989	Pres. y parlam., 14 de dic.	7.557.537	3.664.852	3.892.685	2.527.240	33,44
1992	Municipal, 28 de junio	7.840.008	3.791.364	4.048.644	2.347.298	29,94
1993	Pres. y parlam., 11 de dic.	8.085.439	3.903.135	4.182.358	2.310.818	28,58
1996	Municipal, 27 de octubre	8.073.368	3.882.561	4.190.807	1.797.131	22,26
1997	Parlamentaria, 11 de dic.	8.069.624	3.877.665	4.191.959	1.604.241	19,88

Fuente: Centro de Documentación del Servicio Electoral de Chile.

Nos parece interesante plantear otra mirada sobre estas mismas cifras, y reparar en el hecho de que según los datos del último censo realizado en nuestro país, en 1992, el 80 % de los jóvenes en edad de votar estaba efectivamente inscripto. Más allá de las interpretaciones sobre el desinterés de la sociedad chilena en la política tradicional (sufragio), es necesario decir que el contexto de retorno a la democracia y, particularmente, el plebiscito de 1988, fueron bastante excepcionales y deben ser considerados de esta manera al momento de evaluar la disminución que posteriormente a 1990 ha habido del número de inscriptos.

Por otra parte, los índices actuales de abstención electoral (8,7 % en las presidenciales de 1993) han sido largamente superados en épocas pasadas (16,6 % en las presidenciales de 1970), tal como se observa en los cuadros 4 y 5. Sin embargo también se observa que desde 1989 a la fecha los porcentajes de abstención se han ido incrementando. Frente a estos datos, pareciera conveniente mirar el comportamiento electoral cíclicamente y no tanto anual y fragmentariamente.

Cuadro 4  
***Índice de abstención en elecciones municipales, parlamentarias  
y presidenciales, entre los años 1950 y 1973***

Año	Tipo de elección	Índice abstención
1950	Municipal	25,7 %
1952	Presidencial	13,4 %
1953	Parlamentaria	31,4 %
1956	Municipal	41,7 %
1957	Parlamentaria	29,5 %
1958	Presidencial	16,5 %
1960	Municipal	30,5 %
1961	Parlamentaria	25,5 %
1963	Municipal	19,6 %
1964	Presidencial	13,2 %
1965	Parlamentaria	19,4 %
1967	Municipal	23,8 %
1969	Parlamentaria	25,8 %
1970	Presidencial	16,6 %
1971	Municipal	25,2 %
1973	Parlamentaria	18,2 %

Fuente: Servicio Electoral, *Abstención elección parlamentaria 1997: 19-20*.

Cuadro 5  
***Porcentaje de abstención entre 1989 y 1997***

Año	Tipo de elección	Índice abstención
1989	Presidencial y parlamentaria	5,3 %
1992	Municipal	10,2 %
1993	Presidencial y parlamentaria	8,7 %
1996	Municipal	12,2 %
1997	Parlamentaria	12,7 %

Fuente: Servicio Electoral, *Abstención elección parlamentaria 1997: 19-20*.

---

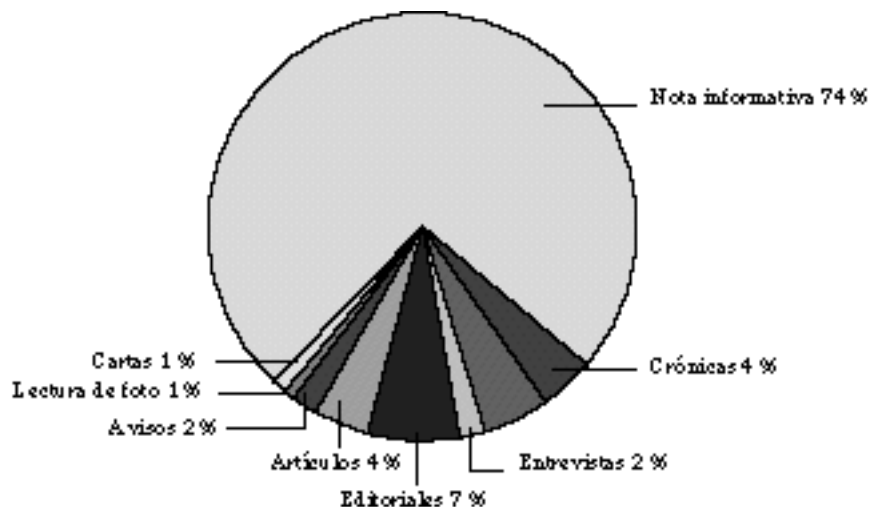
### 2.3. La presencia de los jóvenes en la prensa escrita

La forma en que los temas juveniles son tratados por la prensa escrita parece bastante relevante desde al menos dos puntos de vista. Por un lado, ya hemos mencionado la gran credibilidad que le dan los jóvenes a los medios de comunicación y, en este sentido, los mensajes que se transmiten por esta vía cobran un significado especial para ellos y seguramente también para otros segmentos de la población. El punto resulta relevante también desde el momento en que reconocemos en los medios de comunicación de masas un factor altamente incidente en la formación de las opiniones que las personas (entre éstas los jóvenes) tienen sobre determinados temas, como la política.

La revisión de datos durante un período de dos meses en seis medios de prensa escrita de circulación nacional, permitió llegar a algunos resultados de carácter cuantitativo como también cualitativo. En términos cuantitativos, la preocupación de los medios por las problemáticas juveniles pareciera no ser prioritaria, puesto que la cobertura dada es escasa (se registra un promedio diario de 3,6 notas informativas distribuidas en seis medios diferentes) y la sección donde aparecen es la menos “disputada” (las portadas, editoriales y/o reportajes dedicados a temáticas juveniles son mínimos para el período estudiado).

En el gráfico 1 podemos observar que las editoriales y reportajes dedicados a temáticas juveniles son muy pocos, y más bajos aún son las crónicas, artículos y entrevistas. La mayor cobertura es dada a través de las notas informativas (74 % del total del corpus en donde aparece el tema jóvenes), las que periódicamente corresponden a algo genérico y sin demasiada relevancia dentro del medio de prensa correspondiente.

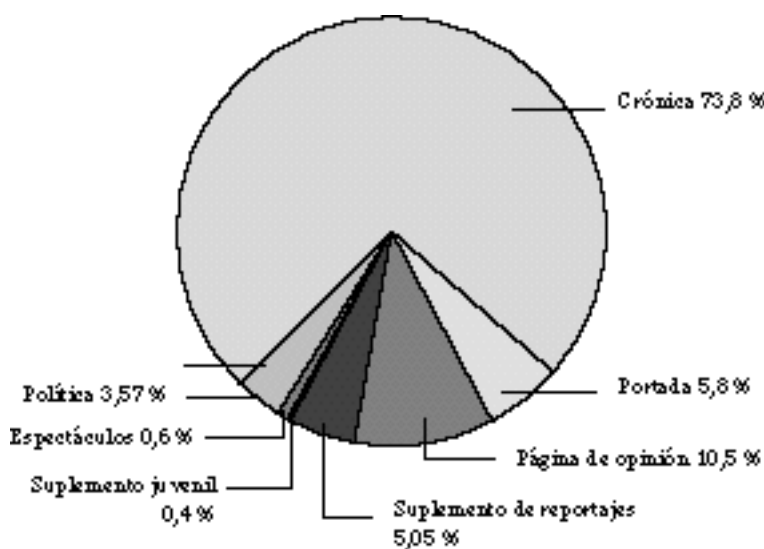
Gráfico 1. *Tipo de cobertura*





Algo similar ocurre si se observa el gráfico sobre secciones del medio de prensa en que aparecen publicadas las noticias sobre jóvenes. Nuevamente, la sección que periódicamente es la más general, la crónica, es la que tiene el mayor porcentaje (73,8 % del total del corpus en donde hay noticias sobre jóvenes publicadas) (gráfico 2). En términos cualitativos, la mayor parte de la cobertura dada a los jóvenes tiene que ver con conductas y hábitos que dan cuenta de temas como drogas, vida nocturna, grupos exaltados, etcétera.

Gráfico 2. *Selecciones*



Comparativamente, durante el período de tiempo analizado, los temas que tenían una mayor cobertura y seguimiento a través de la prensa escrita correspondían a aquellos en donde se ven involucrados personajes públicos y/o en donde hay algún tipo de conflicto<sup>9</sup>. Sin embargo, en cuanto a participación política, sí se observa un trato especial a lo que fueron las movilizaciones universitarias de 1997, tema que reapareció en la agenda pública mostrando un fortalecimiento de las federaciones de estudiantes.

En cuanto a la campaña pro inscripción de jóvenes en los Registros Electorales titulada “La elección es tuya”, puede decirse que la cobertura y seguimiento dado a la misma fueron bastante bajos, mostrando algunos repuntes en los momentos de lanzamiento y cierre. Las evaluaciones que a través de los medios de prensa analizados se hicieron sobre esta iniciativa son bastante críticas.

## 2.4. Del discurso de los jóvenes...

### a) Una muy mala imagen de los políticos

En las representaciones que tienen los jóvenes que participaron en el estudio acerca de los actores políticos prima una connotación negativa que proviene principalmente de las imágenes de que éstos son personajes poco creíbles y poco representativos de los intereses del electorado en general y de ellos en particular. Entre las características con las que los jóvenes describen a los políticos aparecen mencionadas recurrentemente el ser incumplidores, mentirosos, que no se preocupan por las necesidades de quienes los eligen, no se acercan a la comunidad, no buscan el beneficio de las personas sino el suyo propio, no se respetan entre ellos, son viejos y “ricos” (es decir, no conocen realmente los problemas de los pobres).

Otra cuestión que pesa también en las opiniones de los grupos de jóvenes analizados, se refiere a la imagen de que los actores políticos (al menos la gran mayoría, aunque los mismos jóvenes reconocen algunas excepciones), se preocupan de “su propio ego” más que de su actividad política. Además, los actores políticos se interesan por mantener el cargo que han alcanzado a través del voto que “el pueblo les da”, pero sólo para un beneficio privado.

En palabras de los propios jóvenes, la imagen de los políticos es la siguiente:

“prometen pero nunca cumplen”;

“sólo se acercan a la gente para conseguir votos”;

“pelean entre ellos por cuestiones que sólo a ellos les interesan”;

“no se preocupan del pueblo”;

“no resuelven los problemas fundamentales como la pobreza, la delincuencia, la economía, el acceso a la educación, la cesantía, las oportunidades”.

En cuanto a los resultados obtenidos, se puede decir que en términos generales no hay mayores variaciones entre las representaciones que tienen los jóvenes de grupos urbanos y las de los jóvenes rurales. Algunos matices discursivos que aparecen se relacionan con el hecho de que los jóvenes rurales tienen referentes más cercanos de personajes políticos locales. Concretamente, los jóvenes de estos grupos rurales conocían con mayor frecuencia los nombres de algunas de sus autoridades como alcaldes, diputados y senadores.

Detrás de estas imágenes se hace ver la representación que estos mismos jóvenes manejan sobre lo que los políticos deben ser y que en la práctica no son. Nuevamente en palabras de los jóvenes, los políticos debieran estar cerca de sus electores, particularmente los más necesitados, de modo de conocer sus problemas y ocuparse de solucionarlos eficientemente:

- “acercarse más a la gente”;
- “estar preocupado de la gente”;
- “que fueran de la zona”;
- “que conocieran sus necesidades más individuales”;
- “que fueran más parecidos (a nosotros)”.

Revisando las cualidades que los jóvenes esperarían que estuvieran presentes en un político, observamos que algunas de éstas ni siquiera son manejables voluntariamente, como el hecho de ser jóvenes o de provenir de un nivel socioeconómico bajo.

Por otra parte, al referirse a los políticos, no es clara la separación que los jóvenes hacen entre lo que ellos son o debieran ser, y las que son sus funciones y responsabilidades como servidores públicos. De tal modo, cuando se dice cómo debiera ser un político aparecen frases como las siguientes:

- “arreglar el país”;
- “organizarlo”;
- “administrarlo bien”;
- “ayudar a los que más lo necesitan”;
- “preocuparse por los más necesitados”;
- “escuchar las demandas de la gente”.

Claramente, la imagen que los jóvenes tienen en relación a los políticos está cargada de una alta connotación negativa, la cual permea por extensión al concepto más general de “política”. Lo anterior guarda estrecha relación con la fuerte ruptura y distanciamiento que los jóvenes observan entre lo que los políticos son y hacen actualmente (lo que hemos llamado “ser”), y aquello que, dentro de sus expectativas, los políticos debieran ser y hacer (o lo que hemos llamado “deber ser”).

La intensidad de la mala imagen de los políticos es tal que incluso tiene efectos sobre las representaciones que los propios jóvenes tienen sobre sí mismos. En la medida en que éstos observan que los políticos no cumplen con sus expectativas (las cuales están construidas sobre una serie de valores como la solidaridad, la tolerancia y el respeto mutuo), no creen que deban hacerse grandes autoexigencias, tanto en su “ser” como en su “deber ser”.

Este distanciamiento entre el ser y el deber ser de los políticos se traduce también, sobre todo en el grupo de los menores de 18 años, en un discurso reactivo el cual tiene como contenido explícito el “no estoy ni ahí con la política”. Tal

afirmación no puede ser entendida literalmente como una falta de interés en estos temas, sino como una actitud de querer tomar distancia de aquello con lo cual no se sienten cómodos ni representados tal y como se da.

Por otra parte, los jóvenes son capaces de reconocer una serie de funciones de los políticos, muchas de las cuales corresponden a su rol efectivo y tradicional. Tales funciones son reforzadas discursivamente con los preceptos que subyacen a su modo de entender la política, entre los cuales se distinguieron: orden, autoridad, representatividad, credibilidad, legitimidad, progreso, equidad, pluralismo, tolerancia y cambio social.

No puede afirmarse que los jóvenes distinguan con claridad un camino de salida a esta ruptura entre lo que los políticos son y lo que ellos esperan que sean. Sin embargo, pareciera que en el discurso construido se presenta con mayor intensidad la idea de que el fin de tal distanciamiento pasa por un cambio en el “ser”, el cual debe estar sustentado en los valores sobre los cuales los jóvenes han construido el “deber ser”.

En definitiva, podemos decir que:

1. Los jóvenes participantes en los grupos focales del estudio, en general, construyen sus representaciones de los actores políticos, desde las imágenes de falta de credibilidad, falta de representatividad y falta de probidad. La imagen de estos actores públicos tiene una fuerte connotación negativa.
2. En un plano ideal, los políticos debieran ocuparse de actuar sobre la base de valores democráticos tales como la justicia, la solidaridad, la equidad, el pluralismo, la participación y el respeto.

#### b) El sentido de la política y el sin sentido del voto

Si bien los jóvenes tienen una muy mala opinión del actuar político (tal como fue señalado en el punto anterior), también es cierto que ellos son capaces de reconocer algunas características de la política que son deseables o necesarias y que van más allá de lo que son los personajes políticos.

La política es vista por los jóvenes como:

- Organización, orden necesario, administración y gobierno del país.
- Representatividad, delegación de autoridad y poder legítimo.
- Mejoría y desarrollo efectivo del país, sobre una base igualitaria y altruista.
- Acción y cambio social.
- Expresión de formas de pensamiento y pluralismo.

La distinción es de extrema relevancia, pues permite afirmar además que este tema del rechazo a la política no es absoluto, sino que obedece a una reacción de disconformidad con la forma en que se hace política desde los actores encargados de ejercerla y no con la política en sí misma.

En palabras de los propios jóvenes, la opinión sobre la política es la siguiente:

“[La política tiene que existir] para que las personas puedan expresarse (...) para tratar de organizar el país (...) tratar de mejorarlo, de unir al país. (...) Si no existiera la política no existirían ideales, las personas no podrían expresarse, no tendríamos organizaciones y el país andaría al lote” [grupo de jóvenes rurales, menores de 18 años].

“Dentro de todas las cosas existe una jerarquía y lamentablemente eso es así, así como el pescado más grande se come al más chico (...) nosotros las personas que somos de bases somos las que tenemos capacidad de decisión, pero nosotros no somos capaces de decidir porque ellos deciden por nosotros” [grupo de jóvenes urbanos, mayores de 18 años].

La crítica a los políticos también se extiende a las instituciones y mecanismos tradicionales de hacer política, como el voto. Los jóvenes reconocen en el voto un medio de participación y expresión, pero en la práctica lo consideran poco efectivo. Principalmente conciben el sufragio como un acto cívico, de participación ciudadana; sin embargo, este acto no les parece suficiente ni basta para dejarlos satisfechos.

El voto sólo es un acto puntual que no involucra al joven como sujeto, no considera sus actividades, sus opiniones, sus deseos ni sus esperanzas. Además, el voto no incluye una retribución directa de los actores políticos hacia ellos, no se convierte en un beneficio concreto que ellos sean capaces de percibir directamente.

Por otro lado, el voto es un deber, que surge cuando hay interés, el cual a su vez surge cuando hay identificación, la cual proviene de la credibilidad.

En el caso de los menores de 18 años, la percepción de falta de efectividad del voto sumada a la alta carga negativa que tienen los políticos, lleva a muchos de ellos a alejarse de la opción de inscribirse en los Registros Electorales y hacer uso de este mecanismo.

“Muchas veces los mismos jóvenes piensan para qué voy a votar, de qué me va a servir, en qué me beneficia, en nada. La mayoría de las veces no nos pescan a los jóvenes, por eso no me inscribo” [grupo de jóvenes rurales, menores de 18 años].

Por su parte, en los mayores de 18 años, más aún en los que están inscriptos en los Registros Electorales, la no efectividad del voto como mecanismo de par-

ticipación y expresión refuerza en ellos la imagen de obligatoriedad con carga negativa.

Existe un matiz discursivo entre aquellos jóvenes que son militantes de partidos políticos (los que, de cualquier modo, son una minoría), quienes tienen una mayor tendencia a reconocer al voto como un mecanismo de cambio social.

En definitiva, se puede decir que:

1. Para los jóvenes la política no acaba en lo que los actores políticos practican, aún cuando la carga valórica negativa del concepto proviene justamente de un desencanto con la forma en que estos personajes operan. Superado este rechazo, los jóvenes reconocen en la política algo necesario para el país, en la medida en que se relaciona con el orden administrativo y la capacidad de crecimiento.
2. Los jóvenes reconocen en el voto un medio de participación y expresión, pero que sin embargo en la práctica es poco efectivo, pues no les reporta beneficios personales ni es capaz de producir cambios a nivel nacional.
3. Una de las formas recurrentes que utilizan los jóvenes para señalar que el voto no tiene sentido, es mencionando el hecho de que los políticos que resultan elegidos finalmente no representan ni cumplen con lo que prometieron durante el período de captación de votos.

## **2.5. Del discurso de los políticos...**

### a) La redefinición del contexto y la política

Entre los factores en los cuales los discursos coinciden, aparecen recurrentemente referencias a un cambio de época, con transformaciones en lo cultural, lo ideológico y lo social.

En relación a lo cultural, se menciona el fenómeno de globalización y el aceleramiento de los cambios cotidianos producto de permanentes innovaciones tecnológicas. A esto se agrega una crisis en los órganos tradicionales de socialización (familia y escuela) y paralelamente la fuerte influencia de los medios de comunicación en la formación de las personas. Gran parte de los entrevistados menciona el advenimiento de un modelo más individualista y pragmático, sin referentes colectivos claros, y con énfasis en lo económico por sobre lo social.

En cuanto a lo ideológico, se alude a una ruptura de los esquemas políticos que representaban las diferencias y las posiciones más radicales de los partidos (comunismo, socialismo / militares, partidos de derecha en general).

Una sumatoria de factores como los ya mencionados serían los responsables de las transformaciones sociales que afectaron por un lado la conformación es-

tructural de los partidos y su relación con la sociedad civil, y por otro lado, las formas de participación y la toma de posición a nivel individual y colectivo.

Los entrevistados hacen notar el hecho de que la política hoy ya no juega el mismo papel que antes. En otros palabras, se da a entender que en otro momento la política partidista abarcaba muchas esferas. Hoy, en cambio, la política ve restringido su campo de acción pues ya no tiene poder de control sobre temas como la economía.

Los cambios propios de esta época también han impactado negativamente a la sociedad civil, respecto de su relación con el sistema político, llevándola a un alejamiento importante de éste. Tal situación ha sido interpretada por algunos como una falta de interés generalizado hacia la política tradicional (el sufragio y la militancia) ante lo cual hay que preocuparse. Uno de los factores que refuerzan este alejamiento de la política al que hacen alusión gran parte de los políticos entrevistados, corresponde al constante desprestigio que a partir del régimen militar se hizo de la actividad política y pública, principalmente desde los medios de comunicación.

Otro factor importante tendría que ver con la falta de representatividad que las estructuras partidarias brindarían a la sociedad civil y la poca capacidad que éstas estarían teniendo para promover los cambios a nivel de las grandes estructuras. Frente a este punto se dan algunos matices entre los entrevistados, aunque en general todos coinciden en que los partidos políticos no han sido capaces de renovar sus estructuras, lo que los ha distanciado de la sociedad civil, a partir de la falta de sintonía con sus intereses, necesidades y estilos de participación.

b) Hay razones para que exista una mala imagen

Todos los entrevistados coinciden respecto de cuál creen que es la imagen que los jóvenes tienen de ellos, en tanto representantes de los partidos políticos y en tanto gobierno. Esta es una imagen negativa, que se produce por razones que convergen en aspectos relativos al desencuentro, particularmente por parte de los partidos políticos, con los intereses de los jóvenes. En este sentido, reconocen no estar siendo ni motivadores ni las alternativas más cercanas a los jóvenes, asumiendo en algunos casos autocríticamente el alejamiento que éstos han tenido de la política y la falta de figuras que sirvan de modelos de probidad y servicio público.

Como fue mencionado en un punto anterior, los entrevistados además coinciden en señalar que gran parte de las imágenes negativas que tanto los jóvenes como el resto de la sociedad tienen de la política, están fuertemente influenciadas por el desprestigio que se ha hecho de esta actividad durante y después del régimen militar. Mencionan con especial énfasis el tratamiento sesgado, parcial y

sensacionalista que se hace del ejercicio político en los medios de comunicación, como la televisión. Con igual fuerza, se critica la forma de socialización que entrega el actual sistema educativo, dando como resultado jóvenes sin prácticamente ninguna formación cívica.

Algunos de los entrevistados señalan que existe muy poca información acerca de las funciones y competencias de los distintos cargos políticos y públicos, y esto incide en que al momento de hacer evaluaciones los jóvenes no sean capaces de reconocer diferencias entre unos y otros, dejando dentro de una misma categoría a senadores, diputados, alcaldes, concejales y ministros.

Pese a lo anterior, también se dice que la distinción entre la evaluación que se haga de los partidos políticos y del gobierno, está en la posibilidad que tiene éste último de disponer de recursos para atender problemas reales y cotidianos. En este sentido, los políticos entrevistados consideran que para los jóvenes los partidos políticos tienen una peor imagen que el gobierno porque aquéllos se mantienen en lo abstracto ideológico y no logran dar soluciones concretas a las necesidades de las personas.

#### c) Los jóvenes no se organizan en torno a objetivos políticos

Entre las opiniones de los entrevistados respecto de los jóvenes es clave el reconocimiento de la diversidad de “estilos de ser joven” existentes en la actual generación. Siendo un grupo heterogéneo, los políticos entrevistados evitan hacer generalizaciones en relación, por ejemplo, a sus formas de participar.

En cuanto a lo político, estos estilos de ser del joven recorren una amplia gama, que va desde el snobismo o la militancia tradicional, hasta el desinterés total por el entorno social o colectivo.

El hecho de estar en una etapa de transformación hace que los jóvenes estén más dispuestos y más abiertos a asumir cambios externos, al mismo tiempo que son capaces de incorporar tales cambios con mayor facilidad y rapidez que los adultos. La capacidad de mutar rápidamente es considerada por algunos entrevistados como una desventaja respecto de la validez de los jóvenes como interlocutores en lo político, social y cultural. Esto último, en el sentido de que, aún cuando los jóvenes son adeptos y fieles a la defensa de cuestiones relativas al medio ambiente, la solidaridad social o los temas espirituales, estos intereses no logran constituirse “seriamente” ya sea en un movimiento social a largo plazo, en un proyecto político, en objetivos de acción o en propuestas concretas de cambio estructural.

Las actividades que los jóvenes emprenden son evaluadas como positivas pero no suficientes. Los entrevistados, aún cuando con algunos matices diferentes, mantienen expectativas mayores respecto de cualquier conducta o actividad que



los jóvenes emprendan, del peso de la movilización que logren, del tipo de compromiso que adquieran, de los objetivos que sean capaces de asumir y de la relación que sus manifestaciones tengan con lo colectivo y lo institucional. Reconocen la influencia que sobre los jóvenes ejercen el modelo y los medios de socialización, en términos de la constitución de seres preocupados por alcanzar logros concretos, de corto plazo y en relación directa con el presente inmediato.

A su vez, esto se relaciona con estilos de vida juvenil que no logran conectarse directamente con la política, ya que ésta no representa en realidad un interés vital para el joven (ni siquiera para aquél que milita en un partido político), trasladando sus energías hacia espacios y acciones con objetivos más individuales que colectivos.

Para los entrevistados, los jóvenes se unen a organizaciones de pares, que están desprovistas de un contenido político y que no siempre son reconocidas y valoradas por el sistema político. Se espera de ellos que integren espacios de poder político, que supuestamente los partidos deberían estar dispuestos a compartir. Se espera además que los jóvenes tomen conciencia del poder real que tienen, por ejemplo para definir el resultado de una elección.

Por último, se espera que ellos se conviertan en ciudadanos modelo, con una amplia formación cívica, con un sentido del compromiso y de la responsabilidad social, que los impulse hacia la transformación de su entorno presente y futuro, con un estilo de vida que incorpore valores hasta hoy un poco descuidados.

## Bibliografía

Brito, Roberto 1998 “Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la deconstrucción de un nuevo paradigma de la juventud”, en *Revista Última Década* (Viña del Mar: CIDPA), año 6, n° 9, agosto.

CEP 1997 “Estudio Nacional de Opinión Pública N° 7. Diciembre 1997/enero 1998” (Santiago), Documento de Trabajo N° 283.

Corvalán, Fernández y González (comps.) 1999 Los jóvenes en Chile y Europa: educación, trabajo y ciudadanía (Santiago: CIDE-PIIE).

De Tommasi, Livia 1999 “La riqueza de la diversidad del mundo juvenil”, en *Revista Última Década* (Viña del Mar: CIDPA), año 7, n° 11, septiembre.

Garretón, M. y Villanueva, T. 1999 “Política y jóvenes en Chile: una reformulación” (Santiago), trabajo encargado por la Corporación PARTICIPA y con la contribución de la Fundación Ebert-Chile, s/d de imprenta.

INJUV 1999 *Segunda Encuesta Nacional de Juventud. Los jóvenes de los 90: el rostro de los nuevos ciudadanos* (Santiago).

Jara, Ramón 1999 “Jóvenes y espacios públicos”, en *Revista Última Década* (Viña del Mar: CIDPA), año 7, n° 11, septiembre.

Lehman, Carla 1998 “La voz de los que no votaron”, en Puntos de referencia (Santiago: CEP), n° 197, abril.

León-Rosch, Marta 1998 “Los registros electorales”, en Tratado de Derecho Electoral Comparado de América Latina (México: FCE).

Sandoval, Mario 1999 “Quiénes son, qué piensan y qué hacen los pobladores chilenos de fin de siglo”, en *Revista Última Década* (Viña del Mar: CIDPA), año 7, n° 11, septiembre.

## Bibliografía de la autora

Corvalán, Javier y Fernández, Gabriela 1998 “Apuntes para el análisis de la participación en intervenciones educativas y sociales” (Santiago: CIDE), Documento de Trabajo N° 11.

Corvalán, Javier; Fernández, Gabriela y González, Juan Eduardo (comps.) 1999 “Los jóvenes en Chile y Europa: educación, trabajo y ciudadanía” (Santiago: CIDE-PIIE).

Fernández, Gabriela 2000 “Informe Final: Estudio sobre Participación Política de los Jóvenes” (Santiago: INJUV), enero.

## **Notas**

1. Entre los países latinoamericanos que cuentan con sistemas de inscripción automática están Argentina, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Honduras, Panamá y Venezuela. Los casos de Colombia, Venezuela y Honduras emplean mecanismos no automáticos como complemento. Por su parte, los países que aplican sistema con inscripción no automática (también denominada “a instancia del elector”) son Bolivia, Brasil, Chile, El Salvador, Guatemala, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, República Dominicana y Uruguay. En el momento de elaboración del artículo se está discutiendo en Nicaragua una nueva Ley Electoral que contempla la inscripción automática. Fuente: León-Rosch, Marta (1998).
2. Se está haciendo referencia a la primera campaña coordinada por el Ministerio del Interior y el Servicio Electoral en 1997, cuyo eslogan fue “*La elección es tuya*”, y a la segunda organizada por la División de Organizaciones Sociales del Ministerio Secretaría General de Gobierno, el Registro Civil, el Servicio Electoral y el INJUV en 1999 bajo el nombre de “*Jóvenes al 2000: con todo derecho*”.
3. Ver la referencia a este tema que se hace en la Introducción de Corvalán, Fernández y González (comps.) (1999: 9-13).
4. Sobre este punto, nos parece muy adecuado el título de un artículo de Claudio Acevedo, de CIDPA, que es el siguiente: “Ni héroes ni malvados, sólo jóvenes”.
5. El tema también es tratado por Campero, en Corvalán, Fernández y González (comps.) (1999).
6. Se hace referencia a los gobiernos de Patricio Aylwin (1990-1994) y de Eduardo Frei (1994-2000).
7. No se consideró el período 1973-1988, ya que durante la dictadura militar no se realizaron elecciones de ningún tipo.
8. Este rango de edad corresponde a aquel que se utilizó a lo largo de todo el estudio “Participación Política de los Jóvenes”. Sin embargo, es necesario recordar que los jóvenes entre 15 y 17 años (para el período de tiempo desde 1971 en adelante) o los que se encuentran entre 15 y 20 años (para el período anterior a 1971) no forman parte de la población joven con derecho a sufragio.
9. En el caso del estudio, durante el período de tiempo analizado eran noticia un problema con el Poder Judicial, el caso de la acusación de *dumping* en la exportación de salmones, el caso de la mala calidad de las viviendas sociales o la discusión sobre la censura a raíz del caso de la película *La última tentación de Cristo*.

---

## ***Centroamérica y Panamá: movimientos sociales juveniles y proyecciones hacia el nuevo siglo. Elementos para el debate (1996)***

◀ Bolívar E. Franco\*

*“La juventud latinoamericana actual tiene rasgos que la hacen diferente de las de otras regiones, y diferente también de las juventudes de la región en el pasado. Se encuentra en la conjunción entre dos grandes procesos históricos: uno es el ciclo de la transformación estructural de las sociedades latinoamericanas, que cambiaron, con diversa intensidad y ritmo, a partir de la posguerra; el otro es el de la crisis económica de los ochenta, que puso de relieve las insuficiencias de los modelos de desarrollo existentes. La juventud tiene un papel crucial en ambos procesos. Por su enorme peso en la estructura de edades de la región, fue primero objeto del proceso de incorporación a las formas modernas de organización social; luego, cuando la recesión frenó o desarticuló la modernización, pasó a ser un grupo de edad particularmente afectado por la exclusión”*

Germán Rama

**H**ablar de la juventud no es fácil, más aún cuando el concepto de juventud se utiliza de forma tan generalizada (y a la ligera), como si los jóvenes fuesen un grupo homogéneo con pensamientos, ideas y comportamientos comunes. A mi juicio la juventud debe ser entendida como una etapa de la vida humana que en gran medida marcará nuestras actuaciones futuras. Es una etapa en sí, que encierra experiencias nuevas, aprendizajes, frustraciones, adaptaciones o inadaptaciones, al contexto social en el cual viven y se desarrollan los jóvenes (en otras palabras se les socializa para vivir en sociedad). En ese sentido, hablar de la juventud como movimiento social amerita una visión mucho más compleja, ya que debe ser analizada en función del momento histórico, social, económico y político que vive cada país. En esta breve exposición tocaremos algunos elementos que nos parecen de vital importancia a la hora de analizar a la juventud.

---

\* Licenciado en sociología. Postgrado en Educación Superior por la Universidad de Panamá. Profesor de sociología. Investigador asociado del Centro de Estudios Latinoamericanos, CELA, “Justo Arosemena”.

## **1. El panorama general para el caso centroamericano**

En cuanto a Centroamérica, tenemos que ésta cuenta con una población aproximada de más de 30 millones de personas, de las cuales una cuarta parte esta conformada por jóvenes y adolescentes (Solum y Mendoza, 1996: 1). Después de vivir una guerra civil, por casi dos décadas, que dejó profundas huellas en las sociedades centroamericanas y en los movimientos sociales que dentro de ella se gestaron, se han experimentado cambios en los últimos tiempos.

Gobiernos civiles asumen el poder luego de la contienda electoral, los militares retornan a los cuarteles, se busca la negociación para dirimir conflictos, los derechos humanos están en la agenda de todos los gobiernos (por lo menos en las agendas), en fin, un sinnúmero de mecanismos con los cuales se pretende dar respuestas a las exigencias de una población sumida en su gran mayoría en la pobreza. En la actualidad más de 20 millones de centroamericanos viven en la pobreza.

Por otro lado y en la otra cara de la misma moneda, tenemos la aplicación de políticas económicas con las cuales se pretende dar respuesta a la ineficiencia del Estado desarrollista, lo que hasta la fecha conlleva en sí el empeoramiento de las condiciones sociales de la población. Son políticas que buscan disminuir el papel del Estado en la sociedad cediéndole al mercado un papel organizador preponderante. Estos cambios se producen con diferencias substanciales en cada país, pero en el fondo llevan la misma receta: reestructuración del Estado, privatizaciones, etcétera.

## **2. Los movimientos juveniles en Centroamérica: una aproximación teórica**

Tal como lo planteamos al inicio, hablar de los movimientos sociales juveniles en Centroamérica no es fácil. Primero, porque no existen indicios de un movimiento juvenil que luchara como tal, por los intereses de los jóvenes. Nos encontramos, más bien, con jóvenes que luchan desde distintas organizaciones e instituciones por cambiar las estructuras de dominación, por modificar el sistema existente, por ser reconocidos. En este sentido, podríamos decir, tratando de categorizar al movimiento “juvenil”, que éste se convirtió en un movimiento reivindicativo. Aquí no pretendemos más que sustentar nuestras ideas en algunas de las teorías propuestas sobre los movimientos sociales y cómo se aplican a los movimientos juveniles o estudiantiles en Centroamérica, para luego entrar al caso concreto de Panamá.

Tal como nos dice Melucci,

“un movimiento reivindicativo se sitúa al nivel de la organización social y lucha contra el poder que garantiza las normas y los roles; un movimiento

de este tipo tiende a una redistribución de los recursos y a una reestructuración de los roles. La lucha ataca sin embargo las reglas mismas de la organización saliendo de los procedimientos institucionales” (Melucci, 1988: 110).

Es por ello que podríamos hablar más de movimientos sociales estudiantiles, que se caracterizaron por mantener luchas reivindicativas, por cambios en las políticas sociales, por mejores presupuestos para las escuelas, por autonomía en el caso de las universidades, y que en cierto modo estuvieron influenciados por las corrientes revolucionarias (principalmente de izquierda) de ese momento.

Por otro lado, el aporte de los jóvenes en los movimientos insurgentes fue de vital importancia, así como su participación en los movimientos sindicalistas obreros y campesinos. Otro punto que no debe ser dejado de lado, es su convicción nacionalista y antiimperialista, que en Centroamérica fue muy evidente entre los grupos juveniles universitarios.

En los años sesenta se dio una revolución en la forma de pensar, que afectó en gran medida a los jóvenes en contra de las imposiciones y los valores instituidos. Helio Gallardo nos dice:

“En este clima, en el que las instituciones básicas (la propiedad, las iglesias, el Estado, la sexualidad, la educación) más que pensadas, eran enfrentadas y alternadas, muchos jóvenes, no la juventud, se quisieron (valoraron) a sí mismos, desde la variedad de sus circunstancias, mediante roles protagónicos que ellos mismos se construían (las instituciones de la dominación, para contrarrestar el mal ejemplo, reforzaron y propagaron, con más medios, la imagen del «rebelde sin causa»)” (Gallardo, 1996: 2).

Una de las ideas eje para minimizar el valor de las protestas de los jóvenes contra el sistema, que se escuchaba en los medios de comunicación, en las escuelas y en la sociedad en general, era que ese grado de rebeldía –principalmente cuando los jóvenes pertenecían a un grupo de izquierda– era pasajero y se debía más a su desarrollo hacia la etapa adulta. Sobre este punto nos dice Gallardo que como movimiento social, es decir, como procedimiento y proclama,

“los jóvenes se manifestaron masiva y explosivamente por una sociedad humana (con contactos humanos, como el diálogo y el amor), construida por oposición a los realismos implacables derivados del mercado...” (Gallardo, 1996: 2).

Otro factor que interviene en el desarrollo de los movimientos sociales, en especial de los movimientos estudiantiles, es el grado de dependencia de las sociedades en donde se desenvuelven. Ese contexto es vital a la hora de analizar los movimientos sociales en nuestros países.

### **3. Los movimientos juveniles en las sociedades dependientes**

Es innegable que los movimientos sociales en los países dependientes, caso específico de Centroamérica, son distintos de los movimientos en los países desarrollados. Aquí no nos referimos a movimientos *hippies* o *rockeros* y quizás tampoco a las subculturas que de ellos se derivan. Nos referimos a movimientos estudiantiles o de jóvenes, que buscaban cambios en el sistema capitalista dependiente, en las desiguales condiciones de vida de los ciudadanos, y que veían en la intervención norteamericana una de las mayores injusticias y una afrenta a la soberanía nacional; hablamos de que enarbolaban las consignas del latinoamericanismo y el antiimperialismo.

Ahora, es claro que las expresiones de los movimientos juveniles o de estudiantes no se expresaban sólo a través de las marchas y protestas o de la incursión armada. Otro tipo de expresión en contra del sistema se ve o se palpa en la música de protesta o música nueva trova, en el teatro alternativo o de vanguardia, en publicaciones literarias, en la pintura, etcétera.

Claro está, estos grupos mantuvieron ciertas debilidades estructurales y parecían más bien movimientos coyunturales. Como nos dice Touraine,

“la especificidad de los movimientos sociales, de las sociedades llamadas dependientes o periféricas, consiste en su debilidad, debido al dualismo que persiste al interior del movimiento, producto de la falta de integración de las diferentes formas de acción colectiva (su accionar defensivo frente a la clase dominante capitalista) y de la acción crítica (la lucha contra el orden establecido, que descansa en las contradicciones del sistema)” (Touraine, 1988: 80).

La debilidad de los movimientos sociales, como es el caso del movimiento estudiantil, en los países de la periferia, guarda relación con la débil formación que tienen, propia de las características de desarrollo de las sociedades subdesarrolladas. Por otra parte, la formación de la clase obrera latinoamericana pareciera haber crecido distanciada del movimiento campesino: no se dio una proyección en conjunto de estos dos sectores; pareciera, y hasta cierto punto era así, que sus intereses fueran distintos, y a esto se suma el movimiento estudiantil.

La penetración extranjera también juega un papel determinante en esta formación. Ahora bien, nos parece que lo más paradójico de todo esto es que el Estado, aquel Estado que contradictoriamente contribuye al sometimiento de la clase obrera –o del pueblo en general– es el que contribuye a la organización de los movimientos sociales.

Siendo así, es claro que los movimientos sociales, en especial el movimiento estudiantil, tenga una deformación desde sus inicios, lo que se ha agravado en los últimos tiempos con la apertura del mercado y la desregulación laboral. No nos es posible imaginar lo planteado por Touraine, sin imaginar el caso paname-

ño. Dirigencias sindicales respondiendo a intereses de los sectores dominantes, completamente desligadas de sus bases. De igual manera se cooptó la dirigencia estudiantil: la Federación de estudiantes de Panamá, FEP, antes poderosa organización estudiantil (en la década de los sesenta e inicios de los setenta), pasó a ser parte de las políticas educativas de ese entonces, lo que la llevó a su desgaste y finalmente a su desaparición.

Según Touraine, en las sociedades dependientes o periféricas el hecho más visible es la coexistencia sin integración verdadera de las diferentes formas de acción colectiva de los movimientos sociales por un lado, y de la acción crítica por el otro. Añade que cada una de esas formas parece llevada incluso al extremo de una estructura dualista. El dualismo es un atributo fundamental de una sociedad dependiente. Nos explica Touraine, además, que si nadie puede aceptar hoy en día las primeras formulaciones de esta noción –la simple yuxtaposición de regiones ricas y de regiones pobres– corresponde perfectamente a la índole de una sociedad dependiente el hecho de que no constituya un mercado nacional, que una parte de la producción, la más importante y la más dinámica, esté ligada al sistema capitalista internacional y no difunda el efecto de arrastre en el resto del país, manteniendo en una posición subordinada reserva de materias primas, de hombres y a veces incluso de capitales, explotado por el sector internamente dominante y externamente dominado.

Plantea, en ese sentido, la cuestión de la oposición entre fracciones en las clases populares (lo que se aplica también al movimiento juvenil) debido en parte a la profesionalización, las diferencias salariales y las diferentes condiciones laborales que crean esa situación. Agrega además que ese fraccionamiento y división dentro del movimiento popular es la característica más visible en las sociedades dependientes. Como todo movimiento social, debe ser definido en términos de clase, pero la clase que representa está cortada en dos por el dualismo económico y social. De otro modo, cómo explicar que el movimiento estudiantil estuviera dirigido en primera instancia por quienes tenían acceso a la educación, la clase media, y en menor medida por los hijos de los obreros.

Siguiendo esta línea es entendible, según Touraine, que:

“la acción de clase no escape al desgarramiento entre una acción demasiado rápidamente negociada e incorporada al juego político y una ruptura-retirada que se organiza en torno de los aspectos más defensivos del movimiento popular. De allí la importancia en el vocabulario político, así como en la política social, de actores definidos en términos bastante vagos, más bien por la defensiva que por la contraofensiva, más bien por un conflicto en torno de sistemas de representación social que por un enfrentamiento dinámico en el sistema de producción” (Touraine, 1988: 83).

Touraine nos menciona también las tres dimensiones de los movimientos sociales, en las sociedades dependientes, conformadas por la clase, la nación y la



modernización. Es decir, sólo se habla en nombre de una clase contra otra clase (lucha de clases), en nombre de la nación contra el extranjero dominador, en nombre de la modernización e integración contra la tradición y su comportamiento. El sentimiento nacionalista y modernizante, a diferencia de la acción de clase, crea desorganización. En las sociedades periféricas, penetradas por la burguesía extranjera, estas tres dimensiones están débilmente relacionadas y los movimientos sociales son frágiles. En esa medida, el Estado juega un papel importante, según Touraine, en la conformación de los movimientos, ya que en una sociedad partida en dos por la penetración extranjera, el Estado cumple un papel unificador.

Hoy día nos encontramos con escasos y débiles movimientos juveniles que luchan por asuntos de interés inmediato. Sus luchas no se proyectan más allá del momento en que están viviendo. Es decir, sus luchas no son por cambios radicales como en otras épocas. La excusa del momento es que los tiempos cambian, y con ellos los movimientos juveniles. Aunque hay que tener en cuenta que todo cambio no necesariamente es positivo.

#### **4. Una cultura *light* para los jóvenes**

Muy entrelazado a lo anterior, nos encontramos con un nuevo tipo de cultura que estimula el individualismo y el egoísmo. Es una cultura, como diría Sartori, para el *homo videns* en donde priman las imágenes y el no pensar se convierte en la regla y no en la excepción.

Al respecto, nos dice Francisco Beens que:

“antes en las librerías, las obras de los grandes revolucionarios estaban a la vista de todos: el Che, Mao, Kim-Il-Sung, Marx... Hoy día estas obras han sido reemplazadas por los libros y revistas *light* de naturismo, el cuidado del cuerpo, las técnicas sexuales, la dietética, el maquillaje, la moda, «la psicoterapia al alcance de todos», «cómo vencer la edad adulta» (...) el hombre de la posmodernidad no se deja guiar por la razón sino por la emoción. Vive una vida *light*, sin definiciones, sin consistencia y sin mayores compromisos. Tampoco tiene grandes ideales ni aspiraciones” (Beens, 1996: 45-46).

Definitivamente éste es otro elemento a analizar en el desarrollo y desenvolvimiento de la juventud actual, ya sea como movimiento social o como un individuo más en nuestra sociedad.

Es preocupante ver, principalmente para los profesionales que tenemos algún tipo de experiencia en la docencia, que los jóvenes no tienen interés en participar en los procesos de enseñanza-aprendizaje que se dan en las aulas de clase a nivel universitario, que su interés está en obtener una nota o calificación que les permita pasar los cursos o ganarse un título. Lamentablemente parece que sus expectativas en cuanto al futuro no les permiten analizar cuál es su papel en la sociedad o entender el mundo en el que se encuentran.

Sentimos, al respecto, que falta mucho por hacer en el ámbito de la educación. Es necesario modernizar las estructuras educativas y los currículos de las diferentes carreras que se dictan en las universidades. Es necesario, además, que los docentes aprendan a enseñar a aprender a los estudiantes como mecanismo para obtener el conocimiento necesario que servirá al futuro profesional, no sólo en el campo laboral sino en su diario vivir.

Los medios de comunicación social parecen ser otro elemento digno de estudiar debido a su influencia sobre la juventud. Si a un sistema educativo en crisis le sumamos los medios de comunicación que en una gran medida contribuyen a la malformación de los jóvenes –más que a informar contribuyen a desinformar– tenemos un cuadro dantesco. Una pregunta que cabe realizar es “¿Quiénes se benefician con una juventud mal formada, con una educación débil y con unas expectativas poco alentadoras sobre su futuro?”

Hasta aquí tenemos algunos elementos de discusión sobre la situación de la juventud, que, si bien no parecen muy halagadores, nos brindan un panorama general que puede cambiar en cualquier momento, pues los jóvenes tienen la dinámica y la fuerza para hacerlo. En este marco, veamos un poco la situación de la juventud panameña.

## **5. La juventud panameña entre la pobreza y la exclusión**

Panamá es un país con apenas 2.800.000 personas, en su mayoría compuesto por jóvenes. Un 32.5 por ciento de estos jóvenes tiene menos de 15 años de edad. Amplios sectores de la población panameña viven en condiciones de pobreza. Tal como nos dice la *Estrategia Nacional del Ambiente* (volumen 1/7), relacionada a los aspectos físicos, económicos y sociales de Panamá: “En 1997, a través de la Encuesta de Niveles de Vida que incluyó, por primera vez, a la población indígena y de difícil acceso (...), se estimó que un 37.1 por ciento de la población se encuentra en situaciones de pobreza y un 22 por ciento en extrema pobreza” (Autoridad Nacional del Ambiente, 1999: 20). Esto nos brinda una pequeña idea de la sociedad de la que hablamos, en donde la desigual distribución de la riqueza es uno de sus mayores males.

El desempleo (al parecer un fenómeno recurrente en toda América Latina) es otro de los grandes males en Panamá y se encuentra muy ligado al problema de la pobreza. Aproximadamente un 15 por ciento de la población panameña económicamente activa se encuentra desempleado. Los jóvenes son uno de los sectores más golpeados por el desempleo. “El 46 por ciento de los desempleados pertenecen al sector joven de la población económicamente activa. Las estadísticas señalan que por cada 100 jóvenes menores de 25 años, 27 no logran un puesto de trabajo. Esta discriminación es más notoria entre las mujeres jóvenes, cuya tasa específica de desempleo superó el 35 por ciento en 1995” (UNICEF, 1997: 33). No es difícil entender, entonces, la frustra-

ción que sienten muchos jóvenes, que no ven un futuro muy alentador, aun cuando tienen posibilidades de llegar a terminar sus estudios universitarios.

En este contexto y sin mencionar otros datos que contribuirían a darnos un panorama más sombrío, encontramos a la juventud panameña en los umbrales del siglo XXI. Podemos añadir a esto la exclusión de la juventud en lo que a su participación política y social se refiere. Si bien no contamos con datos sobre un tema tan poco estudiado, podemos decir que existe un creciente malestar de los jóvenes en lo que se refiere a la política: no existe confianza en las instituciones políticas (o en quienes las dirigen), pero a la vez tampoco hay iniciativas contundentes de participación por parte de la juventud desde la sociedad civil.

Parece que las únicas iniciativas en ese sentido se dejan ver en las organizaciones de Derechos Humanos y las organizaciones ambientales, en las cuales los jóvenes tienen alguna participación. Un ejemplo palpable de este malestar hacia las instituciones políticas tradicionales se pudo constatar en la acogida, por parte de grandes sectores de la juventud, en las elecciones de 1994, del Movimiento Papa Egoró dirigido por el cantautor de música salsa Ruben Blades. Lamentablemente esta agrupación tuvo una vida efímera y no mantuvo las expectativas de la juventud que le apoyó en un primer momento, lo que la llevó a su extinción.

## **6. La juventud panameña y el Canal de Panamá**

Recientemente, hemos visto el traspaso a pleno control y jurisdicción panameña del Canal de Panamá. En ese sentido, podemos decir, tal como queda registrado en la historia patria, que la juventud jugó un papel esencial en la lucha por lograr la plena soberanía panameña sobre el Canal.

Desde la independencia de Panamá, los movimientos populares, en los cuales la juventud siempre estaba presente, jugaron un papel protagónico para lograr el respeto y la independencia negada por los Estados Unidos.

El Movimiento de Acción Comunal, el Movimiento Patriótico Nacional, la Federación de Estudiantes de Panamá, dieron su cuota en acciones y manifestaciones de repudio a las intromisiones norteamericanas, que en muchos casos costó la vida de jóvenes panameños con ideales y convicciones firmes, armados sólo con el valor de saber que la razón les asistía. Hoy los resultados están a la vista; no ha sido fácil, ha costado a los panameños muchas humillaciones entre invasiones y ocupaciones militares por parte de la potencia más grande del mundo.

A pesar de ello, la juventud actual en Panamá dista mucho de aquella conformada por los jóvenes aguerridos, críticos, estudiosos de la sociedad, de los conflictos sociopolíticos, culturales y económicos de los años sesenta. Más bien es una juventud aletargada cuya dirección está encaminada a vivir el presente sin importar el pasado ni el futuro. Es decir, encontramos a una juventud muy ligada

al fenómeno de la cultura *light* o a una forma de vida *light*. Muy superficial y sin ánimos de esforzarse por nada. Sin embargo, no queremos sólo proyectar una visión negativa del problema, ni convertirnos en voceros del fatalismo.

Claro que existen jóvenes estudiosos y con deseos de superación, jóvenes con capacidad crítica, pero son los menos. Y es que no debemos olvidar que la juventud no existe sola ni aislada sino que, como dijimos en un primer momento, debemos analizarla en su contexto general, como producto de un sistema.

## 7. Consideraciones finales

El estudio de la juventud no es fácil, en cuanto que no se le puede ver desde una perspectiva homogeneizada. Las características propias de la juventud son variadas y deben ser analizadas en el contexto en el cual se desarrollan, aunque no se pueda negar que ciertos problemas por los que atraviesa la juventud latinoamericana sean recurrentes (pobreza, desempleo, identidad, participación política, entre otros).

Si bien el contexto socioeconómico y político cultural ha sido adverso a la juventud, y esto cabría para toda América Latina, el mayor potencial (o riqueza) que pueden tener nuestros países se encuentra en su juventud: es ella la llamada a realizar los cambios que logren llevar a nuestros países por mejores caminos, con prosperidad y desarrollo.

En el caso panameño, cabe señalar que la juventud ha jugado un papel muy importante en las luchas por nuestra soberanía. Hoy día la juventud panameña, al igual que en el resto del continente, pasa por una seria crisis propia del sistema en que se encuentra inserta. La apatía propia de los jóvenes hacia la política quizás deba ser enfocada más como el rechazo a políticas tradicionales que como la falta de motivación e interés.

¿Qué hacer?, es la pregunta. Vivimos tiempos difíciles para los movimientos sociales juveniles (y los movimientos sociales en general). La juventud parece frustrarse ante su impotencia para lograr cambios significativos. Nos parece que la integración a movimientos ecologistas, de derechos humanos y su inserción lenta pero cada día más significativa en el campo político tiene sus virtudes en estos momentos. Ocurre que los jóvenes pueden encontrar desde estas organizaciones espacios de participación que les permitan ser escuchados y desde donde puedan tener algún tipo de injerencia sobre los asuntos que les interesan o que en un momento dado les afectan. No queremos decir con ello que los jóvenes son revolucionarios por naturaleza, pero sí que en ellos se encuentran las inquietudes esenciales para lograr cambios significativos en nuestras sociedades, que las potencialidades de la juventud son cuasi ilimitadas y que si no creemos en ellos, para bien o para mal, dejaríamos de creer en el futuro de la humanidad.

## **Bibliografía**

Autoridad Nacional del Ambiente 1999 *Estrategia Nacional del Ambiente. Aspectos físicos, económicos y sociales de Panamá* (Panamá, Autoridad Nacional del Ambiente), vol. 1/7 .

Beens, Francisco 1996 *El reto de la cultura actual*, segunda edición (Panamá: Universidad Santa María La Antigua).

Donas, Solum y Mendoza, Arnoldo 1996 *Adolescencia y juventud en Centroamérica y República Dominicana en los años 90* (San José: OPS/OMS).

Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia 1997 (1995) *Panamá, la niñez y la mujer en la encrucijada del año 2000*, segunda edición (Panamá: Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, UNICEF).

Gallardo, Helio 1996 “Jóvenes y juventud: una presentación”, en *Revista Pasos* (San José: Departamento Ecuménico de Investigaciones [DEI]), n° 6.

Melucci, Alberto 1988 “Las teorías de los movimientos sociales”, en *Cuadernos de Ciencias Sociales* (San José: FLACSO), n° 17.

Touraine, Alain 1988 “Movimientos Sociales e Ideología en las Sociedades Dependientes”, en *Cuadernos de Ciencias Sociales* (San José: FLACSO), n° 17.

---

## *Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes\**

— Dina Krauskopf\*\*

### **1. Introducción**

**E**l desarrollo juvenil se da en una delicada interacción con los entes sociales del entorno; tiene como referente no sólo la biografía individual, sino también la historia y el presente de su sociedad. Es el período en el que se produce con mayor intensidad la interacción entre las tendencias individuales, las adquisiciones psicosociales, las metas socialmente disponibles, las fortalezas y desventajas del entorno (Krauskopf, 1994).

La globalización ha influido en que los adolescentes se encuentren expuestos a influencias multiculturales. Ello ha roto la homogeneidad de las culturas y, por consiguiente, la inmovilidad de los roles. Se han redefinido los patrones de consumo y agudizado las diferencias en el acceso de oportunidades y en las condiciones de vida entre los grupos en ventaja socioeconómica y aquellos que no lo están. Las juventudes, más claramente, se constituyen en sujeto múltiple, expuesto a diversos grados de vulnerabilidad y exclusión.

---

\* El presente documento constituye una revisión del trabajo *Participación y Desarrollo Social en la Adolescencia*, publicado por el Fondo de Población de Naciones Unidas en San José, Costa Rica, 1998. Revisión efectuada en noviembre de 1999.

\*\* Psicóloga de la Universidad de Chile. Maestría en Psicología Clínica de la Universidad Iberoamericana en Costa Rica. Profesora Emérita de la Universidad de Costa Rica y consultora en Juventud de diversas agencias internacionales. Miembro de la Red de Expertos en Políticas de Juventud de la Organización Iberoamericana de la Juventud y miembro fundador del Grupo de Trabajo de Investigadores en Juventud de CLACSO.

Los cambios propios de la globalización, modernización y de los modelos económicos han ido acompañados de importantes transformaciones sociales y culturales. Se dan nuevas formas de interacción entre las generaciones, entre los sexos y entre las instituciones sociales. Dichas condiciones modifican las perspectivas que predominaban en la orientación y alcance de los derechos, las relaciones entre los sexos y entre las generaciones.

Cuadro 1  
***Cambios sociales***

- Globalización, modernización, auge del mercado internacional y ruptura de fronteras para los grupos de mayor nivel económico.
- Polarización socioeconómica al interior de los países.
- Prolongación de la vida y modificación en las características del recorrido existencial
- Inclusión prioritaria de los derechos humanos en las políticas y la legislación.
- Nuevas formas de participación-comunicación-interacción entre:
  - las generaciones,
  - hombres y mujeres,
  - instituciones políticas y sociedad civil en la expresión de las políticas y la expresión de la ciudadanía
- Nuevos paradigmas y perspectivas

Los beneficios del desarrollo tecnológico no favorecen por igual a todos los estratos sociales. Esto ha influido en la polarización socioeconómica al interior de las sociedades nacionales y en la ruptura de fronteras para los grupos económicamente más privilegiados. Así, los jóvenes con mayores recursos económicos se empiezan a parecer más a los jóvenes con las mismas condiciones económicas de todas partes del mundo. Tienen acceso a la informática, a los conocimientos vigentes, más exposición a los adelantos. Los grupos de menores recursos van quedando alejados de los avances (Lechner, 1997).

Este proceso de reordenamiento de las sociedades en el planeta aumenta la dualidad al interior de los países y plantea un gran desafío en la concepción de las políticas y programas de juventud. Se hace necesario reconocer la situación de los jóvenes, la heterogeneidad de los grupos. En estas condiciones la homogeneidad resta equidad y se requieren políticas diversificadas.

La institucionalidad se ha modificado con la reducción del Estado. Su oferta se ha fragmentado y difícilmente las poblaciones jóvenes avizoran un horizonte claro. El futuro como meta orientadora se ha tornado incierto por la velocidad de las reestructuraciones sociales y culturales.

El paso del modelo de Estado de Bienestar al modelo actual demanda que la construcción de las políticas sea un trabajo conjunto de la sociedad civil y de los gobiernos, con lo cual la participación ciudadana y la visibilización de las juventudes es relevante. Las instituciones políticas y la sociedad se encuentran ante el desafío de dar inclusión prioritaria a los derechos humanos en las políticas y legislación para la juventud.

## **2. El cambio en los paradigmas y su impacto en las políticas de juventud**

La juventud encuentra su ubicación en el tejido social de las relaciones según los diversos paradigmas que actualmente coexisten y compiten en las actuales programaciones.

### **2.1. Adolescencia: período preparatorio**

Desde el paradigma que identifica la adolescencia como un período preparatorio, los adolescentes son percibidos fácilmente como niños grandes o adultos en formación. Tal enfoque se sustenta en el paradigma que enfatiza a la adolescencia como un período de transición entre la niñez y la adultez. Le corresponde la preparación para alcanzar apropiadamente el status adulto como la consolidación de su desarrollo. En dichos conceptos se aprecia un vacío de contenidos para la etapa propiamente tal.

Es evidente actualmente que el saber no está sólo del lado de los adultos. Está de ambos lados. Eso implica que la relación tradicional en que el adulto preparaba al joven para ser lo que él había alcanzado, y que hacía de los adolescentes sujetos carentes de derechos y del reconocimiento de sus capacidades, se ha modificado. Margaret Mead planteaba que la transmisión tradicional era eficiente cuando el pasado de los abuelos era el futuro de los niños. Hoy ya ni puede serlo el pasado de los padres.

Lütte (1991:64) señala que “la rapidez de los progresos técnicos y científicos obliga a los adultos a una formación permanente. Por lo tanto, cada vez es menos posible distinguir la adolescencia de la edad adulta en función de la preparación para la vida”.

El reduccionismo del paradigma de etapa preparatoria surge como una postergación de los derechos de los niños y jóvenes, al considerarlos carentes de ma-



durez social e inexpertos. Implícitamente se les niega el reconocimiento como sujetos sociales. A partir de ello se prolonga la dependencia infantil, se limita la participación y se genera la distinción-oposición entre menores y adultos, en la que las mujeres no salen de su condición de minoridad (Lütte, 1991). En la mitad del siglo XX se da la extensión de la adolescencia a todos los grupos sociales, junto con la extensión de la cobertura educativa y, a partir de allí, comienzan a modificarse las relaciones de género.

## **2.2. Juventud: etapa problema**

El paradigma que enfatiza a la juventud como etapa de transición favorece la visión del período como crisis normativa: “la edad difícil”. De allí que no sea de extrañar que su visibilización programática haya tenido origen en manifestaciones preocupantes para el acontecer social.

La fragmentación programática de la juventud como problema se revela al definirla en relación al embarazo, la delincuencia, las drogas, la deserción escolar, las pandillas, etc. Se construye una percepción generalizadora a partir de estos polos sintomáticos y problemáticos.

La prevención y atención se organizan para la eliminación de estos problemas y peligros sociales más que para el fomento del desarrollo integral de los grupos de adolescentes y jóvenes (Krauskopf, 1997). La evaluación que se ha hecho de esta práctica de intervención demuestra que un enfoque basado en la enfermedad y los problemas específicos tiene escaso efecto en el desarrollo humano adolescente e involucra un alto costo económico (Blum, 1996). A esto puede agregarse que el énfasis en el control favorece la estigmatización criminalizante de la juventud.

## **2.3. Juventud: actor estratégico del desarrollo**

Este enfoque destaca a la juventud como actor protagónico en la renovación permanente de las sociedades, particularmente en el contexto de la reestructuración socioeconómica y la globalización. Da un valor prominente a la participación juvenil como parte crucial de su desarrollo.

El Banco Mundial (1996) reconoce la importancia de incrementar la inversión en el capital humano de las personas jóvenes para contribuir a la emergencia de destrezas y capacidades que les permitan actuar de formas nuevas. Señala que las posibilidades de las generaciones actuales no sólo dependen de los recursos de sus padres, sino también de los recursos sociales de su grupo, por lo que las políticas deben fortalecer el capital social.

Los cambios acelerados llevan a que las sociedades, además de preocuparse de su reproducción colectiva, requieran contar con individuos capaces de aprender a aprender y reciclar con flexibilidad competencias y actitudes. Por ello, con mayor fuerza que en el pasado, las juventudes son consideradas un eje central en las nuevas estrategias de desarrollo (Rama, 1992, citado en Bango, 1997).

#### **2.4. Juventud ciudadana**

En la segunda mitad de este siglo se crean las condiciones para establecer, de modo claro y explícito, que los niños y adolescentes tienen derecho a la ciudadanía. Esto queda concretado en la Convención de los Derechos del Niño, el instrumento jurídico de mayor aceptación en el mundo, pues todos los países, salvo dos, la han ratificado (Morlachetti, 1998).

Un avance en el reconocimiento diferenciado de la niñez y la adolescencia se encuentra actualmente en diversos programas y en los nuevos Códigos de la niñez y la adolescencia. Ya existen iniciativas para la elaboración de una Carta de Derechos de la Juventud.

El concepto de ciudadanía también ha ido evolucionando. Los hitos anteriormente señalados destacan la participación crecientemente decisoria de niños, adolescentes y jóvenes como parte sustantiva de la ciudadanía. En la promoción de los derechos humanos toman preeminencia las relaciones cívicas, el fortalecimiento de las capacidades y derechos juveniles y la ampliación de los atributos de la ciudadanía en la constitución de las identidades.

Ya no se trata sólo de la ciudadanía formal de ejercer el derecho al voto a partir de los 18 años, que dejaba por fuera a niños y adolescentes, sino que se da importancia a las prácticas sociales entre el Estado y los actores sociales que dan significado a la ciudadanía.

El enfoque de derechos abandona el énfasis estigmatizante y reduccionista de la juventud como problema. La integración del paradigma que la señala como actor estratégico con el paradigma de juventud ciudadana, permite reconocer su valor como sector flexible y abierto a los cambios, expresión clave de la sociedad y la cultura global, con capacidades y derechos para intervenir protagónicamente en su presente, construir democrática y participativamente su calidad de vida y aportar al desarrollo colectivo.

La prolongación de la esperanza de vida y la moderna postergación del matrimonio, junto con la reducción del número de hijos, generan nuevas condiciones en el recorrido de vida y modifican la efectividad de prácticas tradicionales en la toma de decisiones que se traducirán en la discriminación étnica y en inequidades de género (Krauskopf, 1997).

### **3. Las relaciones intergeneracionales como contexto de la participación adolescente**

La exigibilidad de los derechos lleva a un nuevo concepto de participación y replantea las formas de interacción que caracterizaban discriminatoriamente a las relaciones intergeneracionales.

Los cambios sociales han sustituido las bases del llamado conflicto generacional que se expresaba en la lucha de los jóvenes por el poder adulto. Mucho de lo que se ha dado en llamar la desafección política juvenil es el abandono de esa lucha.

El reconocimiento de la incertidumbre actual, de la rápida obsolescencia de los instrumentos de avance cognitivo y social, favorece una crisis de los adultos. El adulto se siente responsable de ser una imagen clara para el joven; teme no mantener la autoridad ni el respeto si comparte las dudas y confusiones por las que atraviesa. Pero los jóvenes deslegitiman una intervención adulta que no esté basada en una comunicación clara y sincera que permita la apertura. Este cambio va a influir en nuevas relaciones entre los jóvenes y los adultos.

Así como el enfoque de género dejó al descubierto el sexismo, un enfoque moderno de juventud deja al descubierto los problemas específicos que se presentan actualmente en las relaciones intergeneracionales y que dificultan el desarrollo y la participación. Destacamos las siguientes categorías: el adultocentrismo, el adultismo y los bloqueos generacionales (Krauskopf, 1998).

#### **3.1. Adultocentrismo**

El adultocentrismo es la categoría premoderna y moderna “que designa en nuestras sociedades una relación asimétrica y tensional de poder entre los adultos (+) y los jóvenes (-) [...] Esta visión del mundo está montada sobre un universo simbólico y un orden de valores propio de la concepción patriarcal” (Arévalo, 1996: 44-46). En este orden, el criterio biológico subordina o excluye a las mujeres por razón de género y a los jóvenes por la edad. Se traduce en las prácticas sociales que sustentan la representación de los adultos como un modelo acabado al que se aspira para el cumplimiento de las tareas sociales y la productividad. Ello orienta la visión de futuro para establecer los programas y políticas, los enfoques de fomento y protección del desarrollo juvenil. La efectividad de esta perspectiva hizo crisis como producto de los cambios socioeconómicos y políticos de fin de siglo.

#### **3.2. Adultismo**

El adultismo se traduce directamente en las interacciones entre adultos y jóvenes. Los cambios acelerados de este período dejan a los adultos desprovistos de referentes suficientes en su propia vida para orientar y enfrentar lo que están

viviendo los jóvenes. La manutención de posiciones desde estas carencias bloquea la búsqueda de la escucha y busca la afirmación del control adulto en la rigidización de lo que funcionó o se aprendió anteriormente. Se traduce en la rigidización de las posturas adultas frente a la ineffectividad de los instrumentos psicosociales con que cuentan para relacionarse con la gente joven.

### **.3.3. Bloqueos generacionales**

Las situaciones anteriormente descritas conducen a la discriminación étnica y a los bloqueos generacionales. Estos bloqueos son el producto de la dificultad que tienen ambos grupos generacionales para escucharse mutuamente y prestarse atención empática. La comunicación bloqueada hace emerger discursos paralelos, realidades paralelas, y se dificulta la construcción conjunta. Genera grandes tensiones, frustraciones y conflictos que se tornan crónicos.

Por ello la participación juvenil en la construcción de las respuestas no es sólo un avance democrático: se ha convertido en una necesidad. Sin la participación activa de los y las adolescentes en las metas de vida y bienestar, no será posible el desarrollo humano de calidad ni el desarrollo efectivo de nuestras sociedades.

### **3.4. El diálogo intergeneracional**

Los logros sociales y la satisfactoria interacción entre adultos y jóvenes requieren actualmente, como condición, del diálogo intergeneracional y el reconocimiento mutuo. Ya no se trata de una generación adulta preparada versus una generación joven carente de derechos y conocimientos a la que hay que preparar.

Se trata, en la actualidad, de dos generaciones preparándose permanentemente. Y eso cambia totalmente las relaciones. La vida lleva a enfrentar muchas dificultades en distintos momentos del ciclo vital, y no es raro encontrar personas de cincuenta años atravesando una fase moratoria que antes sólo se atribuía a la adolescencia. Los recorridos existenciales se han hecho flexibles y diversificados y demandan diversos derroteros. El proyecto de vida más efectivo no tiene características rígidamente determinadas.

Los jóvenes tienen un papel enorme, porque son quienes están sintiendo lo que es el presente y presintiendo cómo se proyectará al futuro. El mundo adulto puede aportar toda su riqueza si se conecta intergeneracionalmente con apertura y brinda la asesoría que los y las adolescentes valoran y esperan. Son necesarios nuevos horizontes compartidos para encontrar soluciones apropiadas.

#### **4. Visibilización, participación juvenil y empoderamiento**

En las políticas y programas de juventud, la aplicación de los paradigmas de actor estratégico del desarrollo y ciudadanía, llevan a considerar como ejes estratégicos su visibilización positiva y la participación protagónica. Constituyen formas de inclusión social diferentes y complementarias que, en ocasiones, se han tendido a confundir. Para el fomento y la apertura de espacios apropiados a la participación juvenil es conveniente profundizar en el análisis de sus características y hacer algunas precisiones.

##### **4.1. La visibilización**

En los apartados anteriores ha quedado en evidencia la dificultad social para visibilizar positivamente a los y las adolescentes. La juventud ha sido invisibilizada en sus capacidades por los enfoques propios de los paradigmas de adolescencia = período de preparación y juventud problema.

El énfasis en el enfoque de la juventud como período preparatorio se manifiesta, por ejemplo, cuando el sistema educativo habla de “educandos”, y no se visibiliza integralmente a los adolescentes como personas. En el paradigma que corresponde a la juventud como problema, los adolescentes son visibilizados de forma estigmatizada y descalificatoria. Se generaliza el hecho de ser joven como problema social, lo que despierta reacciones de temor y rechazo. Ambas posiciones contribuyen actualmente a los bloqueos generacionales.

Para instalar políticas y programas de juventud es necesario romper con la invisibilización y sus peligrosas consecuencias. Si no se cultiva una visibilización positiva, los y las jóvenes pueden desarrollar una visibilización aterrizante.

La visibilidad aterrizante es una forma de *empoderamiento*, mecanismo de autoafirmación, de negación de la devaluación, de apropiación de las gratificaciones al alcance adolescente. Ante la carencia de visibilidad por la inclusión, se detona la visibilidad juvenil desde la exclusión social. Esta visibilidad incluye las interacciones violentas, las apariencias desafiantes, la defensa de la territorialidad del cuerpo (por ejemplo, los tatuajes) y de los espacios que se apropian (Krauskopf, 1996).

Los adolescentes que se sienten privados de reconocimiento positivo, al no ser escuchados, al sentirse desvalorizados, construyen el poder y la identidad al ver el rostro del temor en los demás.

La perspectiva estigmatizada de la adolescencia como problema social tiene un efecto *boomerang* y lleva a priorizar el control sobre la perturbación social que causan los jóvenes sin fomentar su desarrollo, resolver las situaciones ni reconocer su valor como sujetos de derechos y capital humano.

La visibilización positiva de la adolescencia reconoce el aporte juvenil a la sociedad, contribuye a una aceptación positiva de la vida adolescente y hace imprescindible la participación efectiva. Es además necesario no inducir a los y las adolescentes a pseudovisibilizarse adoptando formatos adultistas que suponen tendrán un reconocimiento positivo de los adultos, ni promover sólo modalidades representativas de participación. Es necesario reconocer, y no bloquear, las auténticas formas constructivas que proponen los grupos de adolescentes y jóvenes.

#### 4.2. La participación protagónica

Para diferenciarla de formas aparentes de participación se ha denominado “participación protagónica” a la participación social efectiva de los y las jóvenes. Esta meta demanda abandonar el adultocentrismo, tomar en cuenta las diversas situaciones de exclusión, permitir y escuchar abiertamente la voz de las juventudes de los más diversos ámbitos.

Roger Hart (1994) elabora una escala de participación de niños y adolescentes en la que pueden reconocerse dos grandes dimensiones que hemos denominado la *participación aparente* y la *participación efectiva*. En la primera sólo hay presencia desde una orientación adultocéntrica y no hay participación. Se distinguen tres grados:

1. manipulación,
2. decoración, y
3. participación simbólica.

Los grados siguientes corresponden a niveles crecientes de participación efectiva. Estos son:

4. los niños y adolescentes son asignados para las actividades, siendo solamente informados;
5. los niños y adolescentes son consultados e informados;
6. la participación es iniciada por los adultos y las decisiones compartidas por los niños y adolescentes;
7. la participación es iniciada por los niños y adolescentes, dirigida por los adultos;
8. la participación es iniciada por los niños y los adolescentes, las decisiones son compartidas con los adultos.

Rodríguez-García y Macinko (1994, citado en Rodríguez-García y otros, 1998) sistematizan una gradiente en las etapas de *empoderamiento* juvenil que guarda importantes coincidencias con la escala que se acaba de analizar y aporta

otras precisiones. Estos autores consideran una progresión que va desde la mera información hacia la participación, el fortalecimiento con el compromiso, la culminación con el *empoderamiento* que se expresa en la toma de decisiones y la iniciativa en las acciones.

- La participación de los jóvenes y comunidad no se da cuando sólo son informados por grupos externos que fijan los objetivos y metas para los programas juveniles.
- La participación puede comenzar cuando son consultados, se les solicita retroalimentación, pero pueden o no influir sobre las decisiones.
- Hay participación y puede comenzar el compromiso cuando la participación juvenil y comunitaria provee información y retroalimentación para mejorar los objetivos y los resultados.
- Junto a la participación y el compromiso puede comenzar el *empoderamiento* de los jóvenes y la comunidad cuando toman decisiones y son consultados para establecer, priorizar y definir objetivos. La plenitud de la tríada participación, compromiso y *empoderamiento* se da cuando los jóvenes inician la acción y junto con los líderes locales fijan los objetivos, priorizan, planifican, evalúan y son responsables de los resultados.

Cabe agregar al esquema analizado un último nivel que podríamos llamar autonomía y *empoderamiento*, pues cada vez más, los jóvenes desarrollan proyectos y propuestas propias, fijan objetivos, metodologías, códigos innovadores y buscan apoyos y asesorías cuando lo requieren.

### **4.3. Nuevas orientaciones y formas de organización juvenil**

La participación juvenil no sólo requiere ser entendida desde su relación de *empoderamiento* respecto del sector adulto, sino que deben reconocerse las formas propias de *empoderamiento* que construyen y las transformaciones que se han dado en la expresión de los contenidos de la participación juvenil. Serna (1998) efectúa un importante estudio que retoma la sistematización de Offe (1992) para destacar los viejos y nuevos paradigmas en que se basan las identidades, orientaciones y modos de actuar juveniles, especificando que se trata de un énfasis en la relevancia de ciertas características, pero que no son necesariamente excluyentes para ambos paradigmas, los cuales se mantienen vigentes. Con base en sus aportes proponemos el esquema que se presenta en el cuadro a continuación.

Cuadro 2  
*Cambios en las dimensiones de la participación juvenil*

<b>Dimensiones</b>	<b>Viejo paradigma</b>	<b>Nuevo paradigma</b>
<b>Identidades colectivas</b>	Basadas en parámetros socioeconómicos y político-ideológicos	Basadas en parámetros ético-existenciales
<b>Orientación</b>		
<i>Cambio social</i>	La modificación de la estructura cambia al individuo	El cambio personal se orienta a modificar las condiciones de vida colectiva
<i>Espacialidad</i>	Epicentro local, trincheras globales	Epicentro global, trincheras locales
<i>Temporalidad de las acciones</i>	Se busca efectividad de largo plazo; metas en soluciones futuras	Se busca efectividad a corto y mediano plazo; metas palpables
<b>Organización</b>		
<b>Estructura</b>	Piramidal institucionalizada	Horizontal, redes vinculantes y flexibles
<b>Rol</b>	Centralizador representativo	Facilitador, mediador con respecto a la diversidad
<b>Acción</b>	Colectiva masificada hegemónica burocrática	Coordinaciones transitorias, reivindicación de la participación individual débilmente institucionalizada

#### 4.3.1. Las identidades en la participación juvenil

En el viejo paradigma las identidades colectivas están en función de códigos socioeconómicos e ideológico-políticos (estudiantes, jóvenes urbano populares, socialistas, etc.). En el nuevo paradigma, las identidades son construidas en relación a espacios de acción y mundos de vida como: sexo, preferencia sexual, sobrevivencia de la humanidad (medio ambiente) y derechos indígenas, de las mujeres, democráticos, etc. Se plantea una ética global en cuanto a las relaciones con la naturaleza, la relación entre los géneros, la relación con el cuerpo, las relaciones entre los individuos, la importancia de la subjetividad, la tolerancia y la solidaridad.



#### *4.3.2. Orientación de las acciones juveniles*

Serna reconoce como característica juvenil actual, pensar globalmente y actuar localmente. A pesar de que el barrio ha dejado de ser el epicentro del mundo, es en los microespacios donde constituyen sus trincheras y desarrollan la vida cotidiana.

El viejo paradigma se apoyaba en el supuesto de que el cambio social debe modificar la estructura para que los individuos cambien. El nuevo paradigma que orienta la participación juvenil considera que el cambio social implica al individuo. Por lo tanto es necesario cambiar en el presente las actitudes individuales con autonomía e identidad.

Se prioriza la acción inmediata, la búsqueda de la efectividad palpable de su acción. Retoma la observación de Foucault: no apuntan al enemigo principal, sino al enemigo inmediato. Tampoco esperan encontrar la solución a sus problemas en una fecha futura.

#### *4.3.3. Modos de actuar*

El viejo paradigma se apoyaba en la organización piramidal con énfasis en el centralismo y tendía a una participación altamente institucionalizada. Se daba prioridad a la protesta masiva. El nuevo paradigma se expresa en la oposición a la burocratización y regulación y en el apoyo a formas poco o nada institucionalizadas. La organización es preferentemente horizontal y las redes vinculantes y flexibles tienen un fuerte impulso. Se reivindica la participación individual.

Serna destaca así el cambio en la ubicación del individuo en la organización o movimiento y el énfasis en la horizontalidad de los procesos de coordinación. El respeto a la diversidad y las individualidades se constituye en el centro de las prácticas y el grupo es una mediación que debe respetar la heterogeneidad. De allí que las organizaciones donde el individuo queda “anulado en pro de lo colectivo masificado han dejado de ser de interés para las nuevas generaciones. Las redes de jóvenes buscan fungir como facilitadoras y no como centralizadoras” (Serna, 1998:50). Porque valorizan su autonomía, a las juventudes no les interesa ser hegemónicas por grupos específicos, crean coordinaciones transitorias y no pretenden asumir una total representatividad.

## **5. Consideraciones finales**

La ausencia de una programación social que integre constructivamente la fase juvenil puede ser considerada parte de una crisis social que incluye la fractura de los paradigmas y supuestos que sostienen el modelo de juventud. La participación social real de las juventudes discurre, cada vez más, en contextos informa-

les y en metas innovadoras. Se hace necesario problematizar los procesos de construcción de conocimientos sobre la adolescencia y juventud para reducir las barreras existentes para el fomento del desarrollo juvenil.

Las consecuencias de la ausencia de una percepción correcta de los y las jóvenes como sujetos de derechos y ciudadanos reales se han expresado a través de múltiples problemas.

Reconocer los derechos y capacidades de las juventudes, no bloquear sus aportes, contribuye a potenciar el desarrollo colectivo.

Es la diversificación programática, con participación efectiva de jóvenes y comunidades, proyección y vinculación a las políticas, articuladas entre sí y enriquecidas con los nuevos paradigmas, lo que va a permitir los procesos acordes con las necesidades de desarrollo actual de las juventudes.

El fomento de una cultura de equidad entre los géneros, el cuestionamiento de la discriminación étnica, así como la ampliación de la participación ciudadana, permitirá fortalecer lo ya alcanzado. La promoción del desarrollo humano en la fase juvenil no puede ser exclusividad de un sector y la educación debe validar su lugar en las políticas con un replanteamiento integral del posicionamiento actual de las juventudes.

La convergencia entre los organismos gubernamentales, las organizaciones de la sociedad civil y la consolidación participativa de los derechos de niños y adolescentes, permitirá avanzar en el establecimiento de políticas del Estado que incorporen las características y potencialidades de la adolescencia y juventud con el compromiso de las comunidades nacionales, y garanticen estrategias orientadas a alcanzar el desarrollo integral.

## **Bibliografía**

Arévalo, Oscar 1996 “Juventud y modernización tecnológica”, en *Pasos* (San José de Costa Rica: Departamento Ecuménico de Investigaciones [DEI]), número especial.

Banco Mundial 1996 *Una estrategia enfocada a los jóvenes en riesgo*, División de Recursos Humanos, Departamento III, Región de América Latina y el Caribe.

Blum, Robert 1996 *Toward a New Millenium: A Conceptual Model for Adolescent Health* (Washington DC: Organización Panamericana de la Salud).

Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia, Fondo de Población de las Naciones Unidas 1998 *Maternidad y Paternidad. Las Dos Carras del Embarazo Adolescente* (San José, Costa Rica).

Hart, Roger A. 1994 (1993): *La participación de los niños: de la participación simbólica a la participación auténtica*. Citado en Manfred Liebel: *Protagonismo Infantil* (Nicaragua: Nueva Nicaragua).

Krauskopf, Dina 1994 *Adolescencia y educación* (San José, Costa Rica: EUNED), segunda edición.

—1996 “Violencia Juvenil: Alerta Social”, *Revista Parlamentaria*, volumen 4, N° 3, diciembre.

—1997 “La sexualidad y la salud reproductiva en las políticas de juventud en América Latina”, Conferencia Regional sobre Salud Sexual y Reproductiva en la Adolescencia (San José, Costa Rica).

—1998 “La desafección política de la Juventud: perspectivas sobre la participación juvenil”, exposición presentada en el Foro Valores Democráticos y Juventud, Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE) y PNUD (Caracas, Venezuela).

Lechner, Norbert 1997 “Reforma política y desarrollo en América Latina: los retos del nuevo siglo”, conferencia magistral, VII Curso Interamericano de Elecciones y Democracia, Instituto Interamericano de Derechos Humanos (San José, Costa Rica).

Lütte, Gérard 1991 *Liberar la adolescencia. La psicología de los jóvenes de hoy* (Barcelona: Herder).

Morlachetti, Alejandro 1998 “Situación Actual: obligaciones de América Latina y el Caribe ante el Derecho Internacional, en el tema de Adolescencia y Juventud, con revisión de los documentos actuales” (Washington DC), versión preliminar.

Rama, Germán 1992 citado por Julio Bango, *Políticas de juventud en América Latina en la antesala del 2000* (Madrid: Organización Iberoamericana de la Juventud).

Rodríguez-García, Rosalía; Russel, S. Jill; Maddaleno, Matilde y Kastrinakis, Mariana 1998 *The Legislative and Policy Environment for Adolescent Health in Latin American and the Caribbean* (Washington DC), versión preliminar.

Serna, Leslie 1998 “Globalización y participación juvenil”, en *Jóvenes* (México), revista de estudios sobre juventud, cuarta época, año 5.

UNFPA 1997 “Pobreza e inequidad de género: salud y derechos sexuales y reproductivos en América Latina y el Caribe”, VII Conferencia Regional sobre la Integración de la Mujer en el Desarrollo Económico y Social de América Latina y el Caribe (Santiago, Chile).

### **Bibliografía de la autora (posterior a 1990)**

Krauskopf, Dina 2000 “El desarrollo psicológico del adolescente”, en Hernán Montenegro y Humberto Guajardo (comps.), *Psiquiatría del Niño y el Adolescente* (Santiago de Chile: Mediterráneo), segunda edición.

1998 *Participación Social y Desarrollo en la Adolescencia* (San José: Fondo de Población de las Naciones Unidas), segunda edición 1999.

—“The Rights and Reproductive Health of Urban Adolescents”, en *Adolescence, Child Rights and Urban Poverty in Costa Rica* (Costa Rica: UNICEF-UNCHS [HABITAT]).

—“Juventud y empleo en América Central a mediados de los noventa”, en Carlos G. Ramos (comp.), *América Central en los noventa: problemas de juventud* (El Salvador: FLACSO).

—*Las adolescentes: enfoques y perspectivas* (Managua) Programa de Mujeres Adolescentes, Consejo de Integración Social de Centroamérica, Unión Europea.

1997 *Juventud en Centroamérica. Una propuesta de acción* (Panamá: Consejo de la Integración Social Centroamericana).

—“Crisis social y dificultades en la adolescencia en Pediatría”, en Meneghelo y otros (Buenos Aires: Editorial Médica Panamericana), quinta edición, tomo 2.

1996 “Violencia juvenil: alerta social”, en *Revista Parlamentaria* (San José, Costa Rica), vol.4, n° 3, diciembre.

—“Cultura campesina y proyectos de vida en la adolescencia rural costarricense”, en CEPAL, *Juventud rural, modernidad y democracia en América Latina* (Santiago de Chile).

1990 “Mujeres jóvenes latinoamericanas”, en *Juventud, Desarrollo y Cooperación* (España: Instituto de Estudios y Formación / Dirección General de Juventud de España).

—“Fecundidad Adolescente, efectos individuales y determinantes cercanos. Estudios de casos”, en *Efectos demográficos de grandes proyectos de desarrollo* (San José, Costa Rica: CELADE/CEDEM/UNFPA).

Krauskopf, Dina y Suárez, Néstor E. 1995 “Los grupos de pares en la adolescencia. —La adolescencia y el ámbito escolar. —El enfoque de riesgo y su aplicación a las conductas del adolescente. Una perspectiva psicosocial”, en Maddaleno, Munist, Serrano y otros, *La salud del adolescente y del joven* (Washington: Organización Panamericana de la Salud, publicación científica n° 552).

---

## *De la experiencia de la Escuela de Gobierno: hablan los jóvenes*

◀ Ana Miranda\* y Sergio Balardini\*\*

### 1. Características del estudio

**E**l presente estudio indaga aspectos relativos a la participación social y política juvenil, haciendo foco en aquellos que participan activamente en partidos políticos y organizaciones sociales, a diferencia de los estudios tradicionales, orientados al conjunto de los jóvenes sin distinción. En general, se propuso develar aspectos vinculados a la percepción del mundo participativo y, en particular, a la reproducción de la participación.

La investigación se realizó en el marco de un programa de capacitación que desarrolló el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires en los años 1998 y 1999: Escuela de Gobierno para Jóvenes (EGJ). El programa contó con numerosas actividades entre las que se destacaban la asistencia a cursos con especialistas en políticas públicas y la planificación de proyectos sociales. Los requisitos previstos para la participación en estas actividades fueron los de: tener entre 18 y 30 años, los ciclos de educación obligatoria completos, y acreditar la participación en alguna organización social o política. En lo que hace a la implementación del programa, se descentralizaron las cuestiones relativas a la organización y gestión general de las actividades, al mismo tiempo que se definieron a nivel central las cuestiones vinculadas a los contenidos y los docentes.

---

\* Ana Miranda es licenciada en Sociología (UBA), especialista en Planificación y Gestión De Políticas Sociales (UBA), investigadora del Proyecto Juventud de FLACSO y becaria del CONICET.

\*\* Sergio Balardini es licenciado en Psicología. Maestría en Administración Pública (Facultad de Ciencias Económicas, UBA). Es coordinador adjunto del Proyecto Juventud de FLACSO.

La EGJ se implementó en 25 municipios, el 30 % de ellos en localidades del Conurbano Bonarense y el 70 % en localidades del interior de la provincia. El operativo de campo se realizó en el transcurso del segundo año de su implementación, con un universo constituido por quienes participaron de la experiencia de la EGJ durante el año 1998 (alrededor de 1.000 jóvenes).

El diseño de la investigación incluyó técnicas cuantitativas y cualitativas. Dentro de las primeras, se aplicaron cuestionarios especialmente elaborados. Dentro de las segundas, se decidió aplicar las siguientes técnicas: a) el grupo focal, que busca fomentar el intercambio de ideas en un ámbito grupal receptivo mediante la obtención de información y el sondeo de opiniones en relación a los objetivos de la investigación, y b) entrevistas en profundidad, realizadas a individuos seleccionados, que buscan, precisamente, obtener mayor profundidad, especificidad y amplitud en las respuestas.

Se realizaron alrededor de diez grupos focales, constituidos por una media de ocho jóvenes, de entre 17 y 30 años, incluyendo distintas franjas de edad, mujeres y varones, miembros en su mayoría de organizaciones sociales y políticas, provenientes de distintas localidades y regiones de la provincia. Para las entrevistas en profundidad, se seleccionaron individuos que respetaran tal diversidad.

Evaluados y contrastados los distintos grupos y entrevistas, surgen los siguientes elementos relevantes como ejes predominantes del discurso de los jóvenes.

## **2. ¿Los jóvenes participan mucho, poco, o nada?**

“Vos encontrás muy pocos jóvenes en algún ámbito político. Tienen otros intereses: juntarse con amigos, ir a bailar, el estudio, otras cosas.”

“Muy poco.”

“No participan.”

“En general, creo que están desinteresados por la política.”

“Hoy en día somos poquitos a quienes nos interesa la política, y muchos menos los que queremos hacer algo.”

“Pero, socialmente más allá de los jóvenes hay desinterés por la política.”

Entre los jóvenes, es generalizada la opinión de que su generación participa escasamente en el campo social y político. Sin embargo, en ningún momento exponen la existencia de contrastes con el mundo adulto, ya que a éstos tampoco les ven participando masivamente. A la hora de los contrastes, las miradas se dirigen hacia los años setenta, y frente a la movilización social de aquel período se menciona con nostalgia la actitud militante y participativa de los jóvenes de aquellos

años. Por el contrario, se manifiesta que, en el presente, la sociedad en su conjunto parece poco proclive a la participación, especialmente política. En sus propias palabras, los intereses de los jóvenes, hoy, se refieren básicamente al mundo de lo privado y sólo ocasionalmente, al mundo de lo público. Por otra parte, si bien no se acordó previamente una definición operativa de “participación”, a la espera de los enunciados de los propios jóvenes, resultó evidente la perspectiva de una concepción vinculada a “la intervención para el cambio y la toma de decisiones”.

### 3. Razones de la baja participación juvenil

“La falta de credibilidad en las personas que nos representan es muy grande, también los jóvenes piensan que ya está todo hecho, que no se puede cambiar nada, no son escuchados, no te dan participación, no te dan lugar, no te dan apoyo...”

“Hay poca participación y creo que tiene que ver con que, en general, en estos ámbitos los adultos no dan ese espacio de participación... Esto por un lado, y, por otro lado, me parece que hay mucho descreimiento en los políticos, en los partidos.”

“No hay lugares para la participación o los hay y no satisfacen...”

“No hay una convicción ideológico-política. Todo está relacionado con el poder.”

“No se les da lugar. Se los usa de mano de obra. Se los usa para la campaña. Eso llega a que no se participe.”

“Tenemos miedo de que nos usen.”

“Nosotros formamos un grupo de jóvenes grandísimo. Entramos al local (partidario) y todo bien. Llegó el día de la elección interna y yo no sé qué pasó... el tema es que nosotros quedamos afuera.”

“Los jóvenes trabajan. Hacen campañas, llevan juguetes el día del niño, hacen ayudas escolares. (Los adultos) hacen asambleas, reuniones, buscan las ‘problemáticas’, pero los chicos mucho no se quedan...”

“... la opinión del chico no tiene peso. De allí a no dejarlo opinar. (...) no hay una predisposición para que el chico vaya, participe y dejarlo hablar, presentar sus proyectos. Esas oportunidades se ven cortadas desde el vamos.”

“Cuando creaban un proyecto para poner tachitos en la calle para que no tiraran la basura en el piso, perfecto. Cuando te metías en un terreno que había mayores intereses creados: «no, está bien pibe, andá a tu casa».”



“Al momento de decidir los dejan afuera.”

“Los chicos tienen vedado el acceso porque, si son independientes y autónomos y piensan por sí mismos, no les interesa a los poderosos y te cierran todas las puertas y no llegas ni al primer escalón.”

“... hay chicos que dicen: ¿para qué voy a participar si no sirve de nada mi idea, ni lo que yo pienso?, lo que diga no lo toman en cuenta.”

“No me siento inferior por ser joven.”

Es altamente significativa la recurrente y fuerte crítica a actitudes manipuladoras y abusivas. Los jóvenes manifiestan su sentimiento de ser engañados con frecuencia ante el ocultamiento de los verdaderos objetivos de las actividades que se les sugieren y/o “permiten”.

Hay una sensación de “ninguneo” y aprovechamiento personalista y oportunista de los esfuerzos que ellos realizan. Se repite la afirmación de no ser escuchados, ni reconocidos, ni tomados seriamente en cuenta, lo que se intenta compensar con diversas promesas cuando se los necesita. Por otra parte, los canales de participación existentes son considerados como formales y ficticios. De allí que su existencia “orgánica” sea para los jóvenes, simplemente, la de un sitio en donde perderán su tiempo. Sorprende la unanimidad de las expresiones en relación a esta cuestión. Concretamente, no encuentran lugares en los que merezca la pena participar. En consecuencia, ante tal dificultad, la vocación para hacerlo debe ser muy fuerte.

Tan grave como lo anterior, existe el sentimiento de no ser tomados en cuenta a priori, no como consecuencia de un debate franco a partir de un diálogo con los adultos en el que sus ideas o proyectos no aparezcan como viables, sino por una cruel relación de poder. Una idea no es considerada por provenir de quien proviene. Esta es, también, una sensación generalizada que los lleva a sostener que “no hay respeto al joven”.

En este marco, la “participación para la toma de decisiones” dentro de la organización se transforma en una ilusión para los jóvenes, en tanto es este ítem, precisamente, un punto central en que deberían entrenarse los jóvenes en su actividad como militantes sociales y políticos.

La pérdida de credibilidad de los políticos, vinculada a frecuentes promesas incumplidas y la sensación de carencia de ideas que vayan más allá de la voluntad de poder, también hacen mella en los jóvenes, quienes pretenden que su participación se traduzca en cambios efectivos en la realidad.

Como puede advertirse, se nos ofrece un cuadro restrictivo y hasta reactivo a la promoción de la participación. En todo caso, no deberíamos preguntarnos por qué los jóvenes participan poco, sino sorprendernos por la participación de quie-

nes lo hacen aún en este contexto, cuando escuchamos la intensidad, consistencia e insistencia de sus críticas y planteos.

Una lectura complementaria nos llevaría a considerar a estos jóvenes como individuos muy realistas e idealistas a un mismo tiempo. Realistas, por la descripción nada ingenua que nos hacen del escenario en que se desenvuelven. Idealistas, y con fuertes convicciones, como para enfrentar y superar tales condiciones. Y, seguramente, también pragmáticos, en la medida en que su principal preocupación está en el hacer y resolver.

## 5. La responsabilidad para cambiar, y cambiar la realidad

“Hay una falta de iniciativa en la juventud.”

“Son muy pocos los que quieren informarse y participar.”

“Lo que yo voy a decir parece resignado. Pero creo que no tiene vuelta. No lo podés cambiar.”

“Es obvio que los empresarios están manejando la política, el país y la economía.”

“... la política hoy se está manejando con las mismas reglas de una empresa...”

“... pero el señor va a los pueblos de afuera y paga.”

Diálogo:

–“(...) si dejás los ideales, te adaptás y te ponés a favor del sistema. Si te adaptás manteniendo tus ideales, podés luchar desde adentro. Desde afuera no podés luchar.”

–“Por dentro tampoco.”

–“Yo creo que si te golpeás, te golpeás, te siguen golpeando..., pero aunque sean pasitos mas cortos seguís caminando.”

Si bien muchos jóvenes mencionan las dificultades económicas como fuerte condicionante de la participación, y más allá de las limitaciones por las que responsabilizan a los adultos –como ya vimos–, a la hora de repartir responsabilidades se observa una aparente contradicción: surge un discurso fuertemente individualista, algo así como decir que cada uno es responsable de y por sus circunstancias, al señalar a los propios jóvenes como responsables por acción u omisión de no mejorar su situación vital. En este sentido, son muy duros en su autovaloración generacional.

Decimos contradicción, porque cargan contra el neoliberalismo y la situación económica general como subproducto de éste, criticando al individualismo como sustrato ideológico de un cierto desentendimiento de la problemática social, pero finalmente responsabilizan, en buena medida, a cada uno de los individuos jóvenes por sus destinos. Asignamos a esta contradicción la calificación de “aparente”, en la medida en que es propio de la ideología neoliberal encuadrar las circunstancias de la vida de modo tal que la imposición de restricciones sociales es vivida como carencias y limitaciones individuales.

Y una cuestión que no debe soslayarse, la lectura que los jóvenes tienen de la política como lugar de poder. La perciben como desplazada del centro neurálgico de la toma de grandes decisiones, claramente subordinada al poder económico. En consecuencia, las grandes decisiones les son ajenas y, por lo tanto, queda el espacio para las pequeñas decisiones, para la resolución de las pequeñas cosas. Pero para resolver el mundo de las pequeñas cosas no hace falta activar o militar en partidos, se lo puede hacer desde el espacio de las organizaciones sociales. Además, en este caso, los jóvenes tienen la sensación de que el proyecto sufrirá menos “interferencias”. Desde esta perspectiva, el atravesamiento de la política no enriquece sino que empobrece el proyecto. En sus palabras:

“(…) aparece el tema de las prácticas sociales aparte de lo político partidario, para hacer un proyecto que surja de una necesidad y que ese proyecto sea nuestro y beneficie al que nosotros queremos, no luego tener que reformar un proyecto de acuerdo a los intereses del otro (un político). Me parece que aparece esa diferencia entre lo político partidario, que sería acatar los intereses de otras personas en detrimento de los nuestros.”

Pese a todo, los jóvenes militantes de partidos se responden a sí mismos que aún es posible hacer cosas desde la política, que aunque no tenga la capacidad de decisión de antaño, de todos modos, no necesariamente debe quedar atrapada en las pequeñas cosas. Este es su desafío y, casi diríamos, su nueva utopía.

## **6. Por qué participan y militan: factores facilitadores**

“Mi abuelo me guió a mí.”

“Mi familia es un crisol de distintos partidos políticos e ideas.”

“Mi tía, mi papá militó.”

“Yo lo llevo en el corazón hace años.”

“Para mí es participar para ir mejorando.”

“El curso que hice acá (...) facilita el conocimiento.”

Al parecer, hay tres elementos favorecedores de la participación:

- a) *Provenir de una familia con miembros con historia participativa.* Según opinan los propios jóvenes, este hecho favorece la participación. En numerosos casos, es lo que observamos como la biografía familiar de estos mismos jóvenes.
- b) *Convicción y vocación.* Un fuerte sentimiento de justicia, una sensibilidad social que no renuncia a la necesidad de cambiar las cosas. Seguramente, sentimientos y valores tributarios de una ambiente familiar que emparenta este punto con el anterior.
- c) *La dimensión del conocimiento.* Estudiar y saber, hacer cursos, formarse, capacitarse, cuya síntesis sería “conocer”. Para muchos jóvenes, el “conocimiento” facilita la participación.

Deteniéndonos un momento, podemos sugerir que los dos primeros elementos están relacionados a una realidad y entorno psicosociales. El tercero, en cambio, asume el lugar de las condiciones más propiamente sociales.

En consecuencia, si quisiéramos operar a favor de la producción y reproducción de condiciones favorables al desarrollo de prácticas participativas sociales y políticas, observaremos que, mientras en el primer punto no habría mucho para hacer, y en el segundo sólo lo habría indirectamente, ofreciendo una realidad política más atractiva y alentadora, es el tercer punto el que ofrece la posibilidad de estimular la participación juvenil a través de diversos programas de políticas de juventud. Incluyendo el desarrollo de la Escuelas de Gobierno para Jóvenes, como sugieren los entrevistados, o bien generando nuevas instancias de formación y capacitación. Desde luego, circunstancia estimulante pero condición insuficiente, en el marco de la crítica general.

## **7. Perspectiva de género: mujeres y varones**

“Yo no creo que el género altere lo que estamos hablando acá.”

Por lo general, se expresa una relación de equidad en el trato, según manifiestan tanto mujeres como varones. En particular, se observa un trato igualitario dentro del segmento intrageneracional juvenil. Las diferencias en este aspecto aparecen vinculadas a las relaciones intergeneracionales, en las que ser varón puede significar un mejor trato y ciertas ventajas por parte de los adultos. La cuestión de la diferencia o discriminación por género no aparece problematizada en términos intrageneracionales.

## **8. Democracia y partidos políticos**

“(…) la democracia se mantiene con partidos políticos, y los partidos se conservan con militancia política. Si no hay militancia no hay partidos, no hay democracia. Le damos espacio a la gente que no deseamos.”

“Hay mucha más idea de lo que es la democracia…”

“Son generaciones que se van formando con otra condición.”

“Si estuviéramos en una violencia política no podríamos estar acá discutiendo, nos estaríamos matando.”

“No justifico la violencia.”

Pese a la crisis social y económica, y el desencanto de la política como espacio y motor de la transformación de la realidad, *locus* desde el cual actuar para cambiar las cosas, no pareciera estar afectado el apoyo al sistema democrático, en tanto su expresión institucional.

Hay conciencia de la importancia de un funcionamiento “sano” de los partidos y de su rol en el sistema democrático, lo cual, si por un lado suena tranquilizante, por otro no debe inducir a conductas inerciales, arrojando la pelota hacia adelante, no responsabilizándose de las consecuencias futuras de las prácticas presentes. Nadie afirma que el ánimo sosegado de los jóvenes sea perenne, y nada autoriza a continuar replicando, una y otra vez, las mismas prácticas devaluatorias. De lo contrario, si los caminos se cerraran y la situación se tensara, hay otro pensamiento, minoritario pero emergente, que podría orientar el malestar social:

“La violencia está disfrazada (...) Hay violencia en no generar espacios.”

“(…) si de una forma pasiva no son reconocidos o si están reclamando algo y nadie los escucha, la única alternativa que te queda es acudir a la violencia.”

“Mientras la democracia no cumpla con el fin específico, en todo el sentido de la palabra, mientras siga siendo un buen negocio, va a seguir así la cosa hasta que un día se pudra todo, porque hoy por hoy la democracia es un buen negocio para algunos.”

## **9. ¿Qué hacer?: sugerencias de los jóvenes para participar y cambiar la política**

“No les creo a los políticos cuando prometen. ¿Cómo voy a prometer? ¿Cómo hacés para que un grupo de chicos te acompañe? Es mostrar lo que vos hiciste.”

“La mejor manera de hacer política es enseñando a ser creíble.”

“(…) hacer y no prometer.”

“(…) darles bola, porque cuando ves que un grupo de jóvenes hace una propuesta, la propuesta se lleva a cabo, se lleva adelante, ya automáticamente se va sumando el resto.”

“La forma de que los que no participan participen es ver que los jóvenes que participan son escuchados…”

“—¿Cómo hacían para llamar a la gente?”

—Salíamos a la calle.

—Escuchábamos a la gente, básicamente.”

“Vos vas como joven, arrastrando a otros jóvenes. Es como una cadena.”

“... la constancia, la militancia continua y el esfuerzo. Y no cerrar los espacios. Si a vos te tocó entrar y sabés que es muy difícil, hay que facilitarle el camino a otros.”

“Reproducir experiencias como la EGJ pero desde lo local, organizar acciones y programas para los jóvenes desde cada municipio.”

“Hay que apuntar a políticas regionales de formación en donde cada persona pueda desarrollarse en lo que hay en la región.”

Entre las sugerencias que los jóvenes hacen, aparece con fuerza una demanda que podríamos definir como “no prometerás en vano”, o, dicho en otros términos, exigen ejemplos de conducta. Las palabras deben continuar o dar lugar a los hechos. Hay una firme condena a la contradicción entre las palabras y los hechos.

Otra sugerencia enfatizada es integrar activa y respetuosamente a los jóvenes dándoles el reconocimiento que se merecen como sujetos. Escucharlos. Tomarlos en cuenta. Recoger sus propuestas, muchas veces “más grossas” que las de los adultos, pero que la mayoría de las veces, sin embargo, no son tenidas en cuenta dado que a los jóvenes no les “dan bola”.

Entonces se trata de ofrecerles la oportunidad, escucharlos, darles lugar y, finalmente, reconocerles lo actuado.

Por otra parte, en dirección a favorecer su integración, es necesario generar propuestas que los tengan por destinatarios. Darle cuerpo a una política de juventud que favorezca la participación y el protagonismo juvenil a través de programas diversos, en particular, de formación y capacitación (como la propia EGJ) y de intervención social. En este sentido, y complementando lo anterior, los jóvenes recuperan el ámbito de lo local, proponiendo la creación de escuelas locales o regionales de gobierno como ámbitos propicios para la promoción de la participación social y política.

## **10. Conclusiones**

“(…) los políticos devaluaron a la política” (se trata de una militante)

“(…) para la gente, la política se devaluó.”

“(…) la mejor manera de hacer política es enseñando a ser creíble.”

- Es opinión generalizada del activo militante que, en general, los jóvenes participan escasamente en organizaciones políticas y sociales tradicionales. Sin embargo, debe señalarse que esta circunstancia no es diferente de la práctica que ejercen los adultos. En todo caso, el contraste que establecen es con la masiva participación juvenil de otros tiempos.
- Es muy fuerte la crítica a conductas manipulatorias y abusivas. Existe un sentimiento de engaño y de ocultamiento de los verdaderos objetivos de las actividades que se les sugieren y/o “permiten”. Estas actitudes generan una sensación de “ninguneo” y aprovechamiento personalista de los esfuerzos realizados por los jóvenes.
- Los canales de participación existentes son considerados como formales y ficcionales. En consecuencia, faltan canales reales –vividos como tales– de participación para los jóvenes.
- Los jóvenes aparecen como individuos realistas e idealistas a un mismo tiempo. Realistas, por la crudeza con que describen el escenario en que se desenvuelven. Idealistas, tanto como para enfrentar y superar tales condiciones. Y también pragmáticos, en la medida en que su principal preocupación está en el hacer y resolver. Como se escuchó en uno de los grupos, “los jóvenes ven, pero callan”, para poder hacer.
- A la hora de repartir responsabilidades, aparece con fuerza un discurso de responsabilidades individuales, aunque sin dejar de reconocer las condiciones restrictivas que impone la economía sobre las posibilidades de las personas.
- Los militantes partidarios sostienen su práctica en la convicción de que aún se pueden “hacer cosas” desde la política, que no necesariamente debe quedar atrapada en las pequeñas cosas. La política subordinada a la economía despierta su rechazo firme.
- Surgen como aspectos favorecedores de la participación:
  - a) Provenir de una familia con miembros con historia participativa.
  - b) Un fuerte sentimiento de justicia y una firme vocación por cambiar las cosas.
  - c) La capacitación. Para muchos jóvenes, el “conocimiento” facilita la participación.

- En cuanto al género, se expresa una relación de equidad en el trato. En particular, dentro del propio segmento intrageneracional juvenil. En la relación intergeneracional, en cambio, ser varón puede significar un mejor trato por parte de los adultos.
- Pese a la crisis social y económica y al descrédito de la política, el apoyo al sistema democrático no está dañado. Sin embargo, hay un pensamiento diferente, minoritario, pero emergente, que vincula la capacidad de consecución de logros sociales con las posibilidades y el sentido de la democracia en tanto sistema.
- De la lectura de las entrevistas se desprende que los jóvenes reclaman un recambio en la clase política. Pero no sólo generacional, sino de sus prácticas. Los adultos políticos se perciben como atornillados al cargo, hasta el punto en que se convierten en “monumentos”. Esto último, seguramente vinculado a las culturas políticas más tradicionales del interior.
- Finalmente, en cuanto a las condiciones para cambiar la política, señalan la necesidad de reforzar y recuperar una serie de conductas que sintetizan en pocas palabras: militancia, constancia, continuidad, esfuerzo, apertura, eficacia, honestidad y transparencia.





---

*La relación entre los cambios culturales  
de fines de siglo y la participación  
social y política de los jóvenes*

◀ Mario Sandoval M.\*

### **Introducción**

**S**in lugar a dudas la situación de los jóvenes chilenos constituye una preocupación central desde distintos ámbitos de la sociedad, ya sea porque conforman potencialmente un grupo de presión social, porque son considerados un grupo electoral necesario al momento de decidir elecciones o porque representan una masa consumidora de inmejorables proyecciones. Sea por la razón que sea, los jóvenes son objeto de preocupación para las autoridades políticas, sociales, religiosas y económicas.

Para su desarrollo integral y armónico la sociedad actual necesita de la participación de los jóvenes; sin embargo, éstos se hacen visibles al conjunto de la sociedad a través de diferentes manifestaciones que no guardan relación con las expectativas que se tienen de ellos, ya sea por la desafección frente a la política, por el protagonismo que exhiben en actos de violencia callejera, por el excesivo consumo de alcohol y drogas, y/o por la apatía generalizada que aparentemente manifiestan frente al mundo institucional, etcétera.

---

\* Doctor en Sociología (UCL), Centro de Estudios en Juventud, Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, Chile.

El gran desafío de los jóvenes chilenos del próximo milenio es relacionarse con una sociedad y un modelo económico que los seducen a consumir y a participar de las modernizaciones, de los éxitos económicos; pero al mismo tiempo los rechazan, los excluyen, los ignoran y/o los castigan por su condición juvenil, en un contexto mundial de mutación cultural.

## **1. Aproximación teórica**

Sin lugar a dudas, durante las últimas décadas el objeto teórico de “lo juvenil” ha presentado transformaciones que dejan una abismal diferencia entre el mundo juvenil de la década de los setenta y el de los noventa. Nos referimos a la que P. Cottet denomina la “generación de los descuentos”<sup>1</sup>. De esta manera confirmamos la hipótesis de que los contextos históricos contribuyen a la conformación del modo de vivenciar “la juventud”, es decir, no basta intentar comprender a los jóvenes desde una sola dimensión (la psicológica, por ejemplo). De entrada es necesario reconocer la multidimensionalidad del fenómeno, caracterizado por la externalidad de su heterogeneidad empírica.

Desde la sociología se han construido ciertos paradigmas de lo juvenil y desde ahí se ha pretendido generalizar una imagen de joven. Si observamos la realidad chilena podemos constatar que en los años sesenta se estandarizó, transformándose en un paradigma explicativo: la imagen de un joven rebelde, revolucionario, estudiante universitario y politizado. Desde ese prisma se analizó e interpretó a los jóvenes, como si todos los jóvenes chilenos de la época hubieran respondido a ese perfil.

Fue así como se homogeneizó la idea de que a los jóvenes les interesaba la política, que militaban en los partidos y que luchaban por el cambio social. No queremos decir que esto no sucedió. Simplemente estamos afirmando que no todos los jóvenes estaban en esa perspectiva, que había muchos otros (anónimos) que no se pronunciaban al respecto o simplemente seguían la moda del momento.

El otro paradigma imperante y que hasta hoy se difunde hasta la saciedad, es el de un “joven standard”: un joven exento de conflictos y problemas, un joven que responde a un cierto prototipo físico, un joven consumidor. Este paradigma está determinado desde una matriz productivo-consumista, privilegiando acciones individuales/individualistas, en constante interacción con el mercado, relegando a segundo plano acciones de tipo colectivas, en constante interacción con el grupo de pares congregados en torno a un ideal común.

Esta es la imagen ideal de joven que el modelo económico neoliberal necesita para su reproducción. Es un joven acrítico, conformista y consumidor. Un joven que llena su imaginario simbólico con las marcas de modas; los contenidos de sus conversaciones los proporcionan los partidos de fútbol o los aciertos y desaciertos de los deportistas de alto rendimiento.

Como señala Cottet, las claves teóricas con que se ha venido entendiendo a “lo juvenil” se desvanecen y es necesario tomar en consideración las transformaciones sociales que tanto los jóvenes de los ochenta como los de los noventa expresan en su vida cotidiana.

Compartiendo la reflexión realizada por A. Touraine (1999) resultan interesantes las dos imágenes que Chile posee de su juventud: por un lado, la juventud como instrumento de modernización, y por otro, como elemento marginal y peligroso. Lo anterior da cuenta de dos tipos de juventudes, una situada en aquel estrato social capaz de generar cambios y reivindicaciones si fuese necesario, y otra más bien marginal, imposibilitada de integrarse socialmente. A este último tipo de juventud pertenecen aquellos sujetos que no poseen empleo, que provienen, en la mayoría de los casos, de familias disgregadas y que se encuentran tendientes a delinquir. Estos jóvenes, son capaces de generar mecanismos de integración social, si bien resultan ser en la mayoría de los casos simbólicos, a través de la mera obtención eventual de objetos materiales que les otorguen status.

“Los jóvenes en su mayoría consideran que no hay sitios para ellos en una sociedad cuyo desarrollo es limitado, llena de desigualdades y exclusiones” (Touraine, 1999: 73), encontrándose en constante búsqueda de un espacio capaz de representarlos y de responder a sus demandas. En este sentido, para ellos la política se constituye en un mundo ajeno, en el cual los jóvenes no poseen representación ni injerencia y frente al cual no disponen de medios para generar cambios.

El funcionamiento social impuesto al mundo juvenil le impide tener incidencia en la toma de decisiones. La juventud no posee las motivaciones para la creación de proyectos ni aspiraciones como grupo, reflejándose en ellos un alto grado de conformismo y aceptación, sobre todo frente a la institucionalidad.

Parte importante del descontento y frustración de la población juvenil frente a la política la expresan frente a los “partidos políticos (por su despreocupación por los jóvenes), y el Estado, en cuanto expresado en su rol de agente represor. Estas expresiones despectivas y desilusionadas, que no ofrecen en general distinciones ni matices en una visión pesimista del futuro, alimentan las salidas individualistas como única alternativa eficaz de evolución posible” (Bango, 1999).

En relación a lo anterior resulta necesario mencionar que los jóvenes se repliegan cada vez más hacia su vida privada, lo cual es razonable al considerar que la acción política, o más aún, la acción político-partidista, no posee legitimidad alguna al interior del mundo juvenil, sobre todo frente a la centralidad y eficiencia que presenta el mercado y la ausencia del Estado en materia de seguridad social.

De esta manera se presenta “una tensión creciente entre la inclusión política que traen consigo las democracias y la exclusión social de la nueva fase de modernización capitalista” (Sarmiento, 1998, de la cual Chile ha sido sujeto desde hace un par de años.

La baja participación de los jóvenes ha dado paso a la construcción de un discurso social que se refiere al mundo juvenil como apático, en referencia privilegiada a la política. La retracción de la participación juvenil conlleva la revisión de instancias político-institucionales, para representar los intereses y motivaciones reales de los jóvenes.

La mayoría de las veces, la creación juvenil de nuevos canales que les permitan alternativas de participación, de nuevas formas asociativas, se genera a partir de intereses específicos, concretos, sin representación de cuestiones que trasciendan la respuesta a la demanda planteada.

La ausencia del ejercicio de la ciudadanía juvenil y/o la transformación del mismo plantean la necesidad de referirse a la construcción de ciudadanía en el mundo juvenil. Al respecto es interesante la distinción que realiza Mario Villareal (1999), quien señala que existen dos tipos de ciudadanía:

- La ciudadanía política, que se refiere a los derechos a participar en el poder político, ya sea como votante o mediante la práctica política activa, y
- la ciudadanía social, que se refiere al derecho de gozar de cierto estándar mínimo de vida, de bienestar y seguridad económica.

El autor plantea que entre ambos tipos de ciudadanía se desarrolla una fuerte tensión, vivenciada por la población juvenil, sobre todo aquella perteneciente al sector marginado socialmente, ya que cabe preguntarse quién puede ejercer la ciudadanía política sin tener aseguradas las condiciones sociales básicas para hacerlo. La importancia de ambas recae en la responsabilidad que le concierne frente a la generación de participación juvenil, así como también a las transformaciones de su práctica.

Por su parte, John Durston (1999) define cinco tipos de ciudadanía juvenil, de las cuales las tres primeras se dan con mayor frecuencia entre los jóvenes:

1. *Ciudadanía denegada*, vivenciada por los sectores excluidos, negándoseles la posibilidad práctica de ejercer ciudadanía; en este caso, “la respuesta del joven cuya ciudadanía ha sido denegada por su pertenencia es más difícil: implica superar la autonegación generando por el mismo desprecio de la cultura dominante hacia esa identidad...” (Durston, 1999: 11).
2. *Ciudadanía de segunda clase*, se refiere a aquellos sectores cuya ciudadanía no es negada explícitamente, pero que al ejercerla enfrentan una serie de barreras que se lo dificultan; en este sentido, cabe pensar en los jóvenes que se ven afectados por una discriminación de instituciones gerontocráticas.
3. *Ciudadanía despreciada*, es aquella rechazada por los jóvenes, ya sea de primera o de segunda clase. En el primer caso se trata de jóvenes que poseen las condiciones para ejercer su ciudadanía, pero por egoísmo, pasividad o

idealismo no la ejercen. En el segundo caso, agrava la situación las carencias que vivencian, percibiendo al Estado y a las instituciones “para otros” y su “oferta de ciudadanía como falsa promesa” (Durstun, 1999: 13).

4. *Ciudadanía latente*, aquella en que los jóvenes no han encontrado ninguna motivación frente al ejercicio de la ciudadanía, pero poseen una disposición favorable a la participación.

5. *Ciudadanía construida*, es aquella en que el individuo, mediante el aprendizaje de códigos, conocimientos y el ensayo práctico, construye su ciudadanía.

Para que los jóvenes puedan ser partícipes de la sociedad y construir su ciudadanía se exige un esfuerzo social de las diversas instituciones sociales, desde la familia a la escuela, llamadas a la conformación y fortalecimiento de ésta.

Lo anterior deja ver la base del fenómeno de la no participación juvenil, la crisis de sentido de la cual son sujetos, donde la oferta social, las organizaciones sociales “para” jóvenes, no poseen el sentido pertinente frente al cual logren organizarse y participar de ellas. Las formas de asociación destinadas a la población juvenil, si es que existen, inhiben más que fomentar su participación, adquiriendo éstos el protagonismo en la configuración de nuevas formas asociativas, transgrediendo la normativa social a la cual deben adecuarse. De ahí que se plantee que los jóvenes no estén “ni ahí”, pero ¿cómo estarlo?, si no existen el espacio ni el sentido para ser partícipes de una sociedad que insiste en comprender a la juventud actual desde los parámetros con que se hacía en la década de los sesenta y setenta.

La voluntad de participación ciudadana en el mundo juvenil tiene como base la confianza en las instituciones, cuestión que está lejos de darse, así como también la conciencia juvenil de influir y ser escuchados por las mismas. Al no presentarse estas condiciones mínimas, resulta imposible demandar a la población la participación necesaria para que vuelvan a ser considerados como el porvenir del mundo y no como amenaza y población al margen de la sociedad.

## **2. Contexto actual en el que les toca vivir a los jóvenes**

A continuación se describe el contexto económico, político y cultural en que viven los jóvenes chilenos, de manera de comprender el conjunto de estímulos a los que están constreñidos cotidianamente, y posteriormente comprender sus respuestas, sus conductas, sus cambios y su actitud frente a la política.

El actual contexto nacional e internacional se caracteriza por los importantes cambios que está experimentando la humanidad. La hipótesis de Bajoit y Franssen que veremos más adelante nos habla de un cambio fundamental en la concep-

ción de la vida, visión del mundo, sistema de significaciones y valores que guían la conducta de cada cual, así como también en las referencias normativas que sirven de parámetros macrosociales. Este es un cambio que estaría afectando las esferas de lo público y lo privado, lo institucional, lo simbólico, lo material, lo cotidiano, lo grande y lo pequeño, lo significativo y lo insignificante. En resumen, estarían cambiando las bases sobre las cuales se ha desarrollado hasta ahora el modelo cultural de la sociedad industrial.

Este fenómeno de fin de siglo nos estaría indicando que vivimos un cambio de época que coincide con el cambio de milenio y que estaríamos en el umbral de algo que viene y que no sabemos bien cómo es, qué forma tiene y cuáles son sus contenidos. “En esta última década hemos asistido a un proceso de integración de los mercados internacionales, en especial del financiero; a la caída de las barreras comerciales, a la liberalización de los mercados de trabajo que generan un panorama diferente de las otras décadas de este siglo” (Salas, 1996).

Estos cambios se hacen más visibles en el desarrollo tecnológico, en la revolución de las comunicaciones, atribuyéndole un rol principal y protagónico a los mass-media, y tienen repercusiones concretas y cotidianas en la familia, en la educación, en el trabajo, en la pareja, en la relación entre padres e hijos y en el Estado.

Las concepciones de lo bueno, lo verdadero, lo bello y lo justo se transformarían día a día, alterando las conductas sociales de la gente a tal punto que los sistemas de representación y legitimidad que constituyen la interpretación del modelo cultural, es decir, las ideologías, estarían sufriendo cambios radicales, alterando los principios de sentidos que fundan la pertinencia de las conductas humanas, es decir, lo coherente, lo concebible, lo lógico, lo con-sentido, lo no-absurdo.

El mundo vive una situación nueva desde el término de la guerra fría y la caída del muro de Berlín. Se ha esfumado la tensión y conflicto este/oeste que caracterizó a la posguerra, y el fracaso de los socialismos reales deja en evidencia la fragilidad de los modelos socialistas como respuesta global a las necesidades humanas. Sin embargo, paralelamente, se han acrecentado las diferencias, tensiones y conflictos en la relación norte-sur. Los países desarrollados cada vez lo son más, mientras que en la periferia permanecen altos grados de subdesarrollo, atraso y pobreza.

Mientras las superpotencias (Estados Unidos, la Unión Europea y Japón) exportan modernización y se ven envueltas en un nuevo tipo de guerra –las “guerras comerciales”–, disputándose los mercados en un proceso creciente de globalización de la economía, en el sur grandes sectores de la población no consumen diariamente las calorías necesarias para subsistir o permanecen al margen de las ciudades en situaciones de evidente atraso, marginación y pobreza.

Esta mutación, a nivel mundial, tendría su origen en los cambios en el régimen de acumulación capitalista, en la revolución de las comunicaciones, en la caída de los socialismos reales y en el actual proceso de globalización de la economía.

### **3. Análisis empírico de las relaciones de los jóvenes con la política<sup>2</sup>**

A continuación se presentan los principales resultados de la Segunda Encuesta Nacional de Juventud realizada por el Instituto Nacional de la Juventud de Chile (INJUV) referidos a la relación de los jóvenes con la política. Se trata de presentar descriptivamente los resultados de esta encuesta, para después concluir con algunas ideas centrales en relación al tema.

Desde el INJUV se entiende por participación institucional la integración a las instancias de decisión y representación que establece una sociedad. La participación institucional refleja la vida pública de los jóvenes a través de formas de acción cuya operación trasciende sus intereses individuales. Este tipo de participación supone la existencia de un conjunto de instancias y reglas de juego reconocidas y aceptadas por todos los participantes; su forma básica de acción es la negociación y el establecimiento de acuerdos. La participación institucional posee elementos culturales, expresados en la legitimidad de las instituciones, así como estructurales, expresados en la incorporación a instancias destinadas a canalizar intereses particulares a la vida pública.

Los temas de ciudadanía se revelan como una carencia crucial en la cultura política juvenil. La participación política no reviste mayor relevancia para los jóvenes, como resultado de su propia socialización, pero también de los límites del sistema de representación. Visto desde un ángulo negativo, los procesos anteriores involucran disolución de las identidades colectivas y reducción de la participación en las decisiones. Desde otro ángulo pueden involucrar una expansión de espacios culturales propios y la conformación de sujetos al margen de una referencia al Estado.

¿Qué significado tienen la participación social y la política para los jóvenes? Como señala el INJUV, la respuesta a esta pregunta requiere de un examen cuidadoso respecto de las orientaciones que priman entre los jóvenes de los años noventa.

Se afirma que lejos de la experiencia de politización de los años ochenta (los jóvenes de la dictadura), los jóvenes actuales perciben la política en términos prácticos, más asociada con las posibilidades de logros individuales que con ideales o identificaciones colectivos.



El modelo de desarrollo que privilegia el mercado como mecanismo de asignación de recursos y reduce la intervención económica y social del sector público parece haberse proyectado a las relaciones sociales. Los principios de estratificación basados en una posición estructural social o económica dejan paso a diferenciaciones basadas en pautas de consumo. La participación en las decisiones se hace cada vez más dificultosa por el peso insoslayable que imponen los poderes fácticos sobre el sistema de representación.

### **3.1. En relación a la legitimidad de las instituciones públicas**

Una primera forma de reflejar el grado de integración institucional de los jóvenes consiste en revisar su grado de confianza en las instituciones públicas. La legitimidad que los jóvenes otorgan a estas instancias revela por dónde, y hasta cierto punto de qué forma, hacen pasar los jóvenes su participación en la vida pública.

Las instituciones que concitan el mayor grado de confianza entre los jóvenes pertenecen al campo de la cultura: la iglesia y los medios de comunicación masiva, con un 84% y un 83% respectivamente en 1997. Los jóvenes otorgan la mayor legitimidad, casi de forma unánime, a instituciones culturales que median hacia la vida pública. Con las salvedades del caso, ambas instituciones generan una imagen de participación pública por medio de la pertenencia a una imagen colectiva, representada en un caso por quienes comparten un principio de trascendencia, y en el otro por quienes se asemejan en un estilo de vida.

Los grados de legitimidad son muy parejos entre los estratos muestrales, pero debe notarse su crecimiento entre los hombres, jóvenes de 20 a 24 años, en el estrato alto, y en menor medida en el estrato medio.

El orden público es el segundo principio de la vida pública que legitiman los jóvenes; en efecto, el 70% de los jóvenes declara tener confianza en las Fuerzas Armadas y de Orden. Este principio es relevante en todos los estratos muestrales, por cuanto en 1997 en nivel más bajo es el 64% entre los mayores de 24 años. El principio de orden aparece con más fuerza entre los menores de 25 años y pierde fuerza a medida que se desciende en la escala socioeconómica.

La legitimidad de la administración del Estado, gobierno y alcaldes concitaba, en 1997, el apoyo de poco más de la mitad de los jóvenes. En las encuestas nacionales, quienes mayor confianza tienen en el gobierno son las mujeres, los jóvenes entre 20 y 24 años, y el estrato alto. No obstante lo anterior, es entre mujeres de 25 a 29 años y el estrato medio donde más disminuye la confianza en el gobierno. El alcalde de la comuna, quien representa el gobierno a nivel local, concita porcentajes similares de confianza que el gobierno en términos globales y, pese a que son las mujeres las que más confían en dicha autoridad gubernamental, también entre ellas es donde disminuye la confianza en 1997.

Los jóvenes expresan un grado de confianza intermedio en las organizaciones de la vida productiva: empresarios con un 56%, y sindicatos con un 44%. La confianza en los empresarios se incrementa nueve puntos entre encuestas (1994-1997), mientras que la confianza en los sindicatos se mantiene. La confianza en los empresarios y los sindicatos indica que la esfera productiva constituye un campo de legitimidad institucional para buena parte de los jóvenes; de hecho, para muchos de ellos el crecimiento económico es la principal finalidad de la política.

La legitimidad otorgada a la administración del Estado contrasta con la menor legitimidad de los personajes e instituciones del sistema representativo. Los parlamentarios alcanzaban el 32% y los partidos el 27%, en 1997. El mismo año, la confianza en los parlamentarios disminuyó alrededor del 11% para el total de jóvenes, al igual que según edad, sexo o nivel socioeconómico. Vale decir que las personalidades carismáticas no mejoran la imagen del sistema representativo. La confianza en los partidos políticos también disminuye para el total de jóvenes y especialmente entre mujeres, entre jóvenes de 20 a 24 años y en el estrato alto. En 1997 la mayor confianza en los partidos se encontraba entre los hombres, los jóvenes de 25 a 29 años, incrementándose a medida que se sube en la escala socioeconómica.

### **3.2. En relación a la participación social**

La participación de los jóvenes en organizaciones sociales es un aspecto clave de su vida pública, por cuanto la asociatividad responde a diversas motivaciones y objetivos, pero sin duda refleja una voluntad de uso del tiempo libre de manera integradora.

En las encuestas nacionales se consultó a los jóvenes por la participación en algún tipo de organización. En ambas ocasiones alrededor del 50% de ellos declaró su participación. El porcentaje aparentemente alto contradice la imagen publicitada de apatía y escasos niveles de participación. La diferencia parece provenir del fraseo de la pregunta, donde no se consulta por participación en general, sino que se detalla una docena de organizaciones. Un estudio del Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza que utilizó el mismo tipo de pregunta, obtuvo el 47% de participación en organizaciones para el conjunto de la población. Si bien la mitad de los jóvenes no participa en organizaciones, esto es muy diferente al cuadro de apatía generalizada que se imputa al sector juvenil.

Las organizaciones deportivas acogen la mayor participación de los jóvenes, con un 21%, especialmente los hombres, que dicen participar en ellas en un 34%. Las organizaciones vecinales y comunitarias reúnen también alta participación juvenil, alcanzando un 15% entre los hombres y mujeres, jóvenes mayores de 24 años y de estratos medio y bajo. Las organizaciones del ámbito educacional reúnen otra parte importante de la participación juvenil, con el 15%, ya sea como alumnos o como apoderados. La participación en las organizaciones religiosas re-

gistra un leve aumento a nivel general, el cual se concentra en los jóvenes mayores de 24 y estratos medio y bajo.

Los hombres jóvenes de estratos medio y alto tienden a presentar mayor nivel de participación en organizaciones, concentrándose en las deportivas. Las mujeres del estrato bajo participan en un rango mayor de organizaciones, que incluyen organizaciones vecinales, educacionales y religiosas; el nivel de participación de las mujeres en estas organizaciones no es distinto al de los hombres, pues la diferencia principal reside en la escasa participación femenina en organizaciones deportivas. Los jóvenes entre 15 y 19 años concentran su participación con más probabilidades en organizaciones deportivas o religiosas, mientras que los que se acercan a la treintena lo hacen en organizaciones comunitarias o gremiales.

Desde el punto de vista del nivel socioeconómico, la mayor participación se encuentra en el estrato medio, especialmente en organizaciones religiosas y gremiales. Por un lado las organizaciones religiosas reciben una alta participación del estrato medio, encontrándose aquí con jóvenes de estrato bajo. Por otro lado, participan en organizaciones gremiales, donde se relacionan con el estrato alto.

### **3.3. En relación a la cultura política juvenil**

La cultura política de los jóvenes hereda la sensibilidad de un período en el cual los mecanismos de representación política se encontraban proscritos. Deriva de aquí una percepción de la actividad política donde los procesos institucionalizados pierden sentido. Los jóvenes de los años ochenta, a pesar de su participación en las protestas democráticas, llegaron a inscribirse en los registros electorales luego de una campaña comunicacional centrada en sus intereses más que a partir de su propio impulso. Las finalidades que los jóvenes asignan a la política aparecen coherentes con la desvalorización de los sistemas de representación que viene de su socialización política. Los datos que se presentan, de encuesta, constituyen una fotografía en un momento del tiempo, cuya validez debe probarse concurrentemente con otras fuentes.

Para el 44 % de los jóvenes, la principal finalidad de la política consiste en lograr el desarrollo económico del país. Otro grupo importante, compuesto por el 26 %, cree que la política debe encaminarse a disminuir las desigualdades sociales. Las finalidades relacionadas con el Estado de derecho –orden público y justicia– preocupan a un número menor y, en los últimos años, decreciente de jóvenes. Crecimiento económico y equidad social parecen ser los ejes que organizan la visión política actual de la mayor parte de los jóvenes. La relevancia de los aspectos económicos refleja el peso comunicacional que ha otorgado el gobierno al logro y mantenimiento de los equilibrios macroeconómicos, pero también parece reflejar la frustración por las limitaciones del proceso de crecimiento. El reclamo por equidad se focaliza precisamente en el estrato bajo, lo que revela la percepción de una posición social desmejorada.

Si bien no puede establecerse de qué forma cambió la opinión de los jóvenes, debe destacarse el desplazamiento de las preocupaciones desde el ámbito del orden público hacia el ámbito económico. El estrato bajo disminuye el peso que otorgan al orden público para focalizarse en la desigualdad. En cambio, la opinión de los sectores medios y altos se mueve hacia el crecimiento económico. El desplazamiento hacia los temas de desigualdad es más marcado entre los hombres y crece a medida que aumenta la edad. Probablemente los adultos que quedan fuera de los beneficios del crecimiento económico sean justamente los más preocupados por los temas de desigualdad.

Los jóvenes asignan a la política finalidades vinculadas principalmente con el ámbito económico y en menor medida con el ámbito normativo. Para los jóvenes la política no parece operar como un fin en sí misma, sino como un medio para facilitar el logro del progreso o el desarrollo de nuestra sociedad. Dicho desarrollo iría acompañado de una disminución de las brechas sociales y, en menor medida, por un proceso de regulación normativa que garantice el orden público o el acceso a la justicia.

Los jóvenes inscritos en los registros electorales valoran las finalidades de la política más asociadas con el crecimiento económico del país, y especialmente la reducción de la desigualdad, mientras que los jóvenes no inscritos creen que las principales finalidades tienen que ver con la manutención del orden social.

Entre los jóvenes inscritos y de mayor escolaridad predominan los temas críticos igualitarios, en contraste con los jóvenes no inscritos y de menor escolaridad entre los que predominan los temas críticos conservadores. Si consideramos que la inscripción en los registros electorales y los mayores niveles educativos indican mayor grado de integración social, podemos sostener que a mayor integración social, mayores expectativas de cambio por medio de la política. Por el contrario, menor integración social –vale decir, no inscrito o de bajos niveles educativos– implica considerar la política con fines de regularización del orden.

### **3.4. En relación a la percepción de los jóvenes sobre los partidos políticos**

La experiencia política más rutinaria de los años noventa contrasta con la visión dramática de la política en los años ochenta. El sistema de representación exhibe una baja legitimidad, mientras que la mayor legitimidad política se asocia con la acción del gobierno. La opinión de los jóvenes sobre los partidos políticos debe entenderse entonces en el marco de su socialización política, pero también como ausencia de centralidad de la política en la vida juvenil.

La percepción que tienen los jóvenes de los partidos políticos se ha desmejorado desde la Primera Encuesta de Juventud. En efecto, ha aumentado en casi el

30 % el porcentaje de aquellos que consideran que *los jóvenes no están interesados en los partidos políticos*. Actualmente, el 80.6 % de los jóvenes opina de este modo.

La masividad de esta respuesta puede moderarse considerando que la política no tiene por qué ocupar un lugar central en la vida de los jóvenes. No obstante, preocupan las respuestas restantes, en cuanto se refieren a la percepción de la legitimidad de la representación política.

El que los *políticos se preocupan poco por los jóvenes* es otra de las ideas que ha cobrado fuerza en la juventud de los años noventa. En efecto, ha aumentado un 14 % el porcentaje de jóvenes que comparten dicha opinión, alcanzando el acuerdo del 80 % de ellos en 1997. Consecuentemente con los cambios en la percepción anotados, los jóvenes disminuyen su acuerdo con la afirmación *los partidos políticos representaban problemas e inquietudes de los jóvenes* del 16 % al 11 % entre 1994 y 1997. Las disminuciones más marcadas se aprecian en las mujeres, los mayores de 24 y el estrato bajo.

La afirmación de que los *partidos políticos aseguran la democracia* es otra de las ideas que ha perdido fuerza entre los jóvenes. Si en 1994 más de la tercera parte de los jóvenes estaba de acuerdo con la afirmación, en 1997 sólo la cuarta parte de ellos lo está.

Entre los jóvenes ha aumentado el descrédito de los partidos políticos y quienes ejercen esta actividad. En su opinión, no concitan el interés de los jóvenes; no los representan ni parecen ocuparse de sus problemáticas específicas, así como tampoco aparecen como una garantía para la supervivencia de la democracia. Los jóvenes se muestran desencantados con los mecanismos de representación, como lo señala también la escasa relevancia que le otorgan a los partidos políticos en el mantenimiento de la vida democrática.

En los últimos ocho años los jóvenes han experimentado el cambio desde un gobierno autoritario a uno electo, así como el desarrollo de la vida parlamentaria y municipal. A pesar de lo anterior, la percepción es que no se han logrado canalizar hacia ese ámbito algunos aspectos de lo que consideran propiamente juvenil. La ciudadanía aparece como un tema pendiente para los jóvenes encuestados.

No se aprecian mayores diferencias entre jóvenes inscriptos y no inscriptos en los registros electorales en lo relativo a la legitimidad de la representación política. Si hubo alguna motivación política en la inscripción en los registros electorales, ésta se perdió de tal forma que poco diferencia a un joven inscripto de uno que no lo está. Más aún, en lo que se refiere a desinterés de los partidos y falta de preocupación de los políticos por los jóvenes, los inscriptos muestran porcentajes mayores de acuerdo comparados con los no inscritos; esta pauta muestra la frustración que produce en los jóvenes la operación de las instituciones del sistema de representación política.

### 3.5. En relación a la identificación política

Los datos sobre identificación política se obtienen de una pregunta sobre simpatías con 12 partidos políticos. Para el análisis de la identificación política se clasificó a los partidos en cuatro categorías: tres bloques políticos y una de los que no se identifican con ninguno. El primer bloque corresponde a la Concertación de Partidos por la Democracia (PDC, PS, PPD y PR), el segundo a la oposición parlamentaria (UDI, RN y UCCP), y el tercero a la oposición extra-parlamentaria compuesta por Comunistas, Humanistas y otros partidos.

Consistente con las indicaciones de la información anterior sobre la legitimidad de la representación política, una mayoría creciente de jóvenes, el 44 % en 1997 no se identifica con conglomerado político alguno. Esta cifra indica un cambio en la lógica de la afiliación respecto de 1994, pues la no afiliación ocupa el primer lugar de las identificaciones políticas. Esta situación ha aumentado especialmente en los varones, jóvenes de 20 a 24 años y en el estrato bajo, que corresponde también a los niveles más altos de ausencia de identificación política. Si bien la Concertación continúa siendo el conglomerado político con mayor apoyo, no se puede desconocer que si el 44 % de los jóvenes se identificaba con ella en 1994 y el 32 % no se identificaba con partido alguno, los porcentajes se invirtieron en 1997. La Concertación pierde apoyo en todos los segmentos muestrales, un poco menos en el estrato medio, y mucho en el estrato bajo.

El aumento de los jóvenes que no se identifican con ninguna coalición parece corresponderse con la pérdida de apoyo a la Concertación. En efecto, tanto la oposición parlamentaria como la extra-parlamentaria suben sólo levemente sus niveles de identificación, mientras que el grueso de los jóvenes aparece incrementando el grupo que no se identifica con ningún partido. Como resulta poco probable que los jóvenes se redistribuyan entre partidos, cabe suponer que los que simpatizaban con la Concertación más bien se alejaron de la política, antes que buscar representaciones alternativas.

La identificación con tendencias políticas resulta más flexible para obtener un cuadro de las orientaciones políticas de estos jóvenes. Un alto porcentaje, el 29 %, no se identifica con ninguna tendencia política. Cabe destacar, no obstante, la diferencia del 15 % entre los que no se inclinan hacia ninguna tendencia política, 29 %, y los que no se identifican con los bloques políticos existentes, que alcanza al 44 % de los jóvenes. En otras palabras, no es un desinterés por la política en general lo que se aprecia en los jóvenes, sino una insatisfacción en relación con la operación política actual, pues la mayor parte posee opinión política.

La ausencia de opinión política se presenta principalmente entre los varones, cercanos a la treintena y en el estrato bajo. Las mujeres, en cambio, señalan mayor nivel de opinión política, en respaldo de posiciones polarizadas a la izquierda o la derecha. En cuanto al nivel socioeconómico, la opinión política predomi-

na en los estratos medio y bajo. Estos últimos se inclinan hacia la izquierda con matices: el estrato bajo tiende a definirse como izquierdista, mientras que los jóvenes del estrato medio lo hacen como centro-izquierdistas.

### **3.6. En relación a la inscripción electoral**

En 1997, más de la mitad de los jóvenes (58 %) declaró estar inscrita en los registros electorales. El porcentaje de inscriptos es mayor a medida que aumenta la edad; el porcentaje de inscripción baja desde el 77 % en los mayores de 24 años, hasta el 15 % en los más jóvenes. Al respecto pueden plantearse dos interpretaciones: que los jóvenes se van inscribiendo más en la medida en que se van haciendo adultos, o que la inscripción ocurre a una edad determinada. Resulta más probable suponer que ha decrecido el interés por inscribirse en los registros electorales y que no es esperable un incremento natural en la inscripción. Los jóvenes de 25 a 29 años, que muestran el porcentaje mayor de inscripción, lo hicieron, probablemente, en el contexto del plebiscito de 1988 y la elección presidencial de 1989.

Puede suponerse un crecimiento en la tasa de inscripción en elecciones cargadas con un fuerte componente simbólico, cuando el voto del joven aparece decisivo.

En total, cerca del 60 % de los jóvenes inscriptos se inscribiría nuevamente en los registros electorales, pero ello no debe ocultar las variaciones que se aprecian de acuerdo con sus características personales. Es preocupante que el 42 % de los inscriptos no volvería a hacerlo, lo que representa el 24 % del total de jóvenes. Si consideramos además que el 42 % no se encuentra inscripto en los registros electorales, llegamos a la conclusión de que dos tercios de los jóvenes no legitiman el sistema electoral.

La mayor preocupación que plantean los jóvenes a la vida pública no proviene tanto de sus propias conductas sino de las dificultades de las instituciones para acoger su particular inserción en la vida pública. Los jóvenes valoran sus propias capacidades y participan con los medios legítimos en un proceso de inserción y movilidad social. Por contraste con esta integración funcional, la legitimidad que otorgan a las instituciones de representación política es considerablemente menor, por lo cual se plantea la pregunta y el desafío a los agentes públicos por construir un sistema cuya legitimidad se sustente también en las futuras generaciones y no exclusivamente en el peso de la tradición.

## **4. Conclusiones**

Como se dijo anteriormente, el mundo está cambiando aceleradamente. Estamos asistiendo a un cambio epocal que, según algunos autores, se caracteriza

por un proceso de mutación cultural que cuestionaría los puntos de referencias sobre los cuales, hasta ahora, se ha articulado la cultura occidental.

Lo que parece cierto, en todo caso, es que los parámetros esenciales que sirvieron de base para el desarrollo de las sociedades occidentales durante el presente siglo están sufriendo transformaciones en sus núcleos constitutivos. Los cambios en el modo de acumulación, la globalización de la economía, la revolución de las comunicaciones y el fracaso de los socialismos reales, están generando consecuencias culturales insospechadas.

En el caso chileno, la comprensión y apropiación de estos fenómenos es tremendamente diferenciada. Mientras un pequeño sector de la población disfruta del crecimiento económico, en el otro polo alrededor de un tercio de los ciudadanos se encuentra por debajo de la línea de pobreza. Según cifras oficiales entregadas por el Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza (CNSP) en su Informe "La pobreza en Chile", 3.916.500 habitantes son considerados pobres. De ese total, 1.104.300 son indigentes (CNSP, 1996: 92).

A pesar de que "nuestro país vive un proceso de desarrollo económico dinámico y significativo, en el cual hay generación de riqueza, crecimiento sostenido de la producción, el ingreso y el empleo, con perspectivas de mantenerse en el tiempo" (CNSP, 1996: 90), un 28,5 % de la población no cuenta con los ingresos mensuales mínimos para satisfacer sus necesidades vitales (Encuesta CASEN, 1994).

El carácter de la modernización chilena no es homogéneo, ya que por una parte existe un sector dinámico, pujante, moderno, emprendedor, y por otro lado una gran parte de la población permanece en la pobreza, lejos de los beneficios de la modernización, excluidos de la riqueza que se produce en el país.

En Chile se vive un modelo económico donde una parte importante de las actividades que tradicionalmente fueron de responsabilidad del Estado están desarrolladas por la empresa privada. Las tres más importantes son la educación, la salud y la seguridad social. En el contexto de un país que crece y se desarrolla, de un país que se abre al mundo, y al abrirse se vuelve vulnerable y dependiente de los vaivenes de los mercados internacionales.

Según las hipótesis de algunos autores que interpretan la sociedad actual, el modelo cultural industrial, cuyo eje central lo constituyen el valor del trabajo y del progreso, estaría dejando de tener vigor, principalmente entre los jóvenes. En particular Bajoit y Franssen (1995: 181-186) plantean que "desde hace 20 o 30 años, una mutación cultural está en curso", es decir, estamos viviendo el paso "de un modelo cultural basado en la razón social, a otro fundado sobre la autorrealización autónoma" y, más aún, "la reducción de la credibilidad que afecta al modelo de la razón social y el aumento de la credibilidad que se vincula al modelo de la autorrealización autónoma serían al final un proceso irreversible en la me-



dida en que éste sería alentado por todos, incluso por aquellos que aparentemente se esfuerzan por resistirlo”.

Según Bajoit “estaríamos pasando de un modelo cultural basado en la *razón social* (es legítimo aquello que es útil a la colectividad, es decir, contribuye a su progreso y obedece a su razón) a otro fundado en la *autorrealización autónoma* (es legítimo aquello que el individuo juzga bueno para su desarrollo personal); en la medida que eso no impide a nadie hacer lo mismo” (Bajoit y Franssen, 1995: 181-186).

Al parecer, hoy día la juventud no estaría adhiriendo ni al antiguo modelo ni tampoco completamente al nuevo, que no termina de imponerse. La situación que viven actualmente los jóvenes sería de una transición entre el antiguo modelo y la emergencia del nuevo. El resultado de esto sería:

- a) que jóvenes y adultos no vivirían de la misma manera la tensión entre el llamado a la modernización y la exclusión social;
- b) que ambos grupos desarrollarían lógicas de acción distintas lejos de la política;
- c) que ambos grupos desarrollarían modos de gestión de sí diferentes, centrados en la vida cotidiana y en el mejoramiento de las condiciones personales de vida a través de acciones individuales;
- d) que ambos grupos participarían de maneras diferentes en el proceso de mutación cultural;
- e) que las lógicas de acción y los modos de gestión de sí de los jóvenes contribuirían en mayor medida al proceso de mutación cultural.

Estas hipótesis son plenamente coincidentes con las conclusiones a las que llega el INJUV en la Segunda Encuesta Nacional de Juventud, que, en resumen, son las siguientes:

- Los jóvenes, lejos de ser los acreedores de la deuda social, han optado por caminos legítimos de incorporación, principalmente la educación y el trabajo.
- Hoy día la juventud, más que presentar elementos distintivos constituyentes de una identidad común, se diferencia significativamente según su clase social de origen.
- Los jóvenes de estrato bajo tienen más dificultades de integración social.
- Las mujeres jóvenes están más restringidas en sus posibilidades que los hombres.
- La participación política de los jóvenes es muy reducida.

- Los jóvenes ponen menos énfasis en la política en cuanto vía para la realización de sus ideales y la miran de forma más bien instrumental.
- Para los jóvenes la política aparece íntimamente ligada al modelo económico.
- El sistema político representativo goza de muy baja legitimidad entre los jóvenes.
- Los jóvenes de esta generación se representan menos que las anteriores en el sistema político.
- La visión que tienen los jóvenes de sí mismos y de su posición social responde en gran medida a las condiciones de una sociedad donde el mercado ocupa una posición preeminente.
- Los jóvenes de fin de siglo aparecen más individualistas y competitivos que las generaciones anteriores; por lo mismo, aparecen alejados de la política.
- La vida de los jóvenes de los noventa no se orienta hacia la integración política, pero tampoco a la ruptura. Su visión puede retratarse como de autonomía social.
- La mayor parte de ellos aparece preocupada por mejorar sus condiciones de vida a través de medios individuales legítimos de integración.

## **Bibliografía**

Bajoit, Guy y Franssen, Abraham 1995 *Les Jeunes dans la Compétition Culturelle. Sociologie d'aujourd'hui* (París: PUF).

Bango, Julio 1999 “Participación juvenil e institucionalidad pública de juventud: al rescate de la diversidad”, en *Ultima década* (Viña del Mar: CIDPA), n° 10, marzo.

CNSP/Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza 1996 *La pobreza en Chile: un desafío de equidad e integración social*, informe del CNSP, tomo 1, agosto.

Durston, John 1999 “Limitantes de ciudadanía entre la juventud latinoamericana”, en *Ultima Década* (Viña del Mar: CIDPA), n° 10.

INJUV 1999 *Jóvenes de los noventa: el rostro de los nuevos ciudadanos. Segunda Encuesta Nacional de Juventud* (Santiago de Chile: Instituto Nacional de la Juventud).

Salas, Ricardo 1996 “Las culturas emergentes y el regreso de los dioses”, en *Símbolos cristianos, cultura emergente y medios de comunicación social* (Santiago de Chile: Universidad Católica Blas Cañas).

Sarmiento, Julio 1998 “Exclusión social y ciudadanía política, perspectivas de las nuevas democracias latinoamericanas”, en *Ultima Década* (Viña del Mar: CIPDA), n° 8, marzo.

Touraine, Alain 1999 “Juventud y democracia en Chile”, en *Ultima Década* (Viña del Mar: CIPDA), n° 8, marzo.

Villareal, Mario 1999 “Construir ciudadanía: construcción democrática del poder”, en *Ultima Década* (Viña del Mar: CIPDA), n° 10.

## **Notas**

1. “Una generación sin cuentos, ni para contar ni para reeditar, más bien para descontar (deshacer cuentos) en carne propia, sumergida en la superficialidad de la homogeneización, emerge de los ecos del derrumbe de aquellos códigos de la generación que programa la memoria juvenil. Ecos del estruendo que no alcanzó a oír la generación de los recuentos y para lo que la generación juvenil actual no tenía oído, se enteró sólo de oídas” (INJUV, 1999: 15).

2. Todos los datos que se aportan a continuación, así como el análisis que se deriva de ellos, pertenecen al Instituto Nacional de la Juventud. Al respecto véase INJUV (1999).

---

*El perfil de los estudiantes que ingresan  
a la Universidad de Buenos Aires.  
Los ingresantes al CBC en el área de los estudios  
sociales y su visión de las personalidades del siglo\**

⇒ Mario Toer\*\*

**C**omo parte de la investigación llevada a cabo desde el Instituto Gino Germani sobre el perfil de los estudiantes que ingresan al ámbito de las ciencias sociales y su rendimiento académico, se encuestó en 1998, en el CBC, a 700 estudiantes con intención de seguir carreras de las facultades de Derecho, Ciencias Económicas y Ciencias Sociales, obteniéndose la información que a continuación presentamos.

Para poder evaluar los niveles de información de los estudiantes y también poder contar con una aproximación al posicionamiento que toman ante los acontecimientos más salientes de la realidad social contemporánea, les presentamos una lista de treinta personalidades relevantes del siglo que terminó en lo relativo a la política, las artes y la ciencia.

Para evaluar el nivel de información debían colocar el país de origen de cada una de ellas. Sabíamos que algunos ofrecían dificultad, como Chaplin o la Madre Teresa, nacidos en un país diferente de aquel en el que desarrollaron su actividad más destacada, pero nos sorprendió el desconocimiento relativo a Ho Chi Minh, Einstein, Picasso, Freud e incluso del propio Juan Pablo II. En cuanto a las evaluaciones, fue bastante desigual la proporción de personalidades evaluadas (consta en la columna “califican”). Casi todos fueron evaluados por más de la mitad de los estudiantes, salvo Ho Chi Minh, Trotsky y Churchill, los más desconocidos para la mayoría.

---

\* Participaron del equipo dirigido por Mario Toer, Rubén Martínez, Alejandro Rossi, Miguel Ferraro, Yanina Welp, Gonzalo Iglesias y Edgardo Rozas.

\*\* Mario Toer es profesor titular de Introducción a la Sociología, CBC, UBA, y de Política Latinoamericana, Ciencia Política, UBA.

Cuadro 1  
**Respuestas correctas e incorrectas sobre la nacionalidad  
de personalidades del siglo (700 casos del CBC)**

	Correcta	Incorrecta	NS/NC
Madre Teresa	2.0	56.9	41.1
Einstein	25.3	29.7	45.0
Gandhi	75.1	3.9	21.0
Luther King	50.9	12.0	37.1
Sábato	91.4	1.1	7.4
García Márquez	46.6	33.9	19.6
Mandela	42.0	24.1	32.9
Cortázar	55.4	17.4	27.1
Chaplin	37.1	37.4	25.4
Lennon	74.7	13.9	11.4
Picasso	27.7	48.9	23.4
Freud	20.4	43.6	36.0
Disney	88.9	1.9	9.3
Discépolo	58.6	7.3	34.1
Che Guevara	85.1	6.4	8.4
Juan Pablo II	57.7	21.9	20.4
Evita	97.1	0.1	2.7
Kennedy	93.9	1.0	5.1
Castro	82.0	2.6	15.4
Churchill	28.1	15.4	56.4
Trotsky	42.9	3.6	53.6
Gorvachov	75.0	4.4	20.6
Lenin	51.3	9.7	39.0
Reagan	75.4	2.3	22.3
Ho Chi Minh	3.4	44.9	51.7
Arafat	21.3	34.4	44.3
Stalin	49.6	8.7	41.7
Franco	52.1	8.4	39.4
Mussolini	77.9	5.4	16.7
Hussein	44.4	23.7	31.9

Cuadro 2  
**Porcentaje de quienes los evaluaron y promedio de nota de 1 a 10**  
**(700 casos del CBC)**

	Califican	Promedio
Madre Teresa	87,6	9,30
Einstein	79,9	8,70
Gandhi	81,7	8,66
Luther King	60,7	8,11
Sábato	90,9	8,03
García Márquez	83,4	7,94
Mandela	65,6	7,75
Cortázar	73,9	7,71
Chaplin	85,1	7,66
Lennon	87,4	7,65
Picasso	85,6	7,60
Freud	75,7	7,46
Disney	85,6	7,43
Discépolo	59,4	7,22
Che Guevara	87,0	7,00
Juan Pablo II	84,6	6,91
Evita	90,0	6,64
Kennedy	80,3	6,14
Castro	77,1	5,07
Churchill	35,6	4,94
Trotsky	35,9	4,83
Gorvachov	66,6	4,82
Lenin	54,4	4,71
Reagan	65,7	4,62
Ho Chi Minh	26,1	4,35
Arafat	46,9	4,06
Stalin	51,1	3,77
Franco	49,7	3,35
Mussolini	74,9	3,08
Hussein	64,1	3,01

La información obtenida confirma la presunción acerca del decisivo papel de los medios como selectores de recuerdos y olvidos. Resulta significativo el olvido de Ho Chi Minh, el artífice de la derrota de los Estados Unidos en Vietnam (recordar el “Ho Ho Ho Chi Minh, lucharemos hasta el fin” de las marchas de los sesenta y setenta) y el alto nivel de desconocimiento de aquellos que fueron protagonistas en la primera mitad del siglo.

En cuanto a la ponderación que deviene en la nota con que califican a cada uno, el fenómeno es más complejo, y el papel de los medios, podemos decir, está más matizado. Por de pronto, sólo obtienen más de 7 quienes encarnan la ciencia, las artes y la lucha por los derechos humanos. Después, detrás del Che (que llega justo al 7 de promedio) se encolumnan los “políticos”. Quienes obtienen menos de 4 son los *dictadores*, con el llamativo cierre de la lista por parte de Hussein, hecho que reitera el papel de demonización que producen los medios (había transcurrido poco tiempo desde la Guerra del Golfo II). De todas maneras, habría que destacar que Fidel Castro no se encuentra asociado a este último rubro, ya que obtiene un puntaje apreciablemente más elevado. También hacía poco tiempo de la muerte de la Madre Teresa (de quien prácticamente nadie conocía su nacionalidad albanesa). Finalmente digamos, para percibir la insistencia de ciertos legados, que el personaje que más polarización produce es ¡Evita!

Cuadro 3  
*Respuestas correctas agrupadas*

Grupos	Casos	%	% acumulado
0 a 10	131	18.7	18.7
11 a 15	164	23.4	42.1
16 a 20	177	25.3	67.4
21 a 25	170	24.3	91.7
26 a 31	58	8.3	100.0
<b>Total</b>	<b>700</b>	<b>100.0</b>	<b>100.0</b>

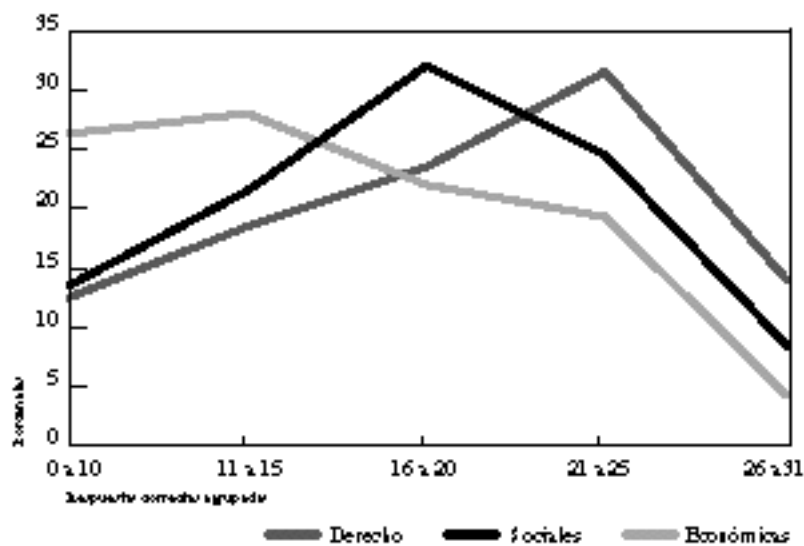
Las proporciones de respuestas correctas en cuanto al conocimiento del país de origen de las diferentes personalidades es bastante desigual. Veamos cómo se relaciona con las diferentes facultades, carreras y con la lectura de diarios.

Cuadro 4  
*Respuestas correctas agrupadas según facultades*

	Respuestas agrupadas					Total
	0 a 10	11 a 15	16 a 20	21 a 25	26 a 31	
Derecho	27 13,5 %	43 21,5 %	64 32,0 %	49 24,5 %	17 8,5 %	200 100,0 %
Económicas	79 26,3 %	84 28, %1	66 22,1 %	58 19,3 %	13 4,3 %	300 100,0 %
Sociales	25 12,5 %	37 18,5 %	47 23,5 %	63 31,5 %	28 14,0 %	200 100,0 %
<b>Total</b>	<b>131</b> <b>18,7 %</b>	<b>136</b> <b>23,4 %</b>	<b>177</b> <b>25,3 %</b>	<b>170</b> <b>24,3 %</b>	<b>58</b> <b>8,3 %</b>	<b>700</b> <b>100,0 %</b>

El gráfico a continuación permite observar mejor las diferencias entre los estudiantes que se disponen a seguir carreras de cada una de las tres facultades.

Gráfico 1  
*Respuestas correctas agrupadas según facultades*



Puede observarse que los ingresantes a Ciencias Sociales aventajan al resto, mientras que los de Economía son los que evidencian un menor grado de información.



En el cuadro que sigue pueden verse algunas diferencias al interior de cada facultad, según la carrera que se pretende seguir. Así se puede apreciar que en Ciencias Sociales, los estudiantes de Sociología aventajan al resto, mientras que en Ciencias Económicas los futuros estudiantes de Economía aventajan a los de las demás carreras.

**Cuadro 5**  
**Respuestas correctas agrupadas según carreras**

	Respuestas agrupadas					Total
	0 a 10	11 a 15	16 a 20	21 a 25	26 a 31	
Abogacía	26 14,0 %	39 21,0 %	61 32,8 %	44 23,7 %	16 8,6 %	186 100,0 %
Traductorado	1 7,1 %	4 28,6 %	3 21,4 %	5 35,7 %	1 7,1 %	14 100,0 %
Actuario	1 10,0 %	- -	4 40,0 %	4 40,0 %	1 10,0 %	10 100,0 %
Sistemas	4 33,3 %	4 33,3 %	2 16,7 %	1 8,3 %	1 8,3 %	12 100,0 %
Contabilidad	49 31,2 %	52 33,1 %	32 20,4 %	17 10,8 %	7 4,5 %	157 100,0 %
Administ. de Empresas	16 20,3 %	24 30,4 %	19 21,1 %	18 22,8 %	2 2,5 %	42 100,0 %
Economía	9 21,4 %	4 9,5 %	9 21,4 %	18 42,9 %	2 4,8 %	42 100,0 %
Rel. del Trab.	4 36,4 %	3 27,3 %	3 27,3 %	1 9,1 %	- -	11 100,0 %
Trabajo Social	2 8,7 %	4 17,4 %	8 34,8 %	7 30,4 %	2 8,7 %	23 100,0 %
Sociología	3 9,1 %	3 9,1 %	6 18,2 %	10 30,3 %	11 33,3 %	33 100,1 %
Cien. Política	4 9,8 %	7 17,1 %	9 22,0 %	14 34,1 %	7 17,1 %	41 100,0 %
Comunicación	12 13,0 %	20 21,7 %	21 22,8 %	31 33,7 %	8 8,7 %	92 100,0 %
<b>Total</b>	<b>131</b> <b>18,7 %</b>	<b>164</b> <b>23,4 %</b>	<b>177</b> <b>25,3 %</b>	<b>170</b> <b>24,3 %</b>	<b>58</b> <b>8,3 %</b>	<b>700</b> <b>100,0 %</b>

En lo que hace a la relación entre respuestas correctas y frecuencia de lectura de diarios, podemos ver que la secuencia confirma lo esperable, con una clara diferencia entre los dos primeros grupos, que los leen poco o nada, y los dos segundos, donde la lectura es al menos mayor a tres veces por semana

Cuadro 6  
*Respuestas correctas agrupadas según frecuencia de lectura de diarios*

	Respuestas agrupadas					Total
	0 a 10	11 a 15	16 a 20	21 a 25	26 a 31	
Nunca o casi nunca	55 32,2 %	37 21,6 %	41 24,0 %	30 17,5 %	8 4,7 %	171 100,0 %
1 o 2 veces por semana	60 18,6 %	87 27,0 %	85 26,4 %	66 20,5 %	24 7,8 %	322 100,0 %
3 a 6 veces por semana	8 6,0 %	29 21,8 %	32 24,1 %	47 35,3 %	17 12,8 %	133 100,0 %
Todos los días	7 9,9 %	11 15,5 %	17 23,9 %	27 38,0 %	9 12,7 %	71 100,0 %
<b>Total</b>	<b>130</b> <b>18,7 %</b>	<b>164</b> <b>23,5 %</b>	<b>175</b> <b>25,1 %</b>	<b>170</b> <b>24,4 %</b>	<b>58</b> <b>8,3 %</b>	<b>697</b> <b>100,0 %</b>

El rendimiento académico a lo largo del primer año en la universidad<sup>1</sup> se encuentra apreciablemente relacionado con la proporción de respuestas correctas que obtuviéramos, como puede verse en el cuadro 7.

Cuadro 7  
*Respuestas correctas agrupadas según rendimiento académico agrupado en tres*

	Respuestas agrupadas					Total
	0 a 10	11 a 15	16 a 20	21 a 25	26 a 31	
Deficitario	68 29,6 %	67 29,1 %	57 24,8 %	31 13,5 %	7 3,0 %	230 100,0 %
Discreto	35 18,4 %	36 18,9 %	56 29,5 %	47 24,7 %	16 8,4 %	190 100,0 %
Bueno	28 10,0 %	61 21,8 %	64 22,9 %	92 32,9 %	35 12,5 %	280 100,0 %
<b>Total</b>	<b>131</b> <b>18,7 %</b>	<b>164</b> <b>23,4 %</b>	<b>177</b> <b>25,3 %</b>	<b>170</b> <b>24,3 %</b>	<b>58</b> <b>8,3 %</b>	<b>700</b> <b>100,0 %</b>

A continuación ordenamos el listado de personalidades según el orden decreciente de lo que en lenguaje estadístico se denomina “desviación estándar” y que expresa los niveles de polarización en torno a cada personalidad evaluada a nivel de la población de la muestra.

Así, cuanto mayor es este valor, más polarización existió entre las calificaciones y, cuando ya es menor a 2, la polarización es escasa. Como vimos, el caso de Eva Perón es notable; después, siguiendo el ordenamiento del cuadro, podemos decir que hasta Lenin se trata de figuras que despiertan controversia. Por el contrario, en el otro extremo del cuadro, desde Gandhi hasta la Madre Teresa, predomina el consenso.

En las primeras columnas puede percibirse la mayor radicalidad de los estudiantes que van a seguir sus estudios en la Facultad de Ciencias Sociales. Es importante recordar que se trata de estudiantes que apenas hace menos de un mes que están en la universidad, por lo que debemos asumir que se trata de *radicalidades* previamente asumidas (hemos puesto en cursiva aquellos promedios que marcan diferencia con la media y, por tanto, con las otras facultades).

Cuadro 8  
*Evaluación de personalidades según la facultad en que prevén estudiar*

	Derecho	Económicas	Sociales	Promedio	Std Dev	% NC
EVITA	6.5163	6.8712	6.4176	6.6365	4.0938	10.0
DISNEY	7.6102	7.5061	7.1207	7.4247	3.7305	14.6
FRANCO	3.6667	3.6165	2.7273	3.3506	2.7839	50.3
JUAN PABLO II	7.3824	7.0958	6.2198	6.9088	2.7196	15.4
FIDELCASTRO	4.7815	5.0183	5.4000	5.0722	2.6858	22.9
LENIN	4.6466	4.3188	5.2047	4.7139	2.5504	45.6
CHURCHILL	5.4615	4.9647	4.4419	4.9398	2.4855	64.4
HO CHI MINH	4.1800	4.2535	4.5968	4.3497	2.4781	73.9
ARAFAT	4.1616	3.8462	4.2424	4.0610	2.4736	53.1
HUSSEIN	2.9773	2.9945	3.0662	3.0111	2.4058	35.9
GORBACHOV	5.0145	4.6984	4.7770	4.8155	2.4052	33.4
TROTSKY	4.7403	4.5190	5.1579	4.8287	2.3897	64.1
CHE GUEVARA	6.8192	6.9484	7.2444	6.9984	2.3707	13.0
STALIN	3.9279	3.6953	3.7143	3.7737	2.3566	48.9
MUSSOLINI	3.1950	3.2644	2.7261	3.0821	2.3161	25.1
MANDELA	7.8000	7.4171	8.1042	7.7495	2.2449	34.4
DISCÉPOLO	7.7236	6.8217	7.2206	7.2188	2.2025	40.6
KENNEDY	6.4000	6.2467	5.7212	6.1388	2.1813	19.7
FREUD	7.6481	7.1485	7.6446	7.4566	2.1271	24.3
LUTHER KING	8.3492	7.7329	8.3188	8.1059	2.1192	39.3
REAGAN	4.8836	4.9527	3.9655	4.6196	2.0897	34.3
LENNON	7.5549	7.5203	7.9239	7.6520	2.0758	12.6
CHAPLIN	7.5517	7.5875	7.8681	7.6628	2.0264	14.9
PICASSO	7.8971	7.4797	7.4831	7.6027	2.0230	14.4
GANDHI	8.9080	8.5105	8.6353	8.6608	1.9023	18.3
SÁBATO	8.0273	8.0188	8.0428	8.0283	1.8746	9.1
G. MÁRQUEZ	7.8848	7.9256	8.0113	7.9401	1.7779	16.6
CORTÁZAR	7.6467	7.4712	8.0818	7.7099	1.7743	26.1
EINSTEIN	8.8012	8.7130	8.5882	8.7013	1.7264	20.1
MADRE TERESA	9.6057	9.2171	9.1111	9.2969	1.4719	12.4

A continuación tomamos algunos de los casos que, en el ámbito de la política, resultan más controvertidos, y los comparamos de acuerdo a cómo son evaluados desde los distintos niveles socioeconómicos. Encontramos que, salvo Evita, los cuatro restantes encuentran los promedios de mayor aceptación en el nivel *alto*, cosa que no deja de llamar la atención para los casos de los dirigentes de la revolución cubana. Por otra parte, como era de esperarse, Eva Perón encuentra el mayor promedio en el nivel *bajo*, siendo seguido a continuación por el nivel *alto*. ¿Menem lo hizo? A su vez, la polarización en su máximo nivel para toda la encuesta la encontramos, para el caso de Evita, en el nivel *medio alto*. El influjo del *menemismo* no llegó a disolver las barreras históricas en este nivel. Por otra parte, el menor grado de aprobación a la figura de Fidel Castro lo encontramos en el nivel más *bajo*.

También puede señalarse el mejor puntaje de Lenin y Hussein entre los que integran el nivel *bajo* y la apreciable distancia entre los sectores *bajo* y *alto* en torno a la figura de Juan Pablo II.

Cuadro 9  
*Evaluación de personalidades controvertidas según nivel socioeconómico*

NSE		CHE	CASTRO	EVITA	KENNEDY	REAGAN
Baja	Promedio	7,15	4,89	7,55	6,38	4,72
	Casos	55	47	58	50	36
	Desviación estándar	1,79	2,78	2,33	2,22	1,97
Media baja	Promedio	6,99	5,07	6,59	6,19	4,44
	Casos	2,85	258	294	264	222
	Desviación estándar	2,41	2,75	2,40	2,19	2,14
Media alta	Promedio	6,83	5,05	6,46	5,96	4,79
	Casos	226	200	234	205	168
	Desviación estándar	2,47	2,59	5,94	2,24	2,04
Alta	Promedio	7,77	5,46	6,70	6,42	4,85
	Casos	43	35	44	43	34
	Desviación estándar	2,10	2,66	2,48	1,76	2,12
Total	Promedio	7,00	5,07	6,64	6,14	4,62
	Casos	609	540	630	562	460
	Desviación estándar	2,37	2,69	4,09	2,18	2,09

*La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*

NSE		MUSSOLINI	LENIN	HUSSEIN	JPII	FRANCO
Baja	Promedio	3,00	5,00	3,84	6,20	2,96
	Casos	37	30	37	45	25
	Desviación estándar	2,22	2,79	2,79	3,12	2,05
Media baja	Promedio	3,11	4,73	3,03	6,84	3,39
	Casos	246	184	214	280	175
	Desviación estándar	2,28	2,49	2,37	2,80	3,10
Media alta	Promedio	3,01	4,59	2,80	7,08	3,35
	Casos	201	135	165	225	124
	Desviación estándar	2,26	2,63	2,31	2,60	2,44
Alta	Promedio	3,35	4,91	3,03	7,24	3,42
	Casos	40	32	33	42	24
	Desviación estándar	2,90	2,44	2,56	2,18	2,75
Total	Promedio	3,08	4,71	3,01	6,91	3,35
	Casos	524	381	449	592	348
	Desviación estándar	2,32	2,55	2,41	2,72	2,78

El perfil que surge de la información que hemos considerado, permite confirmar que estamos ante una población bastante heterogénea en varios aspectos, que se polariza frente a los hombres que generaron polos en la sociedad a lo largo de la historia del siglo (Juan Pablo II y Fidel Castro, Lenin y Churchill), pero que tiende a coincidir en torno a figuras como la del Che y a valorar positivamente a quienes resultan ser los autores consagrados de la cultura actual.

Es posible considerar este aspecto coincidente como manifestación de un perfil cuyos rasgos pueden verse como predominantemente *democráticos* y moderadamente *progresistas*, que coincide en el tiempo con la consolidación de la ascendencia de la Alianza en la esfera de influencia de la UBA, la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores, factor éste que podemos concebir como constitutivo de una especie de piso cultural. Sin embargo, esta asociación no nos puede hacer perder de vista que los datos expresan, al mismo tiempo, el distanciamiento de los estudiantes de quienes representan a la escena política.

**Nota:**

1. Definimos los grupos como: *1 Deficitario*: en él incluimos a los que abandonaron, a los que obtienen un promedio menor a 5, a los que dieron sólo una materia cualquiera sea la nota obtenida, a los que tienen más de un 50% de aplazos y, por último, a los que, si bien tienen de promedio entre 5 y hasta 6,5, no aprobaron más de 2 materias en el año. Al segundo grupo lo llamaremos. *2 Discreto*: allí incluimos a los que obtuvieron un promedio entre 5 y 6,5 y tienen más de 2 materias aprobadas, o bien más de 6,5 y sólo dos materias aprobadas. *3 Bueno*: lo integran quienes tienen de promedio 6,5 o más y cuentan con 3 o más materias aprobadas



---

## *Paradigmas de participación juvenil: un balance histórico*

◀ Marcelo Urresti

Es común encontrar en artículos periodísticos, como en debates televisivos de tono político, la comparación de las generaciones de los años 60/70 con las de los 80/90. Se trata de un tema recurrente en encuentros públicos y en muchas de las rememoraciones de aquellos que fueron jóvenes en esas épocas pasadas. La comparación, en general, funciona como una suerte de rasero, y el metro patrón parece estar puesto siempre en la precedencia histórica, es decir en la generación mayor, como punto de evaluación de lo que le sobra o le falta a la generación más próxima. En estos contextos suele constatar el tránsito de los jóvenes desde las utopías hacia el enfriamiento, desde las actitudes idealistas hacia las pragmáticas, desde una voluntad transformadora hacia una integrada y conciliadora.

Tal vez no sea del todo lícito comparar generaciones como si fueran la misma cosa por el solo hecho de la coincidencia en la edad, atribuyéndoles implícita autoctonía, pero hay que reconocer que este mecanismo tiene una eficacia formidable y, en general, funciona como modo intuitivo básico del sentido común a la hora de comprender qué les pasa a los adolescentes y jóvenes de la actualidad. Por defecto y por exceso entonces, aparecerán las diferencias, las marcas distintivas, las características salientes de los jóvenes en uno y otro período. Pero podríamos preguntarnos, ¿es comparable el ser joven de hoy con el ser joven de hace 30 años?

---

\* Licenciado en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural, del Instituto Universitario Patricios. Actualmente prepara la tesis de licenciatura en la carrera de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, UBAy la tesis sobre "Tribus juveniles urbanas", para obtener el Maestrado, bajo la dirección del prof. Mario Margulis. Al mismo tiempo se desempeña como profesor Adjunto en la Materia Sociología de la Cultura, de la Carrera de Sociología, e Investigador del Proyecto UBACyT "Cultura y juventud: las relaciones afectivas de los jóvenes en Buenos Aires", Instituto Gino Germani, ambos de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.



Si nos situamos en los términos de la juventud entendida como experiencia histórica, esto es, como un modo de situarse en la facticidad concreta del mundo de la vida, la respuesta es negativa. No se trata de actores aislados susceptibles de comparación. Se trata de épocas históricas que definen los conflictos de manera diferente y en ellos, en el interior de sus líneas de fuerza, se precisa la posición de una perspectiva generacional particular, situación en la cual se vivencia la experiencia social de manera diferente. Es decir que más que comparar generaciones hay que comparar sociedades en las que conviven generaciones diferentes. Para decirlo con una frase ilustrativa, no es que los jóvenes de hoy son consumistas y los de los años sesenta politizados. En los años sesenta era tan improbable tener afinidades alejadas de la política como hoy su contrario, y esto no tiene que ver sólo con los jóvenes.

Entonces, signar el desencanto y la despolitización sólo como una cuestión voluntaria de un actor colectivo, como puede ser la juventud en este recurrente caso, es un procedimiento conceptualmente ilícito aunque social e históricamente iluminador. Si bien en términos estrictos las comparaciones de actores no son posibles, su recurrencia y “necesidad” son síntomas que nos hablan de un modo de comprender el significado de lo histórico por la atribución de sentido que en esas comparaciones se le da al presente.

Una comparación de épocas, más que de jóvenes, puede iluminar las esperanzas y los temores, así como los supuestos pasados, las gestas interrumpidas o vigentes, que ponen de un lado y del otro de la raya a las generaciones que hoy en día se oponen entre sí, la lucha generacional que en el plano de lo simbólico define qué es (y qué fue) ser joven. Lo cual significa que para comprender qué pasa con los jóvenes de hoy, más que pedirles o juzgarlos por aquello que hacen o no hacen respecto de los jóvenes de generaciones anteriores, es comprenderlos en su relación con la situación histórica y social que les toca vivir, pues más que de un actor se trata de un emergente.

Antes de entrar específicamente en el tema vamos a hacer un bosquejo conceptual general, un marco en el cual colocar esta “comparación”. Albert Hirschman, economista heterodoxo, agudo observador de la realidad, trató de responder a una percepción personal, del orden de la impresión inmediata, que lo sacudió en ocasión de su segunda visita a París (Hirschmann, 1986: 11 y ss.). La primera de ellas había ocurrido en el año 1968. Ese París estaba convulsionado por los movimientos revolucionarios de mayo, literalmente copado por un clima asambleístico generalizado en el que se respiraba a cada paso el ejercicio vivo de la república. La ciudad en efervescencia, las universidades en constante debate sobre sus fundamentos, los estudiantes movilizados, la opinión pública agitada. Parecía como si el orden social y político estuviera siendo deliberado, cuidadosamente construido, y sus objetivos en manos de los que tanto tiempo estuvieron ajenos a él. Casi no había lugar para lo privado. Todo se derivaba de y tendía hacia lo

público, ámbito de atracción, de encuentro y de construcción. Lo privado aparecía como un disvalor, como una esfera decadente a ser superada por el ejercicio de los más altos ideales, los de la cosa pública.

Su segundo viaje entonces fue lo que le produjo el extrañamiento, la sensación de ajenidad. Fue en 1980, cuando se encontró con otro París, otra gente, totalmente distinta, hecho que le produjo una profunda intriga. De golpe, el clima de asamblea había desaparecido, la movilización se había diluido, el clima de debate se encontraba desinflado y, en su lugar, nuevas preferencias, nuevas expectativas, cifradas en otros sistemas de referencias, impensables diez o quince años antes. ¿Qué había pasado? ¿Cómo fue posible que se reciclaran las opciones y se orientaran hacia el ámbito del bienestar privado? ¿Qué fue lo que hizo que del encuentro público se hubiera dado primacía al universo doméstico y que las discusiones y debates se orientaran hacia la satisfacción en ese ámbito?

Para contestar estas preguntas Hirschman armó un conjunto de hipótesis para explicar por qué cambian las preferencias. Ese conjunto de hipótesis conforma cierta teoría de la acción. Aunque no lo es, compromete términos que le son afines, preferencias, conjunto de opciones, prioridades, elección, satisfacción. Los actores sociales tratan de obtener satisfacción a las expectativas que tienen antes de encarar uno u otro curso de acción. La acción transcurre en un tiempo finito, con espectros de opciones acotadas, procurando satisfacer necesidades y expectativas que, como diría la economía neoclásica, son virtualmente infinitas. Se opta por determinada cosa y no por otras. Ahora, el problema surge cuando no se cumple con lo esperado. Ahí está la clave de la argumentación. Cuando esto sucede, se da la decepción. Se puede insistir, cambiar de caminos, obtener resultados adversos o exitosos, pero si la decepción se repite, entonces se abre la posibilidad del cambio de opciones, de la reorientación de las expectativas y de las preferencias. Cuando se concluye razonablemente que aquello que se busca no puede ser obtenido, entonces se lo deja de buscar. Pasa a otro registro. Se puede a la vez imaginar lo contrario: como alguna vez dijo Bernard Shaw, tener deseos insatisfechos es tan malo como haberlos realizado. El deseo satisfecho es también una fuente de decepción en la medida en que implica cambios, reorientaciones, nuevos proyectos. En este sentido, la satisfacción no tiene límites y está siempre amenazada por la decepción. De este modo, la decepción se convierte en el secreto motor del cambio.

Históricamente, y siguiendo la matriz que los economistas comparten en su *modus cogitandi*, las preferencias de los actores se ordenarán describiendo ciclos. No quiere decir que los ciclos sean monolíticos ni homogéneos, se trata de agregados estadísticos definidos por líneas centrales de preferencias con sus respectivas periferias. Así, entonces, habrán ciclos de preferencias sociales que se sucederán continuamente con sus fases depresivas y de auge, orientándose sucesivamente de lo público a lo privado y viceversa. Para cerrar con este esquema, el primer

París sería el del auge del ciclo público, el segundo el de su momento de crisis saliendo hacia el ciclo privado. Los años posteriores indicarían la profundización del mismo, hasta nuestros días. Y hoy, podríamos arriesgar, el ciclo de privatismo comienza a generar decepción tanto por sus logros como por sus fracasos.

Lo interesante de este planteo es justamente esa visión cíclica. A poco de andar por las bibliografías llamadas postmodernas, en las más apologéticas suelen aparecer climas crepusculares, situaciones terminales (Lipovetsky, 1986; Vattimo, 1988; Baudrillard, 1995; Lasch, 1999). Estos planteos críticos e interesantes en ocasiones pierden sentido histórico y terminan proponiendo como último estadio evolutivo aquello que predicán, sea la era del vacío, la cultura narcisista, la sociedad psicologizada o el declive del hombre público. Paradójicamente terminan haciéndose cargo de las categorías modernas que pretenden abandonar, como las de la superación del pasado o la consumación de la historia, poco antes criticadas por encubridoras o limitantes para pensar el presente, inadvertidamente asumidas en sus planteos de indudable carácter finalístico. Una visión cíclica, entre otras cosas, permite pensar el devenir histórico con ciertos retornos, no necesariamente idénticos, aunque similares. Los discursos del fin, atractivos por su estímulo a la percepción de los cambios y por los contrastantes relieves que le otorgan a las diferencias, no siempre son sensibles a las subyacencias, los emergentes y los retornos de una historia compleja que, si bien no tiene un único sentido, no por ello significa que no pueda tener ninguno.

Al igual que lo que piensa Hirschman sobre París, podemos establecer dos ondas largas en la Argentina con respecto al significado histórico que tiene el ser joven y el participar en la construcción de lo público. Obviamente, se trata de una tendencia mundial y en absoluto propia de una región: estas grandes líneas de fuerza, aunque con diferentes matices y acontecimientos específicos por zona, se dan en todas las geografías. Se trata de cambios de nivel global, o también podríamos decir de época, que se escenifican de maneras específicas en distintas regiones. Tal es el caso de la Argentina que, aunque tiene influencias externas muy marcadas, responde a las modulaciones de su historia interna. Como decíamos más arriba, la primera de esas ondas largas va de los años sesenta a mediados de los setenta, y la segunda es la que comienza a mediados de los ochenta con el retorno de la democracia y se extiende hasta nuestros días. Se trata básicamente de dos cuadros de época en los cuales los jóvenes de cada período ocupan un lugar peculiar<sup>1</sup>.

## **1. Las bases sociales del fervor público**

La generación que se abrió a la vida social sobre el filo de los años 60-70 fue parte de un momento social que impulsó masivamente a la población hacia la participación en todas las esferas y movilizó políticamente sectores cada vez más

amplios, previamente retraídos o indiferentes en relación con las cuestiones públicas. Los jóvenes de aquellos años conformaron su experiencia en un contexto social, tecnológico, económico y cultural totalmente diferente del actual; por ello sus comportamientos, compromisos y expectativas son notablemente distintos respecto de los hoy reinantes, miembros de un clima histórico que nos habla de otra forma de estar en el mundo, de vivir sus dimensiones, en relación con códigos, estructuras del sentir y del pensar distintas.

Aquellas sociedades funcionaban sobre la base de un modelo económico que tenía premisas organizativas integradoras. Las prácticas productivas estaban organizadas sobre un modelo de ingeniería conocido como fordista-taylorista. Esta logística de la producción económica apuntaba a un objetivo central, la obtención de ganancias a través de una creciente inversión en productividad: se trataba de aumentar cada vez más el volumen de lo producido, consumiendo más energía, empleando más fuerza de trabajo o utilizando maquinarias cada vez más modernas. El resultado que se perseguía con estos aumentos era bajar costos, copar mercados y obtener ganancias a través de esa ecuación. Los volúmenes de productos cada vez mayores a costos más bajos invitaban a un ensanchamiento del consumo como momento necesario para realizar efectivamente las ganancias, a través de la recuperación de lo invertido en la conclusión de cada ciclo económico.

Después de la crisis del treinta y de la segunda posguerra le había sido encomendado al Estado un papel preponderante en las economías vigentes: su función consistía en resolver por anticipado las crisis cíclicas de superproducción en las que incurría el sistema de libre mercado, dejado a su exclusiva autorregulación. El Estado debía, según lo que fue conocido como “políticas keynesianas”, anticiparse a las crisis agregando la demanda. Agregar la demanda implicaba básicamente producir consumo, y esto se hacía redistribuyendo ingresos desde los sectores del capital hacia los del trabajo. El Estado tomaba impuestos de los primeros y los distribuía a través de gastos económicos y sociales. Se endeudaba, pero creaba empleos, producía servicios y proporcionaba una amplia cobertura social. Estos gastos preparaban un terreno propicio para absorber lo producido, con lo cual se generaba un círculo virtuoso en el que los impuestos y su gasto arrastraban la demanda, que se convertía así en un motor de crecimiento económico.

Esto tenía unas consecuencias sociales de gran importancia. En términos técnicos y por la propia dinámica de la producción capitalista, hacían falta cuotas crecientes de mano de obra empleada con calificaciones cada vez más elevadas; por otro lado, el Estado generaba empleos como base del crecimiento económico, redistribuyendo el ingreso como estrategia anticíclica, y al invertir en servicios y cobertura elevaba los estándares de vida medios de la población. Esto se traduce en pleno empleo, desempleo de muy baja duración, posibilidades de mejora social, carreras laborales estables, ascensos salariales, mejoras en los salarios reales. Una clase media creciente; puestos de trabajo en aumento, protegidos; un

conjunto de trabajadores compacto, asociado en sus intereses con el Estado, y a su vez en cierta momentánea alianza con los sectores del capital. El consumo se ensanchaba por el efecto de la producción de tipo fordista en bienes de consumo masivo, los más aptos para ese tipo de producción, lo cual redundaba en una mejora y modernización constante de los estilos de vida de la población en general.

Si bien esto no evitaba de ningún modo las desigualdades sociales y económicas, tendía a equilibrarlas, distribuir las y reordenarlas. Los modelos del consumo, al igual que los de la producción, tendían a homogeneizarse por la monotonía misma de las técnicas empleadas, hecho que nos habla de una sociedad relativamente integrada. Una clase media numerosa y en crecimiento exigía mayor participación en los ingresos, igual que las clases populares, que si bien se veían en ocasiones amenazadas por las crisis y por cortos períodos de desempleo, no carecían de oportunidades de mejora, pasando por la marginalidad momentáneamente, y superándola después. Esto implicaba también una mejora en las capacidades adquiridas debido a la propia dinámica del mercado laboral, con su exigencia de mayores niveles de instrucción, lo cual impactaba en una escolarización que se ampliaba y que mejoraba, lentamente, su calidad.

Eran los años en que la educación era muy prestigiosa y valorada, ya que aparecía como base posible del ascenso social, de la igualdad de oportunidades y de la mejora generalizada de las capacidades para enfrentar el mercado laboral. Una matrícula que se ampliaba en todos los niveles, una universidad que crecía, un presupuesto educativo en aumento, eran el marco de un sistema de enseñanza que se modernizaba, en el que estaban cifradas las expectativas de desarrollo económico y social por parte de los planes políticos, y las esperanzas de distintos sectores sociales en la mejora de su calidad de vida. Podría decirse que había cierto matrimonio feliz entre el ámbito económico y el de la formación escolar.

Las industrias culturales también tenían un perfil que directa o indirectamente apoyaba esta dinámica favorable a las instituciones escolares y al modelo social integrador. La televisión tenía una importancia menor en la vida de las personas: sólo había cuatro canales, el tiempo de emisión se extendía por doce horas como máximo, la programación era mayoritariamente producida en el país, los horarios centrales estaban reservados a noticieros que emitían simultáneamente para todo el territorio nacional noticias que definían claramente su proveniencia, los programas de entretenimiento y atracciones ocupaban los fines de semana o los horarios posteriores a los noticieros, los de interés para las mujeres iban a la tarde y apuntaban a una audiencia de amas de casa de clase media, los programas deportivos eran esporádicos y atendían sólo a eventos de importancia, había programas de opinión en horarios de la franja nocturna. Este recorrido puede parecer insignificante, pero tiene su importancia. Si lo miramos con atención veremos que responde al típico modelo de audiencia generalizada (Wolton, 1990: 106 y ss.). Si bien está segmentado por horarios y por las tareas que se supone separan

del televisor a distintos tipos de televidentes, apunta por la apertura a la generalidad, a todos los que lo enciendan. Esta televisión cimentaba cierta idea del “nosotros nación” por detrás de su funcionamiento. Los programas de ficción de estilo costumbrista, aun sobre la difusión de estereotipos, reproducían imágenes habituales, del orden de lo cercano, para sus audiencias. Los noticieros cumplían con una función estrictamente informativa e integradora de la audiencia, en la medida en que esos noticieros eran nacionales y en todos los canales ocupaban la misma franja. El espectador estaba casi cautivo de una programación que al no darle opciones, ser de carácter local y manejarse con audiencias abiertas, no buscaba la complicitad singular del televidente para lograr índices de *rating* importantes.

Ese ‘nosotros’ implícito de la comunidad de espectadores se daba como una imaginaria compañía de los “otros como yo” presentes frente al mismo estímulo, ya sea informativo o de entretenimiento. Esta televisión cumplía entonces una función congregante y uniformizadora.

No tenía el prestigio ni la importancia del cine, que en aquella época aún conservaba la inercia de sus años dorados, y que en una región como la Argentina tuvo un impulso extraordinario. Tampoco del espacio imaginario que poseía la radio, vehículo informativo y de entretenimiento primordial, identificador de la gran mayoría de la población, conectada también a una suerte de comunidad imaginaria que tendía a la homogeneidad. La programación radial, su música, sus noticias, mayoritariamente tenían como telón de fondo el horizonte local.

Por su parte, la industria del libro conoció su mayor auge en términos comparativos, y definió uno de sus momentos de máximo esplendor en el mundo de la lengua castellana. Las editoriales y sus fondos, la cantidad de títulos, los volúmenes de venta de libros, alcanzaron en esos años de modernización cifras que nunca fueron igualadas.

Hacer un simple recorrido por estos fenómenos nos habla de una sociedad más ocupada en la lectura que en la imagen, con la radio como vínculo con el exterior inmediato, con todo su juego de evocación imaginaria sugerida por los radioteatros, y todo en un modelo general, que incluye también al cine y a la nascente televisión, de funcionamiento masivizante, integrador y homogeneizante de sus respectivos públicos.

Esos años verán florecer un cambio fundamental en otros niveles de la cultura. En los años 60 comienza a extenderse un clima de renovación de las costumbres, provocado por una larga onda con una influencia que superará las fronteras nacionales de todo el mundo, que alteró formas tradicionales de concebir el cuerpo, de relacionarse con las instituciones, de comprender la familia, de concebir la autoridad. Fue un complejo conjunto de cambios que modernizaron drásticamente las formas de la vida cotidiana que dejaba atrás a la segunda guerra mun-

dial, tanto en Europa, como en los Estados Unidos. Se sabe que estas regiones han tenido la capacidad de funcionar como ejemplos, arrastrando con sus modelos culturales vastas regiones alejadas o periféricas del globo. Tal vez se haya debido a la influencia de sus poderosas industrias culturales, pero lo cierto es que más allá del factor de difusión, que supondría un esfuerzo que no estamos en condiciones espaciales de desarrollar aquí, han tenido una pregnancia fundamental a la hora de imponer modelos de conducta. Y estos modelos surgieron de ese fenómeno múltiple que fue la revolución sexual, la aparición de las culturas juveniles y el ascenso participativo de los estudiantes universitarios. Cada una de estas cuestiones, si bien tienen orígenes distintos y no siempre se asimilaron automáticamente las unas con las otras en las mismas personas, marcan en general ese clima de época en el cual, junto con los factores económicos, educativos y mediáticos que antes marcábamos, se establecerá la argamasa con la que se construirá casi automáticamente el impulso a la participación que tan fuertemente marcó la experiencia histórica del ser joven de esos años.

La juventud argentina y mundial que vivió su adolescencia entre los años sesenta y setenta se encontró con un mundo en el que se estaban levantando muchas barreras, de las que tal vez la principal fue la del sexo. En las sociedades previas imperaba una moral restrictiva sobre el sexo y sobre el cuerpo en general. Fuera de su función reproductiva, o de las instituciones que lo enmarcaban, como el matrimonio, se convertía en una práctica ilegítima, que había que ocultar. Esto implicaba cierta visión sobre el sexo como ámbito de misterio, habitado por la culpa y por la vergüenza. En este contexto se abre una experiencia casi única en términos históricos: la reivindicación de la corporalidad, del derecho al goce del cuerpo propio, de la desculpabilización de la sexualidad. Esto supuso el inicio de búsquedas, de climas transgresivos en los cuales se sucumbía a la atracción de lo nuevo y al coqueteo con lo prohibido. Las generaciones anteriores, fieles a sus costumbres y esquemas de experiencia inmediata, no ocultaron sus diferencias, ejerciendo la autoridad y expresando su pensamiento en una batalla que perderían. Las actitudes de los padres y de las autoridades institucionales, y las resistencias por parte de la sociedad de los adultos, se definieron rápidamente como el punto del contraste generacional en el cual lo joven implicaba al mismo tiempo un universo de reivindicaciones que discutían las herencias culturales: se registraban avances por parte de las mujeres en sus búsquedas de autonomía, se extendía una práctica sexual crecientemente liberada vivida como natural, y fundamentalmente se asistía a la ruptura con los modelos represivos del pasado.

Esto tuvo consecuencias que se asociaron imaginariamente con otros movimientos cismáticos que se estaban gestando al mismo tiempo en esa cultura. Los años sesenta son aquellos en los que se difunde y consolida por primera vez un conjunto de expresiones culturales –que por medio de la acción de las industrias del rubro se generalizarían como consumos masivos– producidas y consumidas, hechas por y exclusivamente para jóvenes (Yonnet, 1987: 25 y ss.). Es la prime-

ra vez que se registra un fenómeno cultural de estas características. El rock and roll, en principio un género musical derivado de la música negra norteamericana, comenzará a convertirse en un mundo de referencias asociadas que acompañará a películas y relatos literarios, y generará todo un imaginario de gran influencia en el cual serán exclusivamente los jóvenes sus héroes y protagonistas. Comenzará poco a poco a escenificarse ese mundo latente que estrenaba sus propios lenguajes verbales, de indumentarias, gestuales, con los cuales expresar la diferencia y disconformidad frente al mundo adulto.

Más allá de los estereotípicos personajes que salieron a flote de este mundo imaginario, muchos fueron los que se hicieron de herramientas mentales con las cuales representarse a sí mismos y a su lugar en el mundo que los rodeaba. Esto que al principio apareció como una mera moda de la que se esperaba su pronta desaparición, fue el inicio de un conjunto de expresiones que se iría renovando, cambiando figuras y modelos, adquiriendo mayor fuerza hasta constituir una cultura transnacional juvenil que enfrentaba las herencias locales mezclándose con ellas, generando una parcela hasta ese momento impensada. A través del rock se expresaban e identificaban, o comenzaban a hacerlo, esos mismos jóvenes que estaban discutiendo las herencias represivas de la generación anterior en otros ámbitos de esa misma cultura. El movimiento hippie, la música progresiva, la psicodelia, el pop, y sus influencias múltiples en el mundo del diseño gráfico y de objetos, en el ámbito de otras artes industriales como el cine, o en los medios audiovisuales nacies, el impacto en la generalización de modas, como sucedió en la industria de la indumentaria o en el mundo de la imagen, indican una extensión de la expresión originariamente juvenil a todos los ámbitos de la cultura (Morin, 1962). De modo que una nueva distancia comenzaba a separar a los jóvenes de entonces respecto de sus padres o abuelos inmigrantes, que habían aprendido duramente a hacerse nacionales, a querer estas regiones generosas y a ostentar con orgullo la cultura en la que habían crecido, aprendido a amar, construido un mundo e imaginado un porvenir. Estos jóvenes se separaban de ellos, y reflejaban en sus conductas e identificaciones las nuevas formas de la identidad social. Era un mundo en el que en distintos puntos de su geografía la juventud adquiría protagonismo, creciente brío en la contestación cultural y política, confianza en su fuerza.

Ese mundo estaba dividido por un conflicto central que sumaba fuerzas planetarias en todas las regiones y que polarizaba los ánimos bélicos, sustento emocional que tanta fuerza ha dado a las ideologías. La guerra fría definía una geopolítica de la imaginación para todo aquel que quisiera involucrarse en política: era como un horizonte de realismo en el que se enmarcaban los pensamientos, las aspiraciones y los proyectos. Dos grandes modelos en competencia, ambos ciclópeos y agotadores, ambos virtuosos e insoportables en más de una de sus fases. En definitiva, dos ideas de la organización social y política en abierto antagonismo: los liberalismos democráticos con economías capitalistas, por un lado, y los



regímenes de gestión estatal con partido único, por el otro; en términos más usuales pero imprecisos, las democracias liberales y los socialismos. En este contexto una nueva expresión de la época renovará esperanzas e impondrá nuevos rumbos, el surgimiento del Movimiento de los No Alineados o lo que después se llamó Países del Tercer Mundo. Si bien no tuvo una actuación política de gran relieve, el Movimiento de los No Alineados abrió horizontes y señaló una tendencia que rápidamente fue defendida por los sectores progresistas de los países centrales, entre los que los jóvenes ocupaban un lugar central. Los movimientos de liberación nacional que desmantelaban los últimos vestigios de los imperios europeos consolidados en la primera parte del siglo encontraban las simpatías de muchos habitantes de las metrópolis. Argelia, Vietnam, Angola, por sólo nombrar tres de una larga lista, serían escenarios de confrontación política y bélica localizada, aunque con consecuencias globales: su impacto se haría notar en los equilibrios internos de los países centrales. Era un momento en que aparecían nuevas vías de orientación política dentro de todos los regímenes de gobierno, y en esas convulsiones, en esos intentos de cambio, en los que no faltaron los mártires, los jóvenes, ya fueren estudiantes, obreros o campesinos, siempre protagonizaban las luchas. La revolución cubana, la revolución cultural china, la primavera de Praga, Tlatelolco, el Cordobazo, el mayo francés, la resistencia civil contra la guerra de Vietnam, las tomas de Berkeley, son episodios que nos hablan de una historia de participación y compromiso político que se acelera.

Al mismo tiempo surgen distintos movimientos de reivindicación de causas diversas. A través de los movimientos pacifistas y de resistencia antiatómica comienzan a perfilarse los primeros ecologismos, el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos; se hacen escuchar con fuerza los movimientos feministas, los movimientos estudiantiles. La Iglesia Católica acompaña estos cambios con el Concilio Vaticano II, y una fracción radicalizada y joven intenta renovar la institución animando el Movimiento de los Curas por el Tercer Mundo que hace su opción por los pobres. Como es fácil apreciar en esta pequeña selección de acontecimientos, el mundo entero se radicalizaba en un contexto de ascenso político generalizado.

En los ámbitos universitarios se leía a Sartre, Fannon, Marx, Mao, Althusser, Marcuse. Un público cada vez más amplio descubría a los novelistas del muy cercano “boom” latinoamericano: Fuentes, García Márquez, Cortázar, Vargas Llosa, Rulfo. Se multiplicaban los festivales de música, en los que aparecían por primera vez las canciones de protesta, donde se homenajeaba a las gestas y los héroes del momento, como el Che Guevara, Angela Davis, Daniel Cohn-Bendit o Stokely Carmichael; recitales de solidaridad, grandes fiestas colectivas en las que el sexo, la música y la política se fundían en una materia común. Ese compromiso creciente con las causas públicas, con la defensa de los derechos, gozaba de simpatías que se ampliaban y que tenían en los jóvenes su impulso principal. En nuestro país ya comenzaba a surgir tímidamente el rock nacional. Las juventudes

de los distintos partidos se radicalizaban y adoptaban los atmosféricos vientos de reivindicación nacional y latinoamericana que estaban sobrevolando el ambiente. La denuncia del imperialismo y de las desigualdades sociales, la necesidad de formar una conciencia nacional activa, los objetivos de la emancipación nacional y social, impulsaban a militantes y sectores comprometidos a pasar de los discursos a las prácticas, cada vez más directas, cada vez más enérgicas.

La lucha contra las dictaduras, contra el totalitarismo y las censuras de diverso tipo, también hizo de este momento efervescencia pura, con los jóvenes como emblema.

La juventud se radicalizaba en el mundo entero y también en la Argentina, situación favorecida por horizontes optimistas de ascenso social y mejora en los estándares de vida inscriptos en distintos ámbitos de la vida moderna, como el trabajo, la escuela y el ejercicio de la ciudadanía. Esta tendencia se veía reforzada por cierta situación propensa a la redistribución de recursos sociales –como los económicos y culturales–, contexto que marcaba una sociedad en procura de una democratización creciente.

## **2. La fragmentación social y el enfriamiento político: privación, privatización**

En los años ochenta la situación descripta cambia notablemente. El panorama es otro. Cambios que han conmovido a las sociedades en todas sus esferas afectan las formas de la participación y definen una manera de ser joven, una experiencia histórica en la que lo juvenil se ve rodeado con significados completamente diferentes. Transformaciones de orden tecnológico han incidido en la esfera de la producción económica, en la circulación de los capitales y en los sistemas de comunicaciones, alterando la división técnica y social del trabajo, rearticulando las ingenierías industriales y diversificando las ofertas de productos para el consumo. Esto tiene consecuencias inmediatas en la formación de las clases sociales y en las formas simbólicas a través de las cuales se agrupan los consumidores: se trata de un contexto que se complejiza y rompe con las dinámicas de agregación de la población antes vigentes, dificultando la movilización política, hecho que deriva de una creciente fragmentación de intereses que disuelve las bases objetivas de la solidaridad social. Describiremos brevemente esta nueva situación.

A mediados de los años setenta, en el seno de las economías más avanzadas comienza a aplicarse lo que hasta el momento no había sido más que una invención, una mera posibilidad en el mundo de los desarrollos científico-técnicos: la microelectrónica. Tímidamente al principio dados sus elevados costos relativos, pero generalizándose con el paso del tiempo, estas nuevas tecnologías permiten rearticular los sistemas productivos y las formas de organizar el trabajo, con to-

das las derivaciones que de allí surgieron. La microelectrónica hizo posible la flexibilización técnica de los sistemas productivos: con herramientas reprogramables y sistemas inteligentes de relación entre puestos de producción, la fábrica tradicional, organizada en torno a un sistema de flujo fijo y constante, como fue la línea fordista, comienza a tornarse plástica, compleja, adaptable. La maquinaria reprogramable rompe con la limitación de las herramientas anteriores, la escasa posibilidad para salirse de un patrón preestablecido y fabricar diversos tipos de productos. La ingeniería fordista armaba el proceso de producción pensando en un producto que, con muy pequeñas variaciones, se trataba de repetir lo más eficientemente que se pudiera la mayor cantidad de veces con la mayor velocidad, con el objetivo de bajar su costo para luego dar la batalla comercial en el mercado. Así se obtenían las ganancias, aumentando la productividad.

Esta nueva ingeniería, a la que por el momento se nomina como “posfordista”, organiza la producción en torno a otros conceptos. Las ganancias se procuran siguiendo otras estrategias: ya no apuntando a la saturación y competencia cerrada en un mercado generalizado, sino explotando la segmentación de múltiples mercados, lo que en términos técnicos se llama “nichos de mercado”. Si antes se competía por la monopolización, puja que implicaba grandes esfuerzos de cuya racionalidad sólo cabía esperar la baja constante de las ganancias (lo cual tendía a desalentar a largo plazo la inversión), las nuevas estrategias tratan de escapar de la competencia, descubren o producen un nicho, un segmento específico de la demanda, y lo cubren rápidamente con una oferta que responde exclusivamente a esa necesidad. En el mundo actual se sabe que la competencia no tardará en llegar, se disfruta en ese lapso de la percepción de sobreganancias, en base a la idea de que cuando la competencia llegue y comience a bajar costos, a imponer la lucha por la productividad, el primer ocupante ya esté partiendo hacia otros nichos. Los ciclos de ganancias se vuelven entonces más nerviosos, más inestables, y la estrategia que mayores beneficios obtiene es la más creativa, la que pueda diversificarse más en el menor tiempo<sup>2</sup>. Esto tiene consecuencias decisivas en el escenario social.

La primera consecuencia es que el mundo de la producción trata de adaptarse rápidamente a la demanda, cubriendo sus variaciones o tratando de estimularlas, lo cual lleva a una constante diversificación de las ofertas y segmentación del consumo. En términos generales, si la dinámica de la producción previa tendía a homogeneizar los distintos tipos de consumidores hacia un mismo tipo de producto con un mismo nivel de poder adquisitivo, motivado por el rol redistributivo del Estado, este nuevo esquema invierte la ecuación pues tiende a diferenciarlos, a fragmentarlos como conjunto y a separarlos entre sí. La tendencia actual permite que se apunte a mercados muy específicos sin la presión de que los costos se bajen, apuntando a captar a aquellos que estén dispuestos a pagar por la especificidad.

Esta especificidad no debe ser entendida necesariamente como exclusividad, pues no se trata de consumos de lujo o de bienes suntuarios, sino de todo tipo de bienes o servicios, incluso los de consumo masivo: incluso éstos se proyectan hoy con diferencias que los cualifican en una pluralidad cada vez más abundante. Los bienes y servicios de consumo masivo son cada vez más variados entre sí, situación que nos habla de una sociedad que en uno de sus aspectos, no precisamente menor, se torna cada vez más fragmentaria y compleja.

Si antes el esquema productivo iba de la producción al consumo, estimaba sus costos, preveía el comportamiento de la demanda, diseñaba una estrategia global y luego se comprometía en bloque a cumplir con los objetivos (para lo cual necesitaba sincronización, aporte calculado y colaboración de cada segmento de producción), hoy las cosas se han invertido.

Con las nuevas tecnologías más flexibles y las nuevas formas de organización del trabajo, se va del mercado a la producción: es decir, no se produce más que lo que pide la demanda. Este concepto altera la forma de calcular costos, de almacenar materias primas, de contratar mano de obra: todos estos factores se verán sometidos a la lógica de funcionamiento de los mercados. Para decirlo de modo exagerado aunque gráfico, primero se vende, y luego se produce. Esto redundará en ritmos de producción que, más que en altos volúmenes y en la carrera desahogada por producir más a menor costo, piensan en productos de alto valor, que exploten oportunidades, que maximicen cada nicho y que no comprometan la capacidad de cambio de la esfera productiva (Reich 1993: 87 y ss.).

En términos laborales y del peso específico de los sectores trabajadores en el proceso productivo, este cambio técnico y organizacional tendrá consecuencias decisivas. Si los trabajadores antes eran estratégicos, su no colaboración implicaba detenciones en las líneas de montaje, lo cual redundaba en grandes pérdidas económicas para sus patrones. Hoy la situación es diferente: los ritmos más flexibles precisan otro tipo de trabajador más discontinuo, dinámico y polivalente<sup>3</sup>. Esto hace que las formas tradicionales de presión sindical se vean comprometidas. El proceso productivo más fragmentado y complejo afecta la conformación de la estructura organizacional y de los sistemas de remuneraciones, situación que incide en el cuestionamiento de la tradicional solidaridad de los trabajadores (antes motivada objetivamente por la técnica fordista, que si bien imponía ritmos laborales alienantes, otorgaba a los trabajadores cierto poder de veto que les permitía negociar reivindicaciones en condiciones favorables). Las tareas múltiples, la movilidad de los trabajadores, y fundamentalmente la pérdida de importancia del factor trabajo intensivo, condicionan el lugar de los trabajadores, ya sean manuales o no manuales, cada vez más reemplazados por máquinas, cada vez más segmentados como colectivo.

Por otro lado, una economía que en términos macro tiende cada vez menos a crisis de superproducción, hecho que se ve acompañado por el constante ensan-

chamiento de los mercados producido vía globalización, hace que los Estados también cambien su función. Si en el esquema keynesiano producían empleos para agregar la demanda, en los esquemas poskeynesianos tratan de eliminar su participación en la economía reduciéndose al mínimo.

Así, los déficits fiscales antes positivos se convierten en verdaderos gastos, en impedimentos, y por lo tanto se trata de reducirlos. Esto incide en el ámbito del empleo y en la cobertura social tradicional de las poblaciones. Los Estados se ven presionados para reducir gastos económicos y sociales, desmontan servicios de salud, desinvierten en cuestiones antes estratégicas como la educación, privatizan los seguros de retiros, generan menos empleos, deterioran la calidad de sus prestaciones, es decir, abandonan parcial o totalmente las actividades que antes sostenían bajo el pretexto de racionalización de áreas ineficientes, que al pasar a manos privadas dejan de garantizar la prestación generalizada y gratuita. Es así como los Estados van focalizando sus intervenciones, desentendiéndose de la gestión de la vida de la población, llegando, finalmente, a limitarse a arbitrar conflictos entre partes, contribuyendo, cuando lo hace de manera deficiente, a extender el clima de desigualdad social que, progresivamente, tiende a imponerse. Los Estados del ajuste, protagonistas de estas décadas poskeynesianas, se desentenden de los gastos sociales para atender otras urgencias y dejan servicios de salud deteriorados, la escuela pública en crisis, los sistemas de jubilación abandonados. De este modo los antiguos canales de promoción social se van cerrando, con el costo de frustración y caída de expectativas que ello implica.

En esta situación no es casual que con Estados y empresas de estas características hayan crecido el desempleo y, derivada directamente de éste, la exclusión social, fantasma que asola a las sociedades contemporáneas. Hoy en día, salvo algunos casos muy especiales como Estados Unidos, en los que inciden otros factores, las economías más avanzadas del mundo están rozando las tasas de desempleo más altas de su historia, situación que se agrava en las economías periféricas. Si pensamos en las consecuencias estratégicas que esto tiene para los sectores trabajadores, notaremos que su capacidad de presión se reduce, dado que numéricamente los sindicatos son cada vez más débiles, tienen menos recursos, su incidencia en el proceso productivo es menor, con una solidaridad de clase técnicamente dificultada y con una masa de trabajadores desocupados que cuestionan las bases mismas de la acción sindical (los que momentáneamente no tienen trabajo, que son cada vez más y durante más tiempo, ¿pueden o deben ser representados sectorialmente?). Como se puede notar, en este contexto, y frente al debilitamiento estratégico de los sectores del trabajo, el capital se vuelve cada vez más fuerte, con más probabilidades de imponer sus intereses y sus puntos de vista. Esto obviamente deprime los salarios en términos generales, fragmenta las escalas, diferencia segmentos, lo cual explica la movilidad social descendente que parece ser la dominante del momento histórico presente, y no sólo en la economía de las periferias.

Cuando el desempleo se convierte en una amenaza, tiene efectos disgregadores a nivel social. A nivel subjetivo y personal, una situación de escasez de empleo disciplina al trabajador: lo vuelve temeroso, dócil, conservador, proclive a aceptar las condiciones que se le imponen a nivel de tareas y a nivel de remuneración, ya que si no las cumple sabe que hay muchos codiciando su lugar, dispuestos a todo. El empleo va cambiando: de ser un derecho a convertirse en un privilegio. Y el trabajador empleado, a convertirse en un ser agradecido por la suerte que le ha tocado, situación en la que defiende lo que tiene a costa de la solidaridad. Las reivindicaciones históricas, no es casual, se pierden. Los sindicatos pierden fuerza. El sector trabajador se verá más perjudicado mientras menos estratégico sea en estos nuevos esquemas. Sin embargo, no todo tipo de trabajo empeora su situación. En la actualidad hay sectores de trabajadores de lujo que mejoran su situación en la medida en que están asociados estrechamente con el éxito del capital: todo el espectro de las gerencias altas y medias se encuentra en esta posición de mejora. Esto también nos habla de fragmentación en el mundo laboral, ya que por tareas y remuneraciones los intereses se vuelven cada vez más heterogéneos y difíciles de conciliar.

Los cambios técnicos, además del aspecto organizativo, han alterado completamente el mundo de la producción, en la medida en que han incidido drásticamente en la forma de circulación de factores económicos de importancia como son los financieros y los conocimientos estratégicos. Para la producción de la actualidad cada vez son más importantes los saberes especializados, que aprovechan aquellas oportunidades de las que hablábamos más arriba. Diseños de todo tipo, asesorías, consultoría financiera, jurídica o técnica, publicidad y marketing, estrategias de productos, recursos humanos y personal, entre otros, son los rubros que mayor incidencia tienen en los productos finales, sean del tipo que fueren. Su peso en los costos y en los resultados nos hablan de su importancia y participación. La novedad a la que asistimos es que con los cambios tecnológicos estos factores circulan a nivel mundial, con un control por parte de los Estados cada vez menor, y forman parte de un mercado internacional crecientemente interconectado entre sí, con una capacidad de respuesta cada vez más veloz, con menores anclajes locales. Este suele ser el tipo de trabajo que está creciendo en generación de empleos y en nivel de remuneraciones, pero su escala es baja y supone un nivel de capacitación muy alto, lo que significa que es para pocos.

Si nos detenemos un momento y comparamos con la situación anterior, notaremos que el panorama es completamente distinto: estamos frente a una creciente fragmentación estructural en lo económico y en lo social.

En el ámbito de la industria cultural y las comunicaciones sucede algo similar: de manera creciente se superan las fronteras nacionales, antes restringidas por cuestiones técnicas y de costo, generando un sistema que se planetariza en su oferta. Al contrario de lo que se suele pensar, este proceso está muy distante de

homogeneizar a consumidores y espectadores, ya que funciona en el mismo sentido de la producción de bienes y servicios que antes indicábamos: cualquier oferta se planea para llegar con toda eficacia a un número acotado de espectadores, altamente comprometido pero escaso en cantidad. Esto no impide que algunos productos se proyecten para audiencias amplísimas, pero no son la norma. Por el contrario, la lógica general es la de la segmentación de mercados, o en este caso, de espectadores (que en definitiva es lo mismo).

Si atendemos al panorama actual, notaremos que los consumos de tiempo libre y las tecnologías disponibles para facilitarlos tienen inscrita la doble lógica de la privatización y la especificación. Ante todo, son tecnologías audiovisuales las que prácticamente monopolizan el tiempo libre de la mayoría de la población. Esto nos habla de un profundo cambio en la cultura. El lugar del libro cambia: no es que se pierda, sino que se va desplazando hacia usos cada vez más especializados, siendo utilizado masivamente en los sistemas de instrucción, convirtiéndose en medios que van generando lectores profesionales, con la consabida disminución de los *amateurs* y los “curiosos masivos” que en otras épocas animaron el mercado editorial y ciertos ámbitos intersticiales de la cultura. El libro no muere en la sociedad actual: cambia de función, ya que con la presencia abrumadora de los productos en soporte audiovisual deja su lugar otrora protagónico en la esfera del tiempo libre, para ir recluyéndose entre aquellos que hacen de la lectura su medio de vida. La lectura tecnificada pierde el halo placentero, humanista, politizante y complementario de la construcción de la ciudadanía, instancias con las que tradicionalmente fue identificada. Esto es lo que ha hecho que algunas voces, no exentas de tintes nostálgicos, afirmaran la muerte de la cultura letrada proyectando sobre ella la desaparición de todas las otras cuestiones con que fue asociada, como por ejemplo el debate, la polémica y la deliberación democrática.

Más allá de este cambio, no menor, hay otros emparentados con la estructura misma que adquiere el sistema de industrias culturales en el presente, de consecuencias sociales tal vez más decisivas. Como decíamos más arriba, la lógica impuesta de privatización y segmentación marca la oferta de estos bienes. Las tecnologías de la imagen se privatizan y generan consumos domésticos más extensos: las horas de televisión promedio han crecido históricamente, al igual que el número de televisores por persona y el encendido. Por otro lado la televisión no es la misma. Ya no es aquella de pocos canales, horario de transmisión restringido, de aire, con producciones nacionales que reflejan las realidades locales, apuntando a audiencias abiertas y generalizadas. Ahora la televisión transmite en continuado las 24 horas del día, mayoritariamente a través de canales cableados –lo cual desplaza el lugar de la TV abierta que, aunque continúa viéndose, adquiere otra importancia–, canales segmentados que apuntan a audiencias cada vez más específicas, más comprometidas pero menores en número, con una programación que proviene de distintos lugares del mundo, preferentemente de Estados Unidos, y con una tendencia a la fragmentación cada vez mayor si pensamos en

los canales codificados, en el *pay per view* y en la novedad del momento, la TV satelital que técnicamente permite la individualización del acto de mirar televisión. La simple comparación nos habla de una desarticulación de las audiencias antes abiertas y generalizadas que eran la norma. Hoy sólo se congrega una audiencia de este tipo con eventos muy esporádicos, como un mundial de fútbol, una olimpiada, algún acto político especial como una elección, o fenómenos de *rating* alto que están en el orden de lo extraordinario, como un escándalo público de dimensiones (para lo cual debe tener ingredientes privadísimos) o algún programa de elevado éxito y repercusión que en general no se extiende por más de una temporada. Un simple vistazo muestra que la normalidad de funcionamiento de este medio tiende a la segmentación, a la individualización, y esto, paradójicamente, dentro de marcos globales en los cuales la coincidencia simultánea puede darse con mayor probabilidad en lo remoto espacial que en la vecindad inmediata.

Por otro lado, si pensamos en otras industrias de la imagen, como la del video, veremos que opera la misma lógica. Videos producidos para consumo casero, estrategias de comercialización que privilegian los últimos estrenos del cine –preferentemente éxitos de taquilla, películas con muchos efectos técnicos y mensajes casi anecdóticos–, forman parte de la estrategia general de pasatiempo que se está imprimiendo en las industrias de la cultura. Por otros medios, un *pay per view* que exige desplazarse unas cuadas para ver en soledad lo que se desea, casi una TV satelital pero para pobres<sup>4</sup>.

El cine y el teatro, que de algún modo conservan el esfuerzo de la motivación, la salida de la casa, el viaje, la ceremonia de abstraerse, la concentración, esa experiencia casi religiosa de comunidad congregada ante un mismo estímulo, cuando funciona masivamente lo hace en torno a formatos comerciales y mayoritariamente mediáticos, afirmando una “lógica de lo fácil” que envuelve en general a las industrias de la imagen para consumo rápido. En términos de audiencias y públicos, se profundiza aquella división y fragmentación estructural de origen tecno-económico, con el añadido de la facilidad, esa suerte de recepción indolora programada para garantizar el éxito en una masa espectadora cada vez más abrumada por los ritmos laborales, más necesitada de catarsis que nunca. Pobres, alienados y sobreexigidos, pero massmediatizados y en conexión global.

La globalización de las industrias culturales tiene una dinámica compleja. Tiende al mismo tiempo hacia la fragmentación territorial –de esas unidades que fueron las culturas nacionales– y su integración extranacional compleja, por segmentos de consumidores globales. La globalización genera una cultura mundo, que no homogeneiza los territorios culturales en uno solo sin fisuras, sino que rompe con las unidades preexistentes, reconectando los fragmentos en una lógica de conexión de lo distante y de desconexión de lo cercano. En este sentido, globalización cultural es *glocalización* cultural (Ortíz, 1994: 35 y ss.; 1996: 47 y



ss.). La industria cultural así conformada, y en su formato tradicional como industria, es decir, como máquina de acumulación de ganancias a través de la oferta de bienes estandarizados, entra de este modo en una lógica que aparentemente es contradictoria, hacia la masificación y la diversificación de los consumos al mismo tiempo. Es preciso comprender este funcionamiento para ponderar su impacto en la conformación de culturas locales cada vez más complejas y segmentadas, incluso para sus mismos participantes y sostenedores.

Regiones antes aisladas se conectan con flujos de imágenes, de información y de entretenimiento, que colapsan con los ritmos temporales locales tradicionales. Esto rearticula los ritmos locales y los sitúa en una doble velocidad. La ruptura de los tiempos históricos implica, entre otras cosas, la rearticulación de la memoria colectiva y de los relatos personales, es decir, de las formas culturales dentro de las que se construye la identidad y se reconoce a los semejantes. Esto contribuye a la obsolescencia y alteración de formas simbólicas de la vida social, a su recambio permanente, con consecuencias rearticulantes en la conformación de los grupos y en los esquemas a través de los que los sujetos comprenden el mundo social, lo propio y lo ajeno, lo cercano y lo lejano. Nuevamente, cambio y fragmentación donde hubo estabilidad e integración.

En estas coyunturas, los sujetos anclados localmente deben rearticularse. Un elemento importante a tener en cuenta es que suelen ser los jóvenes quienes se adaptan con más docilidad a estos cambios, lo que produce brechas en relación con sus mayores, para los cuales aparecen como completos extraños. Muchos de los códigos a través de los cuales los jóvenes se reconocen como perteneciendo a una experiencia común están mundializados, situación que genera nuevos ruidos respecto de la generación de sus padres.

Esta situación estructural económica, social y cultural tiene a su vez efectos directos sobre el mundo de la política. Los partidos políticos con representación de clases se debilitan a igual ritmo que sus bases de sustentación. Los movimientos sindicales pierden apoyo, ya que los trabajadores se encuentran divididos por el desempleo, la competencia laboral y la amenaza de exclusión social. La cultura toma una dinámica transnacionalizada en la que los contenidos de reivindicación nacional se desvanecen. Los colectivos conocidos como naciones incluso se ven sujetos a procesos comunicativos que diluyen sus fronteras simbólicas, rearticulan las tradiciones que los edificaron y promueven nuevas formas de identificación personal y colectiva. El panorama se reestructura.

Por otro lado, el Estado va abandonando sectores en que era dominante para pasar a ser un actor más, y en muchas ocasiones ni siquiera el más importante, de suerte que se ve debilitado frente a otros actores, fundamentalmente empresarios, o frente a los mercados, impersonales, de fuerza y poder de veto crecientes. La situación de los sistemas políticos es diferente a la del pasado: hoy se encuentran estructuralmente más débiles y desarticulados.

En este contexto, las políticas neoliberales se han hecho eficaces con costos relativamente bajos, y en ocasiones hasta con apoyos electorales masivos, incluso después de imponer acciones de neto corte antipopular. Esto ha dado pie para hablar de una crisis de representación de los sistemas políticos vigentes o de su paso hacia nuevas formas, algunos de cuyos síntomas son la desafiliación de los partidos tradicionales, la indiferencia política creciente, la no concurrencia a las urnas, los altos porcentajes de indecisos, la falta de opinión formada en la ciudadanía, los votos volátiles que van sin problemas de un lado al otro del arco partidario, las estrategias del tipo “atrápalo todo” de los partidos que para ello despolitizan sus discursos y borran sus plataformas electorales (en ocasiones comprometedoras para acciones futuras), la apertura de las listas a figuras provenientes del exterior de los aparatos partidarios tradicionales (en general actores, deportistas u otros miembros de la farándula), que delinean un perfil político de muy bajas calorías, en el que los partidos casi no se diferencian entre sí más que por el eslogan con el que decidirán identificarse, o el candidato, elegido casi exclusivamente por su imagen mediática. Es decir, la política está cambiando y los partidos también: ya no son tan importantes las movilizaciones como las apariciones en los medios, los programas de acción futura como la imagen de sus hombres, la voluntad política que encarnen como su astucia para administrar eficientemente la economía. Los partidos ya no importan por su capacidad para formar cuadros comprometidos o militantes orgánicos o para establecer una doctrina congregante: ahora son estructuras semiprofesionizadas cuya acción emerge en las situaciones de la competencia preelectoral, encabezadas por comandos técnicos que analizan encuestas de opinión y estrategias de publicidad mediática, y controlan lo que sus candidatos no deben decir para no comprometerse frente a los electores. Todo esto, sumido en la convicción de que los estados son herramientas cada vez menos eficaces a la hora de intervenir políticamente en la sociedad.

Como efecto de los cambios tecnológicos y comunicativos, las ciudades, esos escenarios en los que se dramatiza y toma cuerpo la vida social, también sufrirán el influjo de las innovaciones. El crecimiento constante de estos agregados obliga a construir nuevas formas de gestión que procuran descentrar lo que puede llegar a convertirse en catastrófico. Las grandes megalópolis actuales se vuelven cada vez menos controlables por los sistemas de administración, debido a su tamaño y a su complejidad. Este crecimiento obliga muchas veces a descentralizar sistemas antes unificados. Por otro lado, una coyuntura cultural que se globaliza altera ritmos locales de construcción simbólica de las ciudades. Esto lleva progresivamente a la *glocalización* de las grandes urbes. Las diferencias sociales tendientes al ensanchamiento de las brechas tradicionales también se expresan en el crecimiento de la violencia anónima, y en lo que algunos autores como García Canclini (1990: 264 y ss.) y Barbero (1994: 38 y ss.) han llamado procesos de desurbanización: bolsones de pobreza cada vez más amplios, abandono de los centros de las ciudades, barrios fantasmas, fronteras internas en la ciudad, *guetifica* -

*ción* de pobres y de ricos, unos cercados por las fuerzas de seguridad y los otros por su propia vigilancia. Estos cambios reflejan el proceso de dualización económica que en diverso grado experimentan las economías de todo el mundo cuando se integran a la producción y al consumo global en su versión actual. Esta tendencia general de las distintas clases a constituir ghettos, a encerrarse en ámbitos controlables y seguros, implica una forma de huida hacia el ámbito doméstico en desmedro de la ocupación y uso de los lugares históricamente públicos, hecho que puede asociarse con la desmovilización política –que no debe confundirse con despolitización, contracara de esta opción por los intereses y el bienestar privado. En esta coyuntura las ciudades se alteran en su fisonomía y funcionamiento en términos materiales, y metafóricamente expresan el desplazamiento simbólico que supone la pérdida de la *polis*, es decir, del ámbito del encuentro y la realización ciudadana.

Con el fin del mundo bipolar, mucho de lo que fue imaginarios políticos de contraposición a los órdenes establecidos han desaparecido como horizontes de orientación. El sentido de lo político, de alguna o de otra manera, supone una atribución de direccionalidad a la acción emprendida, un fin postulado o presunto en el que desembocar. La Guerra Fría implicó tendencias preestablecidas en el momento de fijar este sentido de la praxis. Con la globalización y la desterritorialización que la acompaña, muchas de las disputas, antes circunscriptas a ámbitos locales pero con la proyección geopolítica de alianzas internacionales posibles, pierden peso específico. Pareciera como si el acuerdo neoliberal internacional, o su versión socialdemocrática actual, se extendiera a través de los pactos de seguridad impuestos por las naciones más poderosas de la tierra. Las resistencias se vuelven cada vez más improbables, o quedan libradas a su propia suerte. En este contexto, y continuando una tendencia que se inicia con el final de la Segunda Guerra, se consuma definitivamente el proceso de descolonización del mundo, con las consecuencias que esto produce en las metrópolis. La brecha entre los países pobres y los países ricos, la necesidad de mano de obra de las economías centrales producto de la expansión de los años dorados, sumadas a cierto aflojamiento en las legislaciones migratorias, fuerzan la migración legal o no desde las colonias a los antiguos centros imperiales, o desde economías periféricas a economías que prometen horizontes de superación y ascenso en los estándares de vida. De esta manera, estos intensos movimientos poblacionales, cada vez más marcados mientras nos acercamos a los años noventa, comienzan a generar efectos sobre la conformación misma de las sociedades y las culturas receptoras. Se redefinen los mapas en los centros. Encuentros entre etnias, tradiciones culturales, códigos de clases, dan origen a una hibridación y multiplicación de las formas de la vida social. De esta diversidad surgen nuevas identidades y proyectos matizados por otros lenguajes y búsquedas, estableciendo conflictos distantes de los tradicionales. Esto es lo que se ha reconocido como la condición policultural que en diverso grado afecta a todas las sociedades contemporáneas. Esto no altera en ab-

soluto las antiguas diferencias sociales fundadas en la desigualdad de clase, género o nivel de educación. Al contrario, se suma y potencia, multiplicando los conflictos en direcciones antes insospechadas, aunque la tendencia general consiste en desagregar lo que antes estaba unificado en el continente simbólico de los estado-naciones. El potente articulador político y social de la nación, aún cuando fuera puramente imaginario y carente de sustentos reales, hoy tiende a fragmentarse y a complejizarse, colapsando en sus raíces estructurales. Para decirlo de otro modo: las épicas nacionales, cuyo fin era la movilización de un “nosotros” unificado, se tornan cada vez más improbables en la medida en que la unidad y la estabilidad objetiva sobre las que se asentaban se encuentran cuestionadas y en proceso de rearticulación.

En el mundo de los últimos diez años, después de la maduración de los fríos años ochenta y la consolidación de los recesivos años noventa, soplan aires de desencantamiento político, de ajuste neoliberal y retracción económica, de transnacionalización de las industrias de la cultura y del auge del universo audiovisual. La Guerra Fría ha dado paso a nuevas formas de repartija geopolítica, con una buena parte del ex mundo comunista transformado en “economías emergentes”, con un tercer mundo cada vez más debilitado y claudicante, con un capitalismo orgulloso y triunfante, no necesariamente homogéneo ni monocromático, acompañado por sistemas políticos liberales con libre competencia electoral: eso que también se llama democracias de estilo occidental. Se trata de un mundo en el que las reivindicaciones en bloque se han perdido, en el que los jaques al sistema sólo son posibles por excesos en el interior mismo del sistema, como sucede con las crisis financieras, ambientales o productivas, donde la participación política y la lucha por la igualdad de oportunidades o de una mayor autonomía individual o grupal poco a poco se van retirando de los escenarios sociales, dejando espacios vacíos, con una exclusión social aguda y amenazante, con violencia urbana creciente, con jóvenes desorientados que, como muchos mayores, no saben hacia dónde van. En este contexto, todo lo que empujaba la voluntad a transformar comprometidamente el mundo se vuelve contenido privado de conciencia, íntimo buen augurio, anhelo personal. No son sólo los jóvenes los responsables de este clima. Ellos, más bien, igual que aquellos de otras épocas, son un síntoma de los tiempos que se viven. Son otras las voces, son otros los ámbitos.

### **3. Epílogo: ¿una tímida vuelta del péndulo?**

El saldo de las transformaciones socioeconómicas de la última década ofrece un panorama desconcertante para el análisis político de raíces clásicas. En efecto, llama la atención que una situación económica tan poco favorable para la gran mayoría de la población no se manifieste en reacciones masivas contrarias al régimen neoliberal impuesto. Parecería que en lugar de generar impugnaciones

radicales, las políticas instauradas estuvieran poniendo a prueba la capacidad de resistencia de los representados, comprobando a su vez la elasticidad actual de los resortes que impulsan a la participación. La pasividad frente a las medidas gubernamentales de corte anti-popular, el desencantamiento y la falta de compromiso con algunas instituciones rectoras del espacio público, el alejamiento concreto de la política, son datos del ambiente que muestran, por sobre la renovación y continuidad de los calendarios electorales, un debilitamiento de la cultura democrática. En este contexto, los jóvenes tienen un no muy afortunado lugar de privilegio (Sidicaro y Tenti, 1998; Fingueret, 1997).

Este clima obedece a los cambios sociopolíticos que han transformado la escena y los actores del drama, eso que llamamos las bases estructurales de la participación, situación que se mantiene constante desde los primeros años noventa, y que por lo que cabe esperar se extenderá mientras no se modifiquen nuevamente esas bases de sustentación. Hay cinco factores de poder que se han alterado en su conformación recíproca por los cambios en la distribución de los recursos con que negociaron y mantuvieron conflictos en los últimos años. Esos cinco factores son las clases trabajadoras y su representación sectorial, el Estado y su compleja gama de instituciones, la llamada clase política o el conjunto de los partidos con representación, las naciones como agregados virtuales pero eficaces, y el capital con sus diversas dimensiones y complejidades internas. Los equilibrios previos se han desmoronado y han dado lugar a nuevas distribuciones de recursos de poder con favorecidos y perjudicados, fortalecidos y debilitados, abiertos hacia una contienda novedosa. En esta arena, y bajo las reglas de su gramática, se desarrollará la participación de la población en general y de los jóvenes en particular.

Por razones técnicas, organizacionales y económicas, el sector trabajo se encuentra debilitado. La flexibilización técnica y jurídica del trabajo, la precarización laboral, la “desalarización” creciente, el desempleo abierto de larga duración y la fragmentación salarial y sectorial de los trabajadores, son las condiciones objetivas en las que se disuelven los lazos de solidaridad tradicionales dentro de los que se nuclearon las clases trabajadoras. En este contexto no es casual que la representación sectorial y política de este segmento de la población se encuentre en crisis. Se podría decir que los sindicatos y los tradicionales partidos de clase están en el momento de su mayor debilidad histórica y esto condiciona seriamente las posibilidades de su accionar. Como cabe esperar, en términos relativos y opositivos, sus tradicionales antagonistas se encuentran fortalecidos.

La situación de los Estados no es muy diferente en términos comparativos. Achicados por el ajuste forzoso de los años noventa, con desinversión en áreas estratégicas de la gestión social, han disminuido en su capacidad para intervenir en importantes esferas de la sociedad. Al haberse despojado de sus empresas por las políticas de privatización, en muchas ocasiones se han debilitado hasta constituirse en actores menores en el drama en el que participan. Muchas grandes em-

presas transnacionales y grupos económicos diversificados suelen tener más recursos para imponer sus intereses que los mismos Estados. Igual que en el caso anterior, la debilidad estructural lleva a que los marcos regulatorios antes sostenidos por el Príncipe vayan cediendo a la presión de los intereses corporativos o privados de las empresas.

Por otro lado, a medida que se extiende derribando fronteras, la globalización económica y cultural pone a los Estados en situación de vulnerabilidad creciente. Los procesos de apertura económica integran intereses locales con intereses externos, asociándolos en verdaderas mallas que después son imposibles de vulnerar. No es casual que el llamado “modelo único”, tan criticado en los conceptos y los discursos, después sea aceptado casi acríticamente por todo aquel que tenga aspiraciones a ocupar los altos mandos de un Estado, ya sea partidario del Consenso de Washington o franco opositor. Esto habla de un condicionamiento concreto de los Estados por la acción de los mercados y sus instituciones representativas.

Un sustento político importante de estas estructuras estatales –anclado en los concretos intereses del mercadointernismo o en los más volátiles contenidos imaginarios del narcisismo primario de grupo–, ha sido el conjunto de las reivindicaciones nacionalistas. En este rubro también han surgido importantes limitaciones para lo que podría llamarse una “agregación objetiva de intereses”. Las grandes corrientes migratorias motivadas en los enormes desequilibrios regionales –incluso burlando fronteras crecientemente reforzadas–, la migración intrainperial desde las colonias hacia las metrópolis, y la progresiva interconexión de localidades distantes unida a la dispersión de las vecindades impulsada por la globalización de las comunicaciones, nos muestran un mundo cada vez más complejo, cada vez más heterogéneo, en el cual surgen virulentos tribalismos, que a veces se nutren de retóricas nacionalistas pero que ciertamente se encuentran distantes de sus antiguas posibilidades. Los países centrales se van volviendo pluriculturales incluso a su pesar, con minorías crecientemente activas, algunas de ellas hasta no hace poco adormiladas, reclamando focalmente alguna reivindicación. La arena estatal, agregada por iniciativas homogeneizantes, como fueron por ejemplo los nacionalismos de entreguerras o los movimientos de liberación de posguerra, se encuentra cada vez más alejada de la eficacia política. Esto no implica que no haya reacciones, pues las hay, pero más que desarrollarse en contextos activos tienden a hacerlo de maneras defensivas y reactivas. La alta virulencia de estas manifestaciones es acompañada por una discontinuidad orgánica que evidencia su debilidad ante un mundo que a nivel económico y cultural parece estar aboliendo la era de las naciones.

Síntoma sosegado de este proceso es el reverdecer de identidades que se etnifican siguiendo los modos del espectáculo, instaurando calendarios festivos en las grandes ciudades que atraen migrantes. Se trata de una forma de ocupación del espacio público, tal vez módica, pero de la que aún no se pueden prever sus

consecuencias. En principio se trata de expresiones minoritarias, pero que poco a poco van congregando simpatías, instituyendo espacios, conformando cronologías. Esto, como se sabe, funda socialidad, aunque en los marcos de la minoría y de la cultura defensiva de finales de siglo. El plano étnico, más que el nacional de otras épocas, es aquel en el que por el momento se va dando el reconocimiento entre los iguales. Los que más ostensiblemente apuestan por estas estrategias son los recientemente inmigrados, quienes en estos encuentros comunitarios compensan momentáneamente el desarraigo. Estos espacios de hospitalidad simbólica, estos lugares cálidos en los que se propicia el encuentro, las tareas compartidas, la comunicación y el reconocimiento, son de algún modo el emergente de un Estado nacionalizador en crisis en el que retoñan comunidades en otro momento congeladas por una cultura política que propiciaba otras urgencias más extendidas. Es así entonces cómo otro de los referentes de las grandes movilizaciones populares, la nación, eje de los movimientos políticos nacional-populistas y nacionalistas clasistas, se encuentra por el momento parcialmente desactivado.

Estas transformaciones inciden sobre la pérdida de los contenidos emocionales de la política. La movilización tiene entre sus resortes más preciados los contenidos de los imaginarios políticos: las ideas fuerza, las mitologías, los proyectos, las épicas, las gestas y los panteones son los elementos de una simbólica emocional en la cual se establecen un relato y un sentido en el que se enmarcan las acciones. Cuando éstas se desagregan perdiendo vigencia o cuando se secularizan alejándose de su aura inspiradora, no es casual que la política como ámbito de atracción pierda atractivo.

Algo similar está ocurriendo con la llamada clase política. Con todos estos cambios en la cultura política, el sistema de partidos también se encuentra cada vez más débil en la medida en que va perdiendo su capacidad de atraer masivamente a la población. Hay cambios internos a la organización de los partidos y cambios ambientales que recortan de una manera diferente el espacio de la política. Las encuestas de opinión muestran una credibilidad cada vez menor de la ciudadanía en los partidos y en sus figuras tradicionales, restándoles de algún modo el apoyo que en otras ocasiones recibieron. Al contrario de lo que podría esperarse, esta situación no impulsa a la población a reemplazar a los políticos o a los canales tradicionales de expresión por otros más idóneos, lo cual demuestra en principio indiferencia frente a la esfera que estos monopolizan.

Fenómenos novedosos derivados de esto son la apertura de las elecciones internas y la entrada en las listas de candidatos extrapartidarios, factores que indican una “americanización” de la política, tradicionalmente marcada en regiones como la europea y la latinoamericana por fuertes identidades partidarias. Esto es en parte el derivado de las estrategias “atrápalo todo” de los partidos en las contiendas electorales, cuyo objetivo es obtener la mayor cantidad de votos, situación que tiende a presionar licuando plataformas y bases doctrinarias, alejando a las

militancias comprometidas de su poder de decisión. De este modo los partidos se “ablandan”, desdibujando sus fronteras. Este hecho, además, puede notarse en el avance de una tendencia que preocupa especialmente al estamento político: el corte de boletas. Con ello se profundiza el proceso de despartidización y personalización de la política.

La flexibilización ideológica de los partidos es la consecuencia de la tecnificación de las competencias preelectorales, que propician la lucha por la imagen y la persuasión publicitaria alejada del discurso, ceñida a *slogans* casi vacíos de contenido. Los cuadros técnicos son los cazadores de un voto crecientemente volatilizado, expresión paradigmática de este cambio cultural en el que se rearticula la representación política. Se trata de una política massmediatizada que ya no necesita de la movilización proselitista de las militancias ni de ejercicios de demostración pública de fuerzas. Los votos aparecen como los ansiados premios sin contenido, impersonales, e indiferentes de una ciudadanía que se intenta atrapar en su conducta electoral más que representarla en el ejercicio de sus derechos.

Se trata de un contexto en el que los medios masivos, en especial la televisión, adquieren progresiva importancia en los caminos al poder. El avance en la cultura de la imagen hizo de la televisión la tribuna pública por excelencia y llevó las competencias preelectorales al plano del espectáculo, lo que contribuyó al alejamiento objetivo de la población respecto de la esfera pública. Este avance de la massmediatización en la cultura política implicó, entre otras cosas, un marcado empobrecimiento discursivo y argumentativo, la preeminencia de la iconicidad en un modelo de comunicación hegemonizado por la imagen, y cierta erosión en el valor de la palabra empeñada, con las consecuentes pérdidas en la credibilidad, el vaciamiento de la esfera pública, la progresiva instalación del cinismo, y la falta de controles y de garantías (Margulis y Urresti 1999: 10-11). El correlato de estas transformaciones es el avance de una participación de baja intensidad. No es casual que sea cada vez mayor la desafiliación de los grandes partidos tradicionales: los militantes decepcionados se alejan dejando a las cúpulas cada vez más libres en su accionar, pero también más solas respecto del apoyo necesario para actuar. La clase política de este modo gana en autonomía, pero pierde en determinación y fuerza.

De este modo, otro de los factores de poder y ámbitos de participación pública, como son los partidos políticos, va abandonando la escena en la medida en que pierde eficacia. Con el debilitamiento de los partidos y el fortalecimiento relativo de los sectores del capital, el espacio de autonomía que poseía la clase política se ha estrechado notablemente. La política se encuentra fuertemente condicionada por la acción de los sectores que concentran el poder en la esfera económica, estratégicamente fortalecidos, con creciente capacidad de veto y presión sobre los demás factores de poder. Si nos detenemos en las decisiones de mayor peso estratégico, aquellas que verdaderamente inciden y estructuran la vida de un



país, veremos que son crecientemente tomadas por economistas y miembros de sectores relevantes en el área de las finanzas o los negocios, lo cual indica un desplazamiento del proceso de toma de decisiones desde los ámbitos públicos hacia los corporativos y privados. Hoy los factores del poder están radicados en espacios alejados de la política y cada vez más vinculados con los grandes intereses económicos, que ya no necesitan, como en otros tiempos, golpear las puertas de los cuarteles para imponer sus puntos de vista.

Sin embargo, las transformaciones de la última década han dejado problemas sociales y políticos amenazantes para el futuro. El desempleo, la pobreza y la exclusión social son los temas de una agenda acuciante. Es en este contexto emergente de la década pasada que se ha propuesto actuar la única fuerza con capacidad operativa surgida de dichos cambios: los sectores más concentrados del capital y las altas finanzas. Llama la atención que estos sectores, que son los que más se han beneficiado con los cambios y las secuelas sociales que ellos han dejado, sean los que se propongan resolver aunque más no sea momentáneamente la cuestión. Esto es lo que se conoce como el Consenso Post Washington, la nueva estrategia que los sectores concentrados del capital se han fijado para conservar su poder después de lo que prácticamente ha sido una “acumulación originaria” de finales de siglo.

Esta iniciativa goza por el momento del apoyo del espectro progresista de los arcos políticos de los países centrales y de algunos periféricos de importancia. Con algunos cambios y después de una derrota histórica, se trata del antiguo “consenso socialdemócrata” remozado, que retorna aceptando como definitiva e incuestionable en sus puntos básicos a la encrucijada económica neoliberal definida por los intereses del capital. En este contexto se plantea una suerte de reformismo módico y posibilista, ceñido a las directivas impuestas por el orden vigente, que es el radio de acción de los movimientos políticos que en los noventa se propusieron revertir la revolución conservadora. En el interior de muchos de los partidos que han tomado como suyas estas banderas hay sectores, mayoritariamente integrados por jóvenes, que si bien en muchas ocasiones se oponen a las directivas generales, que aparecen demasiado tibias y poco reformistas, no constituyen alternativas al minimalismo de los adultos comprometidos en sus mismos partidos. Es decir, que terminan plegándose a las dinámicas impuestas aun cuando hagan sentir su tímida diferencia.

Pero no todo el espacio de la política se agota en el accionar de los políticos o de los partidos. Otra de las tópicos a desarrollar por esta nueva reforma es la de darle un creciente protagonismo a las iniciativas provenientes de la sociedad civil. El llamado “tercer sector”, constituido por las asociaciones civiles sin fines de lucro, organizaciones no gubernamentales, fundaciones, es el ámbito al que se apuesta para desarrollar instituciones que apuntalen sociedades más estables y pluralistas, en las que se permita de paso resolver los problemas planteados por

la gravísima “cuestión social” emergente de las reformas económicas. Se supone que este sector puede abrir espacios de participación desvinculados de la acción política tradicional fundando una nueva sociabilidad (Acevedo Riquelme, 1998: 178 y ss.). Por el momento, y más en sociedades como las latinas, estadocéntricas y con escasa tradición civilista, no parecen ser alternativas capaces de revertir la postergación existente, aunque sus acciones apunten a restituir lazos y valores culturales solidarios agraviados. Las grandes instituciones representativas de los intereses del capital han comprendido que el mercadismo sin límites destruye tramas sociales preexistentes y atenta incluso contra su propia reproducción. Las instituciones crediticias de peso internacional han reconocido ya esta inquietud, y tratan de evitar las consecuencias sociales y políticas nefastas para el capital que el mismo el modelo neoliberal instituyó, dando apoyo a este sector para que se desarrolle como una malla de contención social y, en el mejor de los casos, como un factor capaz de absorber el desempleo.

Cabe esperar que estas instituciones canalicen el descontento social y orienten la participación de la población hacia iniciativas locales, con metas muy precisas y un horizonte claramente puesto en la viabilidad y la eficiencia de su accionar. Estas serán seguramente las protagonistas de los tiempos políticos por venir, ámbito de recepción de la participación juvenil en los tiempos que corren. El déficit de inclusión de los jóvenes, excluidos del trabajo y en muchos casos del estudio, con todas las dificultades que ello implica para gestionar un arraigo de identidad, ese apetito de identificación frustrado, de masas en disponibilidad, trata de ser encauzado por esta política de desarrollo del tercer sector. Las movilizaciones barriales, zonales o de pequeñas ciudades que ostentan orgullosamente sus rasgos locales, la promoción de las fiestas presentadas como atractivos culturales, el desarrollo de microemprendimientos productivos, de trueque, cooperativas de abastecimiento o de construcción, de defensa de espacios verdes, cuidado de los niños, celebración de fiestas religiosas, comparsas y murgas, serán los presentes y futuros ámbitos de la inclusión de los jóvenes. Son las nuevas maneras de expresión participativa, celular y acotada, pero positiva en este período de la vida social que parece haber cerrado los caminos a la participación ciudadana.

El péndulo parece estar volviendo para seguir con el esquema del comienzo, pero en una situación comprometida para lo público. Se trata de la salida del ciclo privatista, aunque por el momento seriamente condicionada por la situación precedente. Tal vez sea por el efecto mismo de la desilusión y el desencanto con las búsquedas del bienestar privado que comienzan a surgir estas reacciones, estas nuevas áreas de acción en el interior de los grupos dirigentes y en la ciudadanía en general. Estas nuevas formas de organización y participación, de alcance moderado y local, encarnan el signo de los tiempos, orientándose nuevamente hacia lo público pero con las marcadas características diferenciales de la época.

No se puede prever la evolución futura de estas formas de participación, pero es interesante reconocer en ellas la reaparición o el retorno –aunque adaptado al presente técnico, social y cultural– de valores y prácticas que tuvieron fuerte incidencia en la historia reciente en momentos de crisis. Luis Alberto Romero (1995: 107 y ss.) destacaba, entre los ciclos de la cultura política urbana de los sectores populares de la Argentina, dos modelos paradigmáticos: uno orientado hacia la ocupación de los espacios estratégicos en el plano del Estado, en el que predominaban los movimientos orgánicos, encabezados por líderes dotados de carisma, y por otra parte –en períodos caracterizados por la proscripción o crisis económicas– el desarrollo espontáneo de expresiones populares en el ámbito de la cultura y la política locales. Tal vez retornen aquellas prácticas de carácter acotado –barrial o comunitario– tales como sociedades de fomento, bibliotecas populares, clubes de barrio, sociedades de ayuda mutua, organizaciones nacionales de inmigrantes, en las que se fermentaron climas políticos de gran trascendencia histórica para los sectores populares. Por eso se puede hablar de cierto reverdecer de fuerzas que apuntan a una reconstrucción civil del espacio de la política. Sin embargo, no debe oscurecerse con ello la forma predominantemente tecnicista y minimalista de estas modalidades de la actividad participativa, que privilegian la inserción celular, ante la ausencia manifiesta de las grandes épicas populares y de las estrategias de transformación del espacio político y social. Es un contexto en el que la participación en los canales inorgánicos y celulares de la política va ocupando el centro de atracción de las iniciativas juveniles. Una juventud mayoritariamente reformista y moderada vibra nuevamente en la onda de la cuerda dominante.

## Bibliografía

- Acevedo Riquelme, Dacil 1998 “Juventud y sociedad civil. Una oportunidad de cara al siglo XXI”, en AAVV, *Con Juntos. Sociedad civil en la Argentina* (Buenos Aires: Banco Interamericano de Desarrollo).
- Barbero, Jesús Martín 1994 “Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de la comunicación”, en *Sociedad* (Buenos Aires), n° 5.
- Baudrillard, Jean 1995 *La transparencia del mal* (Barcelona: Anagrama).
- Bell, Daniel 1989 *Las contradicciones culturales del capitalismo* (México: Grijalbo).
- Castel, Robert 1996 “La crisis del trabajo y el fin de la integración obrera”, en *El Rodaballo* (Buenos Aires), año II, n° 3.
- Castel, Robert 1997 *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado* (Buenos Aires: Paidós).
- Coriat, Benjamin (1993): *El taller y el robot* (México: Siglo XXI).
- 1995 *Pensar al revés* (México: Siglo XXI).
- Debray, Regis 1993 *El estado seductor* (Buenos Aires: Manantial).
- Fingueret, Manuela (comp.) 1997 *Jóvenes en los '90. La imaginación lejos del poder* (Buenos Aires, s/ed).
- García Canclini, Néstor 1990 *Cultura Híbridas* (México: Grijalbo).
- Hirschman, Albert 1986 *Interés privado y acción pública* (México: FCE).
- Lasch, Christopher 1999 *La cultura del narcisismo* (Barcelona: Andrés Bello).
- Lechner, Norbert 1990 *Los patios interiores de la democracia* (Santiago de Chile:FCE).
- Lipovetsky, Gilles 1986 *La era del vacío* (Barcelona: Anagrama).
- Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (comps.) 1997 *La cultura en la Argentina de fin de siglo. Ensayos sobre la dimensión cultural* (Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC, UBA).
- 1999 “La crisis argentina actual: su dimensión cultural”, en *Sociedad* (Buenos Aires), n° 14, en prensa.
- Morin, Edgard 1962 *L'Esprit du temps* (París: Grasset).
- Nun, José 1989 *La rebelión del coro: estudios sobre la racionalidad política y el sentido común* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Ortíz, Renato 1994 *Mundialização e cultura* (San Pablo:Brasiliense).
- 1996 *Otro territorio* (Quilmes: Unqui).

Reich, Robert 1993 *El trabajo de las naciones* (Buenos Aires: Javier Vergara).

Romero, Luis Alberto 1995 “Participación política y democracia, 1880-1984”, en Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política* (Buenos Aires: Sudamericana).

Sidicaro, Ricardo y Emilio Tenti (comps) 1998 *La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación* (Buenos Aires: Unicef/Losada).

Tenti, Emilio (comp.) 1999 *Una escuela para los adolescentes* (Buenos Aires: IIPE Unesco, Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe, Unicef. Reeditado por Losada, Buenos Aires, abril de 2000).

Vattimo, Gianni 1988 *La sociedad transparente* (Barcelona:Paidós).

Wolton, Dominique 1990 *Elogio del gran público* (Buenos Aires:Gedisa).

Yonnet, Paul 1987 *Juegos, modas y masas* (Buenos Aires: Gedisa).

## **Bibliografía del autor**

Libros:

Margulis, Mario y Marcelo Urresti 1999 *La segregación negada. Cultura y discriminación social en Buenos Aires* (Buenos Aires:Biblos).

Margulis, Mario y Marcelo Urresti (comps.) 1997 *La cultura en la Argentina de fin de siglo. Ensayos sobre la dimensión cultural* (Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC, UBA).

## **Notas**

1. Las dos secciones que siguen son, con algunas pequeñas modificaciones, parte de un trabajo mayor publicado con anterioridad en Tenti, Emilio (1999), cuyo título fue “Cambio de escenarios sociales, experiencia juvenil urbana y escuela”.
2. Se discute si este cambio, y hay diversas posturas, está motivado en la tecnología o en la organización del trabajo. Por razones de espacio no entraremos en este debate. Para quien esté interesado en el tema, puede consultar *El taller y el robot* o *Pensar al revés*, ambos de Benjamín Coriat (1993 y 1995, respectivamente).
3. En los últimos años hemos asistido a las discusiones entre sindicatos, empresas y poder político en torno a esta problemática.
4. No entraremos en cuestiones de títulos, sería muy arduo, pero las preferencias generales afirman la lógica del consumo televisivo, la tendencia a la cultura de la facilidad, películas de acción, de aventuras, dibujos animados para chicos (video niñera).



Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2000  
en los talleres de Gráficas y Servicios S.R.L.  
Sta. María del Buen Aire 347 (1277)  
Buenos Aires, Argentina  
Se tiraron 1.000 ejemplares.